

Libre 4

Sartre Entrevista

Juan Bosch Panteras Negras

Bryce, Garmendia Cuentos

Del Paso Novela

Masud Khan Pornografía

Loayza Garcilaso

Liberación de la Mujer

**Susan Sontag, Rosana Rossanda, Marta Lynch,
Francoise Giroud, Blanca Varela, Jean Franco**

Debate

JOSÉ CORRALES EGEEA LA OTRA CARA



Un volumen de 567 paginas : 18 Fr.

ediciones hispano americanas

26, rue Monsieur Le Prince, PARIS 6^e

Libre

*Revista crítica trimestral
del mundo de habla española*

Número 4 - 1972

Colaboradores

Claribel Alegría
Rubén Bareiro Saguier
Carlos Barral
Alfredo Bryce
Fernando del Paso
Albina du Boisrouvray
Italo Calvino
Ernesto Cardenal
José María Castellet
Antonio Cisneros
Fernando Claudín
J. G. Cobo Borda
José Donoso
Carlos Droguett
Jorge Edwards
Hans Magnus Enzensberger
Darwin Flakoll
Carlos Fuentes
Carlos Franqui
Gabriel García Márquez

Salvador Garmendia
Jean Genet
Jaime Gil de Biedma
Adriano González León
Juan Goytisolo
Luis Goytisolo
José Agustín Goytisolo
Rodolfo Hinostroza
Noé Jitrik
Roberto Juarroz
Enrique Lihn
Luis Loayza
Pompeyo Márquez
Plinio Apuleyo Mendoza
Carlos Monsiváis
Daniel Moyano
Freddy Muñoz
Juan Nuño
Julio Ortega
José Miguel Oviedo

José Emilio Pacheco
Octavio Paz
Teodoro Petkoff
Nélida Piñón
Sergio Pitol
Ángel Rama
Julio Ramón Ribeyro
Vicente Rojo
Severo Sarduy
Jean Paul Sartre
Jorge Semprún
Susan Sontag
Nicolás Suescún
Antoni Tàpies
Freddy Téllez
Marta Traba
José Ángel Valente
Mario Vargas Llosa
Manuel Vázquez Montalbán
Saúl Yurkievich

Este número aparece bajo
la dirección de
Mario Vargas Llosa

Jefe de redacción
Plinio Apuleyo Mendoza

Secretaria administrativa
Grecia de la Sobera

Publicación de Editions Libres S.A.
Oficina de Información en Francia
26, rue de Bièvre, Paris (5^e). Teléfono : 325.26.45
Sede social : Domaine de Sien, Echandens (Vaud)
Suiza.

Entrevista con Jean-Paul Sartre

L. — Sin que haya habido premeditación de nuestra parte ni de la suya, nuestra entrevista coincide con la terminación de la reunión soviético-americana en la «cumbre». Y hace tres meses tenía lugar la «cumbre» chino-americana.

La experiencia histórica desde la revolución de octubre, y sobre todo desde la segunda guerra mundial, pone de relieve el enorme peso que las relaciones internacionales han adquirido sobre la evolución interior de los pueblos, y en particular sobre los procesos revolucionarios.

Las dos «cumbres» de este año marcan, sin duda, la entrada en una nueva etapa de las relaciones internacionales.

Nos interesaría conocer sus reflexiones a este propósito.

Sartre. — Ciertamente se ha entrado en una nueva etapa, etapa muy enojosa, por cierto. En particular la conferencia en la cumbre americano-soviética me parece una cosa lamentable, dado que al mismo tiempo que se habla de paz en Moscú se intensifican los bombardeos en Vietnam, que es un aliado de Moscú, un aliado directo. De modo que yo considero que este nuevo estado de las relaciones internacionales no influye solamente en el interior de un país sino en los pequeños países. Significa que existe una tolerancia de parte de los países socialistas para permitir que uno de ellos sea bombardeado con tal de que subsista cierto tipo de alianzas a alto nivel. Se trata, parece, de un nuevo Yalta, logrado a costa de los vietnamitas. No es que yo piense que los rusos dejarán de suministrarles armas a los vietnamitas, sino que no actuarán sobre los Estados Unidos como habrían podido hacerlo para disuadirlos de continuar los bombardeos.

Se buscan, pues, nuevos equilibrios, sin que por ello dejen de presentarse aquí y allá conflictos. Existe, por ejemplo, el conflicto del Medio Oriente, del cual se habló ciertamente. Pero en estas conversaciones entre Estados, es la razón de Estado la que prevalece, como ocurrió también en el caso de Bengala. Pues los Estados socialistas, en lugar de desaparecer, tienden a reforzarse. La China ha escogido el Estado de Ceylán, que es visiblemente contra-revolucionario, y aunque el asunto de Bengala era muy confuso, en los dos casos abandonó su política orientada a defender el derecho de los pueblos a disponer de su destino libremente. En Ceylán y en Bengala,

la China rehusó la ayuda al Tercer Mundo, eligió el apoyo a los gobiernos constituidos, ratificó una masacre. Y la URSS, por su parte, ha escogido una alianza en torno a ciertos puntos con el imperialismo americano. Y es el imperialismo americano el vencedor de la reunión entre Breznev y Nixon. Cualesquiera que sean las ventajas logradas por la URSS, en realidad los Estados Unidos salen ganando. Por eso los americanos, a pesar de una acogida que se ha juzgado un tanto fría, salieron de esa conferencia muy satisfechos.

L. — «La révolution se fera contre les deux systèmes ou l'homme est joutu», dice usted en uno de sus escritos recientes... Y la misma conclusión, formulada más o menos explícitamente, se encuentra en otros textos suyos posteriores al año 68.

¿Quiere decirse que para usted el sistema existente en la URSS y países de su órbita no tiene nada de socialista y no puede transformarse más que por vía revolucionaria?

Y si es así, ¿qué es, según usted, ese sistema? ¿Cómo caracterizarlo?

Sartre. — Digamos que el sistema soviético es el de una burocracia en el poder. Infortunadamente, la mayoría de la población quiere conservar esta burocracia; no estamos en presencia de una situación revolucionaria. Las personas que en la URSS denuncian el sistema son los intelectuales, y no hay país, incluyendo los Estados Unidos, donde el intelectual se encuentre más desvinculado de las masas que en la URSS. Yo he estado allí cierto número de veces (siete u ocho) y he entrado en contacto con intelectuales que me han hablado libremente, pero que no tienen ninguna clase de relaciones con el mundo obrero. Tampoco el intelectual extranjero invitado logra hablar con un trabajador. He hablado con mucho más obreros en Francia que en la URSS. Allí nunca conseguí ser invitado a casa de una familia obrera, nunca vi trabajadores, salvo en la calle. Toda mi información corría a cargo de los intelectuales y éstos me informaban a su manera, esto es, reclamando para sí prerrogativas mayores. Gran número de ellos están contra el régimen, hasta el punto de pensar que la revolución de 1917 se hizo demasiado pronto, sin atravesar una etapa burguesa. Pues bien: esas gentes jamás me informaron acerca de los obreros, porque mantienen con ellos un

CeDInCI

Grabada en cinta magnetofónica, esta conversación con el escritor y filósofo francés Jean Paul Sartre, tuvo lugar a mediados de junio en su apartamento de París. Libre fue representada en esta entrevista por Albina du Boisrouvray, Fernando Claudin, Juan Goytisolo y Plinio Apuleyo Mendoza.

divorcio completo. Los campesinos, por su parte, resisten a su manera al régimen (basta recordar lo sucedido en los años 35 y 36), resisten simplemente produciendo menos. Los intelectuales protestan en privado, ni siquiera se atreven a hacerlo por teléfono. Los obreros, en la medida en que ahora ganan más, no protestan, están satisfechos con el régimen, aprueban sus medidas; muchos aprobaron, por ejemplo, la intervención de los soviets en Praga. No hay, pues, en la URSS actualmente una masa dispuesta a actuar como podría encontrarse en Europa occidental; no hay nada. Hay intelectuales, intelectuales que no disponen de los medios de expresarse como tales; luego, una burocracia. Y es ésta justamente quien define el carácter de la sociedad soviética, la que le da su aspecto de dictadura pequeño-burguesa. Pero en realidad no es pequeño-burguesa, sino burocrática. Cuando a uno le hablan de sus privilegios, no hay que interpretarlos en términos de riqueza, sino de arrivismo. Lo que importa, lo que cuenta, es situarse y situarse bien. Para obtener un buen cuarto de hotel, un puesto, cualquier cosa, hay que estar bien ubicado en la jerarquía burocrática.

Cuando estuve en la URSS, advertí que el partido casi no se renovaba, o se renovaba mal. Quienes entraban en él eran evidentemente arrivistas, no gentes convencidas de que el partido podía hacer algo. No sé cómo será ahora. Pero lo que quiero decir es que si esta burocracia tiene el aspecto de una pequeña-burguesía, no debe sin embargo concluirse que sea una clase, para mí no es todavía una clase. No debe esperarse por tanto una revolución, en el sentido en que una revolución significa la sustitución en el poder de una clase por otra, sino más bien un movimiento reformista, reformista pero violento. No creo que la revolución sea factible todavía. La URSS necesitaría una revolución cultural. Allí se han apropiado de los medios de producción, pero, por decirlo así, de una manera capitalista, esto es, conservando las formas, las jerarquías, los poderes que existen en este último sistema. De suerte que finalmente se trata de una especie de capitalismo de estado administrado por la burocracia, y no de socialismo. Por esta razón aprobé y encontré muy bien lo que pude comprender de la revolución cultural china, en la medida en que implicaba un rechazo de la jerarquía burocrática.

L. — ¿Cree usted, pues, que la revolución china

está camino de escapar al destino de la revolución rusa?

Sartre. — En cierto modo sí. Pienso que en la revolución cultural hay algunos elementos nuevos, muy positivos, como el propósito de romper el viejo molde del partido y controlarlo apelando a las masas. Para la URSS es como si las contradicciones desaparecieran. Mao, en cambio, considera que las contradicciones continuarán, en la medida en que el propio socialismo engendra contradicciones que a veces resulta necesario resolver por medio de una revolución cultural. En su opinión, habrá en el futuro muchas revoluciones culturales.

Ahora bien, es posible también que tras esta concepción general haya un conflicto entre dos tendencias del partido: la tendencia de Mao de ir adelante y la de Liu Chao Shi de contemperar. Naturalmente si se trata de un conflicto interno del partido, sin intervención de las masas, el asunto es menos interesante. Pero lo que este proceso tiene de capital es que las masas en un momento dado se declararon contrarias a los abusos del poder, es decir, contrarias a la burocracia. Ello significa indudablemente un paso adelante. Habría que preguntarse, sin embargo, qué queda hoy de la revolución cultural china. Según parece, muchos de los que cayeron en desgracia durante la revolución cultural se encuentran actualmente a salvo en lugares donde se les reeduca, esperando una oportunidad de ser reintegrados; o bien, han sido transferidos a otros cargos. Habría que hacer un balance, cosa que nadie ha hecho hasta el momento. Todavía estamos en la etapa de explicar la revolución cultural, pero sería necesario saber si el proceso terminó; si terminó, por ejemplo, con la caída de Lin Piao; no es posible saberlo aún. Y luego existe el peligro de que en el plano de las relaciones exteriores se desarrolle una política de intereses de estado y no una política revolucionaria. En una época los chinos cometieron torpezas en Malasia y sobre todo en Borneo y Java, pero al menos actuaban allí como revolucionarios. Ahora, los encuentros a alto nivel de que hemos hablado, y los reconocimientos diplomáticos en cadena, parecen actuar con la lógica de un Estado como la URSS; un Estado con intereses de estado, que abandona el punto de vista revolucionario. Todo esto no son sino suposiciones, claro está. De todas maneras es evi-

dente que la revolución cultural es un fenómeno nunca visto.

I. — ¿No existe una contradicción entre la finalidad aparente de la revolución cultural —liberar la iniciativa de las masas— y la imposición de un pensamiento único, el pensamiento de Mao?

Sartre. — Sí. Pero el pensamiento de Mao es muy general, está expresado en el librito rojo, y cada cual lo interpreta a su manera. De modo que los conflictos no provienen de un enfrentamiento entre quienes comparten las ideas de Mao y quienes no las aceptan, sino de las distintas interpretaciones que de ellas se hacen. Allí radica todo el problema. Habría que determinar dónde está exactamente la contradicción. Es curioso comprobar, por ejemplo, cómo Lin Piao hasta último momento compartía las concepciones de Mao y no obstante un día en nombre de ellas quiso promover un golpe de Estado. Es, pues, muy difícil determinar cuáles son las diferentes corrientes.

L. — En relación con la actual política exterior china de coexistencia pacífica ¿no hay un elemento positivo importante, contribuir a romper la bipolaridad mundial en torno a las dos superpotencias creadas desde Yalta?

Sartre. — Es evidente que existe ese elemento. Pero está probado, desde la época de Krushev, que la coexistencia pacífica sólo le ha servido a los Estados Unidos. Cada vez que el imperialismo norteamericano ataca a una nación, obtiene en nombre de la coexistencia pacífica que los países socialistas no intervengan para impedirlo. Es lo que acaba de ocurrir una vez más. De qué sirve, pues, una coexistencia con el imperialismo si con ella se le permite ganar terreno. No olvidemos que este elemento positivo existe efectivamente, pero los dos encuentros en la cumbre con países socialistas han tenido lugar mientras se arrojan millones de toneladas de bombas sobre el Vietnam. La coexistencia pacífica parece significar: «ustedes pueden golpear allí donde quieran, nunca nos pelearemos al nivel de las grandes potencias». Esto me parece muy grave, sobre todo para el Tercer Mundo.

L. — Si la revolución es una necesidad histórica en los «dos sistemas», las fuerzas revoluciona-

rias en uno y en otro deberían aunar su labor, tanto en el plano teórico —asimilación crítica de la experiencia acumulada desde la revolución de octubre, búsqueda de nuevas soluciones— como en el de la acción política concreta.

Sin embargo, existe muy poca comunicación. Mientras los Breznev y los Nixon se entienden, los revolucionarios de uno u otro lado apenas se conocen... ¿Puede explicarse sólo por las dificultades policíacas? ¿No hay también un problema de incomprensión recíproca? En la izquierda revolucionaria occidental es frecuente ver con recelo las reivindicaciones democráticas de los que luchan en el Este contra las dictaduras burocráticas. Otros consideran que la crítica abierta de esas sociedades hace el juego de la burguesía occidental, del imperialismo; y viceversa, entre los elementos que luchan por la democracia y la libertad en el Este es frecuente también la desconfianza frente al «gauchisme». ¿Qué piensa usted al respecto?

Sartre. — Sí, es evidente que hay dificultades para el entendimiento que ustedes mencionan, y ello no se explica sólo por el terror policial, sino también porque el pensamiento, la ideología de quienes luchan por la democracia en el Este, a falta de textos esenciales, de conocimientos esenciales, se orientan más hacia el liberalismo que hacia la democracia. Cuando uno habla con los intelectuales que critican el régimen soviético es sorprendente advertir que confunden liberalismo burgués con democracia. Es decir, están más interesados en obtener libertad para escribir lo que quieren que promover el desarrollo de un proceso revolucionario. Escribir sólo lo que uno quiere, sin tener en cuenta lo que sucede a su alrededor, es burgués. Vivir en un país revolucionario y querer participar en la revolución, no sólo supone escribir en un sentido revolucionario, sino también reclamar que la realidad se transforme de acuerdo a una concepción igualmente revolucionaria. Esta debería ser esencialmente su aspiración, pero no es así: se limitan a reclamar el derecho de escribir.

En términos generales, es lamentable ver cómo los intelectuales del Este sólo aspiran a imitar a Occidente, aunque por falta de información muchas veces ni siquiera logran su propósito. Lo que llaman pintura abstracta, por ejemplo, es apenas una pintura figurativa un tanto deformada. Intentan hacer algo pero carecen de una

ideología. Lo mismo ocurre con la novela. Inclusive aquellas que son rechazadas por las editoriales y circulan en copias más o menos clandestinas, no se apartan del realismo socialista; simplemente en vez de ser un realismo favorable al régimen, es contrario a él. El resultado de todas maneras no es bueno. Los intelectuales son revolucionarios en la medida en que expresan un rechazo personal, se arriesgan a ser transportados a un asilo o a un campo de trabajo, pero su concepción artística sigue siendo tradicional. Inclusive Solzenitzin no escapa a esta norma.

L. — *Esa desorientación, la falta de perspectivas políticas revolucionarias de intelectuales formados ya dentro del sistema, a más de medio siglo de la revolución de octubre, ¿no es en sí misma un signo elocuente de que allí no hay realmente socialismo?*

Sartre. — Claro que sí, ustedes ven que mi opinión sobre la URSS es muy categórica. Los partidarios de Mao, cuya opinión comparto, consideran que la sociedad soviética no es una sociedad socialista. Se trata de una experiencia frustrada, que no obstante debe ser tomada en cuenta. Vivo, pues, en medio de gentes para quienes tal situación está clara: hay una sociedad burocrática en la URSS, quizás un día allí lo sabrán; por ahora, no hay posibilidad alguna de cambio. En lo que a nosotros se refiere, mayo del 68 significó una ruptura con todas las formas estratificadas, burocratizadas de la revolución inspiradas en la orientación soviética. El partido comunista francés no se propone tomar el poder, ni es un partido revolucionario. Por consiguiente, nuestro juicio sobre la política del partido francés, muy influida por la URSS, es más bien negativo.

La diferencia entre nosotros y quienes en los países del Este combaten la burocracia, consiste en que aquí la revolución está por hacerse y la de ellos fue ya realizada pero se frustró. De modo que no pudiendo actuar sobre las mismas bases, es difícil entendernos. No nos parece válida la objeción de que denunciar el sistema de la URSS es hacerle el juego al capitalismo. Para nosotros es más importante en este caso decir la verdad que ocultarla. Quizá no sea siempre cómodo, pero es conveniente.

L. — *¿Juzga la reivindicación del derecho de crítica por intelectuales de las sociedades llamadas*

socialistas —llámense Solzenitzin, Kundera, Kolakovsky— como expresión de un espíritu de casta o si se quiere de un mandarínato?

Sartre. — Depende de los individuos que ustedes citan. Pienso que la observación puede ser válida en el caso de Kolakovsky, porque nunca ha sido marxista. Su libro, muy bello por cierto, sobre los cristianos tiene un sentido simbólico muy claro; tengo la impresión de que él sólo aspira a ser un intelectual. El caso de Solzenitzin es mucho más difícil de juzgar, pues a él le correspondió vivir épocas muy duras desde los años 30, y quiere narrarlas. Me parece que Solzenitzin pertenece a la clase de escritores que podrían ser consecuentes con una trayectoria revolucionaria, aunque aún está muy influido por los cristianos ortodoxos. Kundera es, a mi juicio, quien está más cerca de reivindicar el derecho de crítica para el conjunto de la sociedad. Es evidente que sin ese derecho una sociedad socialista no puede existir, como ocurre en la URSS.

L. — *En los últimos años hemos asistido a un fenómeno de diversificación de las formas de lucha revolucionaria en América Latina. Después de la experiencia cubana y los reveses sufridos por una asimilación acrítica de la misma, tenemos la victoria electoral de la Unidad Popular en Chile, el proceso peruano, la guerrilla urbana en el Uruguay y la aparición de nuevos grupos como el MAS en Venezuela, etc. ¿Cuál es su valoración de todo este proceso?*

Sartre. — Por ahora, y en términos generales, mi apreciación es muy positiva, lo que no excluye ciertos temores. En el caso de Chile, por ejemplo, no creo en la posibilidad de llegar al socialismo por la vía legal. La violencia, cierta forma de violencia, es necesaria. Me parece que la situación actual difícilmente podrá mantenerse. Puede haber una guerra civil o bien vendrá el fascismo. Mi punto de vista, muy simple, es que no puede haber revolución sin revolución, es decir, sin violencia. ¿Cómo pretender que quienes poseen las riquezas se dejen despojar de ellas tranquilamente? Una revolución supondría la supresión de fortunas industriales y del contexto social que las hace posibles, y lograr esto por la vía legal me parece francamente utópico. En ese terreno los capitalistas tienen fuerzas, fuerzas poderosas capaces de obstruir un proce-

so. Por lo demás, esta revolución reformista está apoyada por el partido comunista chileno, que cuenta con la anuencia de Moscú, y Moscú no desea ahora ninguna revolución que altere su política de coexistencia pacífica.

Con todo, es evidente que las fuerzas revolucionarias que surgen hoy en América Latina, constituyen un fenómeno de enorme interés.

L. — *Tal vez uno de los aspectos más interesantes de este fenómeno, en contraste con etapas anteriores, es la gran diversificación de formas de lucha que está produciéndose después de que, por una lado, la táctica tradicional de los partidos comunistas y, por otro, la concepción foquista, llevaron a un impasse.*

Sartre. — Claro, por ejemplo, Marighela concebía la guerrilla urbana como medio de neutralizar la presión militar sobre los focos surgidos en el campo, y de esta manera protegerlos. Su gran concepción es que si se comienza por crear focos en las ciudades, el ejército debe inmobilizar allí muchos de sus efectivos, lo que facilita más tarde la acción de los grupos armados del campo. Parece claro que ahora en América Latina la concepción foquista ha desaparecido; es decir, la concepción del foco con un comando militar y político localizado en el campo, como lo preconizaba Debray en su libro. Hoy en día, cuando se habla de guerrilla se piensa en la guerrilla a la vez urbana y campesina, porque la primera puede tener mucha movilidad y fluidez, nunca se sabe dónde se encuentra. Evidentemente en Brasil esta táctica fracasó porque allí los revolucionarios tuvieron que enfrentarse a grandes dificultades. Pero los tupamaros representan ahora una alternativa; son lo suficientemente fuertes como para que la situación se defina entre ellos y el gobierno.

L. — *¿No cree usted que las formas de lucha insurreccional deben analizarse en función de las condiciones específicas de cada país y de circunstancias políticas determinadas? Usted habla de la guerrilla urbana como de una forma superior de lucha, y esto es probablemente cierto en el caso de Uruguay, que es un país más urbano que rural. ¿Pero qué diría usted del caso de Bolivia, por ejemplo? ¿No cree que la táctica insurreccional tendría que plantearse allí de modo diferente?*

Sartre. — Ciertamente. Pero vea usted, por ejem-

plo, que en Bolivia el error cometido fue el de creer que los campesinos estaban listos para dar su apoyo a la guerrilla. En realidad, ellos habían recibido del gobierno ciertas ventajas medio-cres, de modo que no estaban dispuestos a secundar la lucha armada, como ocurrió con ciertos sectores agrarios en Cuba, al principio. Sí, es evidente que los campesinos son diferentes según las regiones. Por ejemplo, en el nordeste brasileño hay posibilidades de una guerrilla. Los campesinos allí son más revolucionarios que los obreros del sur, los obreros de São Paulo, los cuales son ex-campesinos, a quienes la situación actual les inclina más bien hacia el réformismo.

L. — *A los cuatro años de los acontecimientos de mayo del 68 en Francia, ¿qué perspectiva cree usted que han abierto a la lucha revolucionaria en los países capitalistas desarrollados?*

Sartre. — En los países capitalistas desarrollados creo que cada movimiento juvenil ha tenido su propia modalidad. No puede decirse que mayo del 68 tenga mucha relación con lo que ocurre en los Estados Unidos. La juventud americana sigue su propio desarrollo con distintas alternativas. De todas maneras allí los acontecimientos de mayo del 68 fueron recibidos como una noticia, exactamente como en 1940 pudo haberse recibido la noticia de la caída de París. Italia ha tenido igualmente un movimiento distinto al nuestro. En realidad, todos esos movimientos tienen evidentemente causas profundas análogas, pero no creo que tengan mucha influencia entre sí. Los sucesos de Francia de mayo del 68 han revelado a muchos el hecho de que la revolución se hace en la ilegalidad, es decir, que cada paso de los obreros y aun de los intelectuales se enfrenta con la ley burguesa, lo que lleva consigo una serie de riesgos evidentes. Ahora es habitual hacer manifestaciones prohibidas, y los grupos sociales, los campesinos, los obreros, saben que es necesaria su presencia en las calles para apoyar sus reivindicaciones. ¿Por qué? En primer término, porque el gobierno no está dispuesto a aceptarlas de buen grado y porque no se puede obtener mayor cosa a través del juego de las instituciones burguesas. En segundo lugar, porque es el propio gobierno el que se sitúa frecuentemente fuera de la propia legalidad cuando se trata de hacer frente a ciertas exigencias.

L.— *En su entrevista con II Manifiesto y en otras ocasiones usted se ha referido al problema de la organización revolucionaria. ¿Cómo concebir, qué hacer para contrarrestar las inevitables tendencias a la burocratización, a reproducir en ella misma las estructuras que combate y aspira a destruir?*

Sartre.— ¡Si yo lo supiera!... Infortunadamente compruebo, por ejemplo, que en el movimiento trotskista francés subsiste esta tendencia, y que acabaremos por tener otro partido burocrático, como sucedió con el partido comunista, liquidado por la burocracia. No sabría decirles, sin embargo, qué debería hacerse para remediar dicha situación.

Los camaradas de *II Manifiesto* habían señalado posibles antagonismos entre los sindicatos y las asambleas obreras locales, especie de soviets que surgieron en Milán y en Turín hace unos tres años. Estas asambleas representaban una forma de democracia directa, pero con una visión limitada del conjunto social. El sindicato, a pesar de su burocracia y de todo un juego de intereses creados, representaba, en cierto modo, a la sociedad italiana, o al menos a los obreros en su conjunto. Esta experiencia fue interesante, en la medida en que los sindicatos presionados por las asambleas obreras iban progresivamente desburocratizándose y la lucha por las reivindicaciones en los talleres y empresas cobraban mayor amplitud. Desgraciadamente, como ustedes saben, las viejas modalidades de la lucha sindical tienden a imponerse de nuevo. La situación actual en Italia es difícil porque la férrea política del gobierno capitalista, que puede en cualquier momento derivar al fascismo, exige una organización sindical fuerte; y no obstante, las dificultades de organización, a las que me acabo de referir, subsisten.

L.— *De sus escritos posteriores a mayo del 68, parece deducirse una concepción distinta de la que usted tenía acerca del compromiso del intelectual. ¿Podría usted precisarnos esta diferencia?*

Sartre.— Sí, mi concepción del compromiso ha cambiado. Yo defendía al intelectual clásico, entendiendo por tal no a quien se define por cierto tipo de actividad, sino por la conciencia que ha adquirido de ella. Había, por una parte, la gente que yo llamaría «técnicos del saber». Si estas

personas tomaban conciencia de una contradicción en su trabajo los consideraba intelectuales. Por ejemplo, un científico norteamericano que trabaja para la bomba atómica no es un intelectual sino un técnico del saber práctico, pero si este tipo de trabajo le plantea problemas de conciencia, si dice: «Cuidado, nuestro trabajo es peligroso, es criminal», entonces se convierte en un intelectual. ¿De qué se ha dado cuenta? De que un intelectual es un hombre instruido, formado, educado en función de lo universal; pero, educado por los burgueses, su libertad se limita a un uso particular. Un médico, por ejemplo, está condicionado para diagnosticar y curar en lo universal, para curar tanto a la cocinera o al millonario afectados por determinada enfermedad. En la práctica, reclutado por otro médico o el gobierno, no está en condiciones de atender a todos los enfermos que padecen este mal, de modo que se convierte en instrumento de la clase burguesa, la cual le permite también ocuparse de los proletarios, aunque en condiciones determinadas, desfavorables. Si comprende que el carácter universal de su trabajo está en oposición con la realidad particular a que lo han reducido, es un intelectual.

Así pues, hasta 1968, defendí a los intelectuales, es decir, a aquellos que se daban cuenta de su contradicción, del contraste permanente entre lo infinito y lo finito, entre lo universal y lo particular, si se quiere, como lo definía Hegel; y que por lo consiguiente, tenían una conciencia desgraciada. Pero entonces comprendí que de nada servía exhibir una «conciencia desgraciada», sobre todo cuando de esa conciencia desgraciada se obtenían ventajas. Para mí, un intelectual clásico es un tipo que saca provecho de su situación: va a los mítines, por ejemplo, y está bien o mal visto por los revolucionarios, poco importa, pero de todas maneras tiene contacto con la gente, escribe libros sobre todo esto, etc. ¿Pero por qué mantener esta conciencia desgraciada y sobre todo por qué sacar provecho de ella? Porque efectivamente se trata de un privilegio. Usted va a un mitin, como es intelectual puede hablar y ser escuchado, puede decir que las cosas andan mal, que es infortunado que sea así... Es una actitud absurda, pues consiste en conservar un estado de cosas, lamentándose, sin que ello signifique políticamente ninguna ayuda. Por ejemplo, muchos intelectuales, profesores, químicos, físicos o estudiantes

en los Estados Unidos trabajan para la guerra del Vietnam, trabajan realmente para ella (en fábricas o laboratorios). De acuerdo a mi antiguo concepto, se les podría considerar intelectuales porque al salir del trabajo se limitan a decir a los amigos: «Es repugnante lo que hacemos». Pero ahora yo me pregunto: ¿qué cambia esto? Igual cosa podría decirse del médico que se contenta con exclamar: «¡Lástima que seamos tan pocos para tantos, y que los remedios sean tan malos!»

En suma, pienso que lo que un intelectual debe hacer ahora es suprimir su conciencia desgraciada, es decir, no colocarse al margen del pueblo y declarar que hay una contradicción entre lo particular y lo universal en un caso determinado, sino estar con el pueblo y comprender el género de universalidad que éste reclama, dándole, si se le pide, una forma particular. En todo caso el intelectual es un hombre del pueblo como cualquier otro. No tiene por qué aislarse. Debe estar movido por los mismos sentimientos que los demás. Si el número de alojamientos, por ejemplo, es insuficiente, no basta denunciar la política oficial; es mucho más interesante ocupar de hecho los departamentos vacíos. Hay, pues, formas de acción concretas en las que el intelectual puede participar. En el caso de los alojamientos que cito, puede promover las ocupaciones forzosas, permanecer en el sitio ocupado si hay riesgo de desalojo político, etc.

L.— *Pero la situación del intelectual que usted describe es también, en cierto modo, la del obrero consciente. Sus intereses son contradictorios con los del capital, su lucha va dirigida a cambiar el sistema, pero un trabajo en la producción contribuye a perpetuarlo. Es también la conciencia desgraciada. ¿Debe dejar de trabajar, de ser obrero?*

Sartre.— En cierta manera tiene usted razón, puesto que uno y otro son productos de la sociedad capitalista actual. La única diferencia es que el intelectual ha buscado soluciones, ha hecho estudios, tiene una formación y accede a su oficio voluntariamente. Esto se vio muy claramente en el 68, cuando muchos estudiantes se permitieron rechazar puestos muy ambicionados. Hoy también hay intelectuales dispuestos a hacer un trabajo manual, es decir, a ejercer otro oficio. En otras palabras, un obrero no

puede dejar de serlo, salvo por medio de una revolución, o en un caso sobre 10.000, y traicionando a su clase, mientras que un intelectual puede muy bien bajar (él lo llamará subir) hasta el pueblo cambiando su oficio por uno en las fábricas. Ustedes me preguntarán por qué no estoy trabajando yo en una fábrica... Bueno, porque tengo 67 años y ninguna fábrica querría contratarme. Pero, en fin, si tuviese 20 años, estaría dispuesto. Así concibo el asunto. Esto no lo despoja a uno de cierta cultura: sólo la cambia, es decir, que uno tendría dos culturas, la cultura del proletariado formada por el oficio, y luego la que da la burguesía. Lo que, en suma, supone una nueva cultura, algo que es muy interesante. En conclusión, hoy por hoy el obrero no puede devenir intelectual, pero el intelectual puede muy bien convertirse en obrero.

L.— *Hace algunos años unas declaraciones suyas en Le Monde originaron una viva polémica. Usted decía que frente a un niño que muere de hambre, La Nausea no tenía ningún valor y que le parecía comprensible y hasta aconsejable que un escritor de país subdesarrollado dejara de escribir para servir de manera más útil e inmediata a su país. ¿Sigue pensando lo mismo?*

Sartre.— Se trata de una entrevista que no me satisface mucho. Inclusive le hice algunas rectificaciones. En todo caso hay un punto que es muy claro para mí: pienso que un intelectual revolucionario, en un país que ha hecho la revolución, puede, en un momento dado, hacer en favor de ella algo más útil que escribir novelas o poemas. Desde el punto de vista del revolucionario, el éxito de la revolución cuenta por encima de cualquier cosa. Un hombre que pueda decir: he contribuido a hacer una sociedad revolucionaria, tiene razón de estar más satisfecho que aquel que ha escrito un buen poema. Son cosas completamente distintas, de acuerdo, pero de todos modos, en la medida en que lo real prima, es preciso ponerse ante todo a la disposición de la sociedad, lo que no excluye, naturalmente, el derecho a la crítica.

L.— *En América Latina renace actualmente en algunos países un cierto nacionalismo cultural, la ambición de forjar una cultura autónoma, distanciada y hasta enemistada con las de Europa y las del resto del mundo. ¿Piensa usted que esta aspiración cultural nacionalista y au-*

tárquica pueda ser considerada una meta revolucionaria, un objetivo de izquierda?

Sartre. — De ninguna manera, dado que no hay cultura que no se haya constituido con el aporte de otras. Las culturas se interpenetran. Es cierto, sin embargo, que a menudo la cultura del país dominante se impone. Por tanto no me parece mal, teniendo en cuenta la influencia dominante de los Estados Unidos sobre América Latina, preservarse de ella. Cuando fui por primera vez a Cuba, recuerdo que una de las principales preocupaciones de los cubanos era la de resucitar su antigua cultura, que infortunadamente es española, para oponerla a la absorbente influencia de los Estados Unidos. En el fondo éste es un problema de matices. Declarar que un país debe tener sólo la propia cultura, y que esa cultura no tiene relación con ninguna otra, es falso. Declarar que hay que defenderse de ciertas culturas que representan la influencia de un estado imperialista dominante, es legítimo. Por esta razón, la posición de los cubanos no me pareció en modo alguno condeñable.

L. — *A propósito de Cuba, en los últimos meses ha habido un gran debate principalmente en el mundo intelectual latinoamericano sobre la evolución de la revolución cubana y particularmente de su política cultural. ¿Qué piensa usted al respecto?*

Sartre. — Estoy demasiado lejos de los acontecimientos para darles un juicio definitivo. Tengo la impresión, sin embargo, que ciertos hechos como el «affaire» Padilla revelan un control de la cultura que no existía cuando yo estuve allí. Había una forma de auto-censura, de la cual se

me hablaba, pero no esta especie de descomposición cultural que parece advertirse hoy, esto es, el que haya podido ocurrir una escena como la autocrítica de Padilla sin que la gente prorrumiera en carcajadas. Es evidente que la cultura en este plano no es sino un hecho entre otros, pero existe el riesgo de que sea símbolo de una situación general. No lo sé; no tengo elementos suficientes para discutirlos. En todo caso nada de esto ocurría la primera vez que fui a Cuba.

L. — *¿Piensa usted que los movimientos de liberación femenina deban considerarse como un fenómeno que se inscribe en el cuadro de los movimientos de liberación de las minorías oprimidas? ¿Piensa usted que dicha liberación pueda lograrse por medio de una revolución cultural?*

Sartre. — Pienso, con las mujeres, que este problema debe ser resuelto por ellas mismas. Es evidente que en los movimientos políticos son los hombres quienes dirigen. Por lo demás, considero que no están lo suficientemente politizadas. Las homosexuales, por ejemplo, afirman su derecho a serlo, lo que está muy bien, pero sin darle a su reivindicación ningún alcance político. Otras se acercan a nosotros, hacia los maoístas o movimientos similares. Creo que hay que ponerse en contacto con ellas, pero sin pretender dirigir las. Les corresponde a ellas politizar sus movimientos. Nosotros debemos limitarnos a ponernos a su disposición, si lo quieren, porque a menudo no les interesa. A veces son amenazantes... Cuando tuvieron lugar las jornadas del MLF* en París, una de ellas le preguntó a Simone de Beauvoir: «¿Sartre no vino? Entonces es que no está de acuerdo, le salud!»

* Movimiento de Liberación Femenino.

Narrativa

Alfredo Bryce Echenique Muerte de Sevilla en Madrid

Peruano, autor de Huerto Cerrado, que se publicó en La Habana, y de la novela Un mundo para Julius (Barral Editores, 1970). El presente relato fue escrito en París en 1971.

Fernando del Paso Esta casa de enfermos

Mexicano, novelista, autor de José Trigo (Siglo XXI). El capítulo que presentamos pertenece a su novela inédita Esta casa de enfermos

Salvador Garmendia Dos cuentos

Venezolano, narrador, autor de las novelas Los pequeños seres, Los habitantes, La mala vida y de los libros de cuentos Doble fondo y Difuntos extraños y volátiles.

Alfredo Bryce Echenique Muerte de Sevilla en Madrid

A Alida y Julio Ramón Ribeyro

La compañía venía dispuesta a instalarse con todas las de la ley. Para empezar, mucha simpatía sobre todo. Bien estudiado el mercado, bien estudiadas las características de los limeños que gastan, se había decidido que lo conveniente era una publicidad, un trato, unas *public relations* bastante cargadas a lo norteamericano pero con profundos toques hispanizantes, tal como éstos pueden ser imaginados desde lejos, en resumen una mezcla de Jacqueline Kennedy con el Cordobés. Y ya iban marchando las cosas, ya estaban instaladas las modernas oficinas en modernos edificios de la Lima de hoy, tú entrabas y la temperatura era ideal, las señoritas que atienden encantadoras, ni hablar de los sillones y de los afiches anunciando vuelos a Madrid y a otras ciudades europeas desde ciudades tan distintas como Lima y Tokio. Tu vista se paseaba por lo que ibas aceptando como la oficina ideal, tu vista descubría por fin aquella elegante puerta, al fondo, a la derecha, GERENTE.

Para gerente de una compañía de aviación que entraba a Lima como española, vinieran de donde vinieran los capitales, nada mejor que un conde español. No fue muy difícil encontrarlo además, y no era el primer solterón noble arruinado que aterrizaba por Lima, llenando de esperanzas el corazón de alguna rica fea. Ya habían llegado otros antes, parece que se pasaban la voz. Lima no estaba del todo mal. Acogedora como pocas capitales y todo el mundo te invita. Como era su obligación, el conde de la Avenida llegó bronceado, con varios ternos impecables y un buen surtido de camisas de seda. El título de conde lo llevaba sobre todo en la nariz antigua, tan aguilena en su angosta cara cuarentona (cuarenta y siete años, exactamente) que en su tercer almuerzo en el Club de los Cóndores, aceptó sonriente el apodo que ya desde meses atrás le habían dado silenciosamente en un club playero sureño: el Águila Imperial. Con tal apodo el mundo limeño que obligatoriamente iría circundándolo se puso más curioso todavía y las invitaciones se triplicaron. El conde de la Avenida, para sus amigos de la Águila Imperial, debutó en grande. La oficina de Lima se abrió puntualmente, y para el vuelo inaugural, el Lima-Madrid, puso en marcha el

famoso sorteo que terminaría con su breve y brillante carrera de ejecutivo.

Pudo haber sido otro el resultado, pudo haber sido todo muy diferente porque en realidad Sevilla ni se enteró de lo del sorteo. Y aun habiéndose enterado, jamás se habría atrevido a participar. El había triunfado una vez en Huancayo, antes de que muriera Salvador Escalante, y desde entonces había vivido triste y tranquilo con el recuerdo de aquel gran futbolista escolar.

Miraflores ya había empezado a llenarse de avenidas modernas y de avisos luminosos en la época en que Sevilla partió rumbo al colegio Santa María, donde sus tías, con gran esfuerzo, habían logrado matricularlo. Se lo repetían todo el tiempo, ellas no eran más que dos viejas pobres, ¡ah!, si tus padres vivieran, pero a sus padres Dios los tenía en su gloria, y a Sevilla sus tías lo tenían en casa con la esperanza de que los frutos de una buena educación, en uno de los mejores colegios de Lima, lo sacaran adelante en la vida. Abogado, médico, aviador, lo que fuera pero adelante en la vida.

No fue así. La tía más vieja se murió cuando el pobre entraba al último año de secundaria, y la pensión de la otra viejita con las justas sirvió para que Sevilla terminara el colegio. Tuvo que ponerse a trabajar inmediatamente. Todos sus compañeros de clase se fueron a alguna universidad, peruana o norteamericana, todos andaban con el problema del ingreso. Sevilla no, pero la verdad es que esta apertura hacia lo bajo, hacia un puestecito en alguna oficina pública no lo entristeció demasiado. Ya hacía tiempo que él había notado la diferencia. La falta de dinero hasta para comprar chocolate a la hora del recreo, día tras día, lo fue preparando para todo lo demás. Para lo de las chicas del Villa María, por ejemplo. El no se sentía con derecho a aspirar a una chica del Villa María. Las pocas que veía a veces por las calles de Miraflores eran para Salvador Escalante. El se las habría conquistado una por una, él habría tenido un carro mejor que los bólidos que sus compañeros de clase manejaban los sábados o, por las tardes, al salir del colegio. Era todavía el carro de papá o de mamá y lo manejaba siempre un chófer, pero cuando llegaban a recoger a sus compañeros de clase, éstos le dedicaban al cholo con gorra hazte a un lado, y par-

tían como locos a seguir al ómnibus del Villa María. Sevilla no. El partía a pie y, mientras avanzaba por la Diagonal para dirigirse hacia un sector antiguo de Miraflores, se cruzaba con las chicas que bajaban del ómnibus del Villa María o que bajaban de sus automóviles para entrar a una tienda en Larco o en la Diagonal. En los últimos meses de colegio empezó a mirarlas, trató de descubrir a una, una que fuera extraordinariamente bella, una que sonriera aunque sea al vacío mientras él pasaba. Si una hubiese sonreído con sencillez, con dulzura, Sevilla habría podido encontrar por fin a la futura esposa de Salvador Escalante.

Buscaba con avidez. Casi podría decirse que ésta fue la etapa sexual (aunque sublimada) de la vida del joven estudiante. A pesar de que Salvador Escalante había muerto años atrás, él continuaba buscándole la esposa ideal. Lo de la dulce sonrisa y el pelo rubio parecían interesarlo particularmente, y hasta hubo unos días en que se demoró en llegar a casa; se quedaba en las grandes avenidas miraflores, se arrinconaba para buscar sin que se notara, pero la gente tenía la maldita costumbre de pasar y pasar. Cada vez que Sevilla veía venir a una muchacha, alguien pasaba, se le tapaba, se quedaba sin verla. Siempre se le interponía alguien, la cosa realmente empezaba a tomar caracteres alarmantes, por nada del mundo lograba ver a una chica, la mujer para Salvador Escalante podría haber pasado ya ante sus ojos mil veces y siempre un tipo le impedía verla, siempre una espaldota en su campo visual.

Así hasta que decidió que por la Diagonal y Larco era inútil. Por su casa tal vez. Claro que había que consultarlo con Salvador Escalante. Fueron varios días de meditación, varios días en que el recuerdo del gran futbolista escolar que le hizo caso, que no se fijó que en sexto de primaria a Sevilla ya se le caían unos pelos gruesos, varios días en que el recuerdo del amigo mayor, el del momento triunfal en Huancayo creció hasta mantener a Sevilla en perenne estado de alerta. La gran Miraflores, Larco, Diagonal, esas avenidas eran inútiles. Quedaba lo que Sevilla había sentido ser el pequeño Miraflores. Pocos captaban esa diferencia como él. Pero en efecto existía todo un sector de casas de barro con rejas de madera, casas amarillentas y viejas como la de Sevilla. Las chicas que vivían en esas casas no iban al Villa María pero

a veces eran rubias y Sevilla sabía por qué. La cosa venía de lejos, de principios de siglo y, ahora que lo pensaba, ahora que lo consultaba con Salvador Escalante, Sevilla deseaba profundamente que todo hubiera ocurrido a principios de siglo cuando de esas casas recién construidas salían rubias hijas de ingleses. Qué pasó con esos ingleses era lo que Sevilla no sabía muy bien cómo explicarle a Salvador Escalante. Por qué tantos inmigrantes se enriquecieron en el Perú y en cambio esos ingleses envejecieron bebiendo gin y trabajando en una oficina. Ahora sólo algunas de sus descendientes tenían el pelo rubio pero esto era todo lo que quedaba del viejo encanto británico que pudo haber producido una esposa ideal para Salvador Escalante. Para qué mentirle a Salvador Escalante, además. Bien sabía Sevilla que con pelo rubio o castaño o negro esos chicas iban a otros colegios, terminaban de secretarías y se morían por subir pecaminosamente a carros modernos de colores contrastantes. Todo un lío. Todo un lío y una sola esperanza: la llegada triunfal del gran futbolista escolar, convertido ya en flamante ingeniero agrónomo. Una tarde, después de romperle el alma a todo aquel que llegara por esos barrios con afán de encontrar una medio pelo, Salvador Escalante vendría a llevarse a la muchacha que Sevilla le iba a encontrar, Salvador Escalante tenía las haciendas, la herencia, el lujoso automóvil, la chica era buena y en una de esas viejas casonas amarillentas algún viejo hijo de ingleses, pobremente educado en Inglaterra, extraviado entre el gin y la nostalgia, volvería a sonreír. Valía la pena. Salvador Escalante aceptaba, después de todo siempre jugó fútbol limpiamente, sin despreciar a los de los colegios nacionales, después de todo siempre comulgó seriamente los primeros viernes. Instalado en su vetusto balcón, Sevilla vio avanzar por la calle a la que, vista de más cerca, podría llegar a ser la esposa de Salvador Escalante. Se dio tiempo mientras la dejaba venir para vivir el momento triunfal en Huancayo, fue feliz pero entonces un automóvil frenó y siete muchachos se arrojaron por las puertas y Sevilla se quedó sin ver a la muchacha, imaginando eso sí que sonreía rodeada por sus siete compañeros de clase. Sintió que era el fin muy profundo de una etapa que había vivido casi sin darse cuenta, pero lo que más le molestaba, lo que más lo entristecía no era el haberse convencido de

que le era imposible lograr ver a una mujer hermosa, lo que más le molestaba era el haberse quedado momentáneamente sin proyectos para Salvador Escalante.

Porque desde tiempo atrás el gran futbolista escolar había quedado para siempre presente en la vida de Sevilla. Con él resistió el asedio sufrido durante los últimos años de colegio. Lo del pelo, por ejemplo. Se le seguía cayendo y siempre era uno solo y sobre alguna superficie en que resaltaba lo grasoso que era. Caía un pelo ancho y grasoso y la clase entera tenía que ver con el asunto, pero Sevilla llamaba silenciosamente a Salvador Escalante porque con él no había sufrimiento posible. Sólo un triste aguantar, una tranquila tristeza limpia de complejos de inferioridad. Un solo estado de ánimo siempre. Un solo silencio ante toda situación. Por ejemplo la tarde aquella en que los siete que le impidieron ver a la última mujer que miró en su vida llegaron a su casa. Sevilla estaba en la cocina ayudando a su tía, estaban haciendo unos dulcecitos cuando sonó el timbre. Salió a abrir pensando que eran ellos porque lo habían amenazado con pedirle prestado una carpeta de trabajo para copársela porque andaban atrasados. Abrió y le llovieron escupitajos disparados entre carcajadas. Al día siguiente, toda la clase se mataba de risa con lo de Sevilla con el mandilito de mujer. No era mentira, era el mandilito que se ponía cuando ayudaba a su tía y era de mujer pero también era cada vez más fácil fijar la mirada en un punto determinado de la pared: Salvador Escalante surgía siempre.

Y ahora que trabajaba en un oscuro rincón de la Municipalidad de Lima, perdido en una habitación dedicada al papeleo, lo único que había cambiado era aquel punto determinado de la pared. Sevilla encontraba a Salvador Escalante con sólo mirar a un agujero del escritorio que alguien, antes que él, había abierto laboriosamente con la uña. Eso era todo. Lo demás seguía igual, una tranquila tristeza, un pelo grasoso sobre cada papel que llegaba a sus manos y una puntualidad que desgraciadamente nadie notaba. Y esto más que nada porque Sevilla tenía jefe pero el jefe no tenía a Sevilla. No le importaba tenerlo, en todo caso. La vida que se vivía en aquella oficina llegaba hasta él convertida en un papel que se le acercaba a medida que pasaba de mano en mano. La última

mano le hablaba, le decía Sevillita, pero Sevillita no había logrado integrarse aquí tampoco. Aquí triunfaba un criollismo algo amargado, los apodos eran muy certeros y se vivía a la espera de un sábado que siempre volvía a llegar. Salían todos y cruzaban un par de calles hasta llegar a un bar cercano. Sábado de trago y trago, cervezas una tras otra y unas batidas terribles al que se marchaba porque marcharse quería decir que en tu casa tu esposa te tenía pisado. Gozaban los solteros burlándose de los casados, luego siempre algún soltero se casaba y tenía que irse temprano quitándose como fuera el tufo y los solteros repetían las mismas bromas aunque con mayor entusiasmo porque se trataba de un recién casado. Sevillita nunca participó, nunca fue al bar y nunca nadie le pidió que viniera. Se le batía rápidamente a la hora de salida pero de unas cuantas bromas no pasaba la cosa, luego lo dejaban marcharse. A los matrimonios asistía un ratito.

Un día se le tiraron encima los compañeros de trabajo y el jefe sonrió. Sevilla fue comprendiendo poco a poco que una flamante compañía de aviación iba a realizar su vuelo inicial, Lima-Madrid, y que para mayor publicidad había organizado un sorteo. Entre todo peruano que llevara de apellido el nombre de una ciudad española, un ganador viajaría a Madrid, ida y vuelta, todo pagado. La cosa era en grande, con fotografías en los periódicos, declaraciones, etc. Sevilla miró profundamente al agujero por donde llegaba hasta Salvador Escalante, pero la imagen de su vieja tía lo interrumpió bruscamente.

Por lo pronto a su tía le costó mucho más trabajo comprender de qué se trataba todo el asunto. Por fin tuvo una idea general de las cosas y aunque atribuyó inmediatamente el resultado a la voluntad de Dios, lo del avión la aterrizó. Ya era muy tarde en su vida para aceptar que su sobrino, su único sustento, pudiera subir a un monstruo de plata que volaba. En la vida no había más que un Viaje Verdadero, un Último Viaje que para ella ya estaba cercano y para el cual desde que murieron sus padres había estado preparando a Sevilla.

—No viajarás, hijito. Creo que el Señor lo prefirió así.

Estaba bien, no iba a viajar. La oscuridad de aquel viejo salón, la destaralada antigüedad de

cada mueble iba reforzando cada frase de la anciana tía, cargándola de razón. No viajaría. Bastaba, pues, con armarse de valor y con presentarse a las oficinas de la Compañía de Aviación para anunciar que no podía viajar. Le daba miedo hacerlo, pero lo haría. Llamar por teléfono era lo más fácil; sí, llamaría por teléfono y diría que le era imposible viajar por motivos de salud. Pero algo muy extraño le sucedió momentos después. Salvador Escalante le aconsejó viajar mientras estaba rezando el rosario con su tía, y por primera vez en años no pudo rezar tranquilo. Su tía no notaba nada pero él simplemente no podía rezar tranquilo, no podía continuar, hasta empezó a moverse inquieto en el sillón como tratando de ahuyentar la indescriptible nostalgia que de pronto empezaba a invadir a borbotones la apacible tristeza que era su vida. Mil veces había revivido los días en Huancayo con Salvador Escalante pero todo dentro de una cotidianidad tranquila, esto de ahora era una irrupción demasiado violenta para él. Tampoco cenó tranquilo, y por primera vez en años se acostó con la idea de que no se iba a dormir muy pronto. Cuántas veces había pensado en sus recuerdos, pero esta noche en vez de traerlos a su memoria era él quien retrocedía hacia ellos, dejándose caer, resbalándose por sectores de su vida pasada que lo recibían con nuevas y angustiosas sensaciones. Volvía a vivir quinto, sexto de primaria cuando empezaron los preparativos para el viaje a Huancayo. Tía Matilde vivía aún y dominaba un poco a tía Angélica pero en este caso las dos estaban de acuerdo en que debía asistir: el Congreso Eucarístico de Huancayo era un acontecimiento que ningún niño católico debía perder. Qué buena idea de los padres del colegio la de llevarlos. Una reunión de católicos fervientes y un enviado especial del Papa para presidir las ceremonias. Por primera vez en su vida Sevilla se acostó con la idea de que no se iba a dormir muy pronto. Como ahora, en que volvió también a encender la lamparita de la mesa de noche y a salirse de la cama con la misma curiosidad de entonces, el mismo miedo, los mismos nervios, por qué como que caía al presente de sus recuerdos, por qué años después volvía a atravesar el dormitorio en busca del Diccionario Enciclopédico para averiguar temeroso cómo era la ciudad a la que iba a viajar con unos campañeros entre los cuales no tenía un solo

amigo. El mismo Diccionario Enciclopédico Ilustrado que ya entonces había heredado de sus padres. Lo trajo hasta su cama recordando que era una edición de 1934. Leyó lo que decía sobre Huancayo, pensando nuevamente que ahora tenía que ser mayor el número de habitantes...

«Huancayo. Geogr. Prov. del dep. de Junín, en el Perú. 5.244 km.²; 120.000 h. (Pero ahora tenían que ser más que entonces). Comprende 15 distr. Cap. homónima. Coca, caña, cereales; ganadería; minas de plata, cobre y sal; quesos, cocinas, curtidos, tejidos sombreros de lana. 2// Distr. de esta prov. 11.000 hab. cap. homónima. 1/3 C. del Perú, cab. de este distr. y cap. de la provincia antedicha. 8.000 h. Minas.»

No pudo ocultar una cierta satisfacción cuando Salvador Escalante le convidó un chicle. Salvador Escalante era un ídolo, el mejor futbolista del colegio y estaba en el último año de secundaria. Viajaba para acompañar al hermano Francisco y ayudarlo en la tarea de cuidarlos. El ómnibus subía dando curvas y curvas y, cuando llegaron a Huancayo, Huancayo resultó ser completamente diferente a lo que decía el diccionario. Lo que decía el diccionario podía ser cien por ciento verdad pero faltaba aquella sensación de haber llegado a un lugar tan distinto a la costa, faltaba definitivamente todo lo que lo iba impresionando a medida que recorría esas calles pobladas de otra raza, esas calles de casas bastante deterioradas pero que resultaban atractivas por sus techos de doble agua, sus tejadas, sí, sus tejadas. Techos y techos de tejadas rojas y un aire frío que los obligaba a llevar sus pijamas de franela. Sevilla nunca pensó que los pijamas pudieran ser tan distintos. Dormían en un largo corredor de un moderno convento y realmente cada compañero de clase tenía un pijama novedoso. Definitivamente el de Santisteban parecía todo menos un pijama y el de Alvarez Calderón sólo en una película china. No le importó mucho tener el único vulgar pijama de franela porque, además, ya había habido toda esa larga conversación con Salvador Escalante durante el viaje. El nunca trató de hablarle, Salvador Escalante le hablaba.

Lo mismo fue al día siguiente. Ayudaba al hermano Francisco con lo de la disciplina pero a la hora del almuerzo se sentó a su lado y vol-

vió a hablarle. Sevilla se moría de ganas de agregarle algo a sus monosílabos y fue en uno de esos esfuerzos que sintió de golpe que Salvador Escalante lo quería. Fue como pasar del frío serrano que tanto molestaba en los lugares sombreados a uno de esos espacios abiertos donde el sol cae y calienta agradablemente. Fue macanudo. Fue el fin de su inquietud ante todos esos pijamas tan caros, tan distintos, tan poco humildes como el suyo.

Claro que mientras asistían a las ceremonias del Congreso, Sevilla era uno más del montón, un solitario alumno del Santa María, aquel que no podía olvidar que para sus tías todo este viaje había representado un gasto extra, el que no metía vicio ni su burlaba de los indios, el más beato de todos por supuesto. Las apariciones del enviado especial del Papa le causaban verdaderos escalofríos de cristiana humildad.

Pero había los momentos libres y Salvador Escalante podía disponer de ellos solo, haciendo lo que le viniera en gana. El hermano Francisco lo dejaba irse a deambular por la ciudad, sin uniforme, con ese saco sport marrón de alpaca y la camisa verde. Sevilla lo vio partir una, dos veces, jamás se le ocurrió que, a la tercera, Salvador Escalante le iba a decir vamos a huevar un rato, ya le dije al hermano Francisco que te venías conmigo.

Simplemente caminaban. Vagaban por la ciudad y todas las chicas que iban a los mejores colegios de Huancayo se disforzaban, se ponían como locas, perdían completamente los papeles cuando pasaba Salvador Escalante. Tenían un estilo de disforzarse muy distinto al de las limeñas, algo que se debatía entre más bonito, más huachafo y más antiguo. Por ejemplo, de más de un balcón cayó una flor y también hubo esa vez en que una dejó caer un pañuelo que Sevilla, sin comprender bien el jueguito, recogió ante la mirada socarrona de su ídolo. La chica siguió de largo y Sevilla se quedó para siempre con el pañuelo. Porque Salvador Escalante simplemente caminaba. Avanzaba por calles donde siempre había un grupo de muchachas para sonreírle. Sevilla se cortaba, se quedaba atrás, pegaba una carrerita y volvía a instalarse a su lado.

Una tarde Salvador Escalante se detuvo a contemplar los afiches de *Quo Vadis, los mártires del cristianismo*. «Una buena película para estos días», pensó Sevilla, mientras recibía un chi-

cle de manos del ídolo. «Entramos», dijo Salvador Escalante y él como que no comprendió, en todo caso se quedó atrás contemplando cómo boletera, controladora y acomodadora se agrupaban para admirar la entrada de su amigo. Fue cosa de un instante, una especie de rápido pacto entre las tres cholitas guapas y el rubio joven de Lima. Salvador Escalante pasó de frente, no pagó, no le pidieron que pagara, lo dejaron entrar regalando al aire su sonrisa de siempre, mientras Sevilla sentía de golpe la profunda tristeza de haber quedado abandonado en la calle.

Y desde entonces revivió hasta la muerte el momento en que Salvador Escalante no lo olvidó. Ya estaba en la entrada a la sala, él en la vereda allá afuera, cuando volteó y le hizo la seña aquella, entra, significaba, y Sevilla se encogió todo y cerró los ojos, logrando pasar horroso frente a las tres señoritas del cine. Fue una especie de breve vuelo, un instante de timorato coraje que, sólo cuando abrió los ojos y descubrió a Salvador Escalante esperándolo sonriente, se convirtió en el instante más feliz de su vida. Entró gratis, gratis, gratis. Por unos segundos había compartido a fondo la vida triunfal de Salvador Escalante. Salvador Escalante no le falló nunca, y cuando volvieron a Lima continuó preguntándole por sus notas en el colegio, aconsejándole hacer deporte y tres veces más ese año le regaló un chicle.

Luego se marchó. Terminó su quinto de media y se marchó a seguir estudios de agronomía, con lo cual Sevilla empezó a seleccionar sus recuerdos. Lo del cine en Huancayo lo recordaba como un breve vuelo por encima de tres cholitas y hacia un destino muy seguro y feliz. Había sido todo tan rápido, su indecisión, su entrada, que sólo podía recordarlo como un breve vuelo, una ligera elevación, no recordaba haber dado pasos, recordaba haber estado solo en la vereda y luego, instantes después, muy confortable junto a Salvador Escalante. Y era tan agradable pensar en todo eso mientras caminaba por las canchas de fútbol donde Salvador Escalante había metido tantos goles. Sevilla ya no le pedía absolutamente nada más al Santa María. Sus compañeros de clase podían burlarse de él hasta la muerte: nada, no sufría. Los pelos grasosos podían continuar cayendo sobre las páginas blancas de los cuadernos: nada, Se-

villa había entrado a la tranquila tristeza que era su vida sin Salvador Escalante, había entrado a una etapa de selección de sus recuerdos, eso era todo para él, necesitaba ordenar definitivamente su soledad.

Pero Salvador Escalante volvió. Vino como ex alumno y jugó fútbol y metió dos goles y caminó desde el campo de fútbol hasta los camerines con Sevilla al lado. Volvió también a jugar baloncesto, alumnos contra ex alumnos, y hablaba de agronomía y allí estaba Sevilla, a un ladito, escuchándolo. O sea que la vida podía volver a tener interés en el Santa María. Sevilla comprendió que Salvador Escalante era un ex alumno fiel a su colegio, uno de esos que volvía siempre, sólo bastaba con estar atento a toda actividad que concerniera a los ex alumnos: Salvador Escalante volvería a caminar por el colegio como caminaba en Huancayo cuando caían pañuelos, sonrisas y flores.

No duró mucho, sin embargo. Salvador Escalante era hijo de ricos propietarios de tierras, pertenecía a una de las grandes familias de Lima y los periódicos se ocuparon bastante de su muerte. Debió ocurrir de noche (el automóvil no fue localizado hasta la madrugada por unos pastores). El joven y malgrado estudiante de agronomía regresaba de una hacienda en Huancayo, víctima del sueño perdió probablemente el control de su vehículo y fue a caer a un barranco, perdiendo de inmediato la vida. Sevilla compró todos los periódicos que narraban el triste suceso, recortó los artículos y las fotografías (creía reconocer el saco marrón de alpaca), todo lo guardó cuidadosamente. Pensó que, de una manera u otra, la vida lo habría alejado para siempre de Salvador Escalante, lo de los ex alumnos fieles no podía durar eternamente. Con apacible tristeza volvió a ordenar aquellos maravillosos recuerdos que las cálidas reapariciones de Salvador Escalante por el Santa María habían interrumpido momentáneamente.

La vida limeña había tratado al conde de la Avenida como a un águila imperial. Volaba alto, volaba con elegancia y dentro de tres años, al cumplir los cincuenta, todo estaba calculado, iba a caer sobre su ya divisada presa, Anunciata Valverde de Ibarquengoitia, treinta y nueve años muy bien llevados, un desafortunado matrimonio, un sonado y olvidado divorcio, la más her-

mosa casa frente al mar en Barranco y esa sólida fortuna sobre la cual al caballero español ya no le quedaba duda alguna. Eso, dentro de tres años. O sea que quedaba tiempo para continuar disfrutando de los tres clubs de los cuales ya era socio: El Golf, Los Cóndores, para el bronceo invernal, La Esmeralda para los coctelitos conversados que precedían al baño de mar o de piscina y al amuerzote rodeado de amigos. Y para la intimidad o para las invitaciones correspondiendo a invitaciones, el penthouse en el moderno edificio de la avenida Dos de Mayo, San Isidro. Lo había decorado con gusto y tenía sobre todo el suntuoso baño ése, plagado de repisas y lavandas, se levantaba cada mañana y se deslizaba por una alfombra que le iba acariciando los pies, calentándose los mientras se acercaba al primer espejo del día, estaba listo para afeitarse pero se demoraba siempre un poco en empezar porque le gustaba observar desde allí aquella monumental águila de plata ubicada sobre una mesa especial en el dormitorio, un águila con las alas abriéndose, a punto de iniciar vuelo, algo tan parecido a todo lo que él estaba haciendo desde que llegó a Lima. Y Lima realmente le seguía tratando bien, muy bien, ni una sola queja. En ciertos asuntos ya era toda una autoridad. En su penthouse, por ejemplo (y en otros cócteles), alabó los vinos de la rioja alavesa como complemento indispensable para acompañar determinada cocina española, hasta convertirlos en obligatorios dentro de todo un círculo de amistades. Gregorio de la Torre produjo una noche siete botellas de Marqués de Riscal, *but...* No, mi amigo; ni siquiera Marqués de Riscal. El Águila Imperial prefería los de don Agustín. Sí, señores, don Agustín. Don Agustín, un hombre tan generoso como sus vinos y que tiene sus bodegas en Laserna, un lugar cercano a Laguardia, ¡ah!, ¡Laguardia!, ¡pueblo inolvidable! Dios sabe cómo fue a caer él por Laserna una noche, semanas antes de partir al Perú. El trato quedó cerrado poco rato después: don Agustín le enviaría mensualmente aquel delicioso vino casero que hasta el propio Juan Lucas y su adorable esposa Susan alabaron con adjetivos novedosos. Para vinos, desde entonces, había que consultar con el conde de la Avenida. Y había que invitarlo mucho. Mucho.

Bebía lo justo y fumaba lo aconsejable y en las agencias todo estaba listo para poner en marcha

la Compañía. Desde ayer el famoso sorteo tenía un ganador y hoy, a las once de la mañana, la oficina principal se llenaría de periodistas, champán a diestra y siniestra, esa era la culminación de una brillante campaña publicitaria. El conde de la Avenida se estaba afeitando. Lo de anoche había sido gracioso con la cholita tan guapa. Lo habían invitado a casa de uno de esos limeños que les da por lo autóctono y resultó que había nada menos que una soprano de coloratura. Eran canciones bonitas pero ella dale que dale con agregarles bajos bajísimos y altos altísimos, toda clase de pitos y alaridos, hacía lo que le daba la gana con la garganta. «Esto es lo indígena», le explicaron por ahí, pero eso a él le interesaba muy poco, la verdad que a él sólo le interesaba la cholita en sí. «Cómo demonios se aborda a este tipo de gente», se preguntaba el Aguila Imperial.

Debió hacerlo muy mal porque por toda respuesta obtuvo una frase de lo más divertida: «Esta noche parto de viaje con el Presidente de la República y con todos sus ministros.» Había dos ministros en la reunión y ninguno de los dos tenía pinta de partir de gira ni mucho menos. Simplemente la soprano de coloratura no había captado quién era él, la distancia era muy grande, es verdad, pero el conde de la Avenida había optado por acortarla al máximo: le mostró su tarjeta de visita y le habló inmediatamente de tres cabarets famosísimos en Madrid. Se estaba terminando de afeitarse cuando la soprano de coloratura vino a despedirse, tengo que grabar, te llamo el jueves, dejándolo con una deliciosa sensación de fortaleza física. Se sentía bien, excesivamente bien, tanto que trajo el águila de plata al baño y le fue arrojando agua mientras se duchaba, ey, Francisco Pizarro, le dijo, de pronto, *how are you feeling today?*

Mientras tanto el pobre Sevilla había hecho su diario recorrido Miraflores-Lima en su diario Expreso de Miraflores, pero hoy no se sentía como siempre. Hoy se sentía algo distinto. Por lo general no sentía nada, iba al trabajo y eso era todo. Pero esta vez la noche la había pasado mal: si dormía era casi despierto y con una mescolanza de recuerdos sobre el Santa María, sobre Salvador Escalante; si despertaba seguía medio dormido y se enfrentaba al problema del viaje que el ídolo escrolaba tanto le recomendaba. «No viajarás, hijito. Creo que el Se-

ñor lo prefiere así.» Cómo iba a hacer para decirle a los de la Compañía de Aviación que no iba a viajar y cómo iba a hacer para decirle a su tía Angélica que sí iba a viajar. Además tenía que pedirle permiso al jefe para usar uno de los teléfonos de la oficina. Y tenía que mentir diciendo que por motivos de salud no iba a viajar y mentir era pecado. Tenía que hablar por teléfono con un hombre al que no conocía para mentirle convincentemente un pecado y Salvador Escalante que se había pasado toda la noche aconsejándole el viaje, cómo le iba a decir a su tía que sí iba a viajar. Lo último que sintió al llegar a la oficina fue un ligero malestar estomacal y un inevitable pedo que se le venía. Se detuvo un ratito para tirarse el pedo antes de entrar y resulta que fueron dos pedos. Al levantar la cara para seguir avanzando, y mientras comprobaba que el estómago le molestaba aún, reconoció al impecable joven que, justo en ese instante, estaba pensando: «Me lo temía; tenía que ser este Sevilla.» Pero un brillante jefe de relaciones públicas nunca debe temerse nada y Sevilla fue recibido con un entusiasmo que aumentó su malestar estomacal. Cucho Santisteban lo había escupido un día, la tarde aquella del mandilito de mujer, y ahora venía en nombre de la Compañía de Aviación, ya estaba todo arreglado en la oficina, ya estaba todo listo, Cucho Santisteban venía a llevárselo simple y llanamente. Desde el jefe hasta el penúltimo del fondo, el que le alcanzaba los papeles a Sevilla, todos dejaron sonrientes que Cucho Santisteban se lo llevara.

Y quiso hablar todo el tiempo, es decir, que quiso decir a cada momento, entre cada fotografía, entre cada flash que le era imposible abandonar a su tía Angélica, vieja enferma sola incapaz de quedarse sola durante tantos días. En cambio los periodistas anotaban que se sentía feliz con el resultado del sorteo, que estaba orgulloso de poder volar en los modernos aparatos de la Compañía, que era la oportunidad de su vida, sí, sí, tal vez la única oportunidad de conocer el Madrid que cantó Agustín Lara. Todo esto mientras Cucho Santisteban le colocaba copas de champán en la mano, pensando que si Sevilla había sido feo en el colegio ahora era un monstruo. *But Public Relations* tenía que embellecer el asunto como fuera, sonrisas, mu-

chas sonrisas, cada flash anulaba la realidad, cada flash desdibujaba el pelo ralo y grasoso de Sevilla, sus cayentes y estrechos hombritos, la barriga fofa y sobre todo las caderas chiquitas como todo lo demás pero muy anchas de ese cuerpo, tristemente eunocoides. Y la ausencia total de culo. *Public Relations* había cumplido su tarea, sólo esperaba que Sevilla tuviera cuando menos un terno y una camisa mejor para el viaje. Cucho Santisteban podía volver a cagarse en la noticia, ahora las firmas y formalidades con el Aguila Imperial. Pero un repentino e incómodo sentimiento empezó a molestarlo. La vida lo estaba tratando magníficamente bien, pero por un instante ni su perenne sonrisa disimuló una súbita rabia: Sevilla seguía siendo escupible y sin embargo llega una época en la vida en que algo, algo, ¡maldita sea!, nos impide escupir.

Lo anunciaron y, ahí dentro, en la gerencia, se interrumpió un tararear. Al Aguila Imperial se le había pegado una de las canciones de la soprano de coloratura y se sentía de lo más bien repitiéndola. Su optimismo tenía una canción más que tararear y era tan agradable andar tarareando en esa oficina de gruesa alfombrota, con los aditamentos esos para que nada suene, impidiendo todo ruido que no fuera el de su voz, su sana voz hispánica. Entonces apareció. Sevilla como que cayó de algún sitio y apareció paradito en la alfombrota, ahí, delante de él. El conde de la Avenida pensó en la soprano de coloratura y sintió una ausencia casi angustiosa. Volteó buscando la mesa con el águila de plata y no estaba ahí. Anunciata Valverde de Iburguigoitia se esfumó desesperadamente de sus proyectos definitivos, ni los tres años de vida de soltero noble e interesante que tenía por delante fueron algo que llenara su pecho de alguna energía, definitivamente la palabra optimismo envejeció, inmediatamente ocurrió lo mismo con la palabra ejecutivo, Madrid *by night* era una estupidez deprimente. Y Sevilla paradito ahí, horrible, negando toda la escala de valores por la que el conde de la Avenida venía subiendo desde que llegó a Lima, destrozando su fe en aquel libre, *Life begins at forty*, envejeciéndolo, envejeciéndolo dolorosamente. Sevilla paradito ahí. «Un deterioro momentáneo, pensó el Aguila Imperial... algo como atropellar a un mendigo entre los Cóndores y el Golf... Sí, un deterioro momentáneo; eso es todo.» Pero

la palabra momentáneo empezó a durar con la sensación de que iba a durar ya para siempre. Con un gran esfuerzo el Aguila Imperial decidió imitarle, se imaginó actuando ayer y empezó a copiarlo igualito. «Siéntese, jovencito... Ante todo mis felicitaciones», pero la materia imitable se le acababa se le acababa, tenía que abreviar: «Firme usted estos documentos.» Esa fue la continuación del fin, de algo que había empezado cuando la cotidiana deformidad de Sevilla sobre la alfombra roja, cuando los numerosos signos de decrepitud en un hombre veinte años menor que él destrozaron un sistema de vida cuya base eran lujo y belleza día y noche. «¡No puede ser!», gritó angustiado. Sevilla palideció y la sombra de su barba se puso más sucia todavía. El conde ejecutivo se incorporó, fue hasta la amplia ventana de su despacho, corrió luego hasta el espejo de su baño privado, por fin allí se detuvo y, abriendo grandazos los ojos, declamó

Soprano de coloratura
Vinos de don Agustín
Playboy
Life begins at forty
Green golf and beauties
Rioja alavesa
Nariz aguileña
Aguila Imperial

Anunciata Valverde de Iburguigoitia
Este último nombre lo había asociado varias veces con unos versos de Antonio Machado, lo-
gró decirlos

«Y REPINTAR LOS BLASONES/HABLAR DE LAS TRADICIONES» pero al final ya casi no pudo, le temblaba la voz, Machado había envejecido y había muerto y ahí estaba su cara frente al espejo, transformada, transformándose, la nariz aguileña sobre todo aumentando hasta romper su borde habitual, su justo límite imperial y él siempre había tenido los ojos hundidos pero no estos de ahora, dos ojos hundidísimos entre arrugas y sin embargo saltados, saltones, dos huevos duros hundidos y salientes al mismo tiempo.

Aún le quedaban la franela inglesa de su terno y la seda de su camisa. Con eso tenía tal vez para volver a su escritorio, sí, sí, imitarle anteayer, ayer ya no le quedaba, que Sevilla firme rápido, la última esperanza, un último esfuerzo...

—Firme aquí, jovencito...

Pero Sevilla estaba desconcertado con la forma en que cada rasgo en esa cara decaía, se acentuaba entristeciendo. Sevilla estaba tímidamente asustado y no atinó a sacar un lapicero. Hubo entonces otro último esfuerzo del conde: alcanzarle el suyo para que firme rápido. Tan rápido que el conde dejó el brazo extendido para que se le devolviera, sobresalía el puño de seda de su camisa con el gemelo de oro y él lo miraba fijamente, el sol brilla sobre la paz de un campo de nieve... Pero sobre el puño de seda de su camisa con el gemelo de oro cayó el pelo grasoso cuando Sevilla inclinó un poquito la cabeza para devolverle el lapicero.

Tres semanas más tarde, un avión de la flamante compañía abandonaba la primavera limeña rumbo a España, mientras que otro avión abandonaba el otoño madrileño rumbo al Perú. En el primero viajaba, definitivamente acabado, el conde de la Avenida; en el segundo traían el cadáver de Sevilla. Casi podría decirse que se cruzaron. Y que Lima ha olvidado por completo al Aguila Imperial, y que lo del suicidio de Sevilla, si bien dio lugar a conjeturas e investigaciones, fue también rápidamente olvidado por todos, salvo quien sabe por la vieja tía Angélica, hundida para siempre en la palabra resignación. Es cierto que la Compañía hizo más de un esfuerzo por recuperar al conde, por volverlo a tener al frente de sus oficinas, pero muy pronto los tres psiquiatras que lo trataron en los días posteriores al primer ataque de angustia optaron por darle gusto, es decir, optaron por enviarlo de regreso a España. Era lo único que quería, un deseo de enfermo, de hombre que sufre terriblemente, y por qué no concedérselo si era tan obvio que se trataba de un hombre inútil, de una persona que sólo deseaba seguir envejeciendo y morir de tristeza en un sanatorio de España. Se le trasladó, pues, a su país, se puso a otro brillante ejecutivo al frente de la Compañía y a esto se debe, tal vez, que en Lima se le olvidara tan pronto; en todo caso a este traslado se debe que nunca más se supiera de su suerte, del tiempo que su cuerpo resistió vivir así, soportando esa repentina invasión de la nada, del decaimiento y, como él solía tratar de explicarle a los médicos, del «deterioro».

«Resignación», era la palabra de la vieja tía Angélica, y la pronunciaba cada vez que algo

no estaba de acuerdo con sus deseos. La pronunciaba despacio, en voz baja, mirando siempre hacia arriba, como quien ha encontrado una manera de comunicarse con Dios y no pretende ocultarla. También por ella hizo algunos esfuerzos la Compañía, pero cuando vinieron a contarle lo ocurrido, a entrar en detalles, a hablar de indemnizaciones y cosas por el estilo, fue otra su reacción. Claro que aún le quedaban los meses o los años de vida que el Señor le mandara, y habría además que ir al mercadito y comprar que comer, pero esta vez la tía Angélica rechazó todo contacto con las voces humanas, con las cifras que eran el monto de la indemnización: la tía Angélica se sentó en uno de sus vetustos sillones, alzó el brazo con la mano extendida en señal de «basta, basta de detalles, basta ya», y cortó para siempre con los hombres. Iba a pronunciar la palabra «resignación» con fuerza, como si hubiese descubierto su definitivo y último significado, pero sintió que los brazos de su sillón le envolvían llevándosela un poco. A su derecha, sobre una mesa, estaba su grueso misal cargado de palabras católicas, palabras como la que acababa de estar a punto de pronunciar. Tantas palabras y recién a los ochenta años ser una de ellas. «Basta, basta de detalles, basta ya», les indicaba con la mano en alto. El imbécil de Cucho Santisteban insistía en hablar y ella le hizo las últimas señas, pensando al mismo tiempo «Aléjense que ya yo estoy lejos». Acababa de hundirse en un significado, su palabra de siempre la había llamado esta vez, se sentía más cerca de Algo en su resignación de ahora, quizá porque todos recorremos un camino en profundidad con los significados de las palabras, éstas no son las mismas con el transcurso del tiempo, la tía Angélica sin duda había recorrido su camino pero hasta traspasar los límites humanos de su vieja y católica palabra.

«Resignación», dijo la tía Angélica, cuando Sevilla le contó que no le quedaba más remedio que viajar, que lo habían entrevistado, que lo habían fotografiado, que no lo habían dejado explicarles que, en el fondo, prefería no partir. Algo le dijo también sobre el gerente de la Compañía de Aviación, el señor parecía estar muy enfermo, tía, pero la viejita continuaba aún mirando hacia arriba, comunicándose con otro señor, y no le prestó mayor atención. Sevilla an-

daba preocupado, ante sus ojos había ocurrido un fenómeno bastante extraño, pero todo lo olvidó cuando volvió a sentir que definitivamente lo del estómago lo molestaba cada vez más. Así fue el primer día antes del viaje, silencio y silencio mientras tía y sobrino dejaban que el destino se filtrara en ellos, a ver qué pasaba luego. Pero el segundo día todo empezó a cambiar. Por lo pronto, la tía se llenó de ideas acerca de lo que era un viaje y de lo que era un hotel. Un hotel, por ejemplo, era un lugar donde centenares de personas se acuestan en la misma cama y utilizan las mismas sábanas, sabe Dios qué infecciones puede tener esa gente. No, él no podía utilizar las mismas sábanas que otra persona por más lavadas que estén, nunca se sabe, hijito. Ella se encargaría de darle un par con su correspondiente funda de almohadas. Y la misa. ¿Cómo hacer para enterarse dónde quedaba la parroquia más cercana al hotel y a qué horas había misa? Ese era otro problema, el más grave de todos. Lo aconsejable era llamar al padre Joaquín, que era español, explicarle la ubicación del hotel y que él les dijera cuál era la iglesia más cercana. Total que, poco a poco, el viaje empezó a llenar la mente de la tía Angélica y nuevamente se le vio desplazándose de un extremo a otro de la casa, muy ocupada, muy preocupada, como si caminar y caminar y subir y bajar escaleras la ayudara a encontrar una solución para cada uno de los mil detalles que era indispensable resolver antes de la partida. Sevilla lo aceptaba todo como cosa necesaria, dejaba que su tía se encargara de cada pormenor, en el fondo le parecía que ella tenía razón en preocuparse tanto pero había algo que, a medida que pasaban los días, empezaba realmente a atormentarlo. El estómago. Durante cuatro días no durmió muy bien pensando cómo iba a hacer para cambiar las sábanas sin que la persona encargada de hacerle la cama se diera cuenta. Tendría que remplazarlas por las suyas cada noche antes de acostarse pero el verdadero problema estaba en reponer las del hotel cada mañana. Tendría que arrugarlas como si hubiera dormido con ellas y tendría que esconder las suyas, todo esto corriendo el riesgo de que la persona encargada de la limpieza las encontrara arrinconadas en algún armario o algo así. En esta preocupación se le encajó otra y el quinto día durmió pésimo: para el

primer domingo en España había excursión prevista a Toledo y en el prospecto no se hablaba de misa para nada. Esto era mejor ocultárselo a su tía. Pero lo otro, lo del estómago, continuaba también atormentándolo. Normalmente iba al baño todas las mañanas, a las seis en punto, pero al día siguiente al cóctel publicitario se despertó a las cinco y no tuvo más remedio que ir al baño en el acto. Trató de ir de nuevo a las seis por lo de la costumbre, pero nada. Nada tampoco una semana después, nada a las cinco y nada a las seis, y se fue al trabajo sin ir al baño. De pronto el asunto fue a las tres de la tarde y dos días antes de la partida fue a las ocho de la noche, algo flojo el estómago, además. Fue otra cosa que le ocultó a su tía. Por fin la víspera del viaje, por la tarde, estando ya la maleta lista con sus sábanas, sus medallitas, su ropa, en fin con todo menos con el misal y el rosario que aún tenía que usar, Sevilla decidió acudir donde un antiguo profesor del Santa María y pedirle permiso para viajar. Iba a viajar de todas maneras, mañana a las once en punto venía Cucho Santisteban a recogerlo para acompañarlo al aeropuerto, en nombre de la Compañía (habría más fotos y todo eso), pero Sevilla decidió visitar el consultorio de su antiguo profesor de anatomía, que era médico también, y pedirle permiso para viajar. No le contó lo del estómago. Simplemente se sentó tiesecito y con las manos juntas sobre sus rodillas en una postura que cada día era más la postura de Sevilla, como si tuviera su misal cogido entre ambas manos. Allí estuvo sentado unos quince minutos contando en voz muy baja todo lo que le había ocurrido en los últimos diez o doce días y el ex profesor lo escuchaba mirándolo sonriente. Lo dejaba hablar y sonreía. Sólo se puso serio cuando Sevilla le dijo que partía mañana por la mañana, y en seguida le preguntó si le aconsejaba o no viajar.

—Profesor —agregó—, quiero que me dé usted permiso para viajar.

—Viaje usted no más —le dijo el ex profesor—; y si le va bien no se olvide usted de traerme uno de esos puñalitos de Toledo. Uno pequeño. Vea usted, años que tengo este consultorio y me falta un cortapulmas.

Del consultorio fue a despedirse de sus compañeros de trabajo pero llegó tarde y ya se habían ido. De allí regresó a Miraflores, directamente

a la parroquia para confesarse con el padre Joaquín. La penitencia, casi nada, tuvo que terminarla en el baño mientras su tía Angélica esperaba impaciente para lo del rosario. El estómago un poco flojo otra vez y hacia las siete y media de la noche.

No se le ocurrió preguntarse cómo habría sido todo un viaje dialogando feliz y tímido con Salvador Escalante, en compañía de Salvador Escalante. Cuando al señor de enfrente se le antojó cambiar de sitio y se instaló en el asiento donde empezaba a viajar Salvador Escalante, Sevilla aceptó esta repentina invasión de las cosas de la vida como años antes, al desbarrancarse el automóvil del ídolo escolar, había aceptado la repentina invasión de la muerte. Lo único distinto a su habitual, tranquila tristeza fue una especie de angustiosa sensación, sintió por un instante como si estuviera haciéndole adiós a un pasado cálido y emocionante. Todo esto había sido cosa de minutos, todo había ocurrido mientras el avión se aprestaba a despegar y una aeromoza les daba las instrucciones de siempre y les deseaba feliz viaje con un tono de voz digno de Salvador Escalante. Por fin estaban en el avión, por fin había terminado toda la alharaca del vuelo inaugural y el champán y los viajeros invitados, allí en el gran hall del aeropuerto, más lo del ganador del sorteo, Sevilla fotografiado mil veces arrinconándose horrible. Cucho Santisteban se dirigía a su automóvil con las mejillas adoloridas de tanta sonrisa a diestra y siniestra, y una aeromoza cerró la puerta del avión. Sevilla se santiguó dispuesta a rezarle a San Cristóbal, patrón de los automovilistas, a falta de un santo que se ocupara de la gente que vuela (tía Angélica había buscado aunque sea un beato que se ocupara de este moderno tipo de viajeros, pero en su gastado santoral no figuraba ninguno y no hubo más remedio que recurrir a San Cristóbal, haciendo extensivas sus funciones a las grandes alturas azules y a las nubes). Y en esas andaba Sevilla, medio escondiendo el medallón de San Cristóbal del pecador que tenía sentado a su derecha (llevaba un ejemplar de *Playboy* para entretenerse), cuando captó que el asiento de su izquierda estaba vacío y que, además, los asientos se parecían en lo del espaldar alto con su cojincito para apoyar la cabeza, a los del ómnibus interprovincial en el cual años atrás

había viajado a Huancayo con Salvador Escalante. De golpe Sevilla se sintió bien, muy bien, y si no sonrió de alegría, mostrando en su mandíbula saliente el tablerito saliente que eran sus dientes inferiores, fue por miedo a que el pecador de la derecha lo creyera loco o se metiera con él. El asiento de su izquierda estaba vacío y, aunque sintió una brusca timidez, fue una sorpresa muy agradable que Salvador Escalante le dirigiera la palabra, siendo tan mayor, sobre todo: «Toma un chicle, le dijo; es muy bueno para la altura porque impide que se te tapen los oídos. La subida a Huancayo es muy brusca. ¿Cómo te llamas?...» Pero un señor que ocupaba el asiento de enfrente decidió cambiarse y se le instaló a su izquierda, justo allí donde estaba su conversación. Sevilla se dio cuenta entonces de que se le había caído el San Cristóbal, pero se demoró un ratito en agacharse a recogerlo porque empezó a sentir la angustiosa sensación de estarle haciendo adiós a un viejo ómnibus que subía, curva rtas curva, rumbo a Huancayo.

En el aeropuerto de Madrid, además de los periodista y sus flashes, lo recibió un Cucho Santisteban español y también lo felicitó un gerente muy elegante y con algo de águila en la cara, bastante parecido al señor tan raro que lo había atendido en forma por demás extraña en Lima, tan parecido que Sevilla se quedó un poco pensativo al verlo marcharse rapidísimo. Pero no había tiempo para pensar, no había un minuto que perder y para eso estaba allí esta nueva versión de Cucho Santisteban. Por lo pronto presentarle a Sevilla a los otros ganadores del sorteo que habían venido en el mismo vuelo. Uno había subido cuando el avión hizo escala en Quito y se llamaba Murcia (23 años), y el venezolano, un tal Segovia (25 años), había subido en la escala en Caracas. Los otros dos ganadores ya estaban en el hotel, esperándoles. Al hotel, pues, en el microbús que la Compañía había puesto a su disposición. En el trayecto el *Public Relations* español les fue explicando quiénes eran los otros dos ganadores. Un norteamericano de sesenta y tres años, mister Alford, de San Francisco, y un muchacho japonés, un tal Achikawa, que todo parecía encontrarlo comiquísimo. Claro que en el caso de ellos, habían ganado un sorteo establecido sobre otras bases ya que a nadie se le iba a ocurrir encontrar de apellido el nombre de una ciudad espa-

ñola, en Tokio sobre todo. Pero también habían llegado a Madrid en un vuelo inaugural de la flamante compañía.

No bien entraron al hotel, Achikawa estalló en una extraña, nerviosa carcajada, pero Sevilla no logró verlo de inmediato porque un flash lo cegó súbitamente. Pensó que eran los periodistas otra vez, era Achikawa y fue Achikawa tres veces más mientras Sevilla seguía al Cucho Santisteban español rumbo a la recepción, lugar al cual llegó completamente ciego y sin lograr ver al culpable de su estado. Sólo oía sus carcajadas. Eran carcajadas breves, muy breves, y fijándose bien, tenían algo de llanto. Por fin Sevilla pudo llenar los papeles de reglamento y enterarse, por la tarjeta que le dieron, que estaba en el Hotel Residencia Capitol, en la avenida José Antonio número 41, y que le tocaba la habitación 710. Lo último que vio escrito, en la parte inferior de la tarjeta, fue una inscripción que decía «CIERRE LA PUERTA AL SALIR PULSANDO EL BOTON DEL POMO». Se le hizo un mundo lo del «botón del pomo», qué diablos era el «pomo», pero justo en ese instante vio que un botones iba a coger su maleta y sintió terror por lo de las sábanas. Hasta el ascensor llegó a tientas porque el japonés lo volvió a fotografiar, quiso hacer lo mismo con el venezolano y con el ecuatoriano pero ambos lo mandaron cortésmente a la mierda y se metieron también al ascensor donde, entre miradas y breves frases, dejaron establecido que formaban un dúo capaz de llevarse muy bien y que a Sevilla, con su cara de cojudo, no le queda más que juntarse con los otros.

Todo esto se confirmó en la cena. La cena en realidad fue rápida porque los cinco ganadores del concurso tenían que estar cansados del viaje y era preciso acostarse temprano. «Mañana, les anunció el Cucho Santisteban español, empezamos con nuestros itinerarios madrileños, que durarán tres días. Empezamos con el itinerario artístico que comprende la visita al Palacio Real y, a continuación, la visita del Museo del Prado. Empezaremos a las once de la mañana y terminaremos hacia las seis de la tarde.» Murcia y Segovia pusieron cara de aburrimiento y Sevilla no supo dónde meterse. En cuanto a mister Alford, lo único que dijo (en inglés, siempre) durante toda la comida fue que quería más cerveza. Achikawa lo fotografió tres veces, la cuarta fotografía se quedó en «mira

al pajarito» porque un gesto de mister Alford dejó definitivamente establecido que odiaba a muerte a los japoneses. Achikawa soltó una brevísima carcajada, tembló íntegro y prácticamente se metió la máquina al culo. Al final allí el único sonriente era Relaciones Públicas que no cesaba de darles instrucciones, de traducirlas inmediatamente al inglés para Achikawa, que por suerte hablaba muy bien este idioma, y para mister Alford. Sevilla pudo comprobar que del inglés que le habían enseñado en el Santa María casi no le quedaba una palabra. Al terminar la comida, a la cual sólo la perenne sonrisa del nuevo Santisteban daba alguna unidad, quedó muy claramente establecido que el grupo de cinco se había dividido ya por lo menos en dos subgrupos: el de Murcia y Segovia, a quienes los otros tres les importaban tan poco como el itinerario artístico, y el de mister Alford, quien, llevado por su pearlharboriano odio a Achikawa y su desinterés e ignorancia por todo lo que ocurría al sur del Río Grande, se mantuvo fiel a su fiel compañera, la cerveza.

El tercer subgrupo se veía venir. A pesar de la incomunicación casi total al nivel del lenguaje, Sevilla parecía ser el único capaz de soportar el asedio fotográfico del nipón y ya una vez durante la cena le había mostrado el tablerito saliente en la mandíbula saliente, que era su sonrisa. Claro que Achikawa nunca llegaría a saber las terribles repercusiones que, entre otras cosas, su bien intencionado aunque implacable flash acabaría por tener en el estómago de Sevilla. El domingo, por ejemplo, cuando la visita a la iglesia de Santo Tomás, en Toledo, concluyó en el instante en que empezaba la misa con Sevilla sin misa aún, la aplicación casi sostenida del flash delante de la fachada fue realmente inoportuna. Sevilla volvió a ensuciarse, pero Achikawa ignoró por completo que algo semejante había ocurrido y en parte por su culpa, además.

También esa primera noche ignoró que Sevilla, luego de ir dos veces al baño, se había acostado pensando en él. Cambió sus sábanas, escondió en el armario las del hotel, rezó, recordó a su tía Angélica y se metió a la cama pensando en Achikawa. Murcia y Segovia habían hablado de putas, el señor Alford bebía en exceso, el encargado español mucha sonrisa pero a él lo había pisado y no le había pedido disculpas, lo amedrentaba lo amedrentaba... Achikawa era el

que más daño podía causarle con esos súbitos e inmotivados ataques de risa, entre flashes y carcajadas prácticamente lo embestía, pero algo de bondad había en esas embestidas, algo para lo cual no encontraba la palabra o es que aún no sabía lo que era... Achikawa es peligroso. Es japonés... Y entonces Sevilla recordó las películas de guerra que había visto: siempre los japoneses eran malos y traidores y en plena selva tupida te clavaban un cuchillo por la espalda al pobre actor secundario que se había quedado rezagado unos metros, al íntimo amigo de Errol Flinn John Wayne Montgomery Clift Burt Lancaster Dana Andrews... al pobre Allan Ladd que había dejado a Veronica Lake en Michigan...

Esa noche se durmió por primera vez en su vida a las tres de la mañana, ignorando que era un buen fruto de todo un cine norteamericano e ignorando también que algo en las breves y dramáticas carcajadas de Achikawa le habían abierto el camino de una solitaria, inútil y, en su caso, totalmente innecesaria rebelión. Todo quedaba aún en una especie de simpática tiniebla que tampoco el sueño que tuvo esa madrugada logró aclarar. En una playa desconocida estaban Achikawa, él y Salvador Escalante. Una muchacha para Salvador Escalante apareció en la playa (una playa que Sevilla murió sin saber cuál era), y casi lo echa a perder todo porque Sevilla fue el primero en divisarla, a lo lejos, y quiso señalarle a Salvador Escalante pero Achikawa se le interpuso. No pudo verla y la muchacha se esfumó, dejándolos a los tres echados tranquilamente en la arena. Achikawa se metió al mar y Sevilla siguió conversando con su amigo horas y horas. «Mira, le dijo Salvador Escalante, señalando a Achikawa que por fin regresaba hacia donde estaban ellos. ¿Te has fijado en el cuerpo del japonés?» Se lo estuvo describiendo mientras el otro se acercaba lentamente. Después continuaron conversa y conversa y había mucha paz en esa playa bordeada de árboles frondosos que anunciaban una selva tupida.

Estaba despierto cuando llamaron a despertarlo y rápidamente procedió al cambio de sábanas. Luego se vistió y tomó el desayuno que le trajeron a la habitación. Estaba terminando cuando apareció Achikawa con su cámara fotográfica. Se mató de risa de verlo sentadito desayunando, quizá por lo de la servilleta incrus-

tada como babero en el cuello de la camisa. Lo cierto es que también Sevilla le respondió con alegría, se le asomó el tablerito dental en la mandíbula saliente al ver a Achikawa saliendo del mar... «Vaya con el japonés para chato y chueco. Tiene las rodillas a la altura de los tobillos y los muslos a la altura de las rodillas, el torso es desproporcionadamente grande y ni hablar de la cabezota cuadrada que lo corona todo. De la cintura para arriba parece enorme y sin embargo el resultado es chiquitito...»

En el hall del hotel esperaba el Cucho Santisteban. Sevilla y Achikawa fueron los primeros en bajar. Murcia y Segovia se hicieron esperar sus buenos minutos, pero el más tardón de todos fue mister Alford quien, en vez de aparecer en el ascensor, entró por la puerta principal diciendo que tenía el reloj un poco atrasado y que había estado en la cafetería de la esquina. Olía a cerveza, cosa que Sevilla encontró deplorable en un invitado, y que aumentó el mal humor del Jefe de Grupo, mal humor debido al cambio de funciones, a verse transformado de especialista en relaciones públicas en una especie de guía turístico.

Algo en el clima de esa mañana de finales de octubre sorprendió a Sevilla mientras se dirigían al microbús. Era algo agradable, casi cómodo y estaba esperando que influyera beneficiosamente sobre su malestar estomacal, cuando un porrazo de la nostalgia lo trasladó a las soleadas veredas de Huancayo y a los fríos espacios serranos donde no cae el sol. Igualito... La visita al Palacio Real transcurrió apaciblemente y les tomó el resto de la mañana. Un guía les habló de la magnificencia de sus pinturas y de sus tapices y de sus cerámicas y etcétera, etcétera, traduciendo al inglés y todo, pero se estrelló contra la silenciosa y absoluta indiferencia de Segovia y de Murcia, y contra la tardía e inesperada obstinación de mister Alford, quien declaró con una solemnidad interrumpida por un cervecero eructo, que no estaba dispuesto a abandonar el palacio hasta que no le mostraran las habitaciones privadas de los reyes. Se puso insoportable el gringo gritó que había trampa en la visita, a Achikawa le dijo *son of a bitch* porque soltó tres carcajadas al hilo, y sólo los argumentos muy sabios del Jefe de Grupo (argumentos en los que de cada tres palabras dos eran «cerveza»), lograron convencerlo de que las visitas a esas habitaciones esta-

ban realmente prohibidas, y que ya era hora de marcharse. Sevilla se había mantenido pegadito al guía para no perder un solo detalle de la cultura de ese señor, hasta que el sol que penetraba por un gran ventanal le produjo por segunda vez un efecto de lo más extraño. Calentaba igualito al de Huancayo y, por más que hizo por concentrarse en las palabras que iba diciendo el guía, desde ese momento las cerámicas y las alfombras, sobre todo, por ratitos pertenecían al Palacio Real y por ratitos él las estaba viendo expuestas sobre la vereda en la Feria Dominical de Huancayo. Lo peor fue cuando vio una vasija de barro un instante en un espejo pero era el enorme florero de porcelana sobre esa consola, en la pared de enfrente. Por suerte el estómago no lo había fastidiado.

El almuerzo sí que le cayó pésimo y, cuando les obsequiaron los planos de las tres plantas del Museo del Prado, lo primero que hizo fue ubicar en cada una de ellas la redondelita que significaba SERVICIOS, LAVABOS Y W.C. *Public Relations* les dijo que era imposible verlo todo en una tarde, que cada uno podía visitar las salas que deseaba, pero que él les recomendaba ver sobre todo los cuadros de los pintores españoles más famosos. Les mencionó al Greco, a Velázquez, a Murillo y a Goya, pero mister Alford ya había terminado con la sala número I y se perdió en busca de la cafetería. Murcia le dijo a Segovia que Rubens pintaba mujeres desnudas y se fueron a escondidas en busca de Rubens. Sevilla se fue en busca del Greco, Velázquez, Murillo y Goya, seguido por Achikawa muerto de risa con las fotos que acababa de entregarle. Eran las del almuerzo (la cámara de Achikawa era una de esas que te entrega la foto un ratito después), y a Sevilla le cayeron pésimo, ni más ni menos que si volviera a empezar con toda esa comilona típica, con todo ese aceite y tardísimo además.

Aún había sol y se filtraba por algunas ventanas, al extremo de que Sevilla se repitió tres veces en voz baja que en Huancayo no había visitado ningún museo. Pero otra realidad menos confusa y mucho más urgente lo instaló angustiado en plena pinacoteca y nada menos que en la sala XI (El Greco), es decir, lejísimos de la sala XXXIX, al lado de la cual se hallaba la redondelita que significaba SERVICIOS, LAVABOS Y W.C. Allí estuvo debatiéndose entre su devota admiración por el *Cristo abrazado a*

la Cruz («Obsérvese la expresión del rostro de Jesús y lo ingrátido de la cruz que apenas sostienen unas delicadas manos», le dijo casi al oído un guardián que se le acercó de puro amable), y su necesidad de acercarse a la sala XXX donde había más Grecos a la vez que se estaba algo más cerca de la ansiada redondelita. Se equivocó Sevilla. Miró a su plano y la sala XXX estaba al lado de la XI y de pronto Achikawa soltó una carcajada porque descubrió que, retrocediendo un poco, se llegaba a la sala X donde había más Grecos todavía. Sevilla se sintió perdido, miraba un cuadro y miraba a su compañero y miraba al plano y calculaba cuánto tiempo más podría aguantar. Muy poco a juzgar por lo que sentía, dolores, retortijones, acuosos derrumbes interiores. Con lágrimas en los ojos se detuvo ante *La Sagrada Familia*, *El Salvador*, *La Santa Faz* (sala XI), y ante *La Crucifixión*, *El Bautismo de Cristo* y *San Francisco de Asís* (sala XXX). Fue entonces que Achikawa lo notó tan conmovido, tan profundamente emocionado de encontrarse frente a tanto lienzo católico, que soltó una carcajada feliz al descubrir que un poquito más atrás había otra sala con más cuadros del mismo pintor. Prácticamente lo arrastró hasta la sala X, donde Sevilla lloró y emitió toda clase de extraños sonidos ante *San Antonio de Padua* y *San Benito* y ante *El capitán Julián Romero con San Luis Rey de Francia*.

La carcajada que soltó Achikawa al ver que la desafortunada carrera de Sevilla por todo el museo había concluido en el baño, le impidió escuchar hasta qué punto andaba mal del estómago su amigo peruano. Sevilla reapareció minutos después con el rostro demacrado pero con las mejillas secas. Empleó un tono de voz convaliente al silabearle Velázquez, a su compañero, y con un dedo tembleque le señaló las salas XII, XIII, XIV, XIV-A y XV. Nuevamente había que alejarse bastante de la redondelita. Pero a Velázquez pudo verlo tranquilamente, sala por sala, cuadro por cuadro. Sólo el asunto de *Las Meninas* resultó un poco desagradable e incómodo. El quería apreciar el cuadro y había adoptado una postura casi reverente, las manos recogidas sobre el vientre como un sacerdote que se acerca al púlpito con sus evangelios. También quería comprender la exacta utilidad del espejo colocado al otro extremo de la sala, pero Achikawa parece que ya empezaba a can-

sarse de tanto arte occidental y lo arrastró hasta el espejo para que viera la cantidad de morisquetas que era capaz de hacer por segundo. «Ahora te toca a ti», le dijo con señas y japoneses, con algo que tenía su poco de sordomudesca comunicación. Sevilla accedió, accedió por temor a que el asunto tomara mayores proporciones y sonrió. Ver en el espejo el tablerito dental en la mandíbula saliente le encantó al de Tokio. Soltó una extraña mezcla de carcajada y llanto que atrajo a un guardián de por ahí y que dejó a Sevilla un poco pensativo. El guardián les puso mala cara y Sevilla, abandonando su preocupación acerca de la utilidad del espejo, le señaló a Achikawa en el plano de la planta baja, la sala LXI, «Mu-ri-lló», le silabeó, contando para su adentros uno, dos, tres, cuatro... Estaba a cinco salas de la redondelita. La historia volvió a repetirse. A dos salas de distancia tuvo que salir disparado rumbo al baño, pero esta vez Achikawa no lo siguió. Achikawa se quedó haciendo unos movimientos tan raros con la cabeza, algo así como unos «no» rotundos, rapidísimos e inclinados a la izquierda, que el guardián estuvo a punto de apretar un botón de alarma.

Con lo de Goya las cosas empeoraron notablemente. Sevilla, recién salido del baño, estudió y comprobó, no sin cierta satisfacción, que los cuadros del pintor «sordo y atormentado», como decía en su guía, se hallaban en la planta baja. Lo de la satisfacción provenía de que, habiendo visto los cuadros de Goya, habrían cumplido con lo que el Jefe de Grupo les indicó, sin necesidad de subir para nada a la planta alta donde, según el plano, no había redondelita por ninguna parte. Con el estómago momentáneamente tranquilo, lo más sensato era empezar por la sala más alejada del baño e ir acercándose poco a poco a la redondelita. A Achikawa lo encontró en una sala en que había tres guardiánas, contemplando tranquilamente un cuadro llamado *La Sagrada Familia del Pajarito*. Con un dedo tembleque le señaló la sala LVI-A. «Pinturas negras», decía entre paréntesis, y Sevilla buscó en su guía y pudo leer mientras llegaban eso del «Sueño de la razón produce monstruos». La frase lo asustó, lo desconcertó, le corrió subterráneamente por el cuerpo, y cuando llegaron a la sala sintió que había cometido un lamentable error. Achikawa se puso nerviosísimo, sus carcajadas ante cada cuadro se repe-

tían y cada vez más un elemento de llanto se mezclaba en ellas, la gente protestaba, la falta de respeto del japonés, la insolencia, joven, dígame usted a su amigo que a ver si se calla. Un guardián intervino pero sólo sirvió para que Achikawa se riera más todavía, no lograba contenerse, Sevilla hundía la quijada en el pecho, se moría de vergüenza, «ssshiii sssshiii», le hizo a su compañero, pero éste nada de callarse y lo del estómago. No era posible irse dejando a Achikawa en tal estado de disfuerso, además lo de Achikawa no parecía ser tan sólo disfuerso... Qué hacía... Sevilla no pudo contenerse: estaba buscando el camino más corto hasta la redondelita cuando sintió que empezaba a escapársele caca incontrolablemente.

Por suerte lo de Achikawa se limitó a esa sala y nadie más se enteró de lo ocurrido. Eran ya casi las seis y el señor de la Compañía les había dado cita a las seis. Cuando llegaron a la puerta Murcia y Segovia tenían cara de haber estado esperando hace mil horas. El Cucho Santisteban apareció y les recaló una y mil veces lo importante de la visita que acababan de realizar. En cuanto a mister Alford, nunca se sabrá en qué cafetería anduvo metido, lo cierto es que llegó diciendo que tenía el reloj atrasado y con un fuerte tufo a cerveza.

—Bien —dijo el Jefe de Grupo—, ahora al hotel a descansar un poco, y a las diez en punto cita en el hall principal para ir a cenar. Para esta noche se les ha preparado cocina típica filipina.

—Yo no podré ir —se descubrió diciendo Sevilla. Se armó de mayor coraje y agregó tímidamente: —Tengo diarrea.

—De eso no se muere nadie, mi amigo. Usted lo que necesita es una buena cena filipina, luego una buena taza de té, y mañana como nuevo. En el microbús, rumbo al hotel, el silencio fue absoluto. El Jefe de Grupo abrió la ventana por lo del tufo de mister Alford y mister Alford abrió la ventana porque este vehículo huele a mierda.

Nada pudo la taza de té contra la comida filipina y, al día siguiente, Sevilla estaba peor aún. De todo lo de anoche, y de todo lo que en los días sucesivos le iría ocurriendo, Achikawa iba entregándole un fiel testimonio: las mil y una fotografías instantáneamente reveladas. Anoche le había aplicado el flash hasta el cansancio, hasta se le había metido a la habitación para

fotografiarlo sentado sobre la cama, retardando así el oculto cambio de sábanas y el oculto lavado del calzoncillo que no se había atrevido a dejar para que se lo lavasen en el hotel. Y hoy día tocaba la visita panorámica de la ciudad. Partieron en el microbús a eso de las once (mister Alford llegó de la calle diciendo que tenía el reloj atrasado y apestando a cerveza). Achikawa fotografió a Sevilla en la Plaza de la Moncloa, en el Arco del Triunfo, en la Ciudad Universitaria, en el Parque del Oeste, en el Paseo de Rosales, en la Plaza España (al pie del monumento a Cervantes), dos veces en la Plaza de Oriente (delante del edificio del Palacio y del Teatro Real); tres veces durante el almuerzo (en una de ellas aparecía Sevilla de espaldas, corriendo hacia el baño). Por la tarde lo fotografió en la Puerta de Toledo, en la Plaza de Atocha, en el Paseo del Prado, en el Parque del Retiro (frente al Lago, y al pie del monumento a Alfonso XII), en la calle de O'Donnell, en la Plaza de Toros, en la Avenida del Generalísimo y, por último en la Plaza de Colón, al pie del monumento al descubridor de América. El paseo terminó a las mil y quinientas y con el Jefe de Grupo furioso porque ni la mitad de las paradas estaban previstas. Unas veces fue porque Sevilla necesitaba ir al baño y otras (las más) porque mister Alford «tenía sed». En fin, mañana día libre para todos, aventura personal, podían efectuar sus compras y pasearse tranquilamente por la ciudad. Mañana sábado la cita era recién a las nueve de la noche para lo del Madrid de noche, *Madrid by night*.

Como en los días anteriores, Sevilla ya estaba despierto cuando llamaron a despertarlo, ya había efectuado el rápido cambio de sábanas. Aca baba de esconderlas cuando le trajeron el desayuno y se lo dejaron en la mesa aquella al pie de la ventana. La altura de su habitación le impedía ver las calles y casas, abajo, sin asomarse, pero en cambio la ausencia de grandes edificios por ese lado del hotel permitía que un agradable sol otoñal iluminara un buen sector de la amplia habitación. De todo lo que había en el azafate Sevilla tomó tan sólo la taza de té y, mientras lo hacía, decidió que a la una tomaría otra taza de té en la cafetería de la esquina, luego escribirle una carta a la tía, y en seguida darse un paseo solo hasta el Museo del Prado para comprar unas postales del Greco que ayer le fue imposible comprar por la

forma en que sucedieron las cosas. Hacia las cuatro o cinco estaría de regreso en el hotel para descansar un buen rato antes de lo de la noche. Terminada la taza de té, se incorporó y fue al baño para afeitarse. Definitivamente se sentía mucho mejor al pie de la ventana que en el baño, tal vez porque hasta allí no llegaba el sol, no lo sabía bien, pero algo como un imán lo atrajo de nuevo hacia la mesa del desayuno. Volvió a sentarse como si fuera a desayunar y la verdad es que allí se sentía muchísimo mejor. Le costó trabajo abandonar las cercanías de la ventana cuando vino la persona encargada de arreglar la habitación.

El día transcurrió más o menos como lo había planeado, con excepción de la diarrea que, a pesar de té y nada más, continuó atormentándolo, y del incidente de la Plaza Callao, donde un automóvil dio una curva sobre un charco de agua y le empapó zapatos, medias y pantalón, las tres cosas pertenecientes a la indumentaria prevista para la noche. Es decir, los mejores zapatos, las mejores medias y el pantalón del mejor terno. No hubo, pues, reposo previo al *Madrid by night* sino un estar frota que frota en la habitación para que sus cosas estuvieran listas a las nueve de la noche.

Pudo haberse tomado mucho más tiempo porque mister Alford llegó tambaleándose ligeramente a eso de las diez, diciendo como siempre que tenía el reloj un poco atrasado. Murcia y Segovia furiosos porque para ellos éste prometía ser el mejor de todos los programas, había cabaret en perspectiva. Nuevamente convertido en guía muy a pesar suyo, el Jefe de Grupo los llevó hasta el corazón del Madrid del siglo XVI. El itinerario continuó con la visita de un local de cante y baile flamenco y con una comilona que a Sevilla le anuló cualquier buen efecto logrado en todo un día a punta de té y nada más. Por fin aterrizaron en un cabaret. Hubo niñas en plumas a granel, para Murcia y Segovia, cerveza en cantidades para mister Alford y las carcajadas verdaderamente exasperantes de Achikawa. Sevilla soportó todo el espectáculo pensando que mañana Dios no lo olvidaría y que en alguna de las iglesias que iban a visitar en Toledo habría misa y confesión. Por ahí andaba su mente cuando de pronto se dio cuenta de que alguien lo había cogido del brazo, era mister Alford, y que de todas las mesas lo aplaudían entre risas y exclamaciones. Recién enton-

ces captó que minutos atrás un hombre con un monito en guardapolvo y con una especie de media bicicleta habían aparecido en el escenario. Eran de lo más divertidos y hasta Murcia y Segovia parecían haber olvidado momentáneamente a las calatayús. El hombre se montó sobre la rueda con sus pedales y su asientito encima y estuvo dando vueltas y vueltas y haciendo de pronto como que se caía, se cae, no se caía. Luego el monito se trepó hasta llegar al asiento y fue la misma cosa, vueltas y vueltas y nada de caerse. Después todo sucedió muy rápido, el hombre pidiendo un voluntario de entre el público, Sevilla pensando en los horarios de las misas en Toledo, y mister Alford levantándole el brazo. Del resto se encargaron Murcia y Segovia, vamos, vamos, hombre, también el Cucho Santisteban hispánico, a divertirse, amigo, claro que lo de gilipollas no lo podía decir. La carcajada de Achikawa brilló por su ausencia.

Pero no la del público. Sevilla subió al escenario con el misal invisible entre las manos recogidas sobre el vientre. En el último escalón se tropezó y ahí hubo inmediatamente una carcajada. Otra cuando trató de hablar ante el micro y no le salieron las palabras. «Cuéntemelo a mí, le dijo el animador, después yo se lo cuento al respetable.» Se agachó para pegarle el oído a la boca: «Cuéntemelo a mí.» Sevilla logró hablar y salió todo lo del sorteo y lo de la flamante Compañía de Aviación, aplausos y aplausos del público, y ahora había llegado el momento de hacer lo que hasta un mono puede hacer. Murcia, Segovia y el Cucho Santisteban intercambiaron coincidentes y sinceras opiniones sobre Sevilla, mister Alford como si nada, sonriente pero mirando a su cerveza, y Achikawa de pronto igualito que ayer frente a las pinturas negras de Goya. Por fin a la tercera caída de Sevilla, público y animador se dieron por vencidos, sobre todo este último que pensó que el mono se le había cagado en plena función, pero no, era el peruano.

No quedó testimonio fotográfico de este asunto. Achikawa se abstuvo por completo de tomar fotografías, y no bien llegaron al hotel subió y se encerró en su cuarto. Murcia y Segovia, siguiendo algunas indicaciones secretas del Jefe de Grupo, se fueron en busca de lo que habían estado buscando desde que llegaron a Madrid, y mister Alford se tambaleó hasta el ascensor y luego por los corredores que llevaban a su

habitación. Sevilla fue el último en subir porque tuvo una nueva urgencia. Minutos más tarde una voz lo llamó cuando se dirigía por fin a dormir. Mister Alford se había olvidado de cerrar la puerta, *Sivila*, lo volvió a llamar.

Estaba sentado en uno de los sillones junto a la mesa del desayuno, y a su lado tenía una caja llena de botellas de cerveza. Sevilla pensó que eran más de las dos de la mañana y que la cita para lo de Toledo era a las diez en punto. Recordó la palabra en inglés que necesitaba, *sleep*, pero el gringo nada de dormir y lo obligó a tomar asiento frente a él. Una hora más tarde la misma canción seguía sonando en la grabadora de mister Alford y ya no quedaba la menor duda de que era la único que había en la cinta...

I lost my heart in San Francisco...

... En San Francisco había perdido también a su esposa, a sus padres (hacia veintisiete años), y a sus hijos que eran unos hijos de puta que lo habían mandado a la mierda diciendo que Lindon B. Johnson era un farsante y que se largaban a hacer el amor y no la guerra y que no había nada más falso y caduco en el mundo entero que su escala de valores... Había perdido a su esposa y hacía veintisiete años a sus padres y lo que ambos necesitaban ahora era otra cerveza y a Sevilla se lo iba acercando cada vez más (había cogido el sillón de Sevilla por el brazo y se lo iba acercando, haciéndole girar poco a poco alrededor de la mesa). A las cinco de la mañana lloraba que daba pena y a las siete continuaba profundamente dormido sobre el hombro de Sevilla que aparte de Lindon B. Johnson, Vietnam y alguna que otra palabra como *mother* y *wife*, no había entendido ni jota de la historia que mister Alford le repitió mil veces mientras sonaba lo de...

I lost my heart in San Francisco...

Lo estaban llamando para despertarlo cuando entró a su habitación y luego, minutos más tarde, el encargado del desayuno tocó y entró en el momento en que Sevilla se dirigía al armario a esconder una de sus sábanas. La dobló, la arrugó como pudo, se introdujo un trozo en el cuello de la camisa y se sentó a desayunar con la enorme servilleta colgándole hasta los pies.

Era un hotel de primera o sea que el mozo se limitó a mirar hacia la cama, y a dejarle el azafate con la taza, la tetera, las tostadas, la mermelada y la mantequilla. La servilleta la colocó al borde de la mesa y se marchó.

Ese día Sevilla no se afeitó. No tuvo ni tiempo ni fuerzas. Estuvo en el baño frente al espejo pero no había dormido en toda la noche y en su agotamiento sentía que el lugar ese, al pie de la ventana, lo atraía realmente con la fuerza de un imán. Volvió a su sillón, dejó que el sol que también hoy se filtraba por entre los visillos lo relajara, y esperó que fueran las diez de la mañana para bajar al hall. Esperó pensando que en Toledo también el sol tendría un benéfico efecto sobre su persona.

No fue así. Es decir, no fue así y sí fue así porque allá en Toledo el sol calentaba casi como en Huancayo y en los lugares sombreados el frío era penetrante y serrano. Sevilla, agotado por la noche en blanco, aterrorizado por lo de la sábana y con la sensación de que en cualquier momento iba a necesitar un baño, se dejaba empujar hacia una realidad que le era menos dañina y, aparte de lo de la misa que continuaba siendo una preocupación toledana, se entregó por completo a los efectos de este sol y sombra, dejándose arrastrar por los lisos corredores de su memoria hasta llegar a un pasado mejor. Sin embargo, el bienestar no era tan grande como aquel que experimentaba sentado al pie de su ventana... No, no: lo de Toledo no era lo mismo, era tan sólo una confusión por momentos agradable de lugares y épocas entre las cuales él navegaba casi a la deriva. En una tienda en que vendían objetos de acero, por ejemplo, compró tres cosas: el puñalito-cortaplumas que le había encargado su ex profesor del Santa María, un crucifijo para su tía Angélica y un segundo puñalito para Salvador Escalante. Y hubo otro momento en que pensó en lo sola que se había quedado su pobre tía, pero la visión de sus tías Matilde y Angélica, rezando el rosario juntas, lo consoló inmediatamente.

Pero también había sucedido ya lo de la misa. En la catedral, por más joya gótica que fuera, nadie estaba celebrando misa. A Santa María la Blanca llegaron en plena comunión, demasiado tarde, pues. La única esperanza era la iglesia de Santo Tomé, pero la visita se limitó a estar un rato contemplando el cuadro del *Entierro*

del Conde de Orgaz y terminó en el instante en que Sevilla vio que un sacerdote seguido por dos acólitos se aprestaba a dar comienzo al santo sacrificio. Se arrodilló pero el Cucho Santisteban hispánico lo tomó del brazo y le dijo que aún faltaba visitar esta mañana la Casa y Museo del Greco y que tenían mesa reservada para una hora fija en un restaurante. Sevilla insistió agarrándose bien del reclinatorio, pero entre la simpatía del Jefe de Grupo y la fatiga de Murcia y Segovia, que anoche habían encontrado lo que siempre habían buscado, lo sacaron prácticamente arrodillado en el aire hasta el atrio. «Una vez al año no hace daño», fue la explicación que le dieron allí afuera, cuando intentó una protesta, mientras Achikawa y su cámara fotográfica iban dejando gráfico testimonio de lo que allí ocurría, de una cara impregnada a fondo de retortijones, primero, de una cara que se aliviaba preocupada, instantes después. En el hotel iban a pensar que nunca se cambiaba de calzoncillo pero éste tampoco se atrevería a darlo a lavar, nuevamente sería él quien se encargaría de hacerlo a escondidas. La comida del mesón no hizo más que empeorar las cosas. El Cucho Santisteban español se animó porque uno de los platos era su plato favorito y estuvo habla que habla con Murcia y Segovia, traduciéndoles de vez en cuando a Achikawa y a mister Alford con su cerveza, lo de mañana sí que sería cosa seria, ya iban a ver lo que era el lechón asado del Mesón de Cándido en Segovia, ya iban a ver lo que era el cocido de los lunes en Casa Anselmo, allí cenarían de regreso a Madrid. Los efectos del futuro revelado fueron fatales para el presente cada vez más insostenible de Sevilla. Darle té y unas pastillitas fue la única respuesta a sus quejas. Nadie le hacía caso, nadie le daba importancia, estaba tan feo, tan demacrado, se le habían caído tantos pelos sobre tantos manteles que en el grupo ya nadie lo consideraba parte del grupo. Los seguía horrible, en eso se había convertido su viaje a España.

Los seguía sin que nadie supiera que, hacia las cuatro de la tarde, su único deseo en este mundo era regresar al hotel y sentarse al pie de la ventana. Pero tuvo todavía que soportar la visita de «un impresionante monumento judío», según les dijo el Jefe de Grupo. Había faltado a misa por primera vez en su vida, y los recordamientos que sintió mientras visitaba la

Sinagoga del Tránsito crecieron sofocándolo como si de golpe su culpa lo hubiese acercado a las fronteras del infierno.

Madrid era la ciudad del hotel y de la ventana y tenían horas libres para descansar, tenía tres horas libres para cambiarse de calzoncillo, llevarlo a escondidas, y sentarse al pie de su ventana. Sevilla avanzaba por el corredor que llevaba a su habitación y no lograba explicarse lo que ocurría. Toda una cola de muchachos delante de su puerta abierta. Algún malentendido, sin duda, pero él así no podía entrar, no había cómo además porque los que esperaban su turno podían y definitivamente iban a protestar. Eran norteamericanos y acababan de llegar de Aranjuez y se les había helado los pies allá en los famosos jardines. Lo cierto es que decidieron meterse a orinar al primer baño que encontraron y la puerta de esa habitación estaba abierta y además la habitación parecía desocupada porque la mujer de la limpieza se estaba llevando las sábanas. En realidad las estaba cambiando con algún atraso porque su compañera se había enfermado. De puro buena gente dijo sí, cuando los de la excursión le preguntaron algo en inglés, algo que ella por supuesto no entendió. Querían saber si podían usar ese baño los norteamericanos, y allí estaban, pues, en fila de a uno y Sevilla no tuvo más remedio que ponerse al final, después de todo también tenía necesidad de ir al baño. Pero las cosas no salieron como él esperaba. El creyó que con ponerse al fin de la cola sería el último en entrar a su habitación, cierro la puerta y ya está. Se equivocó lamentablemente porque llegaron más excursionistas y se le colocaron detrás, de tal manera que no le quedó más remedio que entrar, orinar y no cagar, porque si te demorabas había bromas y protestas, y volver a salir. Permaneció en el corredor hasta que vino la encargada de la limpieza y lo encontró paradito ahí, cabizbajo hasta más no poder. ¿Qué ha ocurrido? ¿Po qué deja usted que esto suceza, señor?... Cada uno de esto jóvene tiene su habitación... No tiene el menó derecho de entrá a la de usted... Mientras la mujer, con la mejor voluntad del mundo, armaba un lío a la andaluza, el último de la cola terminó de orinar y Sevilla pudo entrar en su habitación sin preguntarse siquiera cómo se había producido el mal entendido.

Y es que ya era demasiado tarde para todo

y una sobrehumana fatiga se había apoderado de él. Trabajo, gran trabajo le costó levantarse de su sillón cuando llegó la hora de la cita para cenar. Y cuando regresó, no recordaba haber cenado en ninguna parte ni haber ido al baño dos veces ni haber soportado el flash de Achikawa incesantemente. Tampoco leyó el papelito que, con tanto cuidado, Achikawa había hecho traducir al castellano para entregárselo como explicación, como disculpa casi por su extraña y fatigante conducta. El propietario del restaurant había tenido la amabilidad de traducirle unas cuantas frases, y al llegar al hotel, él le había entregado el papelito a Sevilla pero éste se limitó a ponerlo como una estampa entre las páginas de su misal y esa noche ni siquiera cambió sus sábanas. Se olvidó de hacerlo o es que ya... La atracción de la ventana fue definitiva esta vez. Sevilla se instaló junto a la mesa del desayuno y ahí pasó toda la noche como si estuviera esperando algo. A medida que un cierto alivio lo invadía fue convenciéndose de que en su sillón se descansaba mejor que en la cama. Podía por lo tanto dejar allí encima el inmenso crucifijo y los desmesurados puñales toledanos. Recordaba vagamente haberlos dejado bastante más pequeños cuando salió a cenar, en cambio ahora los mangos de los puñales reposaban sobre su almohada y las puntas sobresalían por los pies de la cama. La idea de que sería imposible transportarlos a Lima lo estuvo preocupando durante un rato, pero con el alivio y las horas esta idea fue disminuyendo hasta convertirse tan sólo en un problema de exceso de equipaje. Hacia el amanecer era un asunto que no lo concernía en absoluto.

Lo demás fue cosa de segundos y sucedió a eso de las nueve de la mañana. Su visión, al asomarse finalmente a la ventana, fue la misma que, meses más tarde, durante el verano, tuvieron otros dos peruanos, el escritor Bryce Echenique y su esposa, a quienes, por pura coincidencia, les tocó la misma habitación.

—Mira, Alfredo —dijo Maggie, abriendo la ventana—; esta vista me hace recordar en algo a la sierra del Perú...

—Parece Huancayo... Me hace recordar a algunos barrios de Huancayo...

Achikawa irrumpió en la habitación y empezó a tomar miles de fotos de su amigo parado de espaldas, delante de la ventana abierta. Estaba a punto de soltar su primera carcajada del

día, pero en ese instante Sevilla se encogió todo y cerró los ojos, logrando pasar horroroso frente a las tres señoritas del cine. Fue una especie de breve vuelo, un instante de timorato coraje que, sólo cuando abrió los ojos y descubrió a Salvador Escalante sonriente, se convirtió en el instante más feliz de su vida.

El alarido de Achikawa se escuchó hasta los bajos del hotel. Minutos más tarde la habitación estaba repleta de gente que hacía toda clase de conjeturas, cómo podía haberse caído, que había estado tratando de hacer. Las cosas se fueron aclarando poco a poco.

—El señor era muy raro —dijo el encargado del desayuno—; ayer lo encontré cambiando de sábanas...

—No usaba las del hotel —intervino la encargada de la limpieza—; usaba unas que había traído y que de día escondía en aquel armario... Momentos más tarde había ya gente de la policía; también el Cucho Santisteban había llegado, listo a acompañarlos a Segovia. Achikawa, haciendo unos gestos rarísimos con la cabeza, les entregó la última fotografía de Sevilla.

—No cabe la menor duda: se ha suicidado —dijo el administrador del hotel.

A esa prueba se añadió una última. Fue uno de los investigadores el que la encontró mientras revisaba algunos efectos personales de Sevilla. De su misal cayó el papelito que le había entregado anoche Achikawa.

—Miren esto señores —dijo: Y leyó

Le ruego por favor disculpar mi conducta.

Me siento sumamente nervioso. A veces siento que ya no puedo más.

Achikawa hizo sí sí con la cabeza desesperada y pronunció algunas palabras en japonés.

Claro que es demasiado pronto para hablar de una buena marcha de la Compañía de Aviación pero lo menos que se puede decir es que los aviones van y vienen de distintas ciudades, Madrid y Lima, por ejemplo y que lo hacen generalmente llenos o bastante llenos de pasajeros. Lima fue la plaza en la que hubo que superar el mayor número de contratiempos pero ya las cosas desagradables empiezan a caer en el olvido. No fue precisamente otro conde el que reemplazó al conde de la Avenida pero, entre la gente de la ciudad, el nuevo ejecutivo español, Don José Luis de las Morenas y Sánchez-Herederó, ha caído muy bien. A la gente le encanta su nombre. Cucho Santisteban espera tan sólo salir del asunto Sevilla para volver a sonreír ininterrumpidamente, lo malo es que es casi imposible entenderse con la vieja de mierda ésa.

—Se negaba a escucharnos, don José Luis; no nos dejaba hablar...

—Está más en el otro mundo que en éste —confirma el abogado.

—Bueno —dice el gerente—; habrá que encontrar la manera de hacerle llegar una indemnización... Pobre vieja; no es nada gracioso tener que quedarse sola a esa edad.

—Qué se va a hacer —añade Cucho Santisteban—. Tendrá que resignarse...

¡Miren ustedes cómo es de admirar la situación privilegiada de esta gran casa de enfermos!
—Alvaro Mutis: «Pregón de los Hospitales».

I

Buenos días, doctor Palinuro. Y cuando digo «buenos días», sepa usted que quiero decir eso exactamente. Hay días, doctor, como fábricas de sidra, que navegan sobre las nubes y espurrean burbujas y olores a manzana: son los días en que nos emborrachamos hasta matar la idea. En mi calidad de subdirector médico del hospital, he venido a darle la bienvenida a nombre de todos los doctores, las enfermeras, los oficinistas y los mozos. Otros días, a uno le dan ganas de mandar al mundo por un tobogán, con todas sus corresponsalías, doctor, sus automóviles, sus estadísticas románticas y el oropel helado de los pasteles de bodas: son esos días como lagartos inmóviles que se trasladan a la velocidad de la tierra, y uno se queda en la cama, leyendo, dibujando un amanecer entre las ruinas, durmiendo. Hemos preparado un tour por todos los pabellones a fin de mostrarle cómo hemos realizado los proyectos que usted concibió desde su exilio en el ministerio, doctor Palinuro y yo me permitiré ser el cicerone de esta gira. Otros días, por último, quizá la mayor parte, son grises, doctor: consolidan una arquitectura desaliñada, la ciudad se espina de campanarios, un lictor turbio donde flotan miles de suéteres verdes y tristes inunda las calles, las apisonadoras desparraman el excremento de los perros, y por un descuido espectroscópico, el arcoiris se cae en los charcos de petróleo: son los días sin remedio, las horas mediocres que atesoran nimiedades, inventarios inofensivos y olvidados. En nuestro recorrido por los pabellones, nos acompañarán los más destacados cirujanos y especialistas de nuestro personal, entre los cuales figuran algunos patólogos que han tomado cursos de karate para controlar a los maniáticos, y fisiólogos encuadrados a las teorías de Santiago Ramón y Cajal. Y olvidaba decirle, doctor, que hay días también, como éste, para visitar hospitales, para comprender que si existen los microscopios bañados con babas y los bisturios puestos en frascos de alcohol para conservarlos vivos hasta el año dos mil, también hay estre-

llas que se apagan en la tina del baño y faisanes que cruzan el cielo, llevando en su pico las uvas con las cuales serán cocinados bajo fuentes de plata almibarada. Me parece casi inútil advertirle, doctor, que sus ideas han sido objeto de ataques enconados y abiertos por parte de numerosos higienistas y sociólogos, algunos eminentes, por cierto. La envidia crece en todos los lugares, doctor: en las agallas de los chalecos, en la profundidad de las baterías solares. Mire usted, por ejemplo, estos zapatos nuevos, de charol, que me compré la semana pasada. Pero permítame colgarle su estetoscopio del cuello, doctor, y ponerle los guantes de hule que William Steward inventó por amor a las manos de Carolina. Le decía, doctor, que las objeciones más sólidas han sido, naturalmente, las que tienen que ver con la asepsia, el aislamiento de los infecciosos y la moral de los pacientes. Lo que sucede, en otras palabras, es que la humanidad, mientras espera la iluminación de una limosna, ha dado media vuelta para regresar al período de la historia en la que ha sido más infeliz: mire usted, doctor, por ejemplo, esta fotografía de cuando yo tenía 20 años. Inútil decirle que los resultados obtenidos hasta ahora, han debilitado esos argumentos: los contagios han sido escasos; los pacientes, en su inmensa mayoría, tienen oportunidad de paladear las enfermedades de sus vecinos de cama, y por otra parte les resulta edificante, en los desenlaces fatales, ver que los otros se mueren de enfermedades distintas y no de las que ellos padecen.

Pero comencemos nuestra visita, doctor, permítame que lo tome del brazo y caminemos por este corredor que regurgita el bullicio gris de multitudes de enfermeras y practicantes que hablan y cantan, se besan bajo los umbralés de los quirófanos y empujan convoyes de curación que contienen ramos de claveles, jeringas doradas y frascos tintineantes, y le abren paso a nuestra comitiva y lo saludan, doctor. Sabrá usted que Torcuato Tasso cuenta cómo los hechiceros viajan en carros arrastrados por unicornios blancos, en medio de las nubes. Quiero decirle, con esto, que nuestro viaje no será, por lo tanto, menos maravilloso: ni las esponjas que humedecen el desvarío, doctor, ni las navajas de afeitar que me persiguen en mis sueños, echarán a perder el gusto que me causa acompañarlo: corresponda usted a sus saludos, doctor Palinu-

ro, y agite su estetoscopio en el aire, si así lo desea. Mientras nos acercamos al pabellón acústico, debo agregar que los otros ataques que hemos recibido son inconsistentes y podemos, por lo mismo, olvidarlos, así como olvidamos la teoría de los quantum y las sonrisas calvas de las que habla Michaux. No vale la pena mencionar que acusan a esta clasificación de grotesca barroca e inhumana. Deberían tomar en cuenta estos críticos, que lo grotesco y lo inhumano, por ejemplo los tumores en delitescencia, la sangre vertida al espacio exterior y los gusanos que estremecen a la tierra con su suavidad, se dan por sí mismo en muchas dolencias, independientemente de nuestros afanes taxológicos, que no hacen sino dramatizarlos. Y deberían, asimismo, tomar en cuenta que nada hay más inhumano que las enfermedades en sí: las invasiones de microbios, las fugas del pensamiento que denuncian acontecimientos psicodélicos y las leucemias que transforman a nuestros niños en amorcillos de la escuela de Buches y Vanloo, doctor, y, en fin, todo aquello que atenta contra el maravilloso mecanismo que es el cuerpo humano, y perdone usted si caigo en lugares comunes, pero cuando usted dice: el cielo es azul zafiro, lo que hace usted, ni más ni menos, es asistir al encuentro de los gallardetes.

II

Pasando a nuestro asunto, lo primero, quizá, que notará usted en la Sala Acústica, y confirmará más adelante a medida que visitemos el resto de los pabellones, es la arquitectura singular de todos ellos. No tiene objeto describirle lo que usted verá con sus propios ojos, así que me limitaré a enfatizar de vez en cuando algunos detalles notables como la construcción en caracol de esta primera sala, que seguramente le recordará a usted sus visitas a un famoso museo y por consiguiente, las ráfagas verdes y sonoras de Kandinsky que recorren el Parque Central de Nueva York en el día de San Patricio. En esta primera sala, y de acuerdo con un concepto que hará de nuestro hospital el más original de la tierra, hemos agrupado a todos los pacientes que por uno u otro motivo, emiten ruidos especiales. Quien alguna vez ha escuchado, doctor, el viento virtuoso del concierto que nos

pide de rodillas que vayamos al mar, y el ruido voluntario de los ríos que se alzan por las ventanas, sabrá de qué estoy hablando. Estos niños, con coqueluche, imitan al jaspír, el canto de un gallo. Y a esta otra pequeña la hemos internado porque padece de una laringitis diftérica que la hace respirar como caballo con huélfago. Y a propósito de animales, tenemos a otro joven con voz perruna, a causa de una laringitis estridulosa con disnea y espasmos de la glotis. La difteria ya no es la grave enfermedad que se llevó al sepulcro a dos hermanas mías, gemelas, cuando tenían cuatro años. Lo único que recuerdo de ellas es la imagen de un torso dorado que se hunde en la nieve. Ahora venga usted para acá. Saluden al doctor Palinuro, niños, es el director del hospital y es muy bueno con todos ustedes. Mire, doctor, aquí tenemos a una mujer que le ha dado por despedir, a través de la vagina, ciertos gases que hacen un ruido semejante a los eructos. Desconocemos la causa, pero podemos afirmar que en este caso no se trata tan sólo de la gratitud del vientre. A propósito, y como usted sabe, el timpanismo se caracteriza por la hinchazón y distensión exageradas del vientre, el cual se transforma en un verdadero tambor. Vea usted a este pobre viejo que se echa unos pedos formidables como único medio de expresión, pues hace tiempo que ha perdido la voz, y si gusta, doctor, tamborilee con sus dedos en el estómago del paciente para confirmar el diagnóstico: así, rataplán, rataplán planplán. ¿Tiene usted frío, doctor? Es extraño: hasta aquí no llegan las faldas carbónicas del invierno. ¿Verdad, amigos? Les llamo así, amigos, a este grupo de pacientes con garrotillo en los que se puede observar el ruido que producen los colgajos de mucosa que se desplazan con la respiración. Como usted sabe, se le llama ruido de bandera en términos médicos. Y ahora, si me permite continuar, le diré que todas esas toses cavernosas que escucha usted, son de enfermos que desde luego tienen los pulmones atestados de cavernas y espeluncas donde los virus han formado verdaderas estalactitas. Me dejará usted ofrecerle mi pañuelo de seda para que se libere de un contagio prematuro. Si, en efecto, doctor, encontrará usted en esta sala a muchos enfermos provisionales que en realidad pertenecen a otros pabellones. Aún no hemos resuelto la clasificación de muchos, y éste es uno de nuestros problemas más graves, hasta

tal punto, que muchas veces me hace preguntarme dónde dejé el alma, doctor, en qué pesebre calcinado se ahogó, si la perdí entre las tarjetas de felicitaciones de Año Nuevo, o quizá lo que sucede es que la guardé en una cápsula de cobalto 60, qué sé yo, doctor, en estos tiempos. ¿Cómo dice usted? Sí, naturalmente: a los pacientes que por lo regular están en la Sala de Deyecciones o en la Sala Optica, los traemos aquí en cuanto los dolores los hacen gritar. Esos alaridos, por ejemplo, pertenecen a los enfermos en el último grado de cáncer. Quien haya tenido un padre, un tío o un soldado muerto de proliferaciones malignas, también lo sabe. Por otra parte acostumbramos trasladar a esta sala a enfermos que presentan diversas clases de estertores y entre ellos a los agónicos. Digamos que este muchacho de 22 años, estudiante de Leyes, presenta un estertor ronco causado por paso del aire a través de los bronquios que los espasmos han estrechado. Leyes, me hubiera gustado estudiar Leyes, doctor, y quizá lo haga algún día, antes de que la muerte me dispense su recia caravana y me lleve de la mano, en un autobús, rumbo a la flora de las ciudades... Venga, usted para acá, si es tan amable, y escuche este otro estertor, provocado por el estallido de burbujas muy finas, y semejantes, claro, al ruidito que hacen los cabellos cuando se frotan con los dedos. Permítame arrancarle una cana, doctor Palinuro. Tiene usted muchas canas, para ser tan joven. ¿Oye usted? Se trata, como es natural, de un estertor crepitante. Cuidado con ese orinal, doctor. Eso es, así es, muy bien, es usted muy ágil, doctor Palinuro. Lamento la falta de espacio. Mire: inclínese sobre esta paciente, y dígame qué le parece este gran estertor subcrepitante... ¿Verdad que le recuerda a uno cuando soplabla en una pipa jabonosa y luego se iba al parque a patinar y comer algodones de azúcar? Lo tenemos en varios grados: fino, mediano y grueso, y es causado por el aire cuando pasa a través de las mucosidades y el pus acumulado en los bronquios. Uno de éstos es un caso grave de tuberculosis pulmonar. Le diré, para abreviar, que me gradué Magna Cum Laude a los 21 años, doctor, con las calificaciones más altas, y luego me fui a pescar, durante todo un mes, a los ríos del Canadá: siempre he sabido adaptarme a las circunstancias con una calentura domesticada. De modo que, le decía, tenemos estertores sibilantes, traqueales,

mucosos, que producen sonidos de flautín, de chirimías, de pifanos; algunos estridentes, otros, melódicos y dulces, otros monótonos, aquellos sordos y roncós. Todos, en fin, los habidos y por haber. Recuerdo que mi madre, entonces —digo entonces en los tiempos de mi graduación—, enemiga de los monogramas consanguíneos, se negó a bordar los diplomas. Ahora venga conmigo, doctor Palinuro. Me gustaría que hablara con algunos pacientes para que observe sus voces. Desde luego, debemos ser prudentes y no hacerles sentir su gravedad a aquellos que la padecen. Buenos días, buenos. ¿Cómo amaneció hoy la enfermita? Conque mañana es su cumpleaños, ¿eh? ¿Cuántos cumple? ¿Cincuenta y tres? La administración le enviará una caja de chocolates, ¿qué le parece? Habrá visto, doctor, que la paciente habla con dos voces completamente distintas. Cuando contestó a mi saludo y dijo «buenos días, doctor», su voz era profunda como la voz de esas mujeres que usan corbatas de tela escocesa para sugerir que desean líos de faldas, doctor, y cuando dijo «mañana es mi cumpleaños», su voz era delgada, cristalina, como caída del cielo. «Cincuenta y tres», respondió la voz profunda, y fue la voz cristalina la que dijo «Gracias, doctor». Es casi inútil contarle, doctor, que esta clase de enfermos se entretienen horas y horas dialogando consigo mismos, hasta el punto, peligroso, en que las voces se enamoran una de la otra. Se trata, desde luego, de una voz bitonal causada por la parálisis del nervio recurrente, debida, a su vez, a un aneurisma de la aorta. Sigamos caminando, doctor: tenemos por delante toda la mañana, toda la tarde, y en cierto sentido, toda la vida. Este otro caballero, veamos cómo se siente, mmmmm, muy bien, la gráfica de la temperatura ha descendido notablemente, lo felicito, pronto podrá usted, de nuevo, seguir a las muchachas de medias color de miel que atraen a los zánganos. Ahora díganos usted algo, lo que guste, para que lo oiga el doctor Palinuro. ¡La comedia del arte, doctor! Los actores que se orinan en el público, arlequín que sirve a dos patronos, doctor... y el inolvidable polichinela: sí, le llamamos voz de polichinela, por razones obvias... y adivino su diagnóstico: pleuresía con derrame, ni más ni menos... Ah, y aquí, en esta camita linda, tenemos a un ángel de 12 años que tiene una campanita de plata en el pecho. ¿Cómo va ese neumotórax, pequeño amigo? Está

muy orgulloso del nombre de su enfermedad, lo mismo que los pacientes, por ejemplo, que presentan el signo de Auenbrugger, la enfermedad de Strümpell-Marie o el síndrome de la arteria cerebelosa pósteroinferior de Wallenberg. Por fortuna, en este caso no se trata de un padecimiento grave, doctor: uno de estos días, nuestro pequeño se levantará de la cama e irá al jardín a confirmar que los crisantemos tienen en la cintura una suave y fragante chimenea. ¿Le gustan a usted los versos? Yo soy el tenebroso, doctor —el Viudo—, el inconsolable. Yo improviso poemas cuando estoy en el baño, cuando vengo camino del hospital y contemplo la inclinación de los amaneceres, o cuando voy al cine con mi novia y me doy cuenta que sus pechos dibujan su conducta en el fondo de las palanganas. Pero perdone usted mis desviaciones, doctor, que no tuvieron otro objeto que ahorrarle algunos sentimentalismos. No hay necesidad de sentirse afectado por los gritos de estos niños, que van de los tres a los siete años de edad, imagínese usted, los pobres. Por favor, no los escuche usted. Bueno, bueno, si usted insiste, está bien. En efecto, doctor Palinuro, ese grito breve y penetrante es el grito hidrencefálico característico de los niños con meningitis tuberculosa, usted lo ha dicho mejor que nadie. Cuando oigo ese grito húmedo, pegajoso y miserable, pienso en el alto tributo que se le exige a esa carne tan tierna: estos niños, al contrario que nuestro ángel, conocerán quizás muy pronto el contorno de la muerte, o bien nunca pasarán de la infancia y el minuterero de la fama jamás los nombrará ingenieros electrónicos o contadores públicos.

Ahora le suplico que haga usted uso, como yo, doctor, de un woki-toki, porque vamos a pasar por una división especial de otros pacientes, también provisionales, y que traemos aquí mientras esperan turno para ser operados o clasificados en otras salas. Yo hubiera querido, doctor, ahorrarle a usted los crematorios y los banquetes tardíos. Yo hubiera querido ahorrarle Hiroshima y Vietnam, y darle el mundo ya hecho para que usted sólo tuviera que cerrar los ojos para olvidarlo, o abrirlos para soñarlos, doctor, pero me fue imposible: hay tantas personas que todos los días son arrrolladas por automóviles en los viaductos de Los Angeles y de nuestra propia ciudad, tantas otras que reciben puñaladas en medio de una noche republicana,

tantas otras que tienen oclusiones intestinales y hernias... ¿Pero me está usted escuchando, doctor? Cambio. Tantas otras con hernias estranguladas, le decía, o que sufren los crímenes gelatinosos de los marines. ¿Cómo, cómo dice, doctor Palinuro? Cambio. O basta un cólico renal o biliar, una fractura conminada. ¿Que no me oye? Cambio. Y no se diga una neuralgia de todas las ramas del triángulo. Ah, que sí me oye. Cambio. ¿Cómo? Cambio. Claro, doctor, aquí también traemos a las mujeres que van a dar a luz en cuanto les comienzan los entuertos uterinos, y sólo nos las llevamos cuando el bebé está a punto de nacer. Espero, en honor a esta sala, que usted perdone este clamor, que es aproximadamente insoportable, y apenas una muestra, humilde, de los aullidos, los lamentos, los alaridos y los ululatos que encuentra uno todos los días debajo de la escalera, y que al igual que el grito de Villaurrutia, doctor, se transforman en eco, en muro, en espejo, en una estatua asesinada que se muere de sueño.

Luego, doctor, sigue el silencio. Yo tuve un maestro de música, en la escuela secundaria, con bigotes porfirianos blancos y largos, espolvoreados con el oro del Sí Bemol, que en ocasiones, desesperado, gritaba: ¡Quiero oír silencio! Un día al fin, nos callamos, cuando cayó muerto en el salón de clases, y desde entonces aprendí que el silencio se puede escuchar. Esto le sucederá a usted, sin duda, doctor, cuando le muestre esta subdivisión del Pabellón Acústico de la que estamos especialmente orgullosos. Como usted puede apreciar, las paredes y las puertas son de corcho, las alfombras son gruesas, y todo el diseño, en general, corresponde ni más ni menos al diseño de un estudio de radio. Con la diferencia que aquí no escuchará usted el Andante Cantabile de la Sinfonía Número 4 para órgano de Charles-Marie Widor, o un boletín de noticias que le habla de la dinamita triunfal que destruye los almacenes y las casas públicas de Londonderry: aquí, doctor, escuchará usted tan sólo una serie de sonidos, delicadísimos, suaves como el mar que se asolea en las playas infinitas, o como el carrilón de una ciudad miniatura encerrada en un pisapapeles de la infancia. Así de tenues y afilados como el ámbito de la seda, son los sonidos que producen esta clase de enfermos y que gracias a la conformación acústica de la sala son audibles a simple vista, o si usted me permite la expresión, doctor Pa-

linuro, a simple oído. Acérquese usted a esta joven paciente, cuyos brazos blancos y largos parecen una continuación de mis deseos de adolescente, y aprecie usted la crepitación nítida del efisema subcutáneo. Como su nombre lo indica, el sonido que escuchamos es igual al sonido que hace la nieve cuando se la comprime. ¿Se acuerda usted de los inviernos en Milwaukke, doctor, y de cómo la vida se fue como la nieve entre las manos y las muchachas tenían en el cuello bufandas amarillas que revoloteaban en los bailes del Paper Doll? Ya lo dice el dicho: las ocasiones son pocas, y no vuelven de la ira. Tenemos también un caso de artritis seca: basta que nuestro enfermo abra y cierre la mano, para que escuchemos la crepitación almidonada que la caracteriza. Y también distinguirá usted, sin necesidad alguna de su estetoscopio, todos los soplos pulmonares y cardiovasculares habidos y por haber. Tenemos algunas quinceañeras cloróticas que emiten soplos intensos: un poeta despistado los confundiría fácilmente con suspiros a la disposición de los altares. Y para abreviar, le diré que contamos con un obrero que padece un trastorno del músculo cardíaco el cual produce un soplo clasificado como musical de acuerdo con la terminología médica, varios soplos pleuríticos e inorgánicos, y por último un bello caso de canto de las arterias, ¡canto de las arterias, doctor, nuestra profesión nos permite penetrar en las exhalaciones de la sangre! y que como usted bien sabe, también llamamos el doble soplo de Duroziez. Sí, doctor Palinuro: adivino su crítica. Naturalmente, doctor Palinuro. Desde luego, querido colega: no hemos podido evitar ese ruido constante de fueles cornudos, tambores de guerra y borborigmos monstruosos que nos sirve, entre otras cosas, para recordarnos que estamos hechos de carne y huesos, de aire y gases y que a donde quiera que nos conduzcan los funiculares o nuestras aspiraciones intelectuales, estamos destinados a llevar con nosotros la carga de estrépitos, chasquidos y runrunes de nuestras vísceras y nuestros cartílagos. Nada puede evitar, mientras leemos en voz alta *El Hombre Aproximativo*, de Tristán Tzara, o contemplamos en voz baja la Catedral en Explosión de Disideriu Monsu, que el bolo alimenticio se deslice por el cardias, convenientemente impregnado de mucina, o que la presión del líquido que contiene la vejiga, nos inducta a la micción. Del mismo modo, nada pudo

evitar a nuestro paso por esta última sala, que escucháramos los murmullos vesiculares e insondables causados por latidos del corazón y también uno que otro chapoteo gastronómico que el vulgo denomina ruido de tripas. Sí, doctor. No, doctor. Tal vez, doctor. Pero le recuerdo que por una vez, al menos, nuestro juego es obvio y que por lo mismo tengo distintos nombres. Le daré una colección de tarjetas para que elija el que más le guste de acuerdo con el día de la semana, la longitud de su humor y la agresividad que en un momento dado pueda sentir hacia un servidor. Todo está previsto, inclusive el aburrimiento mortal que nos hace recurrir a los orfeones infantiles.

III

Pasemos ahora, doctor, al Pabellón siguiente, situado al final de este corredor donde encontrará usted algunos doctores absortos en la auscultación contemplativa de las radiografías y algunas monjas que han abdicado a la flagelación y vienen aquí a matizar sus arrepentimientos. Pasaremos cerca del territorio ácido de los quirófanos y le llegará el tufillo de los desinfectantes. Por cierto, le haré una sinopsis jovial de una de nuestras frustraciones mayores. Pero antes debo decirle que no perderé el tiempo mostrándole las oficinas del hospital. Baste decir que contamos con expertos que conocen las distintas oscilaciones de la administración y que llevamos una contabilidad altruista que dignifica nuestro negocio. Le suplico que no ponga atención a ciertas personas de ojos entornados que pasean por los corredores: se trata de emisarios asexuales pagados por otras clínicas, que nos tienen una ojeriza ortodoxa y tratan de inocularnos virus espías. De vez en cuando les administramos una seductora dosis de alcanfor para que se pasen de nuestro lado: usted lo sabe, la curiosidad involucra revoluciones interiores. Pero cuando se tiene un espíritu hipotético bien balanceado, doctor, y se sabe aplicar a tiempo las máximas fumigatorias, el problema desaparece. Ese colapso de afanadoras gesticulantes encargadas de la reseña de las jaboneras y el recuento de las sábanas no tiene tampoco ninguna importancia: nos han hecho confrontar un chantaje aséptico pidiendo un aumento de

salarios, y amenazan con formar un sindicato. Pero por fortuna, en cuanto aparece la corteza del segundo semestre, cambiamos el sistema. Le iba a contar, querido colega, que por razones cualitativas nos fue imposible crear la sala que pudo llamarse Pabellón Olfativo y en el cual, como su nombre lo indica, hubiéramos agrupado a los enfermos que despiden olores peculiares. A falta de esto, en su recorrido lo asaltarán algunos aromas que usted podrá identificar fácilmente. Y no me refiero a los que son tan comunes como el olor del pus o la fragancia del papel de Armenia que usamos para disfrazar algunos hedores. Y menos aún a los olores etéreos y alcohólicos que inundan de sabiduría a todo hospital que se precie de serlo. Por ejemplo, a nuestro paso por la sala de fotografía le llegará el olor al hidrógeno arsenicado donde se ahogan y revelan las instantáneas destinadas a consagrar a nuestros enfermos en los tratados de Patología. Con suerte, también, le llegará un olor a heno recién cortado y usted pensará, con razón, que proviene de la orina de un paciente inyectado con carmín de índigo. Y con más suerte todavía, podrá apreciar el olor a chocolate cocido que despidе el cuerpo de un enfermo intoxicado con oxiclорuro de carbono, o el clásico olor detectivesco a almendras amargas de los envenenados con cianuro. Para qué hablar ahora, doctor, de los esputos fétidos de la gangrena del pulmón. En cuanto a nuestro personal, lo notará usted oloroso a lavanda y antiséptico de cidronela, y quizá también pueda usted apreciar el aroma deportivo de la vaselina con la que edifican sus peinados. Puedo afirmar, doctor, que el único mal olor que hemos tolerado de parte de ellos es el olor de pies, por considerarlo una manifestación de la rebeldía natural.

IV

Pase usted doctor. No, no, después de usted. Gracias, doctor, pero dije: después de usted. Eso está mejor. La cortesía, querido amigo, no es una obligación: es un privilegio, sobre todo en este edificio en el que hay tantas puertas gatorias que si uno se distrae, vuelve a entrar al mismo pabellón diez veces. No será nuestro caso, no se alarme. Es fácil apreciar, por otra parte, que este pabellón es el resultado del buen

gusto de arquitectos especializados que conocen el significado etimológico de la palabra *pabellón*, que como usted sabe, significa *mariposa*. El techo, altísimo, recuerda la forma de un inmenso coleóptero, no sólo por las dos vertientes que imitan las alas, sino además por la disposición y las formas irregulares de los cristales que lo integran. Como usted puede observar, doctor Palinuro, todo en esta sala es blanco: los cristales del pabellón y las paredes, los mosaicos del piso, los muebles metálicos y las telas de los alejos, las sábanas y las cobijas. Y no hablo de un blanco de alabastro, o de un blanco marfil, o de un blanco perlino: se trata del blanco que absorbe toda la luz y los ta del más puro de los blancos, del blanco-blancospectros del mundo. Ya sé lo que usted piensa, doctor, y está en lo cierto: dígamelo a mí, que soy lo que se llama un hombre bien vestido y que procuro siempre ponerme una corbata púrpura y fértil que contraste con mi uniforme blanco: en efecto, esto lo hicimos para lograr un contraste, a fin de que los matices violáceos, grises o sonrosados de enfermedades tan diferentes como la viruela, la elefancia o las reumáticas, alcancen la expresión más brillante de su policromía. El máximo contraste, desde luego, lo constituyen las gotas de sangre fresca sobre un pañuelo, pero aquí entramos en terrenos románticos que no interesa enfatizar: soy un médico, un compañero, doctor, en el estoicismo. Aunque puedo disfrutar, también, de una exhibición fotográfica. Pase usted, doctor, Palinuro. Le suplico que corresponda nuevamente a los saludos de los enfermos. Como le dije con anterioridad, nuestro sistema, como todo lo humano, es imperfecto, y hemos tenido que aplicar criterios cualitativos. Así verá usted, a nuestro paso por las distintas salas, a muchos enfermos provisionales y notará la ausencia de otros; una ausencia, le diré, que en realidad no es tan significativa como aparenta ser si se piensa en otras manifestaciones más importantes. Por ejemplo, en esta sala hemos prescindido de los enfermos de fiebre amarilla y peste negra por considerar que los vómitos y las diarreas que los caracterizan constituyen una manifestación más importante que el color de su piel o el nombre de la enfermedad. Perdóneme que no haga más hincapié sobre el asunto, pero deseo reservarme algunas sorpresas para más adelante.

Venga, venga usted, doctor Palinuro, y permítame presentarle nuestro primer caso. ¿Cómo amaneció usted hoy, eh? ¿Todavía no ha ido al baño? Tsst, tsst. Eso está malo. A ver, saque la lengua para que la vea el doctor Palinuro. Se trata, ya lo ve usted, de una lengua amarillenta: ¿Quién no ha estado estreñido alguna vez? Basta salir de vacaciones, doctor, a los memoranda azules de las Bermudas o los bautizos de Acapulco, para que uno no sepa dónde dejar sus desechos. Este caso de estreñimiento común y corriente, se cura con un laxante. Claro, doctor, este hombre es un empleado del hospital: de otra manera no tendría por qué estar internado. Este otro caso es también muy simple: Guri, guri, guri: este niño lindo recién nacido, presenta unas placas blancas en las encías, guri, guri, las cuales revelan un estado febril que muy pronto cederá, ¿verdad, pequeño? Otra de mis grandes ilusiones, fue la de ser locutor, querido colega. ¿Se acuerda usted?: Esta es la BBC de Londres... ésta es una vista panorámica de las fábricas de nilón, en Nueva Jersey. ¡Ea, pequeño! Permítame que lo tome del brazo nuevamente, doctor, inclusive permítame que caminemos abrazados como dos amigos de secundaria que comparten los mismos capítulos del libro de biología y la misma novia: es muy importante que los enfermos se den cuenta que entre todo el personal existen espléndidas relaciones amistosas aparte de las jerarquías que sabemos respetar. No pertenezco a la generación, por desgracia, que tuvo como maestro al sabio Isaac Ochoterena, pero en una ocasión hice un retrato de él, con tinta china, que me valió un grado honorífico: al maestro le interesaba más la ortografía que la *Philosophie Zoologique* de Lamarck, la dicción que la decoloración de los clorénquimas por ausencia de la luz, y el significado original de las palabras que los misterios dinásticos de las flores, en cuyos interiores, según se sabe, se celebran los sponsalia plantarum. Es una verdadera lástima que no todos nuestros casos sean curables, doctor, pero es algo a lo que todo médico tiene que enfrentarse con cierta sangre fría. Vimos ya una lengua amarilla y unas placas blancas. Este caso, doctor Balinuro, es verde: las prominencias de tejido verdoso que este muchacho presenta en la cara, principalmente alrededor de los ojos y de las fosas nasales, no son otra cosa sino el resultado de un cloroma linfático, llamado tam-

bién cáncer de Arán, y que con frecuencia se presenta en la leucemia. ¿Qué tal, muchacho, cómo va ese crucigrama? Vamos a ver. Trece vertical, comienza con C y tiene diez letras. Mmmmmmm. Childerico, fundador de la dinastía merovingia. ¿Eh, qué tal decía yo? O este otro caso, doctor Palinuro: el azar nos lleva ahora por el camino de las lilas: este hombre, amaratado desde la punta de los párpados hasta los dedos de los pies, se asfixia por causa de un edema pulmonar. Nada podemos hacer ya: cada segundo que transcurre, se reduce su capacidad de oxígeno, y por lo tanto, también su capacidad para encariñarse con el correo, los gorriónes o la gasolina. Y desde luego, este bebé, totalmente amarillo, también se nos muere: ictericia congénita. No faltan aquí, como es de suponerse, los enfermos con síntomas que llamamos invisibles, como esta muchachita anémica cuyos glóbulos rojos insisten en colorearse solamente por el azul de tuolidina, ¿qué dice esa sangre azul, mademoiselle? O este otro joven, que padece anemia plástica y por lo tanto su médula ha tomado el color amarillo del saúco. Pero no estudié leyes, querido colega. Y no fui locutor, tampoco. Por último soñé con ser un cirujano famoso, Gran Caballero de la España Pequeña: el bisturi, doctor, de quien alguien dijo que tenía nombre de pájaro azulado. Por desgracia, heme aquí transformado en un humilde médico clínico. Puedo abreviar su paso por esta sala, doctor, enumerándole algunos casos que sí, claro, usted ya ha pensado en ellos. Gracias, doctor, por recordármelos: tenemos aquí a enfermitos con toda clase de erupciones, hemorragias intradérmicas, enantemas, chancros, líquenes y vitiligos, úlceras verdes que avanzan como serpientes, ántrax debidos a la acción del estafilococo dorado, sarcoides rosados de origen tuberculoso, lepras y cuanta enfermedad de la piel presenta una coloración especial que puede ir desde el rojo langosta al verde bandera, pasando por la costra negra y aureolada de pus de los pálafreneros, doctor, y la estomatitis nacarada de los fumadores. Así, vemos estos cloasmas amarillos en la cara de esta mujer, que nos revelan un trastorno de la matriz; a este trabajador de la industria eléctrica con el cuerpo tapizado de imágenes y aforismos de Lichtenberg causados por una fulguración; lenguas rojas con papilas grandes como frambuesas que indican el principio de una escarlatina y lenguas

negras y peludas atacadas por los hongos del género oospora; péñigos acuosos amarillo limón y numerosos enfermos que presentan las diversas variedades rojas, azul, violeta y amarilla del mal del pinto. ¿Cree usted que estoy abusando, doctor Palinuro? Quizá nos conviniera más seguir de largo y visitar otra sala. Bueno, sí, como usted quiera. Respeto su sentido profesional, su espíritu de sacrificio. En realidad, sólo así se llega a ocupar puestos de tanta responsabilidad como el suyo. Los pies de esta mujer de treinta y siete años presentan una gangrena simétrica de las extremidades, de ahí los tegumentos violáceos y negros, rodeados por treugas blancuzcas y rosicleres bárbaros. ¿Cómo dice, doctor? ¿Que se le hace conocida esta enferma? Debe haber una confusión. Pasemos al vecino de cama, si le parece oportuno. A ver, a ver, abra la boca y diga ah. Así, ¡aaaaa! Ese barniz espeso y negro que cubre las encías se debe a una grave infección; sí, sí, ya le van a traer su pastilla. Le ahorraré el glaucoma, doctor, que es tan conocido, los sudores negros de la cianopatía cutánea y las manchas negras estrelladas que causan la atrofia amarilla de la pupila. Pero lo hago a mi pesar, debido a que no tenemos ninguno de estos ejemplos. En fin, hay cosas que no se pueden lograr y es necesario resignarse. Me encantaría, digamos, tener una fiebre purpúrea de las Montañas Rocosas, pero se dan tan lejos. A cambio de esto, no puedo resistir la tentación de mostrarle las colecciones de pus y de orines de diferentes enfermos, que le traerán a usted un mundo de recuerdos a colores de sus primeras clases de microscopía: Rojo de Burdeos para los cortes de tejido testicular; Escarlata de Briebich para los islotes de Langerans, doctor. Ah, pero el doctor Sampietro me advierte que estas colecciones fueron trasladadas hace unos días a otro pabellón que conoceremos más adelante. Así es. De modo que por el momento, no podrá usted contemplar una bella muestra de pus azul coloreado por el bacilo piocianico, y una prueba de tuberculosis pulmonar mediante la aplicación, en la orina, de unas gotas de permanganato en solución de 1 al mil... como usted sabe, se forma un halo pálido, luminoso, que parece la aureola de un santo caído en desgracia. Pero en este pabellón hay sorpresas. Algunos de nuestros colegas creen aún en la cromoterapia, o sea la curación por medio de rayos luminosos

de diferentes colores. Lo invito a pasar por el cuarto azul, por el cuarto verde, por el cuarto ultravioleta. Lo invito también a que observe los clavos sifilíticos de este hombre, que en otras épocas, del obscurantismo, cuando no había gas neón que dibujara en el cielo, intempestivamente, los gorjeos de una Pepsi-Cola, se le hubiera creído un estigmatizado sobre la tumba del diácono Páris: vea usted las pápulas callosas y rojas que presenta en las palmas de manos y pies, y que Teresa Neumann hubiera envidiado. Apreicie este caso clásico de enfermedad azul, doctor. Sí, usted lo ha dicho: la causa es la estrechez congénita de la arteria pulmonar. Tuvimos la semana pasada un caso de púrpura fulminante. Es una pena que usted no haya estado con nosotros. Estos enfermos no duran mucho, como el nombre de la enfermedad lo indica. Ahora sí, doctor, ¿ya está usted preparado? Venga conmigo, vengan, muchachos, acompáñenos. Saludaremos primero a este hombre que tiene el cabello y las barbas verdes a causa de una intoxicación crónica por el cobre, y luego, doctor Palinuro, le suplicaré que se incline para observar de cerca los ojos de esta anciana. ¿Ve usted esa infinidad de partículas y resplandores pequeñísimos que forman una constelación flotante? ¿Ve usted ese maravilloso polvo de oro que se desplaza con el movimiento del ojo? Este milagro se debe al reblandecimiento del cuerpo vítreo. Las partículas son cristales de colesiterina y tirosina, y el polvo está formado por los fosfatos. Tengo que confesarle en seguida, doctor, la satisfacción que he sentido al darle cuenta que su visita coincide con un caso grave que presenta características envidiables. Pase usted, pasemos al cuarto oscuro. Este hombre, que se debate en esa camilla en medio de diarreas y vómitos, es un caso de envenenamiento con fósforo. ¿Quiéren ser tan amables de apagar las luces? Eso es. ¿Ya se adaptó su pupila, doctor? ¿Observa usted esas maravillosas cascadas fosforescentes, esos efluvios verdes que parecen enjambres de luciérnaga? Como usted lo adivina, se trata solamente de los vómitos y las diarreas de este pobre hombre, que el fósforo se ha encargado de volver luminiscentes. Muy bien, muchachos, prendan la luz. Así se hace. Sumínístrenle al enfermito una solución de caparrosa azul.

V

Le propongo ahora, doctor, que hagamos una escala en la cafetería del hospital para fumaros un cigarro. Como usted sabe, se trata de una cafetería self-service y por lo mismo tendremos que hacer cola como cualquiera de nuestros empleados, para demostrar que sabemos democratizar al tocino. Tome usted su charola, doctor. Señores, el doctor Palinuro, director del hospital. Agradezca los aplausos, doctor, no tema que su estetoscopio llegue al suelo. A ver, echémosle un vistazo al menú. Mmm. Ajá. Mmmmmmm. Ajá. Le tocó un día internacional, doctor, haute cuisine. Siempre que esté usted cansado, doctor, y hambriento, tendrá oportunidad de disfrutar aquí de un almuerzo mullido. Notará usted, desde luego, la ambigüedad de los manteles, pero no haga caso. ¿Cómo está, doctor Rodríguez? ¿Qué dice esa sinusitis? Yo muy bien, gracias. En tiempos de la guerra, doctor, las cosas eran distintas: no veía usted sino tallarines linfáticos, mojarra desfalcientes y alcachofas acribilladas. Pues bien, como le decía, se imaginará usted que desde luego hemos destinado un pabellón a las monstruosidades, y tendrá razón. Mire usted en cambio, ahora, qué hermoso beefsteak. Trínchelo por el istmo, querido doctor: no le remorderá la conciencia. Siendo decirle, sin embargo, que no hemos inaugurado el pabellón... Pero cómo, ¿dice usted que no tiene hambre? Es una lástima. Tomará usted café, cuando menos... No lo hemos inaugurado, le decía... ¿un poco de crema? por considerar que nos faltan aún varios ejemplares valiosos. ¿Azúcar, doctor? Buenas tardes, enfermera Martínez. En los tiempos del racionamiento, mis tías abuelas solían decir que los pavos asados habían emigrado, y que las vacas se tomaban su propia leche mediante invenciones prolongatrices. En cambio, ahora, y tan sólo en nuestra humilde cafetería, los oros del sabor se desprenden interminablemente. Por lo pronto, tenemos una colección privada de fetos en conserva y pigmaliones transformados en abortos congénitos. Aquí llegamos a los postres. Le recomiendo especialmente el pastel de moras, doctor. ¡Ah, las moras que se recogen cuando el sol ha destilado el vino de los dandeliones, por los caminos que nos llevan a Langford Court! No espere usted encontrar un Budín a la Gani-

vet, doctor, bizcochitos de Reims o buñuelos de viento con pasta lionesa: ¿se acuerda usted, querido colega? Esos postres maravillosos colocados en el antecomedor de las casas porfirianas, sobre una mesa de trapezóforos y en manteles bordados con Punto de Palestrina y festones al bies. Casi me siento femenino, de pensar en esto. Pero el pastel de moras es bueno. Con su permiso, doctor Navarro. ¿Algo más, doctor Palinuro? Perdón, me parece que lo he pisado. ¿No fue así? ¡Qué alegría! A unos, como es suponerse, les faltan la cara. ¿A quiénes, pregunta usted? Me refiero a los monstruos, doctor, a nuestros monstruos. Otros no tienen lengua. No podrían gozar, como yo, del placer de decir en voz alta:

Personne ne connaît l'origine dramatique des dents! Pero perdone usted: le decía que otros pequeños monstruos nacen con cuatro nalgas y cuatro piernas. Otros, a cambio, con dos cabezas, dos tórax, y una sola pelvis. Hemos llegado a la caja. Puede usted pagar con pesos, dólares, libras o marcos alemanes, como guste. O bien algunos presentan las piernas unidas como las sirenas: Parténope, Ligia, Leucosia, que cantan en las rocas de Escila. Necesitamos servilletas, doctor, y cubiertos. Observe el diseño de estos cuchillos: extraordinario, ¿no le parece? Yo diría que en ellos podemos apreciar los cimientos niquelados de los instrumentos quirúrgicos del futuro. Buenas tardes, doctor Samuels. Como usted ve, aquí seguimos la política de darle un título a todo el mundo. A otros les nacen brazos en la cabeza, como a los pulpos. Qué tal, afanadora García. No faltan los enanos, claro está. Compartamos la mesa de los doctores Henríquez y Dávalos. Ups, perdón, he regado la mitad del café. Siéntese usted. Buenas tardes. Y niños con los diversos estigmas de la heredo-sífilis: anomalías dentales, nariz cóncava o en silla de montar, labios leporinos, gargantas lupinas y frentes olímpicas. En fin, bonito día, ¿verdad, doctor Dávalos? Toda clase de monstruos conocidos y entre ellos tres de los que estamos especialmente orgullosos, pero de ellos le hablaré cuando terminemos nuestro refrigerio. ¿No desea usted probar las fresas con crema después del pastel? Las fresas con crema, en opinión de un amigo mío, judío, que estuvo prisionero en Buchenwald, son el símbolo de la abundancia. Volviendo al pabellón de los monstruos, cómo le va, cirujano Arredondo, le decía que

desde luego en esa sala tendremos cuando menos un caso de acromegalia: usted sabe, el llamado gigantismo del adulto. Usted llega a los treinta o cuarenta años, y es un hombre feliz y normal. Y de pronto, de la noche a la mañana, le comienzan a crecer los huesos de los pies, de las manos, de las mandíbulas, doctor. De hecho contamos ya con algunos pacientes, de diversas edades, que presentan tumores, orzuelos, tubérculos, forúnculos, bocios y neoplasias de todos los tamaños y pesos imaginables. Gusto en saludarla, patóloga Navarrete. Diga usted una cifra, doctor. Cualquiera, sí. ¿Veinte? Efectivamente, hay tumores que pesan veinte kilos. ¿Mil doscientos? También hay tumores, doctor, que pesan mil doscientos gramos. Cómo le va, policía Berumen. Recuerdo, cuando yo iba a la secundaria, y tomaba todos los días un tren rumbo a la primavera, que el conductor tenía en el cuello unas grandes bolas, como si se hubiera tragado varias manzanas de Adán. Usted ha visto esos testículos con elefantiasis que llegan hasta el suelo, esos pechos del tamaño de una sandía. A propósito de pechos: tenemos a una mujer que se inyectó parafina en los senos. Con el tiempo, la parafina emigró y la pobre muchacha se llenó de pechos, esto es, de parafinomas malignos en los sitios donde menos lo hubiera deseado. Haría falta ser Visnú para amarla. Por cierto, da la coincidencia de que estas fresas han sido importadas de Israel, doctor. Hay casos, también, de jóvenes inexpertos con el glande cubierto por las vegetaciones verrugosas que llamamos crestas de gallo; leprosos con tuberosidades en la cara que forman una máscara leonina y una anciana con un clítoris desmesurado que la hace parecer, en realidad, un anciano. En lo que se refiere a algunos ejemplos de señores respetables con mariscos en el ano, o sea hemorroides viejas y resacas, no los mencionaré pues como usted sabe son más comunes de lo que se piensa, y suceden en las mejores familias. ¿Qué tal sus fresas, doctor? Supongo que a usted, como médico, no le molesta hablar de todo esto mientras come, doctor, así que cómasse usted sus fresas. Para qué ir a buscar a las mitologías, al cancherbero que Orfeo adormeció con su lira, al Leviatán que preside la cuarta parte del mundo: en nuestros frascos, conservados con fenol, tenemos monstruos que superan todas las previsiones imaginativas. Lo veré más tarde, conta-

dor Medina. Y para usted, ahora, el postre que puedo ofrecerle: los tres casos de los que prometí hablarle: Uno de los fetos, es un edocéfalo: la nariz recuerda la forma del pene, y las orejas, situadas en la nariz, recuerdan la forma de la bolsa testicular. Sin comentarios, doctor. Bonito pisacorbatas, colega Dávalos, ¿dónde lo compró usted? El otro, simplemente, es un feto que logró inmortalizarse antes de nacer y para esto se llenó de incrustaciones calcáreas, transformándose en una terracota digna de Ambrosio Paré. El café estaba un poco frío, ¿no les pareció? El tercero, que hubiera hecho las delicias de Geoffroy Saint-Hilaire, el gran estudioso de los siameses, es un monstruo doble, unido desde la boca hasta el ombligo, que simboliza el amor incestuoso al que se entregaron dos gemelos, varón y hembra, en el propio vientre materno, y el consiguiente castigo a perpetuidad. No hicimos la autopsia de la pequeña hembra, doctor. Me gusta pensar que de haberlo hecho, quizá hubiéramos encontrado en su vientre a otra pareja diminuta, y así hasta la eternidad. ¿Qué otra cosa es el amor, querido colega, sino la prolongación de una misma imagen a través de las inundaciones, los tatuajes y las Irlandas desventuradas? Mmmm... Ajá. Mmm. Perdóneme. Tengo la mala costumbre de hablar solo. ¿Tiene usted cigarros? No, gracias, yo no fumo. Sólo le pregunté por curiosidad. Seguramente notó usted, doctor, la tristeza con la que hablé de nuestros fetos conservados en fenol. Es, en efecto, una tragedia que la mayor parte de los monstruos nazcan muertos o mueran casi al momento de nacer. Y se desperdicien, por el resto de la eternidad, en los limbos maltusianos. Me encantaría conservarlos vivos como una muestra de lo que quizá no es una regresión de la especie, sino los albores de una evolución hacia lo infinitamente variado. Si todos los seres humanos tenemos cara, y voces distintas; letra diferente, doctor, y una forma diferente de entender los acrósticos, y de importunar a los elefantes, doctor, ¿no sería posible una humanidad donde todos tuviéramos una forma original, única y maravillosa? Buenas tardes, doctores, y buen provecho. Digo yo, la genética, esa ciencia demiúrgica que nos legó Mendel, la misma que le permitió a Hugo de Vries en Amsterdam hacer ya casi cien años realizar milagros con los híbridos... con permiso, señores. Sí, aquí tengo fósforos, doctor. Al cruzar entre

si diversas especies de estramonio, adormidera, celedonias, onagras y tréboles... No tiene usted qué agradecerme, doctor. ¿No podrá la genética algún día, buenas tardes a todos, si claro, darnos una hija, después de usted, doctor, bella como un manatí, adiós, a la que tengamos que poner en un estanque, muchas gracias por su compañía, y alimentarla, doctor, con lotos vivos y ardientes, por aquí, por la derecha, para envidia de nuestros amigos, buenas tardes, los cíclopes verdes?

VI

Mucosidades, pus, orina, excremento, jugos gástricos, vómitos, exudados: éste es el pan nuestro de cada día, doctor. Dejémosle a las viudas las tertulias que se improvisan en los cadalsos y a los astrónomos, a los que se ocupan del relleno de la atmósfera y los engaños de Marte, dejémosles los clamores sismológicos. Que sea para nosotros, los médicos, que seguimos el camino de Félix Plante de Basilea, la gloria de trabajar al nivel de nuestros nervios y nuestros humores y el privilegio de asombrarnos de las reacciones del líquido cefalorraquídeo ante el oro coloidal. Nos encontramos, naturalmente, en el Pabellón de las Secreciones o Deyecciones, como usted quiera llamarle. Algunas personas se deprimen cuando visitan este pabellón y otras sufren accesos de vómitos que las integran provisionalmente al grupo de pacientes. ¿Recuerda usted lo que comentábamos en la cafetería? Usted y yo, decíamos, en la calidad de hombres de ciencia estamos muy por encima de esas reacciones y asociaciones de ideas que yo llamaría pequeño-burguesas. Notará usted, aquí también, la ausencia de enfermos con padecimientos característicos de otras latitudes. Sin embargo, y como usted lo verá, aun estos males están representados en el pabellón. ¿Pregunta usted cómo, doctor? Un poco de paciencia y lo sabrá. Los vómitos, por ejemplo. Los hay violentos, como el vómito en proyectil. El enfermo está tranquilo, sentado, digamos, leyendo el periódico dominical y de pronto surge un chorro incontinente que salpica las cortinas, la alfombra, las lámparas y la armadura del príncipe Valiente. Otras son los vómitos de regurgitación: brotan despacio, en borbotones lle-

nos de grumos y espumas, de glerosidades que se deslizan por la barbilla o las mejillas y mojan la almohada, o inundan las vías respiratorias y matan al cónsul. Sólo a una mente estrecha y morbosa, doctor, se le puede ocurrir asociar estas manifestaciones con los alimentos terrestres que existían fuera de nosotros. El vómito representa tan sólo la interrupción del proceso maravilloso mediante el cual la carne del cordero se transforma en nuestra propia carne. Es el quimo, doctor, el pan y las verduras líquidas bañadas de ácido clorhídrico, de pepsinas, de secretagogos; es un paso —no exagero, doctor— hacia la entelequia de la zanahoria y de la sal gema. Los vómitos verdes, como los de esta solterona, son simplemente vómitos biliosos. Por otra parte, los venenos corrosivos, las úlceras del estómago, la ruptura de las venas esofágicas y las proliferaciones de células, producen vómitos con sangre. Y existe también el vómito color pardo oscuro: es aquel que contiene materias fecales. Quizás el caso más notable que tenemos en el hospital, en lo que a vómitos se refiere, es el de este anciano con cáncer intestinal. Pero digo mal, doctor, no se trata en realidad de un vómito, sino de una tergiversación de los procesos fisiológicos. Si esperamos unos minutos, doctor, verá usted cómo el paciente expulsa por la boca sus materias excrementicias, sólidas y perfectamente moldeadas, tal como salen por el ano. Hace dos días que comenzó y parece que ya está resignado: el único momento de angustia verdadera que padece, es cuando el excremento sube por el esófago y lo asfixia. Pero una vez que llega a la boca, sale con suavidad, casi naturalmente, diría yo. Luego las enfermeras le limpian los labios, los cuales presentan algunas úlceras sangrantes que de alguna manera extraña recuerdan a las hemorroides. Para completar la ironía magistral que el destino le ha jugado a este hombre, doctor, le estamos administrando alimentación por rectum: bromuro de potasio, cloral, paraldehído, etc. Ahora dígame, doctor, cuando usted examina un excremento semisólido, ¿se le ocurre pensar en el relleno de los pasteles de calabaza? ¡Por Dios! ¿Cuando usted contempla un excremento bien formado, como el de este hombre, le pasan por la imaginación algunas salchichas flotantes? ¡Qué horror! Cuando usted observa un excremento líquido y amarillento, ¿recuerda usted el jugo de naranja que toma por

las mañanas? ¡Qué asco, doctor, qué comparaciones de tan mal gusto! El queso derretido y la sustancia grisácea que le sale a este jovencito por la nariz, no tienen nada que ver: éste es el líquido cefalorraquídeo, y me atrevo a decir, es la razón y los pensamientos, la vida, en fin, que abandona el cuerpo del desafortunado muchacho. La harina, doctor, a la que debemos el santo olor de las panaderías, como dijo nuestro poeta, y los millones de pequeñísimos cristales blancos que cubren la piel de estos enfermos, tampoco tienen ningún parentesco. En los enfermos urémicos del período agónico, los cristales; semejantes también a la arenilla transparente que cubre las hojas de la belladona, aparecen después de una crisis, cuando se evapora el sudor viscoso y amarillo, como mantequilla rancia, que les cubre el cuerpo. Y volveré al tema excrementicio por una sola vez más, doctor, para mostrarle un caso que sólo es grave en apariencia. ¿Cómo van esas funciones fisiológicas, mi señora? ¿Un poco alteradas? No se preocupe, el doctor Palinuro la va a examinar. Vamos, vamos, no le dé pena. Abra las piernas. Así, así. ¿Ve usted, doctor? Uno tiene oportunidad de observar, con frecuencia, diversas clases de flujos uterinos: algunos son blancuzcos, como crema agria diluida. Otros son ambarinos y transparentes, como la miel de las abejas. Otros, en fin, son viscosos e incoloros como la clara del huevo: es el caso de esta enferma; venga usted, y contemple sus grandes labios y el resto de los órganos genitales exteriores, que parecen recién enjabonados... el flujo seroso nos indica un cáncer del útero. Quizás una histerectomía la pueda salvar. Pero regresemos a nuestra primera enfermita, a quien dejamos tres camas más allá. Usted diría que el caso de esta mujer es grave. Bueno, usted no, porque es un médico, pero lo diría un profano. Sí, sí, ya le dije, mi señora, que se trata de una fistula que comunica al recto con la vagina, y que mañana la vamos a operar. Por supuesto, mi señora, yo también me asustaría mucho si de pronto comenzara a expulsar excremento por la vagina. Inclusive, por razones anatómicas, me asustaría más que usted. No lo quiero pensar, doctor. Mi padre decía que nada mejor para levantar los ánimos, que un poco de abuso. En cambio, yo heredé la pulcritud de mi abuelo: gracias a él, todos los días me lavo los ojos, los labios y cada pliegue de la oreja y de los pies.

Los dientes, uno por uno: cada colmillo, cada molar, cada incisivo, y requiere una limpieza especializada. Le ahorraré la visita de un paciente atacado por temblores y sacudidas, que expulsa por la nariz, a borbotones, toda clase de mariscos verdes y parduzcos, y saludaremos a este jovencito que, como usted ve, se nos está quedando en los huesos, de tal manera que sus clavículas parecen arpones nacientes, y todo a causa de tanta pérdida seminal mezclada con sangre. La culpa de estas masturbaciones involuntarias la tiene, desde luego, una tuberculosis pulmonar. Otra manifestación incontrolable y por demás curiosa, es la que presenta este otro enfermito. Usted se preguntará por qué llora este hombre, qué le hemos hecho, qué le ha pasado, y yo le contestaré, simplemente, que padece de una esclerosis múltiple que lo obliga a llorar en forma constante, aparte de su estado de ánimo que por lo general era optimista. Usted sabe: las ironías de la vida. Yo le diría a usted que le contara un chiste, que le dijera por ejemplo que cuando uno muere el estómago se digiere a sí mismo y vería cómo se suelta llorando. Pero esto iría en contra de la política del hospital, ya que como usted sabe, doctor Palinuro, por supuesto, desde luego, claro está, bien dicho: lo admiro por su perspicacia, doctor Palinuro. En efecto, estos dos casos ilustran, por primera vez, una de las teorías que aplicamos en este hospital, gracias a sus generosas sugerencias, doctor, y que consiste en lo que yo podría llamar la anulación de las posibilidades conceptualistas de la enfermedad. Sin embargo, este sacrificio está compensado por el aprovechamiento de las posibilidades metafóricas de la misma. Por ejemplo, cuando nos dimos cuenta del enorme desperdicio de lágrimas que sufre este paciente, decidimos, todos los días, contarle historias tristes y desgarradoras. Crímenes, injusticias, incestos, fratricidios, exploradores que se pierden en el Polo Norte y convertidos en témpanos, flotan por los sueños de la muerte. Casos de antropofagia, estupro, niños huérfanos que buscan a sus padres desde los primeros capítulos de las novelas de Dickens, y cuanta tragedia pueda usted imaginar. Y, no necesito decirselo, doctor, porque usted lo ha visto: las paredes del cuarto de nuestro joven masturbador involuntario, están tapizadas con los playmates del año en curso y los dibujos eróticos de Audrey Beardsley. Le hemos obse-

quiado una edición de lujo del Kama Sutra, y los domingos le proporcionamos matinées de películas, pornográficas.

Las moscas revolotean en círculos viciosos, doctor: personifican a la envidia. Y allá, lejos, las casas con sus techumbres rojas de miedo: no tengo nada en contra de las moralejas, colega. Al contrario. Abran las puertas, muchachos, ábranas de par en par. Esta inmensa sala, doctor, llena de augurios inmóviles y de pócimasuntuosas, le recordará a usted las neverías de su infancia, los frascos llenos de jarabes y esencias de frutas, las bomboneras de cristal de las cocinas de nuestras abuelas. Descorran las cortinas, levanten las persianas, enciendan las luces fluorescentes. Aquí, en estos anaqueles, doctor, que cumplen con el requisito de la iridiscencia, tenemos la colección más completa del mundo en su género: una exhibición permanente de secreciones, exudados, derrames, flujos, etcétera, que permanece abierta al público de domingo a viernes, durante cuatro horas diarias, y el sábado lo dedicamos a pulir los frascos y a sacudir los anaqueles. Se aceptan contribuciones espontáneas: un litro de sangre color de rosa proveniente de un niño leucémico, mocus y falsas membranas de los enfermos de bronquitis. Pero vea, vea usted y aprecie los esputos aromáticos de los enfermos de asma, que contienen filamentos espirales, pequeñas perlas y los famosos cristales de Charcot-Leyden constituidos por aminas muy semejantes a la cadaverina y la putrescina. Y a propósito, esta papilla espesa de tejidos necrosados que se forman en el curso de la gangrena, no es otra cosa sino una muestra de putrilago. Por otra parte, el contenido de este frasco abombado, que recuerda al vino negro de Corinto, es un ejemplo de la sangre deglutida que los niños sifilíticos expulsan por la boca. Y por supuesto, esta otra es una muestra humilde, común y corriente, del mocus bronquial en el que se observan los tapones de Dittrich: ¿los ve usted? esas pequeñas cabezas de alfiler, blanquecinas... quién diría que están formadas por leucocitos, residuos de hematíes, cristales de ácidos grasos y leptothrix pulmonalis. Sigamos adelante. A ver, a ver, a este frasco se le ha caído la etiqueta, pero el doctor Solís nos dice que estos gusanos que ve usted son los famosos vermientes, o sea, doctor, los filamentos de materia corrupta que salen cuando se presionan con los dedos las ul-

ceraciones del cancroide de la cara. Noli me tangere, doctor. En esta otra bombonera, tenemos una colección de esputos rectales de Trélat, que como su nombre lo indica, tienen todo el aspecto mucoso de los escupitajos, salvo que presentan estrias de sangre. Mire: doctor, ésta es una muestra impresionante de las heces negras de los enfermos tratados con bismuto: yo diría que así es el excremento del diablo. Y por blanco y puro, diría yo que así es el excremento de los ángeles: como las heces de los que sufren de insuficiencia hepática. Pero venga usted conmigo para admirar esta hilera interminable de frascos de colores, cuya ausencia hice notar en el Pabellón Óptico y que nos enseñan los distintos y variadísimos colores que puede adquirir la orina humana, por causa de diversas enfermedades o cuando se la somete a reacciones químicas que determinan su parecido con la cerveza irlandesa, los vinos blancos de Alsacia, los rojos de Burdeos y los rosados espumosos de Coimbra. Y para terminar con esta breve visita a nuestra exhibición, le diré que tal como le advertí, también las enfermedades ajenas a nuestro hemisferio están representadas aquí; este frasco encierra una muestra del vómito negro de la fiebre amarilla, y este otro, que nos obsequiaron nuestros colegas asiáticos en la última Navidad, contiene cerca de dos litros de la diarrea característica del cólera: como usted ve, se trata de un líquido incoloro que contiene innumerables copos blancos del tamaño de los granos de arroz. Si usted agita el frasco, doctor, verá cómo forman un remolino de nieve, exactamente como en el Ciudadano Kane, y luego se depositan, con lentitud, en la base del frasco. Ah, pero sentémonos un momento, doctor, el cansancio tapiza mi cerebro. Ah, cómo me duelen las piernas. Pero soy feliz. Lo fue para Buda la miseria de nuestro cuerpo, lo que fue para él, porque le diré que así lo describe en uno de sus Gáthas, un cuerpo deformado por las lágrimas, la transpiración, la humedad, la orina; lleno de gotas de sangre y de inmundicias de vientre, de médula, de sangre y líquidos cerebrales... para mí es la mayor riqueza, doctor. Y no le insistiré más. Tenemos aquí un catálogo ilustrado, con 16 láminas a colores, y 70 en blanco y negro, que vendemos a 25 pesos el ejemplar. Para usted es gratis, doctor, con una condición: dentro de algunos minutos vendrá una enfermera que le tomará una muestra de

su sangre, le hará un frotis de garganta, ah, doctor, qué alivio sentarse y estirar las piernas, y le tomará, del esternón o de la cresta iliaca, de donde guste, una muestra de su médula ósea, y le hará una punción, pero ah, doctor, permítame que me quite los zapatos para estirar los dedos un momento, así, así, despacio. Su médula espinal también, doctor, sus jugos gástricos. Ah, debo decir que es una enfermera bella como esa muerte disfrazada con una hermosa piel de veinte años que se me escapó de los brazos y de los testículos hace algún tiempo, doctor, pero que encontraré algún día sentada en un automóvil blanco, la maldita. Ah, doctor, qué alivio estirar los ojos. Pero le pegaré tal susto ¡le pondré tales cuernos! Mientras llega nuestra enfermera y yo me permito echarme una siesta breve, doctor, le suplico pase usted al cuarto del fondo. Encontrará usted un frasco de boca ancha, donde depositar su excremento. Puede usted ayudarse con una cucharita de madera. Habrá un tubo de ensayo donde dejar su orina. Otro frasco para sus esputos y uno más para sus secreciones nasales. También encontrará usted una cápsula para su esperma, pero tal vez usted desee que nuestra bella enfermera le ayude a obtener esta muestra. Y si usted no padece de eritrofobia, un tumulto rubicundo le bajará a los pies cuando ella, con sus dedos largos y finos como el pánico, le desabroche los botones de la bragueta. Ah, doctor, qué alivio estirar

los dientes. Como usted puede suponer, lo que más nos interesa, doctor, es que su orina demuestre la prosperidad de sus riñones por su contenido normal de uratos que forman un depósito rojo; que su excremento no esté mezclado con el moco verde característico de la disentería; que sus esputos no presenten el color herrumbroso causado por la neumonía; que su sangre tenga cuando menos 5 millones de eritrocitos y cada una de sus eyaculaciones contenga de 3 a 5 centímetros cúbicos de semen y la cifra promedio de 250 millones de espermatozoides sanos, vivitos y coleando. Ah, doctor, qué placer es estirar las uñas. En otras palabras, lo queremos a usted en el estado hígido de los antiguos, doctor, deseamos que su organismo alcance la eucinesia. Pero desde luego, si alguna de esas secreciones o líquidos presenta una anomalía, tendremos el gran placer de incorporarla a nuestra colección, y la destinaremos para ilustrar la portada de nuestro próximo catálogo. Me olvidaba decirle, doctor Palinuro, que en el cuarto encontrará también un frasco con propenol cuyo olor, como usted sabe, causa un intenso lagrimeo. Háganos el favor de olerlo, y depositar sus lágrimas en esta plaqueta. Más tarde las examinaremos al microscopio para averiguar qué clase de infusorios cohabitan con las niñas de sus ojos. ¡Ah, doctor, qué sueño tengo!

El mocho, mata-hambre y los resucitados

La historia del mocho, mata-hambre y los resucitados, comienza cuando mata-hambre, llamado así por ser dueño de un hambre antigua y erudita sobre la que se habrían escrito no pocos tratados, salió al campo un día llevando un pedazo de queso y un trozo todavía más pequeño de panela. Entre ambas viandas, no había más allá de un mordisco. Mata-hambre buscaba un sitio solitario y tranquilo donde consumir su alimento. El hambre que le llenaba por completo la cueva del vientre era un lagarto de color de barro, revestido de la más sólida caparazón, que de tiempo en tiempo despertaba y lanzaba un soplo. El aire le salía a mata-hambre por el más oculto de sus huecos y el aroma que se esparcía alrededor llegaba a adormecerlo por mucho tiempo. En ese estado de inocencia sus sueños eran leves aunque obstinados. Las cosas —que en realidad venían a ser un solo ganso hervido goteando un caldo espeso— carecían de masa y consistencia, de forma que se le escapaban de las manos como globos; no obstante la visión se repetía con una insistencia tan monótona (el ganso regresaba a sus manos escurriendo jugo), que llegaba a despertarlo de golpe. Ocurría entonces que el mundo a su alrededor había cambiado; el aspecto y la disposición de los árboles, el lejano dibujo de las montañas que podían o no lucir crestas de nieve, caminos o aldeas en miniatura, mostraban a sus ojos un paisaje desconocido y excitante, y sin embargo mata-hambre continuaba sentado en una piedra en medio del campo, disponiéndose a consumir su almuerzo.

Ya había tomado el granito de queso entre el pulgar y el índice, cuando un mocho se le acercó y le dijo: «tengo hambre; dame la mitad de tu comida, anda».

Compartieron y mata-hambre se alejó en busca de un lugar menos concurrido.

Se hallaba otra vez sentado en una piedra en medio del campo, cuando un mocho se le acercó y le dijo: «tengo hambre; dame la mitad de tu comida, anda».

Compartieron y mata-hambre se alejó en busca de un lugar menos concurrido.

Se hallaba otra vez sentado en una piedra en medio del campo, cuando un mocho se le acer-

có y le propuso: «vamos a asociarnos tú y yo; ¿qué te parece?».

—Está bien.

—Entonces vamos por ahí a resucitar gente.

Lo que hacía falta para resucitar gente era esto: tres rajas medianas de leña, una lata de kerosén, tres oraciones: un padrenuestro, un credo y un ave maría, y un frasco pequeño de agua bendita. Se prende la leña, se reza y se riega el agua bendita en cruz sobre el cadáver repitiendo, levántate cadáver, levántate cadáver, levántate cadáver.

Así llegaron, pues, a un reino y el rey mandó a pregonar la noticia; se buscó un cadáver, fue dispuesto todo lo necesario en mitad de la plaza y el mocho, en un momento, hizo lo convenido. De acuerdo a lo previsto, el cadáver se levantó de un brinco ante millares de espectadores excitados que pedían a gritos la muerte para poder resucitar de un brinco.

El resucitado, librado por gracia a satisfacer su voluntad, corrió a la despensa del palacio y estuvo tres días con sus noches comiendo sin parar, hasta que reventó en pedazos y salpicó la mitad del reino.

—¿Cuánto quieres? —dijo el rey.

—Real y medio —contestó el mocho.

Así llegaron a una joven república y el presidente hizo difundir la noticia por todos los medios de comunicación social. De la morgue trajeron un cadáver convenientemente higienizado que presentaba dos perforaciones en el cráneo.

Una vez más, el mocho hizo lo convenido y en el acto el cadáver se levantó de un brinco. Las dos balas salieron de sus cápsulas, cayeron al suelo perfectamente frías e inofensivas y el ministro del interior, hombre pulcro inclinado al perdón, se enjugó una lágrima con su pañuelo blanco.

Restituido al goce de sus derechos, el resucitado corrió a las bóvedas del banco central y estuvo tres días con sus noches devorando divisas hasta que reventó en pedazos y la mitad de la república se estremeció.

Cinco mil jóvenes marines que cuidaban la prosperidad y el orden de la nueva república, fruncieron el ceño pero no pasó de ahí.

—¿Cuánto quieres? —dijo el presidente.

—Real y medio —contestó el mocho.

Ocurrió entonces que mata-hambre cansado ya de aquella paga miserable, decidió romper la

sociedad y continuar resucitando por su cuenta con el propósito de hacerse rico en poco tiempo. Llegó así a un pequeño país gobernado por un dictador. Quince mil generales fueron informados de la noticia y llamados a presenciar el espectáculo, mediante el procedimiento más simple y eficaz en estos casos: se prendía un reguero de pólvora y el olor los atraía en el acto.

Fue traído un cadáver de la reserva personal del dictador. Mata-hambre comenzó a repetir lo que había visto hacer al mocho sin olvidar detalle; sin embargo, una hora después, mientras el cadáver achantado en su rigidez iba tomando un aspecto risible, mata-hambre todavía gritaba desesperado, completamente ronco, levántate cadáver, levántate cadáver, levántate cadáver, sin resultado alguno, mientras los ge-

nerales, rígidos e imperturbables, sin siquiera apartar las gotas de sudor de sus pestañas, aguardaban alguna indicación de su jefe.

Como era de rigor, mata-hambre fue condenado a muerte. El pueblo recibió la orden de salir de sus casas para ser conducido de inmediato a la plaza mayor.

En medio de su trance, pálido y con la soga al cuello, mata-hambre siente que el viejo lagarto que habita en el saco de su estómago, se despierta y sopla. El aire se le escapa, va a quedarse dormido, cuando en medio de la multitud ve al mocho, su maestro, recostado a un poste.

—¡Mocho, yo no sé nada; ayúdame, yo no sé nada! —le grita en el último instante.

Desde el poste, el mocho le sonríe y lo despide sacudiendo la mano.

Don Pancho El Pájaro

Don Pancho El Pájaro entraba al pueblo una mañana, vestido de blanco, de un blanco de piedra caliza resistente al polvo y cruzado de grietas, andando con su paso menudo que apenas quebrantaba la hierba. Viéndolo de lejos, se podían detallar a perfección sus ojos de un verde licuado que absorbía la luz, lo mismo que sus manos largas y nudosas. Traía en la mano una maleta negra atada con correas y lo seguía su burro cargado con los dos baúles de latón. Su mujer les venía detrás tapando el sol. Le ataba la cabeza una especie de turbante, cuya tela floreada de colores vivos, lo mismo que el largo camisón que pudo haber sido hecho de retazos, se habían desteñido casi del todo a causa de las lluvias y el sol. Debía ser la mujer más fuerte del mundo; era tan grande y tan pesada, que todo a su alrededor tomaba una apariencia quebradiza y frágil.

En el solar donde iba a tener lugar la función, se prendían mechurrios de aceite y la gente iba entrando por el portón de campo trayendo sus sillas al hombro. La mujer daba comienzo al acto vestida de gitana, bañada de collares y abalorios que sonaban todos a un mismo tiempo como si los moviera el viento. En una guitarra encordada de alambres, pintada con figuras de colores, se acompañaba unas canciones gruesas que le salían de adentro como grandes troncos redondos.

La cuerda para el número de Don Pancho era tendida de un árbol a otro. Don Pancho salía vestido de rojo candelá. Era tan flaco que se le veía el dibujo de los huesos en la tela ceñida al cuerpo como una media. Don Pancho era el mejor volatinero de su tiempo y él mismo no podría decir cuanto mundo había recorrido. Como no conocía el peligro, su número encantaba a la gente, sin que el temor al riesgo o el más ligero sobresalto pudiera oscurecer, siquiera por instantes, la emoción de verlo bailar la cuerda floja extremando toda noción del equilibrio con la más tranquilizadora soltura, como si realmente estuviera en su elemento. Era evidente, que una caída ocasional no hubiera podido causarle el menor daño. Sus evoluciones en el aire hacían el efecto de una música aguda y deslizante que podría recordar el glissando producido por un dedo al resbalar sobre una cuerda que ha sido pulsada.

La luz de los mechurrios movida por el viento, esparcía por todo el contorno la sombra delgada del equilibrista, haciéndola pedazos entre las ramas de los árboles y alargándola sobre los techos y las paredes vecinas. Más de una vez, alguien pudo notar que los pies de Don Pancho no tocaban la cuerda.

La pareja hacía su casa en el mismo solar donde se celebraban las funciones. Colgaban telas entre los cujies y dormían en el suelo. De madrugada, la gente se trepaba a los techos para verlos.

Una mañana, la mujer se sintió invadida por una furia de animal que de tiempo en tiempo se desprendía de sus carnes como un vaho de cubil. Debía de ser su época de celo. Don Pancho, que había estudiado la índole de aquellos arrebatos y estaba seguro de que en cosa de pocos minutos la bestia tonta volvería a apaciguarse, se puso a reír y a dar saltos delante de ella escapándose de sus manos, mientras un agudo escozor le caminaba por la espalda. Iba a empezar un juego que otras veces tuvo la virtud de hacerla reír. En dos o tres ocasiones, ella misma se lo había pedido, en medio del campo, dejando oír un tono de voz extraño que inexplicablemente se aproximaba al de una niña. Pero esta vez Don Pancho se hallaba dominado por un regocijo banal e incontrolable. «¡A qué no me agarras!», chillaba, desesperándola con unos gorjeos burlones que cada vez eran más agudos y trinantes. Cuando ella quiso atraparlo contra un tronco, él desplegó las alas, valiéndose de un movimiento expansivo de los brazos que le tiñó de sangre las mejillas, levantó vuelo y se posó en una rama alta. «¡Bájate de ahí!», le gritaba ella con toda su caja torácica. Don Pancho se trasladó en un solo vuelo horizontal hasta un árbol vecino. Ella sacudió el árbol con tanta fuerza que hizo caer una lluvia de hojas y con ellas unos frutos secos y fibrosos que al golpearla en la cara y los pechos la enfurecieron todavía más. Entonces Don Pancho, a quien comenzaba a dominar cierta inquietud, se remontó a la copa de una ceiba, un árbol inmenso que ella trató de sacudir sin resultado. Enardecida se armó de una piedra y la arrojó al aire con todas sus fuerzas. El proyectil atravesó las hojas, hizo un blanco perfecto y Don Pancho se precipitó inmediatamente al suelo. Se escuchó un ruido sordo atenuado por la envoltura de las plumas. Ella

hizo temblar el suelo al caer de rodillas, llorando junto a aquella forma blanca cuyas patas quebradas se estremecieron con movimientos cada vez más entrecortados, hasta que se quedaron rígidas, mientras un ala abierta a media asta cuyas plumas rozaban el polvo, empezó a

teñirse de sangre. La mujer esperó a que se secaran sus lágrimas, abrió un hueco en la tierra, echó dentro el cuerpo, lo cubrió y apisonó la tierra con sus manos. Después cayó una lluvia ligera que borró el rastro por completo. De la mujer nunca volvió a saberse.

CeDInCI

Ensayos

Luis Loayza

Aproximaciones a Garcilaso

Peruano, autor del libro de cuentos *El avaro* (Lima, 1957), de la novela *Una piel de serpiente* (Lima, 1962) y de diversos ensayos. Reside actualmente en Ginebra. El presente estudio analiza aspectos de la obra y la personalidad del Inca Garcilaso.

Juan Bosch

El caso de los Panteras Negras, una lección de Sociología Política

Ex-presidente de la República Dominicana, cuentista y ensayista político. Es autor de *Bolívar y la guerra social*, *Cuba la isla fascinante*, *El calumniado Trujillo: causas de una tiranía*, *El Pentagonismo, un sustituto del imperialismo y de varias obras narrativas*. En este artículo estudia el movimiento de los Panteras Negras tomando como base el libro de Bobby Seale, *Seize the Time*.

Masud R. Khan

Pornografía: Política de subversión y rabia

Inglés, bibliotecario del Instituto de Psicoanálisis de Londres y director de varias revistas especializadas en temas psicoanalíticos. (Ver nota de Max Hernández).

Luis Loayza

Aproximaciones a Garcilaso

Las oportunidades

El Inca Garcilaso, como muchos grandes escritores, parece señalado por el destino, toda su vida es una preparación para la obra. Muchos ven un símbolo en este hijo de princesa india y de conquistador español, en este niño que en la clara mañana del Cuzco escucha los relatos militares de la conquista y las crónicas llorosas del Imperio perdido. Sucede que conocemos el futuro, la tarde creadora de los *Comentarios Reales* después de esa mañana. Pero es imposible imaginar para el gran escritor del Perú una infancia mejor, un «material» más espléndido. Luego viene el viaje a España, a la vitalidad y la inteligencia de España en el siglo XVI. Más tarde nuestros autores imitarán a los imitadores de Góngora o a los mediocres románticos españoles: Garcilaso, en cambio, llega a España en uno de los momentos más extraordinarios de la literatura del idioma y bebe de las fuentes del Renacimiento. El viaje a Italia es posible aunque no comprobado; basta saber que su primera experiencia de escritor es traducir del italiano los *Diálogos de amor* de León Hebreo, un libro característico de la cultura europea de la época Hay que agregar: un libro que no tiene ninguna relación directa con América. Garcilaso no ha sido el perpetuo nostálgico de su patria que puede suponerse; la vuelta espiritual al Perú pasa por Italia, para escribir el libro peruano por excelencia Garcilaso gana sus medios expresivos en la escuela de Europa. Es prudente, tiene tiempo, su estrategia es soberbia. El paso siguiente es la *Historia de la Florida*, ya una obra histórica pero basada en el testimonio de Gonzalo Silvestre, un viejo conquistador. En fin, Garcilaso escribe los *Comentarios Reales* en plena madurez, seguro de sí y en la posesión cabal de su talento.

Hasta en su historia íntima habrá tenido suerte Garcilaso. Todo, aun la postergación y la soledad lo llevó a su vocación de escritor. Había ido a España con ilusiones de una pensión, de una vida de corte, que pronto quedaron disipadas. ¿Qué hubiera escrito de haber llegado a cortesano, acaso a burócrata en la administración de Indias? También intentó sin éxito una carrera en la milicia, aunque por un rápido ascenso deducimos que se portó honorablemente. Pronto tuvo que volver a Montilla, a

mascar el freno de pariente pobre en casa del hermano de su padre. Esa quietud del retiro provinciano, la larga preparación, la herencia que trajo un cierto desahogo económico, la biblioteca, el silencio en que volvían a él los años del Perú —que sin duda le parecían felices, con el resplandor de lo perdido— todo lo que levantó o reforzó en él su resignada sensación de fracaso, lo ayudó al mismo tiempo a escribir los *Comentarios Reales*. Era un hombre triste, se sentía desengañado. En el Proemio de *La Florida* dice:

Que cierto, confesando toda verdad, digo que, para trabajar y haberla escrito, no me movió otro fin sino el deseo de que por aquella tierra tan larga y ancha se extienda la religión cristiana; que ni pretendo ni espero por este largo afán mercedes temporales; que muchos días ha desconfié de las pretensiones y despedí las esperanzas por la contradicción de mi fortuna. Aunque, mirándolo desapasionadamente, debo agradecerle muy mucho el haberme tratado mal, porque, si de sus bienes y favores hubiera partido largamente conmigo, quizá yo hubiera echado por otros caminos y senderos que me hubieran llevado a peores despeñaderos o me hubieran anegado en ese gran mar de sus olas y tempestades, como casi siempre suele anegar a los que más ha favorecido y levantado en grandezas de este mundo; y con sus desfavores y persecuciones me ha forzado a que, habiéndolas yo experimentado, le huyese y me escondiesen el puerto y abrigo de los desengañados, que son los rincones de la soledad y pobreza, donde, consolado y satisfecho con la escasez de mi poca hacienda, paso una vida, gracias al Rey de los Reyes y Señor de los Señores, quieta y pacífica, más envidiada de ricos que envidiosa de ellos. En la cual, por no estar ocioso, que cansa más que el trabajar, he dado en otras pretensiones y esperanzas, de mayor contento y recreación del ánimo que las de la hacienda, como fue traducir los tres *Diálogos de Amor de León Hebreo*, y, habiéndolos sacado a luz, di en escribir esta historia, y con el mismo deleite quedo fabricando, forjando y limando la del Perú, del origen de los reyes incas, sus antiguallas, idolatrías y conquistas, sus leyes y el orden de su gobierno, en paz y en

guerra. En todo lo cual, mediante el favor divino, voy ya casi al fin. Y aunque son trabajos, y no pequeños, por pretender y atinar yo a otro fin mejor, los tengo en más que las mercedes que mi fortuna pudiera haberme hecho cuando me hubiera sido muy próspera y favorable, aunque espero en Dios que estos trabajos me serán de más honra y de mejor nombre que el vínculo que de los bienes de esta señora pudiera dejar.

Así se ve a sí mismo Garcilaso ya embarcado en su carrera de escritor. Como siempre que hace una confidencia, se reserva; este estoicismo de quien se proclama tan desasido de los bienes del mundo no parece muy de fiar; ya advertimos que se siente víctima de una injusticia, que se creía destinado a cosas mejores. Sin embargo sería apresurado ver en esta declaración una simple fórmula de resentimiento, y a creer que para él la literatura fue una elección forzada y no la más íntima vocación. Una de las palabras claves del texto es el «deleite»: «y con el mismo deleite quedo fabricando, forjando y limando la del Perú»; comprendemos que, a pesar de su natural dado al desaliento que lo lleva a lamentarse aun cuando se declara satisfecho, que estamos ante un hombre que se ha encontrado a sí mismo y hace lo que quiere hacer, un escritor en el ejercicio de su vocación.

Garcilaso tuvo muchos contemporáneos mestizos como él, algunos —como el padre Blas Valera— llegaron a España y tuvieron libros y tranquilidad, pero sólo él escribió los *Comentarios Reales*. El genio literario no puede reducirse a factores sociales, ni siquiera biográficos. Pero no es menos cierto que Garcilaso tuvo esas oportunidades que ya los escritores peruanos no volverán a tener durante mucho tiempo: no viajarán a España, no entrarán en contacto directo con la cultura europea, su actitud frente al Perú no podrá ser la misma. Recordemos por ejemplo el caso de Juan Espinosa Medrano, llamado el Lunarejo, el mejor escritor peruano del siglo XVII. Para él, que tal vez ni siquiera llegó a Lima, estaba muy lejos Europa, el centro radiante de la cultura como lo recuerda, con amargura discreta, con ironía, en uno de sus sermones: «Predico en el Cuzco y no en Consistorio de Cardenales». El cura español que enseñó las primeras letras a Garcilaso deseaba ver a sus alumnos perua-

nos en la Universidad de Salamanca y en cierta forma Garcilaso llegó a ella, al menos pudo formarse y escribir en un medio cultural más rico. El Lunarejo estuvo siempre más limitado, aunque gracias a la profesión eclesiástica logró una cierta posición en una sociedad que postergaba a los hombres de su raza. No es sólo que le faltasen mejores maestros y libros, más posibilidades de escribir y publicar. La condición colonial lo llevó al formalismo, a la cultura entendida como un simple juego; no podía enfrentarse, ni siquiera ver claramente, la realidad de su país, que era su propia realidad de postergado de «desterrado de la luz». En su obra las menciones del Perú son rapidísimas. El Lunarejo quería parecer un europeo, convertirse mediante la cultura en un europeo, porque Europa era el centro del mundo y el Perú nada más que una provincia distante. Garcilaso, que pasó casi toda su vida en España, estuvo siempre más cerca del Perú que el Lunarejo en el Cuzco. Garcilaso se sentía todavía muy próximo de los Incas, y defiende el pasado peruano contra el menosprecio y el olvido, fue testigo de los años agitados de la conquista, participó en la creación de una cultura. A pesar de su cortesía, de sus precauciones, de su humildad defensiva, se descubre en él el orgullo: un peruano habla del Perú movido, como él mismo dice, por el «amor natural de la patria». Lo que le interesa no es tanto Europa sino la forma como Europa llegó al Perú para crear algo nuevo, el mundo visto desde el Perú, el Perú como el centro del mundo.

Las defensas

Desde las primeras páginas de los *Comentarios Reales* Garcilaso se declara indio; y, con cierta modestia que es al mismo tiempo defensiva e irónica, pretende admitir la inferioridad de su condición de indio en la que, como luego se verá claramente, no cree. Disculpándose de tratar «conforme a la común costumbre de los escritores» si hay muchos mundos, si el cielo y la tierra son redondos o llanos y otros temas en verdad no menos inútiles, anuncia que ese no es su principal intento «ni las fuerzas de un indio pueden presumir tanto» (*Comentarios Reales* I, 1). Es evidente que esas pedanterías no le interesan, las toca porque es el uso erudito pero no quiere perder el tiempo con

ellas. Un indio no puede tratar temas tan elevados se entiende aquí como: yo, aunque indio, no voy a aburrirme ni a aburrir al lector con estas cuestiones que tratan otros autores.

A la condición de indio añade su escasa instrucción: «Al discreto lector suplico reciba mi ánimo, que es de darle gusto y contento, aunque las fuerzas ni la habilidad de un indio, nacido entre los indios y criado entre armas y caballos no pueden llegar allá» (I, 19). El lector verdaderamente discreto no tarda en darse cuenta que a este indio poco instruido no le faltan lecturas ni meditación. Como muchos escritores Garcilaso tiene la coquetería de presentarse como un hombre de acción y no como un intelectual. Quiere que le creamos bajo palabra que es un militar sin letras ni capacidad para la investigación: «no lo sé ni es de soldado como yo inquirirlo» (II, 7) dice cuando se trata de un detalle que prefiere omitir, aunque en otros casos abunda en precisiones. Recuerda también su infancia de pocos libros para disculpar su escaso latín: «porque lo poco que de ella sé [la lengua latina] lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mi tierra, entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras» (II, 27). Todavía va más allá. Con astucia evidente en quien son tan claras la voluntad y el esfuerzo de estilo, se excusa por su incapacidad expresiva: «El P. Valera... dice en su galano latín lo que sigue, que yo como indio traduje en mi tosco romance» (I, 6). También habría que creerle que no domina bien el español, que su verdadero idioma es el quechua: «he procurado traducir fielmente de mi lengua materna, que es la del Inca, en la ajena, que es la castellana...» (I, 17).

Así pues Garcilaso se presenta como un indio, un viejo soldado sin letras a quien no puede pedirse que escriba muy bien el español porque su lengua materna es el quechua. Compone un personaje que está hecho de verdades a medias, de usos de buena educación literaria y de ironía. Desde luego él mismo no cree en su personaje y no puede esperar que muchos lectores lo acepten. Pero tanta modestia tiene un valor táctico. Este personaje rudo y sencillo dirá seguramente la verdad. Garcilaso a pesar de ser indio, por precisamente por ser indio, puede decir la verdad, tiene una ventaja enorme sobre los historiadores españoles, la experiencia directa de su material; ha vivido veinte años en el Perú, fue testigo de mucho

de lo que narra o recogió testimonios de primera mano. Todavía no es mucho decir, porque varios de los cronistas españoles estuvieron en el Perú, algunos fueron no sólo testigos sino actores de la conquista y las guerras civiles. Pero Garcilaso es indio, emparentado por su madre con la familia real, heredero de las muchas virtudes de los Incas —entre otras la veracidad— que luego describirá minuciosamente, y puede dar fe de lo que dice: «De lo cual yo, como indio Inca, doy fe de ello» (I, 5). Los españoles han encontrado, desde un primer momento, una resistencia obstinada, incomprensible en los indios que se callan o inventan lo que suponen quiere oír el conquistador; en cambio a Garcilaso «por ser hijo natural, no me negarán, como lo han negado a los españoles» (V, 29). El los conoce desde dentro porque es uno de ellos, habla de lo que ha visto y vivido. «Esto afirmo como indio que conozco la natural condición de los indios» (II, 5). Argumentos peligrosos: está bien invocar su condición de indio para justificar sus limitaciones, con ironía que tal vez escapa a sus lectores, pero su identificación con los indios, que sin duda les permite conocerlos mejor, lo hace también sospechoso de parcialidad. Mientras dure la opresión de los indios cada uno de ellos es, en potencia, un enemigo de los españoles, un heredero desposeído de los Incas. Garcilaso no es una excepción y tiene conciencia de este posible cargo de parcialidad. Ya en *La Florida* había dedicado todo un capítulo (II, 1, 27) a responder a quienes creyeran exagerados sus elogios de los indios norteamericanos, pues el lector podía imaginarse «que lo hacemos, o por presumir de componer, o por loar nuestra nación, que, aunque las regiones y tierras estén tan distantes, parece que todas son Indias». Al igual que en esta ocasión, en los *Comentarios Reales* admite su necesidad de apoyarse en autores españoles, que expresa muy claramente: «de cuya autoridad y de los demás historiadores españoles me quiero valer en semejantes pasos contra los maldicientes, porque no me digan que finjo fábulas en favor de la patria y de los parientes» (V, 6).

Al parecer en su condición de indio natural del Perú está su fuerza y su debilidad de historiador y ambas, a primera vista, se anulan. Pero hay algo más, el golpe decisivo que inclina la partida en su favor, la jugada maestra: el conocimiento del idioma quechua.

Su idioma materno es el quechua, por el que declara su aprecio desde las primeras páginas de los *Comentarios Reales*: «*que cierto es lástima que se pierda o corrompa, siendo una lengua tan galana*» (Advertencias...). En algún lugar, como hemos dicho, lo recuerda para disculpar su pretendida torpeza en el manejo del castellano, en la que ningún lector puede creer. Más importantes es que su conocimiento del quechua le permite rectificar cuando quiere a los españoles sin poner en duda su buena fe, es decir que puede refutarlos dulcemente, destruirlos sin ofenderlos: «*de manera que no decimos cosas nuevas, sino que como indio natural de aquella tierra ampliamos y extendemos con la propia relación la que los historiadores españoles, como extranjeros, acortaron por no saber la propiedad de la lengua, ni haber mamado en la leche aquellas fábulas y verdades, como yo las mamé*» (II, 10). Los pobres españoles no entienden nada a derechas, «*casi no dejan vocablo sin corrupción, como largamente hemos dicho y diremos más adelante*» (VII, 5). Es natural que así sea, porque se les escapan ciertos matices de pronunciación de los que carece el castellano, y que muchas veces alteran por completo el recto entendimiento de un término. «*De la cual pronunciación y de todas las demás que aquel lenguaje tienen no hacen caso alguno los españoles, por curiosos que sean, con importarles tanto el saberlas, porque no las tiene el lenguaje español*» (II, 5). El mismo Cieza de León, con haber viajado tanto y ser observador digno de fe «*por ser español no sabía la lengua tan bien como yo, que soy indio Inca*» (II, 2). Aquí estamos muy lejos de quien se disculpaba por sus escasas fuerzas de indio; durante un instante brevísimo Garcilaso descubre el orgullo de su civilización. Los españoles pueden imaginarse que han aprendido el idioma de los Incas pero se equivocan, como aquel dominico que fue durante cuatro años catedrático de quechua y no conocía las distintas pronunciaciones del nombre «*pacha*». «*¿Habiendo sido maestro en la lengua ignora esto?*» (II, 5) le dijo Garcilaso, palabras que en su impecable cortesía suenan como una explosión. En fin, si ya «*se ve largamente cuanto ignoran los españoles los secretos de aquella lengua*» (II, 15) por las razones que se han dicho, lo extraordinario es que, para cuidarse las espaldas, para que no se invoque contra su opinión el testimonio de otro

peruano, Garcilaso pretende que ni siquiera los propios indios conocen bien el quechua, pues el Cuzco fue el único centro efectivo de cultura en el Perú prehispánico: «*cuanto se engañan en declarar el lenguaje del Perú los que no lo mamaron en la leche de la misma ciudad del Cuzco, aunque sean indios, porque los naturales de ella también son extranjeros y bárbaros en la lengua como los castellanos*» (V, 21). Así pues, con un criterio cultista, más extraño para nosotros que para sus primeros lectores, Garcilaso afirma que los cuzqueños son los únicos que conocen a fondo el idioma del Perú. Por poco se queda en los Incas, en la familia real del Cuzco casi exterminada por Atahualpa, es decir en él y sus familiares. Ya puede apreciarse la amplitud del movimiento táctico. Garcilaso es un indio de pocas fuerzas, como todos los indios, y un viejo soldado sin letras: primera retirada aparente que desarma a los posibles críticos. En tanto que peruano conoce bien a los hombres y a las cosas de su tierra, aunque por esto mismo se le podría acusar de parcialidad y para evitarlo suele buscar el apoyo de los historiadores españoles: primer ataque y defensa inmediata para cubrirse el flanco. Ahora viene la maniobra envolvente: el secreto de un país, de una cultura, está en el idioma y los españoles no conocen ni pueden conocer la lengua del Perú, tan distinta a la suya, con sonidos que no alcanzan a distinguir. Es prácticamente imposible que entren en contacto con los indios y, aunque lo consigan, su éxito no es seguro: sólo la gente del Cuzco sabe a fondo el idioma, sólo ellos tienen la clave. No hace falta más, a cualquier contraataque Garcilaso podría responder con las palabras de otro peruano: «*Así se dice en el Perú, me excuso*». El conocimiento del quechua es fundamental para su autoridad de historiador de la cultura peruana. Pero solamente ahora viene lo más sorprendente. Garcilaso construye esta argumentación tan sutil en los *Comentarios Reales* pero él mismo se ha encargado de desbaratarla. Ya en *La Florida* (II, 1, 6) había confesado que olvidaba el quechua:

Porque, con el poco o ningún uso que entre los indios había tenido de la lengua castellana, se le había olvidado hasta el pronunciar el nombre de la propia tierra, como yo podré decir también de mí mismo que por no

haber tenido en España con quien hablar mi lengua natural y materna, que es la general que se habla en todo el Perú, aunque los incas tenían otro particular que hablaban ellos entre sí unos con otros, se me ha olvidado de tal manera que, con saberla hablar tan bien y mejor y con más elegancia que los mismos indios que no son incas, porque soy hijo de palla y sobrino de incas, que son los que mejor y más apuradamente le hablan por haber sido lenguaje de la corte de sus príncipes y haber sido ellos los principales cortesanos, no acierto ahora a concertar seis o siete palabras en oración para dar a entender lo que quiero decir, y más, que muchos vocablos se me han ido de la memoria, que no sé cuáles son, para nombrar en indio tal o tal cosa. Aunque es verdad que, si oyese hablar a un inca, le entendería todo lo que dijese y, si oyese los vocablos olvidados, diría lo que significan; empero de mí mismo, por mucho que lo procuro, no acierto a decir cuáles son. Esto he sacado por experiencia del uso o descuido de las lenguas, que las ajenas se aprenden con usarlas y las propias se olvidan no usándolas.

Es evidente que Garcilaso ha perdido en gran parte el uso activo del quechua, aunque supone que recobraría al menos un conocimiento pasivo si tuviese oportunidad de conversar con un peruano. ¿Dónde quedan entonces las muchas discusiones que resuelve apelando a su conocimiento del idioma? ¿No es posible que trocara las pronunciaciones de matices tan sutiles, y con ellas el sentido de algunas palabras? En los propios *Comentarios Reales* volveremos a encontrar textos semejantes: «*Reprendiendo yo mi memoria por estos descuidos, me responde ¿que por qué la riño de lo que yo mismo tengo la culpa? Que advierta yo que ha cuarenta y dos años que no hablo ni leo aquella lengua. Válgame este descargo para el que quisiera culparme de haber olvidado mi lenguaje*» (VIII, 18). O, aún más explícitamente: «*...el nombre que los indios les dan se me ha ido de la memoria, aunque fatigándola yo en este paso muchas veces y muchos días, reprendiéndola por la mala guarda que ha hecho y hace de muchos vocablos de nuestro lenguaje, me ofreció por disculparse este nombre cacham por pepino; no sé si me engaña...*» (VIII, 11). «No sé si me engaña...» Este acto de modes-

tia es sincero. Garcilaso está pensando en sus lectores peruanos y ante ellos se descubre, se entrega, depone la actitud defensiva que adopta ante los españoles: «*...mis parientes, los indios y mestizos del Cuzco, y todo el Perú serán jueces de esta mi ignorancia, y de otras muchas que hallarán en esta mi obra; perdonéme las, pues soy suyo, y que sólo por servirles tomé un trabajo tan incomportable como éste lo es para mis pocas fuerzas (sin esperanza de galardón suyo ni ajeno)*» (VIII, 11).

Más de una vez Garcilaso nos manda estos mensajes a los peruanos. Se ha recordado muchas veces el encabezamiento del prólogo de su *Historia General*: «*Prólogo a los Indios, Mestizos y Criollos de los Reinos y Provincias del grande y riquísimo Imperio del Perú el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano compatriota y paisano, salud y felicidad*» que bastaría para probar como piensa en nosotros. No es menos cierto que escribe también para los otros, para quienes no son peruanos, como lo dice inmediatamente: «*por dar a conocer al universo nuestra patria, gente y nación*» y, en efecto, consigue lo que se propone pues su obra encontrará una resonancia extraordinaria en Europa. Pero es importante señalar que nos distingue de sus demás lectores, de quienes no son de esta tierra: «*Nombrar las provincias tan en particular es para los del Perú, que para los de otros reinos fuera impertinencia; perdonésemos que deseo servir a todos*» (II, 16).

Garcilaso se llama a sí mismo, innumerables veces, indio. Más exactamente es un mestizo. Quienes ven en él un símbolo racial de reconciliación, tan cerca de los españoles como de los incas, aseguran, con la visión idílica de lo colonial, que estaba orgulloso de ser un mestizo, que se llamaba este nombre a boca llena y se honraba con él. Pero esto no es tan claro. Cuando Garcilaso se refiere a sí mismo como mestizo, caso excepcional, dice algo más: «*A los hijos de español y de india, o de indio y de española, nos llaman mestizos por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos de Indias; y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él. Aunque en Indias si a uno de ellos le dicen sois un mestizo o es un mestizo, lo toman por menosprecio*» (C. R. IX, 31). Como vemos Garcilaso declara honrarse con el nombre de mes-

tizo pero añade que éste ha sido impuesto por los españoles, que él lo acepta por su significación aunque también por respeto filial y que en las Indias puede ser insultante. La declaración queda inmediatamente matizada y no creo que pueda llegarse a una conclusión sólo a partir de ella. Lo innegable es que Garcilaso se llamaba a sí mismo no mestizo sino indio. Con el mismo derecho pudo recordar la otra mitad de su sangre y llamarse español. No lo hizo ni una sola vez. En cambio no es raro que al pensar en los incas se identifique con ellos. En los diálogos de infancia el niño Garcilaso pregunta a sus parientes: «¿Quién fue el primero de nuestros Incas?... ¿Qué origen tuvieron nuestras hazañas?» (I, 15). Cuando se refiere a la conquista no hay una identificación semejante con los compañeros de su padre: «Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra» (I, 18).

Naturalmente acudiremos a la *Historia General* para precisar la visión que tiene Garcilaso de la conquista. Pero ya en los *Comentarios Reales* hay varias referencias al encuentro de las dos culturas. Garcilaso justifica la conquista porque con ella se ganó el Perú para la religión cristiana, tesis oficial que estaba prácticamente obligado a defender, si bien no hay porque dudar de su sinceridad. Esboza también algunas débiles críticas. Ya en las continuas acusaciones de desconocimiento del quechua que hace a los españoles hay una crítica implícita: los conquistadores no han podido —tal vez no han querido— comprender la civilización que tenían ante los ojos y que en gran medida destruyeron. Garcilaso defiende las conquistas que hicieron los Incas aduciendo el estado de barbarie de los pueblos vecinos, en lo cual recoge la única versión de que disponía, versión interesada e injusta para las culturas preincaicas. En cambio su obra hará imposible valerse de las mismas razones en favor de la conquista española, pues la escribe para enaltecer la cultura del Imperio. Los españoles estaban destinados a vencer por su superioridad militar y técnica y, argumento espiritual, por su calidad de portadores del cristianismo. Pero los Incas no eran bárbaros. Más aún, los bárbaros, los ciegos en relación con la cultura del Perú, pueden ser los españoles. Cuando Garcilaso dice que los no naturales del Cuzco son «bárbaros en la lengua como los castellanos» (V, 21) usa seguramente la pala-

bra en el sentido de ignorancia del idioma, aunque quizás con una punta de ironía. Pero, más claramente: «Los españoles, como extranjeros, no han hecho caso de semejantes grandezas, ni para sustentarlas, ni para estimarlas, ni aun para haber hecho mención de ellas en sus historias; parece que a sabiendas o con sobra de descuido, que es lo más cierto, han permitido que se pierdan todas» (V, 24). Está hablando de la conquista, de la época tumultuosa de las guerras civiles que él recordaba bien; el paso a la colonia, es decir a la explotación ordenada y sin heroísmo, a la postergación sistemática y sin esperanza de los indios, no hará sino ahondar su desánimo. Cuando menciona al virrey Toledo, una de las figuras más características del nuevo régimen, es sin ninguna simpatía y casi burlándose de él (VII, 17). Todo esto es síntoma de algo más profundo. Garcilaso siente, aunque nunca se lo haya explicado, la condición colonial. La advierte en su país, en la destrucción y el desconocimiento de la grandeza incaica, en la explotación instaurada con el virrey Toledo y en su propia vida. Ha tenido muchas oportunidades que ya no tendrán los peruanos durante siglos, sobre todo la posibilidad de entrar en contacto directo con la cultura europea, pero es un hombre colonial, es decir en situación de inferioridad frente a los colonialistas. Está convencido de que la sangre que le ha transmitido su madre es ilustre pero esa herencia no cuenta, Garcilaso descende de reyes pero de reyes muertos de un reino que ya no existe, aunque lo hará surgir otra vez en su imaginación poderosa y tierna. Tal vez soñó un momento con insertarse en la sociedad española pero fracasó siempre y no por culpa suya: en sus pretensiones de corte, en la carrera militar, en ese nombramiento de representante de la ciudad de Montilla que el señor de la región no confirmó. Tenía conciencia de su propio valor pero no era sino un indio, pertenecía a un pueblo conquistado: asumió su condición, fue un indio y lo repitió cien veces en sus libros, orgullosamente se llamó el Inca, Garcilaso descubre lo peruano y en ese momento lo peruano es lo colonial. Construye sus defensas, no compite abiertamente con los españoles, les reconoce todas las superioridades salvo la única que realmente le importa, el conocimiento del Perú. No quiere otra libertad que la del escritor: recobrará su infancia en la creación, inventará el gran mito de los In-

cas, la versión heroica, justa y feliz del Imperio, afirmará que, a pesar de su derrota, el Perú fue también una civilización. Si nos pide perdón a los peruanos por sus olvidos e ignoran-

cias es porque es nuestro, si ante nosotros se presenta sin defensas es porque no las necesita.

CeDInCI

El caso de los Panteras Negras, una lección de Sociología Política

En su libro *Seize the Time*, Bobby Seale, presidente del partido de los Panteras Negras, hace la historia de esa organización y al mismo tiempo esboza la de su fundador e ideólogo, Huey P. Newton.* Aunque se trata de una historia y un esbozo biográfico muy vagos, en los que a menudo se da la hora y el día de la semana de un hecho sin precisar en qué día de qué mes y de qué año sucedió este hecho, a lo largo del libro de Bobby Seale puede verse con claridad que los Panteras Negras eran, o son, el partido del lumpen proletariado de los ghettos negros norteamericanos; pero ni siquiera es necesario sacar esa conclusión de la lectura de *Seize the Time*, puesto que su autor lo dice de manera franca en la primera página del prólogo; y he aquí cómo lo dice:

«Marx y Lenin probablemente se removerían en sus tumbas si pudieran ver al lumpen proletariado afroamericano componiendo la ideología del Partido Pantera Negra. Marx y Lenin decían que el lumpen proletariado no haría nada por la revolución. Pero hoy, en una sociedad moderna y altamente tecnificada, con su CIA, su FBI, su vigilancia electrónica y sus policías armados y equipados para matar más de lo necesario (*overkill*), aquí estamos los negros americanos reclamando nuestros derechos constitucionales, y reclamando que se satisfagan nuestros deseos básicos y nuestras necesidades, convirtiéndonos, por esa razón, en la vanguardia de una revolución, contra todos los propósitos de dejarnos afuera (de ella)».

Así, pues, los Panteras Negras eran, o son, el partido del lumpen proletariado negro de los Estados Unidos; o por lo menos el más conocido de los partidos del lumpen proletariado de ese país. Y consciente de eso, su presidente Bobby Seale comienza su historia de los Panteras Negras enmendándoles la plana a Marx y a Lenin, y afirmando, al hacerlo, que su partido se ha convertido en la vanguardia de una revolución, a pesar de que Marx y Lenin dijeron que el lumpen proletariado no podía dirigir una revolución, si bien Marx y Mao-Tse-tung consideraron que algunos miembros de

esa capa social podían ser útiles a la revolución si se les dirigía adecuadamente.

El lumpen proletariado negro de los Estados Unidos

En un país como la República Dominicana, el lumpen proletariado proviene de la baja pequeña burguesía, en sus estratos pobre y muy pobre. ¿Sucede lo mismo en la sociedad negra norteamericana? Si se lee cuidadosamente el libro de Bobby Seale, parece que sí. El propio Bobby Seale trabajaba en uno de los programas contra la pobreza que sostiene el gobierno. En ningún momento recibe el lector de *Seize the Time* la impresión de que uno de los afiliados al partido es obrero o hijo de obrero, y ni siquiera de obrero parado. En el caso de los negros, el índice de desempleo en los Estados Unidos es el más alto; pasa de 10 por ciento cuando el promedio general, incluyendo a los blancos, es de 6; de manera que debe haber un número importante de jóvenes en edad de hacerse miembros de los Panteras Negras que son hijos de obreros desempleados; sin embargo, esos jóvenes no aparecen entre los que describe Bobby Seale como afiliados a su partido.

De una manera explícita, Bobby Seale dice (página 64), que Huey P. Newton, el líder de la organización, quería reunir en él «hermanos de la cárcel preventiva, hermanos que habían estado por ahí robando bancos, hermanos que habían estado chuleando, hermanos que habían estado vendiendo drogas... hermanos que habían estado peleando con los policías (*pigs*, cerdos, en el lenguaje de los Panteras Negras)». El primero de los ideólogos de Huey P. Newton, y en consecuencia del partido, fue Franz Fanon, el revolucionario martiniqueño que después de su participación en el movimiento de Argelia había escrito *Los Desgraciados de la Tierra*, un libro en el cual vertía sus recuerdos de esa lucha feroz. Fanon merece mucha estimación como revolucionario, pero a nadie se le ha ocurrido pensar que lo que él dijo tiene la categoría de lo que dijeron Marx y Lenin Y según cuenta Bobby Seale (página 30), «Huey entendió el significado de lo que estaba diciendo Fanon acerca de (que había que) organizar antes que nada al lumpen proletariado, porque Fanon apuntaba explícitamente que si uno

no organiza el lumpen proletariado... la estructura del poder organizará esos tipos contra uno». Y a fin de que no haya lugar para la confusión, el presidente de los Panteras Negras explica que el lumpen proletariado está compuesto por chulos, por gente agresiva, que no trabaja; los degradados, los ladrones, y, en fin, los que no tienen conciencia política (*who's not politically conscious*).

En la página 34 el autor dice que él y Huey P. Newton tenían el libro de Fanon subrayado, y explica: «Desearía tener ahora los libros con las páginas subrayadas: todo lo que Fanon dijo sobre la violencia y la espontaneidad de la violencia, cómo la violencia educa a aquellos que están en posición... de guiar al pueblo en lo que debe hacerse... Malcom X habló sobre organización y (la manera de) hacer las cosas». Seale cuenta cómo nació el programa del partido; allá «entre el 1 y el 15 de octubre, en el centro de la pobreza en el norte de Oakland, Huey y yo comenzamos a escribir un plan de trabajo y el programa del Partido Pantera Negra. Huey mismo lo articulaba palabra por palabra. Todo lo que yo hice fueron (algunas) sugerencias». Luego, Melvin Newton, el hermano de Huey, le hizo las necesarias correcciones gramaticales. «Lo reunimos (todo) y cogimos el papel que necesitábamos de la oficina de la pobreza, tarde en la noche»; esto es, se hicieron de papel en el lugar donde trabajaban; y así fue como «el Partido fue oficialmente establecido el 15 de octubre de 1966, en la oficina de un programa contra la pobreza, en la comunidad negra de Oakland, California. Reunimos a mi mujer y a La Verne, amante de Huey, y ellas lo mecanografiaron en stencils en la oficina del programa contra la pobreza. En la noche siguiente... sacamos unas mil copias...» (páginas 59-62). Y otro día «Bobby Hutton dijo: Yo soy un miembro del Partido Pantera Negra. Y Huey dijo: Eres el primer miembro... Reunimos nuestros cheques (que recibíamos) del programa contra la pobreza, Bobby Hutton, Huey y yo. Pusimos junto todo nuestro dinero y pagamos el primer alquiler de nuestra primera oficina. Alquilamos esa primera oficina en 150 dólares por mes en la (calle) Cincuenta y seis esquina a Grove, en Oakland». Esa primera oficina quedó abierta el día de Año Nuevo de 1967, y tenía un letrero en la ventana con estas palabras: Partido Pantera Negra para la Autodefensa. Allí, de acuerdo con Huey,

que designó a Bobby Seale presidente y se designó a sí mismo Ministro de Defensa, «Vamos a tener clases de educación política los miércoles en la noche, pero antes de que reciban educación política tienen que (estudiar) durante una hora el uso y la seguridad de las armas, y en las reuniones de los sábados aprenderán durante una hora el uso y la seguridad de las armas». Un ex soldado que acostumbraba emborracharse, y a quien Newton le dijo que no podía ir bebido a la oficina del partido, resultó «el mejor hombre para enseñarles a los hermanos a desarmar un rifle M-1 y a tirar con él»; y los Panteras Negras comenzaron a reunir armas (páginas 77-9). Por último, Huey P. Newton mezcló la enseñanza del uso de las armas con lo que dijeron Fanon, y Malcom X y Mao Tse-tung. «Huey integró todos esos principios»; y donde el Libro Rojo de Mao decía «el pueblo chino del Partido Comunista, Huey decía: Cambien eso (y pongan) Partido Pantera Negra. Donde dice pueblo chino pongan pueblo negro»; porque «dónde él (Huey P. Newton) veía un principio particular dicho en términos chinos él quería cambiarlo para aplicarlo a nosotros. A partir de ahí pasamos a usar el Libro Rojo, ...hablábamos de él y Huey nos tenía practicando sus principios» (página 82). A lo largo de todo el libro salta a la vista que los Panteras Negras eran lumpen proletarios; pero además Bobby Seale lo reafirma. Por ejemplo en la página 179, al hablar del periódico que editó el partido, explica que «Es un órgano que producen los hermanos y las hermanas lumpen proletarios»; y dice que «Eldridge Cleaver es el director...», pero la calidad y el desarrollo de ese periódico ha venido de hermanos que previamente estuvieron en prisiones, hermanos que antes estuvieron en la cárcel preventiva, lumpen proletarios afroamericanos de cada día que vinieron a quedar políticamente organizados y políticamente conscientes».

¿Puede formar el lumpen proletariado una vanguardia revolucionaria?

¿Era posible, y es posible organizar al lumpen proletariado hasta convertirlo en la vanguardia revolucionaria de un país, o en el caso concreto de los Estados Unidos, de una parte del pueblo, esto es, de los negros? Al elaborar la doctrina del socialismo cientifi-

* La edición que he utilizado para este trabajo en la primera de Vintage Books, colección que publica en New York Random House, Inc. Esa edición fue impresa en septiembre de 1970, sobre originales escritos por su autor en la cárcel del condado de San Francisco, donde se halla cumpliendo condena desde el año 1969.

co, Marx y Engels se dieron cuenta, naturalmente, de que el lumpen proletariado quedaba fuera, de las relaciones de producción; era una porción de la sociedad que no tomaba parte en el proceso productivo, que no ocupaba lugar alguno en el sector capitalista y no lo ocupaba en el sector obrero; y precisamente, del hecho de no tener una posición determinada en las relaciones de producción partía su naturaleza de deshecho social y la diversidad de intereses y de fines de los que forman el lumpen proletariado. En cambio, de la posición que ocupan en las relaciones de producción parte, necesariamente, la identidad de clase de los trabajadores y consecuentemente la unidad de intereses y de fines de los que forman esta clase. Sobre esa identidad de clase y sobre esa unidad de intereses y de fines de los trabajadores podía planearse un trabajo serio para introducir en sus ideas los principios revolucionarios socialistas, que no eran ni podían ser el producto natural de la clase, dado que los trabajadores no tenían la cultura indispensable para crearlos ni disponían de facilidades para elaborarlos; y era natural que los trabajadores se adhirieran a esos principios porque tales principios conducían a su liberación en tanto clase; los llevarían de la posición de explotados a la de amos del poder político, económico y social.

Marx y Engels llegaron a una conclusión severamente científica, pues, cuando establecieron que la revolución socialista sería hecha por la clase obrera; y Lenin actuó científicamente también cuando organizó al Partido Bolchevique como un partido de obreros que pasaron a ser la vanguardia política de su clase, esto es, de todos los trabajadores de su país. ¿Hubiera podido hacerse eso con los lumpen proletarios rusos como procedieron a hacerlo los fundadores de las Panteras Negras en el caso de los negros norteamericanos?

Claro que no, y por una razón muy simple: Porque debido a que el lumpen proletariado no ocupa ningún lugar determinado en las relaciones de producción, no es una clase. Es más, no llega a ser ni siquiera una capa. En la República Dominicana el lumpen proletariado, al que el pueblo llama tigueraje o tigueres, procede de las dos capas inferiores de la baja pequeña burguesía, de la capa pobre y de la muy pobre, pero se desprende de su capa de origen

debido a que los medios de producción de que disponen esas dos capas de la baja pequeña burguesía son tan limitados en cada caso que no proporcionan medios de vida para todas las familias de esas capas, y en términos generales, no los proporcionan en cantidad suficiente para todos los miembros de cada familia. Así, un pequeño propietario campesino que tiene seis o siete hijos no produce para mantenerlos a todos; para darles comida, salud y educación a todos, de donde viene a suceder que dos, tres o más de esos hijos abandonan el campo y se trasladan a los centros urbanos, y ahí pasan a integrar el número de los llamados marginados, de los cuales algunos pasarán a ser lumpen proletarios. Ahora bien, esos lumpen proletarios, cuyo origen está en la baja pequeña burguesía campesina pobre, como puede estarlo en la baja pequeña burguesía de las ciudades, especialmente en los niveles pobre y muy pobre, no se integran y no pueden integrarse en una capa social porque su condición de desplazados o marginados los deja fuera del orden impuesto por las relaciones de producción, y en consecuencia cada uno tirará para donde lo llame su necesidad de vivir.

¿Y hacia dónde llama a los lumpen proletarios esa necesidad de vivir?

Ni ellos mismos lo saben. Nacen y crecen en un medio donde no adquieren ningún conocimiento para producir, de manera que tendrán que convertirse en *todólogos*, como dicen los venezolanos para describir a los que se hallan dispuestos a desempeñar cualquier tipo de trabajo, y al final la mayoría buscará seguridad en un empleo de policía o soldado o espion, ese deshecho social al que el pueblo dominicano llama calié; o se dedicarán a revolucionarios de oficio porque necesitan transformar el medio social, pero en la tarea revolucionaria actuarán como individuos, no como miembros de una clase, porque no forman ni pueden formar una clase. Y sucede que en la medida en que actúen como individuos estarán actuando para salir individualmente de su situación de miseria e incertidumbre, lo que en fin de cuentas es un impulso típicamente pequeño burgués, y gente con esos impulsos no puede convertirse en vanguardia de una revolución; gente así puede obedecer ciegamente a un jefe, como lo hace cuando se enrola policía, soldado, espion o calié, pero nunca obedecerá a

una conciencia de clase; en última instancia luchará por su ascenso personal, no por el de una clase, y no puede luchar por una clase porque no es miembro de ninguna clase, aunque a veces su resentimiento social presente la apariencia de una conciencia de clase.

Como en última instancia la lucha del lumpen proletario está impulsada por su necesidad de ascender personalmente, si halla que no puede lograr el ascenso a través de la lucha revolucionaria se pasará con armas y bagajes al enemigo si éste le ofrece ese ascenso o algún tipo de seguridad. De ahí que la policía norteamericana consiguiera, como lo consiguió, que cientos de militantes de los Panteras Negras se pasaran a sus filas y se dedicaran a combatir a sus antiguos compañeros. Ese paso de cientos de miembros de la «vanguardia de una revolución» a agentes del enemigo ocurrió después que la policía liquidó a varios líderes del partido, en los últimos meses del año 1969 y los primeros de 1970. Entre los muertos sobresalieron Fred Hampton, que tenía 22 años y era presidente del Partido en el Estado de Illinois, a quien la policía mató en su casa de Chicago al comenzar el mes de diciembre de 1969. Fred Hampton se hallaba todavía durmiendo, pues el ataque se produjo a las 5 de la mañana, y a las 5 de la mañana, en Chicago y en invierno, es tan oscuro como a media noche. En cuanto a otros líderes, el fundador del Partido, Huey P. Newton, había caído preso al terminar el mes de octubre de 1967, y el propio Bobby Seale, autor de *Size the Time*, está todavía en la cárcel.

Al final, el fracaso

De buenas a primeras, Bobby Seale dedica todo un capítulo de su libro a los Panteras Negras traidores, agentes provocadores y renegados, y dice que «mil de ellos tuvieron que ser expulsados del partido» (páginas 389-90). Al tratar de darle sentido a una palabra del argot de los Panteras Negras, la palabra *jackanape* dice: «Un necio que está alienado por la fumadera de marihuana mientras vende el periódico *La Pantera Negra* o participa en asaltos mientras milita en el partido de las Panteras Negras. A él no se le ve como a un perverso o como a un traidor del partido. Se le ve como a uno que no tiene la disciplina necesaria o los sesos (in-

dispensables) para estar en el partido...».

Pues bien, eso es un lumpen proletario en un ghetto negro de un país altamente desarrollado como son los Estados Unidos. Pues sucede que aunque ambos sean lumpen proletarios, no actúa exactamente igual el de la República Dominicana que el de Oakland, California, Estados Unidos. El de un país pobre como la República Dominicana tiene los mismos impulsos, y la misma necesidad de ascender socialmente, pero no tiene los mismos vicios que uno de Norteamérica; primero, porque no está totalmente alienado y no es víctima de la discriminación racial, por lo menos en igual grado que el lumpen proletario negro norteamericano; y segundo, porque sus medios no le permiten hacerse de 30 a 50 dólares diarios para fumar marihuana, aun si se dedicara, como lo hace el *jackanape* de Chicago, a «participar en asaltos mientras milita en el partido de las Panteras Negras».

Al darse de bruces con la muralla de la realidad, los Panteras Negras se hicieron cargo de que habían fracasado en su aspiración de ser «la vanguardia de una revolución», y así lo dio a entender el jefe e ideólogo del Partido, Huey P. Newton, en las primeras declaraciones que hizo para los periódicos después de haber sido puesto en libertad a mediados de diciembre de 1971. Las declaraciones de Newton aparecieron en *The Miami Herald* del 31 de enero de 1972. Se copian a seguidas los cinco primeros párrafos de esas declaraciones porque en ellos se resume la situación actual del Partido: *Oakland, California*. El Partido de los Panteras Negras abandonó las armas y está trabajando en el contexto del sistema. Así lo anunció el sábado su cofundador Huey P. Newton». En una entrevista exclusiva de dos horas en su apartamento de \$ 650. mensuales en un rascacielos de Oakland, el antiguo ministro de defensa de 29 años dijo que el Partido aún consideraba la «revolución» como un hecho inevitable en los Estados Unidos y que podía ser de carácter violento.

Pero al presente, dijo, las Panteras «organizarán la comunidad», piqueteando los comerciantes para forzarlos a contribuir con dinero o mercancías, y harán un nuevo registro nacional para votantes que se extenderá hasta los más apartados rincones del Sur. Anunció que los Panteras rechazaron la filosofía de «levantar-el-arma-ahora» que la facción

rival de Eldridge Cleaver mantiene y al cual Newton llamó «delincuente, traidor y renegado». En su primera entrevista desde que cayeron los cargos que pesaban sobre él en 1967 por la muerte de un policía, Newton dijo que la inscripción de votantes había comenzado en Oakland y la vecindad de Berkeley y que se extenderá a las áreas de Atlanta, Carolina del Norte, New York y Chicago.

«No me siento optimista acerca de los resultados que podamos obtener a través del proceso electoral, pero creo que en algunas áreas obtendremos algunos beneficios, y en aquellas áreas donde no podamos obtenerlos mostraremos lo que la política electoral pueda darnos.» Newton acusó a Cleaver de tratar de alejar el Partido de su «visión original» aprovechando la ausencia de Newton mientras estuvo en juicio o en prisión.

Cleaver era ministro de información del Partido cuando Newton fue sentenciado a prisión en 1968 por la muerte de un policía, viajó a Argelia y en meses recientes Cleaver ha acusado a Newton y a David Hilliard, Jefe de Personal del Partido, de desbaratar las Panteras y dice que Cleaver regresará a los Estados Unidos para iniciar una guerra de guerrillas.

En los Estados Unidos o en la República Dominicana, el lumpen proletariado no puede ser organizado en vanguardia de una revolución, aunque muchos de ellos pueden tomar parte en una revolución y pueden llegar a destacarse en ella. Su condición de clase, o dicho de manera más propia, el hecho de no pertenecer a una clase debido a que no tiene un lugar dado en las relaciones de producción, le impide integrarse en una vanguardia revolucionaria.

Masud R. Khan Pornografía: Política de subversión y rabia

Traducción y
Presentación de Max Hernández

Masud R. Khan es Bibliotecario del Instituto de Psicoanálisis de Londres, Editor de la *International Psychoanalytical Library*, Director de *Freud Copyright* y Co-Director extranjero de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse*. Su pensamiento se inscribe en la tradición psicoanalítica británica, esa tradición a la que tanto han contribuido emigrados y refugiados centroeuropeos, galeses y escoceses y a la que Londres ha provisto el ámbito de apertura y tolerancia que hizo posible el diálogo entre el crítico empirismo nativo y la tendencia racionalista e intelectualista del psicoanálisis. El curso de la Sociedad Psicoanalítica Británica con sus grupos, articulados más en estilos que en parroquias, ha determinado la coexistencia —pacífica mas no silente— del pensamiento ortodoxo, de la escuela kleiniana, y de los analistas independientes, cuya posición fue resultante tanto de un curso propio cuanto de la necesidad de articular posiciones, respuestas y dudas frente a la evolución, polarizada en algún momento, de los otros grupos.

Khan es una figura importante del grupo independiente. Winnicott, A. Freud y M. Klein, representantes eximios de los tres grupos, fueron sus maestros. Además de aprender de los libros que tanto ama, ha aprendido también de sus pacientes y de sus discípulos. Cuando enseña habla, como él suele decir, dejando hablar al campesino de Punjab que se maravilla de todo lo que debe maravillarse y al señor feudal que cuida, busca el orden y vive su modernidad chapado a la antigua.

Khan ha escrito varios artículos sobre las perversiones continuando la tradición de Freud, Abraham, Glover, Lacan y Greenacre. El análisis de las formaciones perversas le ha permitido captar ciertas formas de alienación en las que el desgobierno de una subjetividad entendida sólo como dato mental tiende al desconocimiento del otro, situaciones en que la vida semeja una sórdida caricatura de la metapsicología freudiana. El presente artículo enfoca la pornografía desde este punto de mira y señala una posición que no puede ser ignorada.

MAX HERNANDEZ

Pornografía: escritos o pinturas obscenos dirigidos a provocar excitación sexual (*The Penguin English Dictionary*).

Acepto esta definición como apropiada y he de intentar explorar la naturaleza de la «provocación» y la cualidad de la «excitación sexual» engendradas por la literatura y la imaginería pornográficas. Para poder ilustrar lo que intento decir ofrezco dos ejemplos de escritos pornográficos, tomados al azar.

«Sí, encantador—». Su voz llegó hasta él casi en un grito cuando algo como un vaho caliente giraba y empezaba a envolverlo. «Sí, SI, ENCANTADOR» dijo ella. Su brazo se deslizaba y penetraba casi hasta el codo. El sudaba como un bruto. Casi fuera de sí empezó a golpear. El golpeaba y golpeaba, ella se retorció bajo el golpe que semejaba al de una bomba. El golpeó más y más rápido sintiendo que lo más profundo de ella encontraba su puño amante cada vez que él lo hacía avanzar hacia adentro. El golpeaba y golpeaba, ella empezó a gritar, él estaba en un sueño salvaje, el sudor corriendo a mares por su cuerpo, ella no podía estar más empapada. El se hundió aún más y golpeó hasta el codo. (F. Pollini: *Pretty maids all in a row*).

Un hombre a quien nunca habíamos visto, dijo aquella amable puta, vino a la casa y propuso una ceremonia desusada: quería que lo atasen a una escalera. Nosotras amarramos sus muslos y su cintura al tercer travesaño y, levantando sus brazos por encima de su cabeza, atamos sus muñecas al escalón más alto. Estaba desnudo. Una vez que estuvo firmemente amarrado fue expuesto a la tunda más feroz, golpeado con el látigo hasta que los nudos de las puntas se deshicieron. Estaba desnudo, repito, y no hubo necesidad de ponerle un dedo encima, ni él mismo se tocó, pero cuando terminó de recibir esta paliza salvaje, su instrumento monstruoso se elevó como un cohete, se mecía y penduló entre los travesaños de la escalera y al poco tiempo lanzó su chorro al medio del cuarto. Lo desatamos, pagó y se marchó. (Sade: *Les 120 Journées de Sodome*).

El más ligero examen de los eventos somáticos descritos revela, más allá de toda duda, lo imposible de su realización física para una mujer y un hombre. Meter un puño y un brazo dentro de los genitales produciría una violenta ruptura y un enorme daño. Nada de esto es tomado en cuenta por el autor. Por el contrario, la sensación referida es la de un éxtasis placentero. Igualmente, el personaje de Sade, luego de la paliza recibida no se siente debilitado o dolido, briosamente se marcha al terminar. Y he citado un ejemplo que para Sade es moderado. Pues, gentes heridas, muchachas mutiladas durante las orgías —con los dedos cortados, etc.— aparecen, de rutina, en la *écriture** de Sade. No importa que es lo que se le haga al cuerpo humano pues nunca será verdaderamente dañado o incapacitado. Cada personaje permanece después del acontecimiento igual a como estuvo antes de él. El dolor no impide nada, tampoco enseña nada. La Justine de Sade persevera completa, inocente e ignorante de principio a fin de la narración.

Si los eventos somáticos descritos en una *écriture* pornográfica —prefiero el concepto francés de *écriture* a la palabra inglesa *writing* porque implica una intención específica en el uso de las palabras— son clamorosamente imposibles en los términos del cuerpo humano y sus capacidades, cabe preguntarse, ¿de dónde extraen estos «eventos somáticos» su autenticidad y su poder de estimular sexualmente al lector? La respuesta es: del uso especializado de las palabras en la pornografía; ellas no describen vivencia humana alguna, simulan o confeccionan un evento somático total no-humano. Lo absurdo e imposible del evento le otorga un nuevo poder, ha trascendido los límites físicos innatos dentro de los que el cuerpo humano vive el dolor y la excitación.

Este uso especializado de las palabras tiene otra cualidad: la mentalización del instinto. Lo que se describe no son las experiencias sexuales espontáneas, compartidas, humanas sino eventos sintéticos, alambicados y elaborados, producidos por la mente a través de las palabras. Aun cuando aparentemente se supone que las experiencias son físicas y concretas, de hecho tales eventos sólo pueden pasar en la mente y en aquel vacío evocativo que es el terreno de la pornografía. Es esta la característica que sitúa

* En francés en el original.

a la pornografía más allá del dominio de la ética y la moral. Sólo puede ser evaluada estética y psicológicamente, no judicial ni éticamente. Ya que la pornografía es exclusivamente un juego mental pervertido que tiene poco o nada que hacer con las experiencias sexuales ordinarias, es necesario examinarla estética y psicológicamente de más cerca. Raramente la pornografía es literatura. Con los debidos respetos a Apollinaire, Jean Paulhan, Geoffrey Gorer, Georges Bataille y Roland Barthes nadie puede reclamar ninguna virtud para el estilo de Sade. Uno debe admitir que la *écriture* de Sade es aburrida, opresivamente repetitiva y carente de invención —los mismos eventos somáticos tramados en el mismo espacio claustrofóbico con insistencia infatigablemente obsesiva. Hay también poca imaginación o invención o caracterización en la pornografía y, de nuevo, Sade es el ejemplo típico. Y no hay nunca ninguna emoción, relación o vivencia de sí. Pero me estoy adelantando, esto corresponde al abordamiento psicológico de la pornografía.

Es a partir de una consideración estética de la pornografía que uno descubre que es tan falsa en sus pretensiones de ser literatura cuanto menguada en su demanda de ser un vehículo de experiencias instintivas aumentadas. Los escritores pornográficos han tenido la suerte de encontrar el griterío histérico de los ultrajados europeos criados en las tradiciones puritanas. De este modo se perdió la pista del problema. El asunto no es que la pornografía sea inmoral, es desventuradamente mala literatura. En las culturas europeas contemporáneas ha surgido una situación irónica y absurda frente a la pornografía y, mientras los escritores pornográficos se enfrasquen en interminables debates con los moralistas culturales —los custodios emascarados y anacronísticos de la menguante vitalidad de la cultura— responderán con más intolerancia y dogmatismo a la menor sugerencia de que la pornografía es menudeo de una pobre literatura y una psicología enfermiza para los individuos que, carentes de recursos, no pueden evaluarla y resultan en sus desdichados cómplices.

Esta es el área cultural por excelencia en donde la pornografía es más subversiva. No utiliza ni extiende la imaginación ni la sensibilidad del lector(a), sólo le ofrece un mundo li-

mitado de palabrería omnipotente, insinuada y manufacturada a manera de eventos somáticos con sus falsos climas y orgasmos, cara a los cuales el cómplice puede complacerse y excitarse. El genio, si cabe usar la palabra, de la pornografía yace en el gran cuento. Se alinea con la incapacidad de un individuo y una cultura para actualizar experiencias a partir de una iniciativa personal —tanto en la vida real, cuanto en la literatura. Es la venganza que el escritor incapacitado se toma contra la tradición literaria en una cultura. Si son siglos los que necesita una cultura para actualizar a través de uno de sus miembros las *Confesiones* de un Rousseau y los *Cuatro Cuartetos* de un Eliot; basta con una adicción desesperada a la aflicción William Burroughs.

El pecado capital de la pornografía —y puesto que la pornografía se ha vuelto sagrada uno debe usar el concepto— es que no es literatura propiamente. No, peor aun, es que su intención y su logro es el de dislocar la literatura de acción personal para ocasionar un Sade o un su verdadero papel en la vida del individuo y de la cultura. La pornografía niega la imaginación, el estilo y la tradición de la lucha del hombre por usar el lenguaje para conocerse y realizarse.

Veamos ahora los aspectos psicológicos de la pornografía. Lo que he de ofrecer es un punto de vista personal, para usar la frase de Nietzsche, una «ficción normativa». Mi formación y mi práctica analíticas me han orientado, naturalmente, en cierta dirección y han dado un giro conceptual específico a mis «ficciones». Yo creo que la pornografía aliena a sus cómplices —uno no puede hablar de lectores— tanto de su propio ser cuanto del *otro*. Lo que se disfraza de una mutua y extática intimidad, lograda a través de eventos somáticos, no es sino una mixtura mental estéril y alienada. Es esta la característica que me hizo afirmar alguna vez que la pornografía es una ladrona de sueños. En ella no hay espacio ni para el ensueño ni para las relaciones (de objeto). Todo ha sido aprisionado con palabras en un juego tiránico y violento con el yo corporal y con el *otro*. Su tiempo es el del presente estático y perpetuo... de aquí su atmósfera nostálgica.

Anna Freud ha diagnosticado que la dificultad esencial en las formaciones perversas se halla en el pavor a la entrega emocional. Se podría

decir que la dificultad crucial de la pornografía reside en la incapacidad para la entrega sensual. He aquí la fascinante paradoja que se halla en la raíz de lo pornográfico: en lo manifiesto se dedica con devoción militante a describir estados de sensualidad extática y de abandono al placer orgásmico. Pero todo lo que actualiza no es sino una pericia orgásmica en la manipulación física del propio yo corporal y de los órganos corporales del *otro*. Por ello la narrativa pornográfica está infestada de una cierta cualidad maniática. Si uno lee los dos pasajes citados no puede dejar de captar un algo parecido a un ataque apoplético.

La siguiente pregunta es ¿cuál es la naturaleza del afecto que estos eventos somáticos tratan de actualizar, exteriorizar y distribuir (uno no puede decir compartir)? Mi respuesta es: rabia. El único real logro de la pornografía es que transmuta la rabia en eventos somáticos eróticos. Uso intencionalmente la palabra «transmuta» y no «sublima» puesto que debido al uso peculiar de las palabras en esta *écriture* en ella no ocurre nada de la asimilación y elaboración del afecto de la rabia que la sublimación implica. Lo que hace es airear y encapsular la rabia transmutada en eventos corpóreos placenteros pero con la violencia de la rabia aun presente. Bien, como Barrington Cooper me dijo en una ocasión, la violencia no es una emoción pleitista, trae consigo la exigencia de una absoluta sumisión. Lo que en la salud puede vivirse como entrega sensual, en la pornografía se vuelve, mediante eventos violentos, abyecta sumisión. Cuan perceptivo resulta el comentario de Jill Tweedie «El módulo esencial de la pornografía es el de una larga y penosa saga de la degradación de la mujer». Pero como vemos en el ejemplo de Sade, no sólo de la mujer, también del hombre. Genet nos ha brindado, igualmente, el extraño espectáculo de la degradación, mutilación y sumisión violenta en términos vívidos, hieráticos y alucinadores. La capacidad de la pornografía para transmutar la rabia latente en violentos eventos eróticos encapsulados en lenguaje le otorga tres poderosas funciones: subversiva, terapéutica e instructiva. Es subversiva en tanto que niega a la *persona* a través de su pericia somática. El cómplice/lector alcanza y participa en este tipo de *écriture* sólo en instancias muy específicas de estados de despersonalización y disociación. Es terapéutica en la medida en que

transmuta la amenaza de violencia y destrucción totales existentes en la rabia latente de un individuo y una cultura en un lenguaje dosificado y erotizado, y por ende, distribuible. De un modo macabro la terapéutica de la pornografía logra aquello que Freud demanda del tratamiento psicoanalítico: «donde el ello estuvo el yo debe estar». En la pornografía todo es el yo y sólo el yo, no hay ello, no hay cuerpo, no hay persona. El ello, la persona y el cuerpo son simplemente explotados para establecer y actualizar la maquinaria de eventos somáticos. Su función instructiva yace en que tiene que enseñar los trucos al cómplice/lector para que éste pueda participar de su peculiar realidad. Y aquí es de nuevo el Divino Marqués quien señala el camino cuando escribe con toda lucidez *La Philosophie dans le boudoir*. Al hacer postular a Madame de Saint-Ange lo siguiente:

Que las atrocidades, los horrores, los crímenes más odiosos no te asombren, Eugenia mía, pues lo más sucio, lo más infame, lo más prohibido es lo que mejor excita el intelecto... es lo que nos permite más el delicioso desfogue.

Sade expuso con clara comprensión la ausencia del instinto y el papel omnipotente del intelecto en estos eventos somáticos. Este hiperfuncionamiento específico del intelecto, cuando crea eventos somáticos aprisionados en palabras, no sólo aliena sino que aísla al cómplice/lector como ha aislado a los personajes de la obra pornográfica. Geoffrey Gorer en un artículo sobre «La Pornografía de la Muerte» da cuenta de este fenómeno de una manera interesante:

Por otra parte la pornografía, la descripción de actividades tabú para producir la alucinación o la delusión parece que es un fenómeno más raro. Probablemente sólo puede aparecer en sociedades letradas y ciertamente no tenemos constancia de su existencia en sociedades no letradas, pues mientras que el gozo de la obscenidad es predominante social, *el gozo de la pornografía es predominantemente privado*.

Mi proposición es que este requisito de apartamiento, o dicho en mis palabras, de aislamiento, otorga otra función subversiva a la pornografía. El hecho vulgar y silvestre es que la

pornografía es usada general, si no exclusivamente, para la masturbación. Sartre en su masivo estudio *Saint Genet - Co-médien et martyr*, dice cuando discute la función de la masturbación en la obra de Genet:

Buscando excitación y placer, Genet empieza por envolverse en sus imágenes como un zorrino se envuelve en su olor. Estas imágenes traen palabras que las refuerzan, a menudo las imágenes permanecen incompletas; las palabras deben completar la obra; las palabras exigen ser pronunciadas y finalmente escritas, la escritura ocasiona y crea su audiencia. El *narcicismo onanista termina por estancarse en palabras*. Genet escribe en un estado de sueño y, para poder consolidar sus sueños, sueña que escribe; entonces escribe que sueña y el acto de escribir lo despierta. *La conciencia de la palabra es un despertarse parcial dentro de la fantasía; él se despierta sin cesar de soñar*.

Yo no estoy tan convencido como Sartre de que el fenómeno del sueño tenga que hacer mucho con la obra de Genet, yo diría que es al revés. Todo el fantasear onanista compulsivo de Genet es una manera de compensar su incapacidad de soñar y de relacionarse con el otro. Y la pornografía, en este sentido, es una objetivación de estas incapacidades de sus autores. Uno podría, exagerando, decir que la pornografía no es más que escrito masturbatorio. O, en el postulado de Sartre «el onanista quiere tomar la palabra como objeto».

Si en lo estético la pornografía carece de imaginación y en lo psicológico de emoción y relación con el otro —y si, en lo físico es sintomática de la ausencia de ímpetu y deseo instintivo espontáneo— entonces uno puede definirla como algo sectariamente preocupado con la búsqueda mental de sensaciones y que excluye emociones y relaciones. Apunta a conjurar eventos somáticos a través de palabras y éstas son su única realidad. Si un cómplice/lector torna su afición a la realidad de la pornografía en adicción, pone en riesgo de ruptura sus capacidades de desarrollo y personalización, de ser un hombre (o mujer) adulto. El problema de la pornografía no es que esté contra la ley de Dios sino contra la ley de la naturaleza en tanto que subvierte el progreso del adulto hacia su realización personal.

He usado el concepto de «eventos somáticos» y

he dado dos clases de ejemplos de ellos. Pero uno necesita examinar el carácter de tales eventos con mayor detalle. Aun cuando pretenden ser de naturaleza sexual, la sexualidad es meramente explotada para expresar violencia y rabia bien contra el yo corporal propio bien contra el cuerpo del otro. Los campeones de la pornografía y los autores pornográficos han sostenido a menudo que están tratando de poner remedio a las inhibiciones de la experiencia instintiva individual impuestas por los prejuicios y la pacatería cultural. Claman que están tratando de liberar al individuo para que viva más vital, lozana, sentidamente los aspectos instintivos sexuales de su ser. Y sin embargo lo que la pornografía consigue es precisamente lo contrario de lo que se propone. Como Sade y Sartre han apuntado, la mente y la palabra usurpan la función natural del instinto en la experiencia humana apropiándose malamente de la urgencia sexual en una confección ultra-mental de una imaginería a menudo brutal para poder establecer eventos somáticos que obliteran y desconocen la persona y el ser de los personajes.

Así uno puede ver un tipo de escisión específico que participa en la confección de estos eventos. Primero, el impulso sexual instintivo es desociado de su natural expresión corporal, y de su satisfacción en la relación y participación con el otro. Segundo, esta mutilación del deseo sexual es usada entonces para crear mediante el lenguaje un tipo específico de violencia, una violencia que debe erotizarse más para que sea agradable. Pero el hecho sigue siendo, tercamente, el mismo: negación del ser personal y del otro. Es en esta particular redistribución de los impulsos instintivos sexuales y agresivos que se encuentra la real patología de la pornografía. Ha reemplazado la libertad y la posibilidad de compartir la sexualidad por un acto mental de coerción al sometimiento y humillación extremos impuesto al yo corporal y al otro. En este contexto la política de la pornografía es inherentemente fascista.

Hasta ahora he tratado del aspecto negativo de

la pornografía. No se puede negar, sin embargo que se ha llevado a cabo, mediante la pornografía, una revolución cultural, desde el Divino Marqués a San Genet. A estar por lo que sé, nadie ha tratado de dar cuenta de ello seriamente y uno no puede escamotearlo como si se tratase de un fenómeno fatuo. La pornografía es a la vez un síntoma de procesos específicos de la desvitalización del instinto en una cultura y en el individuo y un intento de cura del síntoma. Por ello es que pongo énfasis en lo terapéutico de la pornografía. Es necesario ahora entender mejor la naturaleza y el funcionamiento del síntoma, por una parte, y el carácter de la revolución que la pornografía ha creado en las culturas europeas, por otro. De nada vale decir que el síntoma y la revolución serán corregidos por acción legislativa. Como mi cita de Gorer indica, la pornografía adviene con la lectura y en las décadas recientes los medios de difusión y publicidad han añadido un vasto y novedoso vocabulario de imaginería visual a la pornografía.

Todos los pensadores serios —sean poetas, psicólogos o filósofos— de este siglo se han preocupado de la indudable deshumanización que afecta la relación del hombre consigo mismo. Tengo para mí que con la revolución industrial y la aparición de la tecnología científica en las culturas europeas, el hombre empezó a considerarse no a la imagen de Dios ni a la del hombre, sino a la de la máquina que era su propia invención. La *écriture* y la imaginería pornográfica tratan de hacer del cuerpo humano una máquina ideal capaz de ser manipulada hasta producir un máximo de sensación. Esas sensaciones son derivados instintivos pero de intención esencialmente agresiva. Lo que David Holbrook ha llamado «el circuito del culto a la muerte» en ciertos tipos de literatura moderna es sólo un lado de la moneda, el otro es el circuito pornográfico. Ambos son esencialmente nihilísticos en lo que respecta a la realización del potencial psíquico del individuo, tanto en él mismo cuanto en su relación con los otros.

Testimonios

Ricardo Muñoz Suay Experiencias marginales de un hombre oculto

Español, ensayista, realizador y crítico cinematográfico. Este artículo ha sido originalmente escrito como prólogo del guión Del hombre oculto, película dirigida por Alfonso Ungría.

Tullo Bayer Memorias de la cárcel

Colombiano. Médico y escritor, reside en París. En 1965 se asiló en la Embajada de México como consecuencia de su participación en un movimiento insurreccional. Los textos que publicamos constituyen fragmentos de un libro inédito titulado Gancho ciego, en el cual refiere sus experiencias como recluso en la Cárcel Modelo de Bogotá.

Ricardo Muñoz Suay Experiencias Marginales de un hombre culto

Este texto, con leves variaciones, compone el prólogo que he escrito para la edición del guión cinematográfico de Alfonso Ungría «El hombre oculto», primera película de este nuevo realizador español. La edición consta de mi contribución, que ahora reproduzco, del trabajo de Ungría y de una serie de reportajes aparecidos en los diarios españoles, testimonios reales de hombres ocultos, salidos a la luz de «la paz nacional» al cabo de treinta años y publicados, como es natural, con toda clase de limitaciones, pero que constituyeron los elementos provocadores de la película.*

Alfonso Ungría, con su film, ha conseguido crear la única obra cinematográfica española en la que se plantea el análisis minucioso, íntimo, hacia dentro, de la vida de un hombre oculto de cara a la eternidad de las cosas y los sentidos, convertidos en hábitos, en costumbre. En su película, Ungría mezcla la tradición esperpéntica con sus propias y austeras lucubraciones. Los personajes (el escondido, su esposa, el amante de ella, la ciega concubina, el mutilado milite) entornan la historia que, a su vez, engendran otras que, cada una de ellas, van pariendo otras y otras, hasta volver a fusionarse en la Historia, esa mayor, la de la realidad que no por deformada deja de ser menos auténtica. Cuando a los meses del inicio de la guerra civil nuestra, o sea la española, comenzamos a conocer los testimonios de algunos amigos que se habían ocultado en zona franquista, para escapar del fusilamiento, o cuando al volver a ver a otros que, atravesando las líneas de fuego, testimoniaban, con sus experiencias, lo que había supuesto para ellos el permanecer ocultos (recuerdo a aquellos hermanos granadinos escapados dentro de unos cajones de madera, la de aquel conocido comunista sevillano que vivió mucho tiempo dentro del hoyo abierto en el corral de unos vecinos, etc.) yo no podía plantearme entonces el que al cabo de los años, treinta y pico, todavía algunos seguirían escondidos en algún punto peninsular, ¿dónde y hasta cuándo? y que el mal era endémico y universal. En todo caso, aquellos recuerdos, mi experiencia, los hechos actuales y la película de Ungría, me han llevado a escribir estas líneas, cuyo contenido depasa los límites nacionales y deviene como un amargo testimonio.

I

Esto que vais a leer, en esta especie de *dossier*, aparentemente descompuesto, no es sino una como introducción al *batallón de las sombras*, ese formado por los hombres que huyen, que han huido, o que, todavía, permanecen ocultos. Ahora, en este mismo instante, un hombre, en cualquier parte del mundo, en cualquier pliegue de la tierra, se encuentra escondido, oculto, intentando transformarse en piedra, vaso o mueble, en vegetal o en tela, en libélula, en perro, antes de caer en manos de lo que se llama *la injusticia*. Un hombre, huyendo de los vencedores, está oculto ahora (él quisiera que para siempre), evitando caer en manos de sus enemigos, antes de ser vencido por los vencedores. Ahora, en este instante.

II

Hay hombres ocultos entre seis paredes, dentro del cubo, incubándose durante unos días —son los que mueren o son muertos pronto—, o durante unos años —son los que tal vez sobreviven—, o durante muchos años —son los que se salvan, si es que antes no se han trasvasado desde el cubo al ataúd, víctimas de una mala enfermedad o de una esperada vejez. También los hay que se ocultan en la selva, en los bosques, en la montaña, aunque para ellos los límites abiertos, les convierten, en la mayoría de las veces, en *robinsones*, en guerrilleros, en cazadores furtivos o, como dicen en mi pueblo, en *roders* («aplícase la voz valenciana al fugitivo que anda huyendo de la justicia»). Tal vez sea Shoichi Yokoi, el nipón que ha pervivido oculto en la jungla de Guam, durante veintiocho años, un buen ejemplo de ese *robisonismo* a la fuerza y contra la fuerza. Pero, salta a la vista, que los hombres ocultos al aire libre desparraman la tragedia, no caen en la espiral sin fin de la íntima y cotidiana existencia, cada vez más pequeña, cada vez más cristalizada como la de esos hombres encerrados *voluntariamente* entre las seis paredes. Son estos los hombres más ocultos, los que vuelven al estado fetal, plegándose, por miedo a la muerte, a lo que más se parece a la muerte, la existencia embrionaria. Uno que ha sido hombre oculto, percibe que el paso de la libertad a esa otra li-

bertad limitada y oculta, produce cierto placer que no se encuentra, todo lo contrario, en el encierro obligatorio de una cárcel, de una comisaría o de un campo de concentración, etapas que uno ha vivido antes o después de ser hombre oculto por la gracia de la historia, cuando el medioevo, en el siglo de las luces o en los tiempos totalizadores. De la caverna prehistórica al cortijo andaluz o a la casa ciudadana sólo hay un paso en la vasta e ininterrumpida existencia humana.

III

Cuando el hombre libre se decide a convertirse en hombre oculto, el tránsito de uno a otro estado de vida y de cosas, viene impuesto por el miedo a la tortura o a la muerte violenta, a la indefensión en último extremo. Por eso, entonces, el miedo se encuentra bajo el sol, bajo la luz y no dentro de la oscuridad, de las tinieblas del cubo, del habitáculo. Un día, al derrumbarse la vida colectiva, en la que los miedos se repartían coralmente, el hombre que va a ocultarse y que, incluso, pudo ser eso tan extraño que se llama *héroe*, se encuentra, de pronto, súbitamente, frente a la muerte, no ante la incógnita. Y es en ese instante (tal vez en un día luminoso, transparente, a orillas de un mediterráneo), cuando uno se convierte en hombre solo, indefenso, empapado de uniformes hostiles. Y decide ocultarse. Es el momento del acoso, real o supuesto, casi siempre real. Y se decide a defender su vida convirtiéndola en algo insólito, en vida vegetativa para tiempo o para siempre.

El hombre se oculta, entonces, para, paradójicamente, ser libre. Se encierra en el mutismo del rincón más oscuro para poder hablar consigo mismo o para poder dialogar con el recuerdo y con el ensueño. Y, si tiene suerte, incluso para poder hablar con algún otro hombre que, si no está oculto, ya no es su semejante sino el espejo dejado atrás, antes de haberlo traspasado y antes de caer en el recinto maravilloso de la otra vida que no es, en esta ocasión, la mortal sino la inmortal por necesidad. El hombre se oculta para seguir siendo hombre, para no transformarse en carnaza, en número o en hueso mondo y lirondo.

IV

La vida del hombre oculto tiene unas fases bien definidas. En el primer instante de acomodo a la nueva vida, que si no es la buena es la menos mala, *todavía* sigue, en su escondite, viviendo de los recuerdos y fragmentos anteriores. Vive viviendo lo de antes. En cuando la vida de antes *todavía* invade la nueva, casi sin transición, como algo que deviene así. En los primeros meses o durante los primeros años, en el nuevo juego del escondite, la vida interior es como la bolita de mercurio que va desde el más olvidado recuerdo de cuando niño a la vivencia más reciente, en el umbral de la los recuerdos con las alteraciones cotidianas transformación. En esa fase se entremezclan y todavía peligrosas: los pasos en la escalera, el ascensor en las altas horas de la noche, la noticia familiar, la leída en el diario del día o en el que salió un mes antes.

Luego, más tarde, los recuerdos, las sensaciones de peligro, van dejando paso a una existencia que, en ocasiones, se transforma en especie de magma en el que se componen y descomponen las nuevas sensaciones, los nuevos tactos, los nuevos gustos y regustos, los olores, las necesidades. Pasan años y la vida ya es otra, ésta vivida tanto tiempo hacia dentro y con las mínimas exigencias externas. Es cuando un botón-descosido, una uña cortada, un grano en la nuca o un mondadientes adquieren la dimensión de un primer plano. Y nacen las macrovidas del cuerpo, las de los pensamientos, las de los objetos, las de la ranura de luz, las de la cortina, las del ojo de la cerradura, las de la grieta del techo. Ya no hay vida de tapias afuera, pues cuando se huye de la tapia de los cementerios y se levantan otras, acaba uno entramado por un crucigrama de pequeñas tapias interiores que terminan por fundirse con los genes personales e intransferibles.

Un hombre oculto escudriña, observa, analiza, construye y destruye las piezas no sólo sólidas y materiales de un entorno sino las cósmicas y las sensoriales, las intelectuales y físicas, todas las de su alrededor. El hombre oculto toma unas tijeras, o un pedacito de cartón, o un coraplumas o un moco, y como si tuviera un microscopio observa la vida, las vidas de cada cosa. Y las cosas se agrandan y se proyectan, enormemente ampliadas, en su cabezota (pues el hombre oculto se convierte, al cabo de los

años, en un extraño espermatozoide, de cola estrecha y cabeza gigantesca, casi sólo cabeza). Y lo mismo sucede con sus sentimientos y pensamientos, convertidos en macro-necesidades cotidianas. El hombre oculto intenta violar todo lo que está a su alcance e, incluso, lo que se le escapa. Viola el secreto de un armario olvidado y polvoriento, la tripa de un receptor de radio o la de una cucaracha que, por fortuna, ha caído entre sus manos. Viola el misterio de un reloj, destripándolo. En breve: viola todo lo que cae en sus manos, sea carne o madera, libro o papel, tela o hierro, harina o sueños. Y cada día suyo, que no es como el de los demás mortales, contiene una violación o un intento. Y al cabo de los miles de días de vida oculta, el hombre oculto sólo vive casi del recuerdo de las observaciones, de los descubrimientos, de las violaciones que ha conseguido al cabo de los años ocultos.

Y será mucho más tarde, cuando traspasa, ahora hacia afuera, el dintel del escondite, cuando uno se enfrenta con una sociedad que, en líneas generales, tiene poco que ver con la que, años atrás, se abandonó. Muchas cosas son ex-

trañas, vuelven los ruidos a ser diversos, los monólogos y diálogos no funcionan de la misma forma que durante los tiempos transcurridos en el escondite. El acto sexual tiene otras valencias. Y hay algo que te tira hacia dentro y mucho que te empuja hacia afuera: la nueva vida volverá a generar los recuerdos del cubo, hasta terminar por devorarlos. Otra vez Saturno concluye por zamparse una parte de sí mismo. El hombre oculto tiene mucho de geología pero termina por volver al seno biológico.

V

Erasmus de Rotterdam, que se pasó toda la vida huyendo, sin poder ocultarse, escribió (1509): «¿Acaso encontraréis alguna diferencia entre los que en la caverna de Platón se dejaban fascinar por las sombras e imágenes de las cosas, sin desear nada y sin estar satisfechos de sí mismos y aquel sabio que, habiendo salido de la cueva ve las cosas en su verdadera realidad?» (*Elogio de la locura*).

* Alfonso Ungria: «Los hombres ocultos» (Tusquets Editor; Barcelona, 1972. «Serie cotidiana»).

La geografía física de la cárcel Modelo es atípica con relación a la del globo terrestre. Tiene con relación al sol solamente un polo. Posee en cambio dos zonas ecuatoriales.

El tercer patio, ombligo de la cárcel, es el polo. Es gélido. Es un rectángulo encementado, con altos muros húmedos, cubierto a trechos de un líquen verdoso con algunos parches del color de la sangre seca. Estando allí uno tiene la sensación de haber descendido al fondo de un pozo.

El sol sale poco en Bogotá, pero cuando sale no llega jamás al tercer patio. Sus primeros rayos son para el primero y para una zona prohibida del quinto, cercana a la puerta trasera. Los del mediodía caen sobre este quinto patio y luego todos los de la tarde. Estos últimos llegan al primer patio solamente a una zona, también prohibida, protegida por una alambrada, resultando así que las áreas soleadas son los dos extremos de la prisión. Ello explica que la masa de prisioneros esté animada de un movimiento de translación alrededor del sol. Por la mañana los reclusos se agolpan a las rejas buscando el paso hacia el primer patio. Por la tarde, hacia el quinto. El reglamento carcelario gira en torno al patio: el prisionero debe tomar el sol en su propio patio, aunque este patio no exista (como ocurrió cuando unos contratistas se pusieron a hacer un hospital en el segundo patio), o aunque el sol nunca llegue a él. Sin embargo, la masa de prisioneros se mueve... Este movimiento de translación —gobernado también por otras leyes menores sin relación con el evidente desplazamiento del sol— es el movimiento carcelario aparente de masas. Hay otro gran movimiento de rotación: el que hace cada prisionero alrededor de sí mismo, de «su causa», de «su negocio», de «su problema». Es un movimiento íntimo, soterrado, invisible, pero constante. Es este movimiento el que da a un cierto número de prisioneros un aire místico como si estuvieran en retiros espirituales. Uno acaba por descubrir que este aire caracteriza más a los novatos que a los veteranos. Pero también descubre que los grandes criminales son unos místicos y los pequeños delincuentes unas beatas. Los primeros le dan a la prisión su ambiente trágico, su autenticidad. Los segundos su alegría, su ridiculez y su folklore. Como afuera, son los grandes los que hacen la historia y los de abajo tejen la leyenda que permite que los grandes

sean grandes.

Los asesinos y los homicidas son los obispos, los grandes sacerdotes del templo carcelario. Los otros delincuentes hacen papeles subalternos: presbíteros, sacristanes, monaguillos.

El pueblo está compuesto de estafadores bisoños, de asaltantes frustrados, de honestos sindicados de bigamia; de acusados de cohecho, de estupro y de abuso de confianza; de pacatos malversadores de fondos públicos, de delincuentes ocasionales en varios géneros menores, de inocentes en el delito que se les atribuye, de inocentes y de ganchos ciegos.

Hay un bajo pueblo deshumanizado: son las ratas, los viciosos, consumidores habituales del opio de las cárceles columbovaticanas: la marihuana.

Las llamadas autoridades carcelarias, desde el Director hasta los guardianes, no hacen otro papel que el de mantener dentro de ciertos límites la verdadera, la auténtica jerarquía intracarcelaria, que ejerce sobre ellas una fuerza centrípeta. La función del Director es mantener una órbita entre la fuerza de gravedad intracarcelaria y la atracción planetaria y bobalicona del Ministerio de Justicia, órbita variable, con eventuales escapes por la tangente, que hace de este puesto un verdadero problema de mecánica celeste: los tres cuerpos en movimiento. La jerarquía interna es estricta, aceptada por todo el mundo. Se compone de un Estado Mayor del que hacen parte los más eminentes en las grandes especialidades: asalto a mano armada, contrabando de estupefacientes, robo y contrabando de automóviles, grandes estafas, abigeato motorizado. Este Estado Mayor se agrupa casi todo en el primer patio, en celdas comunes que no se diferencian de las otras sino en que están estupendamente abarrotadas de colchones, almohadas, frazadas, cocinillas eléctricas, radiotransistores, tocadiscos, libros y útiles de escritorio. Se conoce como «la pesada».

En cada patio, en cada pasillo, hay un recluso que es el jefe natural y que está en conexión con la pesada.

Alrededor de la pesada se mueve un cierto número de colaboradores, dentro y fuera de la cárcel, que asegura la información y diversos tráficos. Es el servicio secreto y el engranaje administrativo. Hay un sector de esta jerarquía que es alegre y respetado como sesudo: el de los estafadores profesionales. Vienen a ocupar

sus celdas por períodos calculados de antemano, mientras se adelantan investigaciones que nunca desembocarán a una condena. El trabajo ha sido bien hecho. Dentro de la cárcel, ellos adelantan otros estudios y son el servicio diplomático que suele ayudar a zanjar los problemas entre los dirigentes.

Cárcel de detenidos, por definición, la Modelo aloja siempre un gran número de condenados. Generalmente todos los «astros» de la delincuencia. Ellos disfrutaban así de un régimen mucho menos severo que el de los presidios, como el de «La Picota» por ejemplo, prisión mucho más alejada del centro de Bogotá. La explicación epidérmica de esta excepción es que los abogados de «los astros» son siempre representantes a la Cámara de Diputados, Senadores de la República, Ministros de Estado. La comodidad de sus defendidos es también la de ellos.

De otra parte, la presencia de condenados que han conocido los horrores de otros presidios juega un papel persuasivo para que la amenaza de traslado sea una medida eficaz en el complejo mantenimiento de la disciplina, y de este modo, la anomalía se presenta como una herramienta de trabajo en los malabarismos del gobierno carcelario modelo. La pesada y sus subalternos, el gremio de los saqueadores de apartamentos, llamados apartamenteros, los pequeños contrabandistas y los compradores de objetos robados conocidos como, reductores, los carteristas y los falsificadores modestos, en suma, los que han trabajado siempre en el hampa, ejercen su gobierno sobre un pueblo cuyo estrato inferior es el de los rateros y aprendices.

Copia del mundo de afuera, los de la pesada administran los diversos negocios de la cárcel: billares en algunos de los patios, pequeños ventorrillos en todos los patios y dos negocios clandestinos: la introducción de licores y de marihuana.

Un poco al margen del mundo del hampa pero siempre sometido a sus leyes, están los detenidos transitorios, los arrepentidos, los inocentes, los zonzos y los viciosos que, en los últimos estadios de la degeneración, se pasan la vida deambulando por pasillos y corredores como sonámbulos. Cuando se anuncia que un alto funcionario va a hacer una visita sorpresiva, la pesada y las autoridades carcelarias colaboran para esconderlos y mantener así

«muy en alto el prestigio de la Institución». El rumor sobre estas visitas oficiales llega a los patios unas doce horas antes del comienzo de la visita, que es anunciado por el Director a través del sistema de altavoces que cubre toda la superficie carcelaria.

La lengua verde de las prisiones ha designado con un nombre a los que no hacen parte activa de la cofradía militante del hampa. Los llaman zanahorias. La palabra se deriva de sano, esto es simple, no contaminado, pero ha sido feminizada, violentada en su ortografía, hortalicada para asimilarla a la raíz fusiforme favorita de los conejos. Puede ser porque la más monstruosa de las ingenuidades la suministra la población campesina de las cárceles, el labriego que creyó en las palabras blandas del juez instructor, que no dudó de la clemencia que podía alcanzar a través de una confesión, y le contó, detalle por detalle, todo su crimen. De todos modos, de la pesada a las zanahorias, cerebros o analfabetos de la delincuencia, la estructura del mundo de adentro no se diferencia de la estructura del mundo de afuera: es una sociedad de clases, una gran Sociedad columbovaticana, en miniatura.

La cárcel se construyó sobre una antigua laguna que se acabó de rellenar, de modo que toda excavación se topa con agua a los sesenta centímetros. Esto hace impracticable la fuga por el método tradicional del túnel, al menos para prisioneros que no puedan proveerse de equipos de perforación y de navegación subacuática como lo hacen en las películas los prisioneros norteamericanos.

No obstante, «el tunelero» es apenas uno de los métodos de fuga, y la sabiduría carcelaria enumera otros: el garrochero, el ventanero, el tarabitero, el de confianza, el de burundanga, el de disfraz, y el armado. Y los expertos se cuidan de enumerar el más frecuente, con el que se fuga cada mes por lo menos un preso, sin que sea posible identificar al fugitivo, una especie de fuga jurídica, una fuga sin fuga. Es la especialidad columbovaticana.

Se podría hacer una clasificación de las fugas a partir del elemento que le sirve de base (aire, tierra, fuego, agua), o de su modalidad (psicológica, farmacológica, jurídica, etc.), y elaborar así una serie de esquemas posibles, pe-

ro la combinación de los métodos es frecuente y las variantes, los matices, son infinitos. Analicemos las fugas tradicionales:

Contando la triple hilera de alambre de púas, electrizado, el salto con garrocha exigiría la capacidad de saltar cinco metros (campeonato mundial) cayendo sobre terreno duro, aparte de otros inconvenientes como los disparos que podrían provenir de las garitas. No hay noticia de ninguna fuga con garrocha.

El «ventanero» es un término de antaño, aplicable a cárceles de pueblo que tengan ventanas que den a la calle. En la Modelo es realizable para quien se oculte en las oficinas situadas en el bloque exterior (a las que tienen acceso algunos prisioneros para hablar con el Asesor Jurídico), y logre ganar así un potrero adyacente. Ha sido intentado, pero no logrado. El método llamado «tarabitero» tiene a su favor todos los factores teóricos que lo hacen posible: algunos bloques de celdas están relativamente cerca de los muros exteriores y estos no sobrepasan en ningún punto la altura de 5 metros, en tanto que los edificios con cinco pisos cada uno, miden 16 metros. De modo que con modesta ayuda del exterior es posible tender una cuerda del hastio a la libertad, deslizarse por ella como un alpinista o un bombero, o hacer el viaje en oroya como pasando un río.

Fragmentos dispersos de una leyenda flotan en la tradición carcelaria a propósito de este sistema de fuga. Se dice que en la noche en que asesinaron a Guadalupe Salcedo¹, doscientos llaneros que tiritaban de frío hacinados en celdas del quinto piso del tercer bloque sintieron de pronto, a un mismo tiempo, el impacto de las balas sobre el cuerpo de su jefe a quien estaban ametrallando a varios kilómetros de allí. Entonces se lanzaron como un solo hombre sobre las rejas que se despedazaron como si fueran de caramelo, hicieron con los guindos de sus hamacas (único equipaje que llevaban encima) una larga cuerda que lanzaron a la noche de plomo de Bogotá, con tanta fuerza que el cabo libre comenzó a girar en el alto espacio como un satélite, se enredó finalmente en la cola de un cometa, en los anillos de algún planeta, en la luz de una estrella o en un cable de alta tensión (ello no se sabe a punto

fijo), pero por allí se evadieron uno a uno, cantando. Hay una versión en prosa que asegura que lo que realmente ocurrió fue que la noche del asesinato de Guadalupe entró a la cárcel una patrulla del Ejército al mando de un capitán de Orden Público y subió hasta el piso de los llaneros que se habían constituido allí en República Independiente. Después se oyeron descargas de fusilería.

Al día siguiente los guardianes anduvieron reclutando zanahorias analfabetos del quinto patio para que subieran al quinto piso del tercer bloque y lavaran con lejía y agua caliente unos letreros pornográficos que había dejado escritos allí unos visitantes mal educados. Los limpiadores no pudieron descifrar la pegajosa caligrafía de los muros con incrustaciones de hueso, ni la del piso trazada con inmensos hiposopos y cubierta por un goloso enjambre de moscas azules. Les llamó la atención que todo se detenía en las escaleras y que se continuaba en cambio por una ventana rota, allá abajo y allá lejos, en grandes manchas negras como gigantes puntos suspensivos. Por esos mismos días el centinela de una garita no pudo tolerar los dolientes murmullos que se levantaban de un cierto piso vacío, después de la media noche. No quería mirar hacia ese lado, pero cuando miró, vio pasar por el aire una legión de fantasmas. Disparó su fusil, desencadenó todos los sistemas de alarma, y todos los reflectores de la prisión se dirigieron hacia el cielo, en busca de los espíritus. En vano.

El asunto pasó al Director, al Ministro, y finalmente al Psiquiatra Mayor de la Columbia Vaticana que declaró signo inequívoco de locura la caza de fantasmas con armas de fuego. Al guardián alucinado se lo llevaron amarrado para el manicomio. De todo esto puede concluirse que el método tarabitero está todavía en el dominio de la ficción o que no ha sido utilizado por las autoridades legítimas.

Si los métodos anteriores son históricamente decepcionantes, los buenos éxitos comienzan con los métodos «de confianza» «de disfraz», y «de burundanga» por separado, o combinados. «El de confianza» consiste en inspirársela a un guardián durante una salida a un juzgado o a un permiso vigilado, y escapársele en un descuido. Incluye generalmente una invitación a tomar cerveza con escapada en el momento de salir al orinal. En algunos casos la confianza ha sido largamente cultivada hasta el punto de

que detenido y guardián salen juntos por muchas veces, se separan por el tiempo del permiso, y en una de las salidas, la última, el prisionero no cumple la cita con su guardián para regresar juntos a la cárcel.

Estos sistemas, así como el violento que consiste en que cómplices de afuera ataquen al guardián y permitan la fuga del compañero, son realmente métodos extra-carcelarios, que en nada afectan el prestigio de la seguridad carcelaria, en sí misma, esto es, la historia de que nadie ha logrado fugarse de la Modelo. Es el método del disfraz el que ha hecho pedazos el mito.

Un prisionero llevó su fingida amistad con un guardián hasta el momento en que pudo administrarle una golosina cargada de burundanga, narcótico de origen vegetal proveniente de la noble y venosa familia Borgia de la botánica: las solanáceas. Una vez dormido, lo acostó bonitamente en su camastro y salió vestido con su uniforme.

Un veterano al caer nuevamente a la cárcel, se recluyó en su celda casi todo el tiempo, su rostro familiar a los guardianes fue desapareciendo bajo la barba y se puso a estudiar latín. El día en que el equipo de fútbol de la prisión tuvo como contrincantes a los seminaristas, se salió con ellos, con su rostro rasurado y su sotana nueva, haciendo rebotar el balón contra el suelo al pasar frente a la Guardia Externa. Cuando al fin las pesquisas llegaron al Seminario Mayor, los seminaristas apenas si se acordaban de que habían perdido solamente por dos goles en su encuentro con los reclusos, pero ninguno sospechaba del Reverendo Padre Visitador Pontificio de Prisiones que había almorzado ese día en la mesa del Padre Rector y que había deslumbrado al Prefecto de disciplina con sus hondos conocimientos de teología moral.

Hubo alguien que se empeñó por muchas semanas en la vía aérea. Dado que soplaban siempre el viento en las terrazas y que era posible llegar a una de ellas sin ser visto, durante la noche el aprendiz de pájaro comenzó a construir cometas. Sus modelos experimentales, cada vez más aerodinámicos, llegaron a ser una de las diversiones de su patio. Cada vez más grandes, cuando apareció una super-cometa que recordaba la forma de un vampiro con dobles alas translúcidas surcadas de nudosas nervaduras de mimbre, hasta los guardianes siguie-

ron con escéptica simpatía las evoluciones de la pesada máquina que no creían capaz de levantarse del fondo del patio. No recordaron que ningún artículo del Código carcelario prohibiera elevar cometas.

Al fin, la máquina lanzada porfiadamente en uno y otro sentido y gobernada por varias cuerdas como un títere, se escapó de los cuatro muros y comenzó a navegar por el cielo cuadrado del patio como un ave monstruosa del paleolítico. Fue tal su fuerza que levantó a su piloto-prisionero varios centímetros del suelo y le hizo dar algunos pasos muro arriba. Los reclusos rieron. Catalogado como chiflado, el hombre de las cometas siguió con su deporte por algunos días, hasta que en todos los patios resultaron reclusos ansiosos de jugar con el viento. Los ratos soleados de la prisión se transformaron en bulliciosa fiesta de colegiales y los cielos de los patios se poblaron de cometas multicolores y frágiles como mariposas audaces contra el viento como gaviotas, sin que faltaran las cometas piratas armadas de cuchillas de afeitar. Todo el espectáculo era seguido por los cautivos con ojos nostálgicos de infancia y de libertad. El Director explicó entonces por la red de altavoces que según el espíritu de las leyes, las cometas violaban la incomunicabilidad de las prisiones con el exterior y que inclusive podían causar trastornos a la navegación aérea de un aeropuerto vecino. Todos comprendimos más o menos confusamente que para el gobierno las cometas no eran un juego de niños en manos de hombres privados de libertad y que había algo subversivo en toda intentona colectiva de ascenso, en todo impulso de abajo arriba, así fuera pueril o poético. Al hombre-cometa le decomisaron su gigantesco murciélago y todos lo vimos pasar arrastrado por dos guardianes, un poco tristes, como cuando sacaban un muerto.

Calladamente, el hombre-pájaro pensó entonces en el globo.

Meditando en su celda, halló que el globo tenía la ventaja de poder gobernar el descenso. Y merodeando por la prisión encontró que en los talleres había la posibilidad de obtener el hidrógeno para inflarlo. En su nueva empresa gastó sigilosamente muchos meses. Se pensó que había olvidado su manía voladora. Una noche logró quedarse fuera de su celda cuando pasaron la reja corrediza, logró trans-

1. Dirigente guerrillero de los Llanos Orientales, en los años cincuenta.

portar su equipo hasta un cierto lugar del patio, logró trepar con peligrosas piruetas hasta una de las terrazas, y logró finalmente tener todo listo para el vuelo.

Abrazado al voluminoso globo de tela negra se tendió en la terraza y contempló la más triste ciudad del mundo que estaba a sus pies. Un silencio de yermo helado, un millón de luciérnagas agonizando en un pantano inmenso. Por algunos instantes, muy arriba, en uno de los cerros que hacían masa con las tinieblas apareció una cruz iluminada presidiendo el paisaje fúnebre. El hombre-pájaro comprendió entonces que lo que debía ser su hogar no era ninguna de las lucecitas titilantes, ni siquiera las más débiles y lejanas esparcidas al sur. Supo que para escaparse verdaderamente tendría que volar lejos, muy lejos, hacia un País ignoto y soleado, en donde no estuviera levantando un patíbulo en cada cerro, un convento en cada esquina, una iglesia en cada barrio, un basurero para vivienda de los pobres; un lontano País, en el que la vida no estuviera envuelta en un sudario, encerrada en los prejuicios, altos como montañas, y tejida de sordidez y de melancolía.

Decididamente, el hombre-pájaro tuvo la certeza de que en cualquier sitio en donde cayera su globo, no encontraría sino la persecución y la miseria de siempre. Solamente entonces sintió el intenso frío y añoró la tibieza de su celda.

Oponiéndose con todas sus fuerzas a la violencia del viento, infló completamente el globo, le fijó el cilindro de acero y cortó las amarras. Borradas las huellas de un acto largamente esperado que en el momento de la ejecución le pareció sin sentido, experimentó el temor del descenso, sonrió pensando en que tal vez era el único hombre que iba a correr el peligro, no ya para fugarse, sino para regresar a la cárcel. Ya en uno de los patios resbaló en una laja, y su silueta fue vista por uno de los guardianes de las garitas que lo derribó de un disparo.

Esa noche fue memorable. Después del disparo se pusieron en funcionamiento todos los reflectores, sonó la sirena de alarma, despertaron los guardianes dormidos en las garitas, salieron al pasillo los de superespeciales, y se encendieron las luces en casi todas las celdas, sobre todo cuando se escucharon explosiones y ráfagas de ametralladora.

Cuando con el pan y con los guardianes del turno de la media noche a las 6 de la mañana entraron en la prisión los primeros diarios, el aeronauta arrepentido concluyó su larga y lúcida agonía desangrándose en la enfermería, en espera de una ambulancia para trasladarlo a un Hospital. Solamente se quejó de que el guardián lo hubiese matado sin necesidad.

La Prensa traía en primera página una noticia sobre un platillo volador, acondicionado para el espionaje nocturno, que había sido abatido con fuego antiaéreo cuando pasaba volando a baja altura sobre el Batallón Caldas. La noticia añadía que «el misterioso artefacto» había estallado en el aire y que sus fragmentos eran minuciosamente estudiados por las autoridades militares.

En la última página de uno de los periódicos se informaba que durante la noche había sido herido un preso de la cárcel Modelo que intentaba una fuga.

La visita de las Damas de la Acción Católica es anual.

Para prepararla, el capellán la anuncia a los reclusos por la red de altavoces, ocho días antes. Los exhorta al buen comportamiento: ni torços desnudos, ni palabras obscenas.

A su vez, el Director, como todos años, prohíbe terminantemente y de una vez por todas, las imágenes pornográficas en las paredes de las celdas.

Día de la visita: un coro de reclusos canta en la capilla «La Marchitez Inmarcesible» himno columbovaticano, y después el himno de la Acción Católica que después de la llegada a la silla pontificia del Papa Juan XXIII tiene un poco la letra y un poco la música de la Internacional.

A continuación, un recluso que ha compuesto un pequeño discurso corregido por el capellán, le entrega a las distinguidas visitantes unos humildes obsequios consistentes en cestas de fique tejidas a varios colores. Para la señora Presidenta hay un regalo especial: un pájaro de cuerno y uno de los cofres fabricados por los artesanos del quinto patio.

Terminado el discurso, el orador entrega un memorial firmado por centenares de prisioneros, pidiendo una rebaja de penas.

Las componentes de esta visita son siempre una dama vieja, supermaquillada y roncoparlante que explica que ha arruinado su garganta en el apostolado, aunque fuma más que un recluso la víspera del juicio público. Tampoco cesa de proclamar que a ella no le da miedo entrar a la prisión porque todos los detenidos son muy decentes. A su lado marchan unas muchachas, frescas orquídeas de invernadero de la oligarquía, tan temerosas de todos nosotros como secretamente convencidas de que van a ser violadas en algún pasadizo. Al cortejo lo acompaña por todas partes el Director, el subdirector, y una numerosa escolta compuesta de guardianes y de miembros de la policía secreta. El Director procura complacer a las gazmoñas damitas llevándolas a conocer, más o menos discretamente, a los reclusos estrellas, a los que más han figurado en la Prensa en los últimos días. Las curiosas se acercan a ellos, (los encuentran siempre mucho menos terribles de lo que imaginaban), y les regalan medallitas de aluminio con las imágenes del Sagrado Hígado de Jesús, del Doble Corazón de María, y las últimas estampitas de la moda litúrgica.

Para la visita general de los domingos la gente del pueblo es bombardeada por las agujas de hielo del amanecer bogotano, desde las tres de la madrugada.

Cuando se abre la visita, a las ocho de la mañana, la larga cola es una inmensa culebra medio adormecida que se extiende por todo el barrio, circundada de un vaho hecho de bostezos y de neblina. Con frecuencia, a las tres de la tarde, al sonar el primer toque de fin de la visita, los últimos de la cola no han acabado de entrar. Tienen que resignarse a regresar a la ciudad con los comestibles y las frutas largamente estrujadas entre las manos, el cuerpo fatigado, y la boca llena de palabras de decepción.

Otra vertiente del amor carcelario es el homosexualismo.

Antes de la visita conyugal, el homosexualismo estaba extendido por toda la cárcel. La entrada de un detenido joven era casi invariablemente seguida de su violación por un grupo enardecido de reclusos poseídos por todos los demonios de la lujuria. Muy pocos

se marginaban de estas orgías que llegaron a ser un rito carcelario, como la colgada. Muy pocos ingresados de esas épocas lograron defender exitosamente sus retaguardias. La tradición carcelaria recuerda algunos mártires y señala con el dedo, discretamente, a ciertas víctimas que quedaron marcadas con la afrenta. Entretanto, doctores grandilocuentes y legisladores de cuellos proconsulares hacían discursos, y discutían con obispos de doble papada sobre el problema sexual en las prisiones. El Sociólogo Vitalicio de la oligarquía columbovaticana escribió un extenso tratado que algunos consideraron la obra maestra sobre el problema: era un curioso galimatías constelado de interpretaciones etimológicas y semasiológicas, que principiaba hablando de Venus, aludía en términos esotéricos a la libido, mencionaba naturalmente a Sodoma y Gomorra, y concluía con una descripción incompleta del modo particular como se reproducen los gasterópodos. El Gobierno hizo entonces una edición de medio millón de ejemplares, distribuyó doscientos mil entre los altos funcionarios y los diplomáticos de los países amigos, envió dos ejemplares especiales, uno al Santo Padre y otro a la Biblioteca de Washington, y construyó un edificio especial para guardar el resto. Por extraño que parezca, estos esfuerzos no cambiaron la situación dentro de las prisiones.

El Senado columbovaticano decidió buscarle una solución al problema. La cámara de representantes, que algunos llaman a la inglesa los comunes, protestaron diciendo que tan magno problema debería tratarse en ambas Cámaras, en sesiones extraordinarias del Congreso. Por entonces las sesiones eran radiotransmitidas a todo el País, pero muy pronto la discusión se tornó tan prolongada que interfirió la transmisión de las radionovelas, y por otro lado hubo protestas por lo escabroso del tema. Se decidió en consecuencia hacer las sesiones secretas para no lastimar la moral de las novelas radiales, y no hacerle desleal competencia a las historias de las señoras que podían contar discretamente cosas mucho mejores. Y como era necesario mantener democráticamente informados a los electores, las discusiones secretas se publicaron en los diarios. Dada la publicidad de las sesiones secretas se pudo saber que pasada la etapa erudita, esto es una especie de desfile de modas en el que cada parlamentario procuró demostrar que había leído a Sigmund

Freud, a Amiel y que ya había encargado a París el último libro de André Gide, comenzaron a presentarse las soluciones, al parecer no muy concordantes con el credo filosófico de cada proponente: así un Senador que se decía marxista declaró que todos los prisioneros pertenecían a una especie de basura humana que los tratadistas llaman lumpen-proletariat (esta palabra la llevaba apuntada en un papelito), y que en consecuencia, como lo había dicho muy bien Carlos Marx, en su libro «Mi Lucha», lo que debería hacerse era meter toda esa gentuza en cámaras de gas y después hacer jabón con ellos. Esto suscitó una gran protesta, se cruzaron apuestas sobre si había sido Carlos Marx o Adolfo Hitler el que había escrito «Mi Lucha», un representante caldense aprovechó la oportunidad para recitar la «Balada de la Cárcel de Reading» de Oscar Wilde, y por varias semanas las sesiones se hicieron alrededor de la pena de muerte, y se repitieron los grandes discursos hechos al respecto por los parlamentarios columbovaticanos del siglo anterior.

La Prensa hizo gran alboroto con la ignorancia del marxista, pero él hizo unas declaraciones diciendo que él era marxista, con zeta, esto es partidario de las elecciones en marzo, y que su intervención había sido un recurso dialéctico para no entrar en un tema que, por el momento, no era prudente tratar.

Las mayores obscenidades se oyeron cuando un Senador conservador propuso, después de citar a Santo Tomás de Aquino y de hacer un prólogo sobre el mal necesario, que se comprara a una compañía norteamericana unos modelos de mujeres de caucho, inflables a voluntad, que habían dado excelentes resultados en

la U. S. Navy. Esta intervención dio rienda suelta a la imaginación de los legisladores que sugirieron sucesivamente: la visita de las mujeres presas a las cárceles de varones, la visita de los prisioneros a las cárceles de mujeres, las cárceles mixtas, la adición de una droga anafrodisiaca a la comida de los prisioneros, la revisión total de la legislación de prisiones, y finalmente, después de varios duelos a muerte entre Senadores, en los cuales no pereció ninguno de ellos, el problema se dejó en manos de una comisión.

Al año siguiente, un sacerdote joven que había estudiado en Lovaina propuso sencillamente, en un púlpito durante una Semana Santa, que se permitiera la entrada de las mujeres a las cárceles de varones. Entonces el Cardenal Primado, sabedor de que los cismas los hacen siempre los sacerdotes que hablan más de la cuenta, decidió suspender al predicador a divinis. Empero, la propuesta del sacerdote y el castigo al que fue sometido causaron sensación, y el Nuncio Apostólico italiano anunció que la Santa Sede se ocuparía del problema de las amadas cárceles columbovaticanas. Después de algunos meses de estudio, la Santa Sede encontró la solución: se dejarían entrar cada cierto tiempo a las esposas legítimas de los reclusos, previa presentación de la partida de matrimonio eclesiástico.

Los talleres de falsificación de la cárcel Modelo se ocuparon entonces del suministro de las partidas de matrimonio eclesiástico, a precios razonables. Los guardianes se cansaron de exigir un documento que presentaban hasta las más sospechosas, y nació así la visita conyugal de los jueves, una visita de mujeres, tal como lo había previsto el levita anatematizado.

La liberación de la mujer

¿Qué contenido darle al concepto de emancipación femenina? ¿De qué manera debe contemplarse esta lucha? *Libre* abre el debate. Nuestro cuestionario, que incluye 10 preguntas sobre el tema, fue propuesto a seis escritoras de nacionalidades diversas:

ROSANA ROSSANDA, escritora, uno de los principales dirigentes de la organización marxista italiana vinculada a *Il Manifesto*.

SUSAN SONTAG, ensayista y novelista norteamericana, autora de *Against interpretation* (ensayo), *The benefactor* y *Death kit* (novelas) *Viajes a Hanoi* (reportaje)

MARTA LYNCH, narradora argentina autora de *La alfombra roja*, *Al vencedor*, *Cuentos tristes* y *La señora Ordóñez*.

FRANÇOISE GIROUD, francesa, directora del semanario *L'Express*.

BLANCA VARELA, poetisa peruana, autora de *Ese puerto existe*, *Luz de día*, *Valses* y otras falsas confesiones.

JEAN FRANCO, inglesa, profesora de literatura latinoamericana de la Universidad de Essex. Autora de *Introducción a la literatura hispanoamericana*.

Prefiero hablar claro para que no haya equívoco alguno sobre las respuestas que doy a continuación. De ninguna manera creo en un problema femenino separado, paralelo, independiente del mecanismo social fundamental, que sigue siendo, para mí, el de las relaciones de producción. Hoy, los movimientos más radicales de emancipación femenina lo plantean como un problema en sí mismo, porque reducen una interpretación marxista a la interpretación dada por los partidos comunistas y los países «socialistas». Es fácil advertir que, en estas concepciones y en estos países, salvo en el aspecto material —y aun— la situación de la mujer (y la de la familia) ha cambiado muy poco, y que tanto la subordinación femenina a lo que los movimientos de liberación de la mujer llaman un «modelo masculino» de la sociedad, como las formas de relación en el plano psicológico y sexual, permanecen inalterables. Concluir de esto que el socialismo no esboza una solución del problema me parece absolutamente abusivo, pues equivale a admitir que el socialismo sería lo que es en esos países, es decir una modificación no de las relaciones de producción sino de las relaciones de propiedad. ¿Acaso el obrero no vende su fuerza de trabajo en la Unión Soviética? ¿Acaso la reificación de los valores mercantiles no se mantiene en todas las sociedades socialistas, incluyendo a la que ha ido más lejos en la destrucción del antiguo modo de producción, la sociedad china? ¿Acaso, con igual razón que las mujeres, el obrero no podría decir que la lucha de clases deja sin resolver el problema de su alienación? El hecho es que el modo de producción capitalista y la división del trabajo, y la jerarquización de la sociedad, las superestructuras jurídicas, culturales, psicológicas que derivan de ellos, constituyen una «civilización» sumamente compleja, que es necesario destruir y reemplazar por otra. El simple traspaso del poder de estado de una clase a otra (y ni siquiera, pues generalmente se trata de una institución que dice representarla: el partido), de la propiedad privada a la propiedad de estado, no afecta en modo alguno al conjunto de las relaciones sociales inherentes a la división del trabajo. Así pues, si la subordinación de la mujer se mantiene, es porque aquel nivel de *revolucionarización* no se ha alcanzado aún; y toda posición que no tome conciencia de esto se sitúa al mismo tiempo en el terreno del «re-

visionismo» y de una ideologización premarxista y burguesa que separa las relaciones de dos personas de las relaciones sociales, y a éstas de las relaciones de producción. Se trata, a mi modo de ver, de una posición estéril y reaccionaria, cuya presencia se explica por el hecho de que, por un lado, la crisis general de la capacidad de integración en la sociedad capitalista superindustrializada hace estallar, con un carácter radical y violento, cuestionador, revolucionario, la necesidad de las mujeres de no aceptar más su alienación; por otro lado se explica también por el hecho de que la crisis del pensamiento marxista en los partidos obreros, la involución de las sociedades del Este, la pobreza teórica y práctica de las soluciones socialistas (peor aún, la sobrevivencia del estado, de las policías, de las estructuras represivas, de una concepción autoritaria de la pedagogía de la educación, de una verticalización de los poderes, etc.) no pueden dar ninguna respuesta a esta eclosión de una necesidad alternativa. Todo lo contrario.

A partir de estas premisas responderé a sus preguntas. Tengo clara conciencia de que los movimientos femeninos más radicales tienen una posición diferente: separatismo, etc. Pero esto responde a lo que me parece ser la crisis más grave de nuestro tiempo, la del pensamiento revolucionario. Sin una «revolución cultural» —y por eso soy «pro-china»— nunca llegaremos a captar el alcance de las relaciones interpersonales, y el que se refiere al problema de la mujer, de acuerdo a una perspectiva «comunista», la única que no sería elusiva.

L. — *¿Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

R. R. — El mismo que doy a la emancipación del hombre. Plena reapropiación de sí mismo, de su trabajo, de su cuerpo. Fin de la alienación y de la reificación. Comunismo. Para la mujer, es más largo el proceso, pues es doblemente subalterna: la división del trabajo le asigna una forma de esclavitud hacia quien ya es un esclavo (el hombre reificado). Al mismo tiempo, su condición descubre la «falsa emancipación» del hombre en las sociedades socialistas europeas, en los partidos comunistas, en muchos de los grupos revolucionarios. El hombre que considera a la «hembra» como al-

go diferente expresa en esta idea no su superioridad masculina (y es aquí donde las mujeres de ciertos movimientos de liberación se equivocan) sino su propia alienación a los *mass media*, a las ideologías de derecha, etc.

L. — *¿En el proceso de la emancipación de la mujer, le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

R. R. — Parecería derivarse de lo que he dicho que no atribuyo gran significado a la emancipación económica. ¿Qué sentido tendría? Si la mujer gana un salario, permanece alienada: claro, creo que es mejor que trabaje, pues de todas maneras hay una diferencia entre una esclava y una obrera —aunque más no fuera por la posibilidad de tomar conciencia de su alienación. Pero aun así sigue alienada como el obrero o cualquier trabajador de esta sociedad. No comprendo tampoco lo que se entiende por emancipación sexual sino en términos de una plena reapropiación del cuerpo, es decir de una desaceralización y en consecuencia también una reducción afectiva del problema sexual. Creo que es muy importante que esto ocurra pero ello no impediría que en otro plano la mujer siga siendo reaccionaria (como la gran Catalina...) o alienada, pues no puede escapar individualmente, y como «mujer» o «mujeres» tampoco, a la división social del trabajo.

L. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

R. R. — La primera no implica la segunda sino en su concepción más radical —es decir, la revolución total, tal como Marx la contempla, por ejemplo, en *La ideología alemana*.

L. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

R. R. — No. Sería mejor no enredarse con los conceptos. El hecho de que las mujeres tengan una condición social aparte no significa que

constituyan una *clase*, en el sentido marxiano de la palabra. Para Marx, *clase* es una formación social directamente ligada a las relaciones de propiedad y de producción. Si se quiere utilizar esa palabra en otro sentido se la despoja de todo significado y no veo la necesidad. Atribuir a la opresión patriarcal el carácter de contradicción principal (la cual no se desprendería de la división social del trabajo) es colocarse fuera del pensamiento marxista. Ahora bien, ¿en qué campo se sitúa esta idea? Se cae en una metafísica biológica o psicológica que no me interesa para nada y que además sería profundamente negativa puesto que no ofrece salida.

L. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante, dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. ¿A pesar de esto, lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?*

R. R. — He dicho que el trabajo en una sociedad capitalista es alienante. El ocio también lo es. No se escapa al mecanismo del capital (y esta es una de las debilidades de la izquierda espontaneísta americana, de las gentes que creen poder rechazar el sistema capitalista poniéndose aparte). En el trabajo se puede encontrar el mundo de los demás alienados, proyectar en otra dimensión los problemas propios y ampliar la conciencia de lucha. Esto es todo. No libera, pero puede dar más conciencia.

L. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

R. R. — En el cuadro de una organización política y revolucionaria. No creo en el separatismo. Los partidos comunistas ya lo habían inventado, creyendo que las mujeres son más valientes solas, cuando se encuentran solas. La guerra hay que librarla allí donde sea necesario.

L. — *¿Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

R. R. — Imagino que la reconstrucción de las relaciones interpersonales sobre una base de igualdad sería provechoso. Dichas relaciones no pueden edificarse sobre la familia actual.

Por lo demás, me gustaría precisar estos conceptos. No hay «la familia», sino la familia judeo-cristiana, la familia del modo de producción asiático, las familias africanas... Nosotros hablamos generalmente con nuestro provincialismo «blanco», de la familia judeo-cristiana. Puntualizarlo no es escamotear el problema: al contrario, es darse cuenta hasta qué punto está ligado a toda la estructura ideológica «moderna», lo que nos vuelve más atentos a ciertos valores, en los cuales se expresa también la necesidad de emancipación, pero que constituyen igualmente un reflejo o un equivalente de este universo ideológico del cual es muy difícil evadirse. No se vive en un «vacío», en una inocencia o renovación ideal en medio de un sistema de producción que, como el del capital, ha generado toda una civilización, quizás la más atroz pero también la más compleja de la historia.

L. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

R. R. — Una gran importancia en la vía de la «reapropiación del cuerpo». Los límites son los del punto 2. No debe olvidarse que toda una capa privilegiada ha abortado siempre en libertad (gracias al dinero) y ya se sabe con qué resultados. Ciertamente obtener un derecho gracias a una batalla confiere madurez a un movimiento.

L. — *Usted que es precisamente una mujer liberada y por consiguiente ha establecido gracias a esta situación un nuevo tipo de relación con los hombres, ¿cómo ve la actitud de ellos hacia usted?*

R. R. — Siempre me han ayudado. Son capaces de amistad. Sospecho incluso que se sienten muy aliviados cuando a todo nivel pueden tener una relación con una mujer liberada... que en general es menos cargante. ¿Pero mi experiencia sirve acaso de algo? He vivido en una situación familiar muy particular, y en el trabajo no frecuente sino la extrema izquierda. En *Il Manifesto*, tres mujeres se encuentran absolutamente al mismo nivel que cuatro hombres (hablo del grupo inicial), y en nuestro periódico estamos en mayoría. Ciertamente en la vida política he sido atacada por adversarios que invocaban mi condición de mujer, pero finalmente esa misma condición da una cierta ventaja publicitaria... Una disputada que habla en la Cámara, en un mitin o en una plaza pública atrae la curiosidad, lo que puede aprovecharse. He sufrido mucho más por mi condición de intelectual que por mi condición de mujer, e ignoro lo que sería yo sin la ayuda intelectual, práctica, de mis camaradas hombres. Por todo esto, afectuosamente, pienso también en su emancipación: cuando las mujeres sean libres, su pobre vida «viril» será menos siniestra.

Respuesta de Susan Sontag

Entre la lucha para liberar a las mujeres y la lucha para liberar a los esclavos hay algunos paralelos sorprendentes —por ejemplo, los argumentos expuestos *contra* su emancipación. Durante miles de años, prácticamente todo el mundo daba por supuesto que correspondía a la «naturaleza» de la especie humana el que algunos pueblos fuesen superiores (y destinados por tanto a ser los amos) y otros inferiores (y condenados por ello a ser esclavos). Hace unos ciento cincuenta años tan sólo que algunos elementos importantes de las clases gobernantes empezaron a sospechar que la esclavitud no era, a fin de cuentas, «natural». Súbitamente pareció plausible explicar el innegable carácter «servil», «sumiso» y psicológico y culturalmente «subdesarrollado» de los esclavos por el hecho mismo de que lo eran y de que habían sido educados para ello —en lugar de usarlo como argumento de que merecían su condición. Y que, puesto que su inferioridad no era «natural» sino aprendida e impuesta, el desarrollo completo de su potencial humano emergería tan sólo el día en que se les permitiera tener una historia enteramente distinta.

Esta intuición audaz, que acompañó la abolición mundial de la esclavitud, nos parece hoy obvia. Si algo nos sorprende es el por qué tomé tanto tiempo en abrirse paso a través de las teorías baratas usadas para justificar racionalmente la esclavitud. Pero podemos mostrarnos más indulgentes con la miopía de nuestros antepasados si advertimos que la opinión acerca de la emancipación de las mujeres se halla hoy en el mismo punto en que se hallaba la referente a la emancipación de los esclavos hace dos siglos. Como durante los milenios de aceptación indiscutida de la esclavitud, la antiquísima opresión de la mujer se justifica invocando a la «naturaleza» —a presuntas desigualdades «naturales» de la especie humana que todavía parecen obvias y verdaderas. La inmensa mayoría de las gentes de este planeta —tanto mujeres como hombres— están profundamente convencidos de que las mujeres poseen una «naturaleza» distinta de los hombres, y que estas diferencias «naturales» hacen que la mujer sea inferior. Las personas educadas en los países de civilización urbana, especialmente las que se consideran a sí mismas como liberales o socialistas, niegan a menudo que estas diferen-

cias equivalgan a sus ojos a una inferioridad real. El que las mujeres difieran de los hombres, arguyen, no significa que no sean sus iguales. Dicho argumento es pura hipocresía —como el de «iguales pero separados» empleado por los sudistas en los Estados Unidos para defender el sistema de enseñanza pública racialmente segregado. Pues el contenido específico de estas supuestas diferencias innatas entre mujeres y hombres implica una escala de valores en la que las cualidades atribuidas a la mujer son claramente menos estimables que las asignadas al hombre. «Masculinidad» es sinónimo de competencias, autonomía, dominio de sí, espíritu de riesgo, ambición, independencia, racionalidad; «feminidad» es sinónimo de incompetencia, debilidad, irracionalidad, pasividad, ausencia de competitividad, belleza. La mujer es educada para ser un adulto de segunda clase, para una agraciada y concienzuda dependencia del hombre. No se espera de ella que sea veraz, o puntual, o experta en el manejo y reparación de máquinas, o frugal, o fuerte, o físicamente valiente. (Ello significa que todas las mujeres que poseen estos rasgos o habilidades son catalogadas como «excepcionales».) No es extraño pues que los hombres acepten a las mujeres como asociadas y compañeras, no como iguales —y nunca como superiores. La mayoría de lo que se celebra como conducta típicamente «femenina» es simplemente una conducta infantil, servil, débil, inmadura. En realidad, mientras las mujeres presten atención a los estereotipos de conducta «femenina» (que, de modo insultante, se atribuyen a su «naturaleza») no podrán llegar a ser adultos independientes y plenamente responsables.

Cada generación produce unas cuantas mujeres de genio —o meramente de tan irremediable excentricidad— que obtienen para sí un *status* especial. Pero se sobreentiende que si las hermanas Trung, Juana de Arco, Santa Teresa, Mademoiselle Maupin, George Eliot, Louise Michel, Isabelle Eberhardt, Marie Curie, Rosa Luxemburgo, y los demás miembros de esta pequeña banda de mujeres que llegó a ser históricamente visible hicieron lo que hicieron fue precisamente porque poseían cualidades de las que normalmente las mujeres carecen y se les atribuye una energía, inteligencia, voluntad de poder y valor «masculinos». De este modo, los ejemplos insólitos

de mujeres capaces y genuinamente independientes no alteran más la presunción general de la inferioridad femenina que el descubrimiento (y favorable trato) de esclavos intelectualmente dotados hizo dudar a los esclavistas romanos cultivados de antaño de la naturalidad de la esclavitud. El argumento de la «naturaleza» es una creencia que se autoconfirma. Las vidas individuales que no cuadran con dicha creencia serán consideradas siempre excepciones dejando por consiguiente el estereotipo intacto.

Históricamente, la opresión de la mujer debe provenir de algunos acuerdos prácticos destinados a asegurar responsabilidad biológica; la maternidad. Las complicadas formas —sicológicas, políticas, económicas, culturales— que reviste la opresión femenina se remontan todas a esta división biológica del trabajo. Pero el hecho que las mujeres den a luz mientras que los hombres no, prueba difícilmente que unos y otros sean fundamentalmente diferentes e indica más bien cuán débil es la base de esta supuesta diferencia y hasta qué punto es concreta esta diferencia «natural». (Así, la fisiología reproductiva de la mujer se convierte en una vocación que abarca su vida entera, con sus normas adecuadamente angostas de carácter y temperamento.) Pero incluso la «naturaleza» fisiológica no es un hecho inmutable de perennes consecuencias. Forma también parte de la historia, y evoluciona con ella. Si toda la diferencia entre mujeres y hombres radica a fin de cuentas en el hecho que la maternidad ocupa a las mujeres, entonces las circunstancias en las que cumplen dicha vocación han cambiado de cabo a rabo; si la «naturaleza» ha servido de pretexto para la esclavitud de la mujer, la historia procura ahora las condiciones objetivas para su liberación sicológica y social. Pues es precisamente esta *importancia* de la diferencia fisiológica entre hombres y mujeres la que está en camino de volverse anticuada. La revolución industrial sentó las bases materiales para una reconsideración de la esclavitud: con el invento de máquinas que eran más productivas y eficientes que el trabajo no estipendiado, pareció razonable liberar a la gente de su servidumbre legal al trabajo. Ahora el Cambio de Rumbo Ecológico (creciente longevidad, más explosión demográfica, más rápido agotamiento de los recursos naturales) hace no sólo po-

sible sino en último término imperativo que la mayoría de las mujeres se liberen de toda relación, excepto la mínima, indispensable, con su responsabilidad biológica. Una vez que el destino reproductivo de la mujer se reduzca a dos, uno o ningún embarazo (con todas las probabilidades de que, a diferencia de los anteriores periodos históricos, *todos* los niños alcanzarán la edad adulta) el fundamento racional para la definición represiva de la mujer en términos de ser servil y doméstico, destinado ante todo a la maternidad y a la crianza, se derrumbará. Del mismo modo que la Revolución Industrial indujo a la gente a replantearse la «naturalidad» de la esclavitud, la nueva era ecológica en la que ha entrado el planeta a mediados del siglo xx permite a la gente reconsiderar el problema hasta ahora auto-evidente de la «feminidad» de la mujer. La «feminidad» de la mujer y la «masculinidad» del hombre son concepciones moralmente defectuosas e históricamente anticuadas. La opresión de la mujer es un anacronismo. Como de costumbre, la cultura va a la zaga de la tecnología. Pero la emancipación de la mujer me parece una necesidad histórica tan primordial como la abolición de la esclavitud, y que está destinada a tener incluso consecuencias más duraderas en el decurso de la historia humana.

No obstante, por anacrónica que sea, la opresión de las mujeres se halla arraigada en los niveles más profundos de la cultura individual y social. Aunque sea inevitable, su liberación no se llevará a cabo sin una lucha muy dura. Las mujeres se emanciparán sólo mediante una revolución general que cambiará profundamente las conciencias y trastornará las estructuras más básicas de la sociedad. Esta revolución debe ser a la par radical y conservadora. Conservadora, en el sentido que debe rechazar la ideología del desarrollo económico ilimitado (niveles de productividad y consumo cada vez mayores; la destrucción salvaje del medio ambiente); dicha ideología, merece la pena señalarlo, es compartida con igual entusiasmo por los países que pertenecen al boque capitalista que por los que forman parte del campo socialista. Debe ser radical en el sentido que debe desafiar y rehacer los hábitos morales tradicionales, fundamentalmente autoritarios comunes tanto a los países capitalistas como comunistas. La lucha por la

liberación de la mujer es la parte más «radical» de este nuevo proceso revolucionario. Como debería deducirse de lo expuesto, creo que hay una «cuestión de la mujer» totalmente independiente de los problemas planteados por el análisis marxista clásico. Marx, Engels, Lenin, Trotzky, Luxemburgo y Gramsci sostuvieron que la liberación de la mujer no era un problema aparte, sino que debía resolverse en el contexto de la lucha de clases y la creación del socialismo. No estoy de acuerdo con ellos. Es un hecho que ninguno de los países que pretenden actuar conforme al legado marxista ha replanteado radicalmente el problema de la condición de la mujer. Al revés, todos los países comunistas (con la excepción limitada de China) se han contentado con ofrecer a las mujeres simples mejoras «liberales» a su situación, como un creciente acceso a la educación y a los empleos, pero manteniendo intacto el monopolio avasallador del poder político por parte de los hombres y dejando incólumes las estructuras fundamentales de represión que caracterizan las relaciones privadas entre los dos sexos. Pero no es a causa de este sorprendente fracaso de todos los países en los que gobiernos revolucionarios izquierdistas ocupan el poder, en hacer algo «radical» en favor de las mujeres por lo que rehazo el análisis marxista. Lo hago por razones teóricas. Ninguna de las numerosas declaraciones edificantes hechas por los principales teóricos de la revolución proletaria en favor de la emancipación de la mujer ha abarcado nunca la verdadera complejidad del problema. El marxismo no ha calibrado de modo correcto la profundidad del «sexismo» del mismo modo que tampoco ha analizado correctamente la rofundidad del racismo. Pero no sugiero con ello que un análisis marxista de la represión de la mujer no sea factible. La reciente obra de Juliet Mitchell en Inglaterra y de Reimut Reiche en Alemania dan unos primeros pasos aproximados en esta dirección. Pero ciertamente dicho análisis queda por hacer. Y cuando se haga deberá probablemente tanto a las ideas de Fourier y Wilhelm Reich como a las de Marx y los marxistas.

L.—¿Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?

S. S.—Uno oye decir a menudo que la libera-

ción de la mujer no puede tener lugar sin la liberación del hombre. Hasta cierto punto, este clisé es verdadero. Mujeres y hombres comparten el mismo objetivo final: obtener una autonomía real, lo cual significa participar (y que les sea permitido hacerlo) en una sociedad que no se funde en la alienación y la represión. Pero el clisé es también peligroso pues niega implícitamente la existencia de diferentes fases en la lucha que hay que sostener. Como muchos clisés verdaderos, desarma el pensamiento y apacigua la cólera. (Así, muy hábilmente, el slogan oficial de la política eminentemente superficial del gobierno sueco para obtener la igualdad de las mujeres dentro del marco del sofisticado capitalismo liberal es «la emancipación de las mujeres equivale a la emancipación de los hombres».) Todos los seres humanos en este mundo imperfecto necesitan, claro está, ser liberados —tanto los amos como los esclavos, los opresores como los oprimidos. Pero no puede concebirse correctamente una sociedad justa, ni luchar por ella, de un modo unitario o universal. Toda lucha es concreta y debe llevarse a cabo concretamente.

No es lo mismo liberar a un campesino de Tailandia que a un obrero blanco de una fábrica de Detroit. El campesino tailandés es oprimido tanto por ser campesino como por el hecho de ser oriental. (Su mujer sufre de una triple opresión: en tanto que campesina, en tanto que oriental y en tanto que mujer.) Un obrero del automóvil de Detroit es oprimido como obrero, pero como miembro de la raza blanca y como norteamericano pertenece a los grupos opresores, no a los oprimidos. De un modo aproximadamente similar, la opresión de las mujeres no se asemeja a la de los hombres en términos de estructuras fundamentales. Por muy razonable que suene la idea al oído, es simplemente falso que la emancipación de los hombres y de las mujeres sean parte de un proceso recíproco. Pues por mucho que los hombres sean deformados sicológicamente por los estereotipos sexistas, estos estereotipos les confieren innegables privilegios. El hombre tiene a su disposición una mayor variedad de procedimientos y mucha más libertad de movimiento que la mujer. (Basta considerar el hecho que en la mayoría de los lugares donde puede ir por el «mundo», una mujer sola corre el riesgo de la violación o de la violencia física. Fundamentalmente, una mujer está a salvo en «casa»,

o cuando la protege un hombre.) En el sentido más estricto, en que no necesita andar siempre en guardia contra una agresión rapaz, un hombre se halla siempre en una situación muy ventajosa con respecto a una mujer. Hay hombres (y mujeres) oprimidos por otros hombres. Pero la totalidad de las mujeres son oprimidas por todos los hombres. Así, el clisé de que cuando las mujeres se emancipen, los hombres se emanciparán también pasa desvergonzadamente por alto la cruda realidad de la dominación viril —como si ésta fuera de hecho un convenio establecido por nadie, que no conviene a nadie y que no funciona en provecho de nadie. En realidad, exactamente lo opuesto es la verdad. La dominación del hombre sobre la mujer se realiza en provecho del hombre; la emancipación de la mujer se hará a expensas del privilegio viril. Quizá más tarde los hombres se emanciparán también, con un resultado feliz, de la cargante obligación de ser «masculinos». Pero permitir que los opresores se desembaracen de sus cargas psicológicas es un objetivo completamente distinto, secundario a la liberación. La prioridad esencial es liberar a los oprimidos. En ningún momento de la historia las demandas de oprimidos y opresores han resultado ser, si las sometemos a examen, totalmente armoniosas. Dudo mucho que esta vez lo sean también.

Todas las mujeres viven en una situación «imperialista» —en la que los hombres son los colonos y las mujeres los indígenas. En los llamados países del Tercer Mundo, la situación de las mujeres respecto a los hombres es tiránica y brutalmente colonialista. En los países económicamente avanzados (tanto comunistas como capitalistas) la situación de la mujer es «neo-colonialista». En ellos, la segregación de la mujer se presenta en forma suavizada; los hombres delegan parte de su autoridad, el uso de la fuerza física contra ella ha disminuido, el gobierno de los hombres ha sido institucionalizado de modo menos visible. Pero las mismas razones básicas de inferioridad y superioridad, de impotencia y poder, de subdesarrollo y de privilegio cultural prevalecen entre mujeres y hombres en todos los países. Todo programa serio de liberación de la mujer debe partir de la premisa que la liberación no toca sólo a la *igualdad* (la idea liberal-burguesa de liberación) sino que afecta el *poder*. La mujer no puede emanciparse sin reducir el poder del

hombre. Su emancipación no sólo significa cambiar la conciencia y las estructuras sociales de manera que transfiera a las mujeres gran parte del poder monopolizado por los hombres. La naturaleza misma del poder cambiará así, puesto que a través de la historia el poder ha sido definido en términos «sexistas»: identificándolo con un normativo y supuestamente innato gusto viril por la agresividad y la coerción física, y con las ceremonias y prerrogativas de agrupaciones exclusivamente masculinas en guerra, gobierno, religión, deporte y comercio. Todo lo que no implique un cambio respecto a quien tiene el poder y a la naturaleza de éste, no es liberación sino apaciguamiento. Los cambios que no son profundos sobornan el resentimiento que amenaza a la autoridad establecida. Mejorar un gobierno inestable y descaradamente opresor —como cuando los viejos imperios sustituyen las formas de explotación colonialistas por otras neo-colonialistas— sirve en realidad para regenerar las formas existentes de dominio.

Preconizar como hacen socialistas y comunistas, que las mujeres formen un frente común con los hombres para llevar a cabo su mutua liberación me parece un planteamiento superficial y «reformista», en la medida en que corre un velo sobre las duras realidades de las relaciones de poder que determinan todo diálogo entre los dos sexos. La mujer no tiene por qué asumir la tarea de liberar al hombre cuando tiene primero que liberarse a sí misma —lo cual implica explorar las bases de enemistad, no endulzadas de momento por el sueño de la reconciliación. Las mujeres deben cambiar por sí mismas; deben cambiarse unas a otras, sin preocuparse de si ello afectará a los hombres. La conciencia de las mujeres cambiará sólo cuando piensen en sí mismas y se olviden de lo que conviene a sus hombres. Imaginar que estos cambios pueden llevarse a cabo en «colaboración» con los hombres minimiza (y trivializa) el alcance y profundidad revolucionaria de su lucha.

Si la mujer cambia, el hombre se verá obligado a cambiar también. Pero estos cambios del hombre no acaecerán sin considerable resistencia. Ninguna clase gobernante ha renunciado jamás a sus privilegios sin lucha. La estructura misma de la sociedad se funda en el privilegio viril, y los hombres no lo abandonarán por el simple hecho de que hacerlo es más

humano o justo. Los hombres pueden hacer concesiones, otorgar a regañadientes más derechos civiles a la mujer. Desde hace unos 50 años, en la mayoría de los países, ésta tiene acceso a las instituciones de educación superior y puede adquirir entrenamiento profesional. En los próximos 20 años obtendrá salario por trabajo igual y conseguirá la propiedad efectiva de su propio cuerpo (mediante el uso legal de contraceptivos y el derecho al aborto). Pero estas concesiones, por muy deseables que sean, no desafían las actitudes fundamentales que mantienen a la mujer en la categoría de ciudadano de segunda clase; los privilegios del hombre permanecerán intactos.

Un cambio «radical» (en el sentido en que se opone al «liberal») en el *status* de la mujer abolirá la mística de la «naturaleza», y la lucha tendría que orientarse hacia este objetivo sin compromiso alguno. Las mujeres deben exigir el fin de *toda* clase de estereotipos, ya sean positivos o negativos, que conceden identidad sexual a la gente. Cambiar las leyes que discriminan a la mujer en situaciones específicas (con respecto al sufragio, a negociar contratos, al acceso a la educación y al empleo) no basta. Las estructuras básicas del trabajo, los hábitos sexuales, la idea de la vida familiar deben cambiar también. Los cambios tienen que extenderse al lenguaje mismo, en la medida en que avala groseramente el prejuicio milenarista contra la mujer. Pues, pensemos lo que pensemos, seguimos afirmando, cada vez que hablamos, la superioridad (actividad) del hombre y la inferioridad (pasividad) de la mujer. Es «gramaticalmente correcto» dar por supuesto que los agentes, las personas activas son hombres. La gramática oculta la existencia misma de la mujer, excepto en situaciones concretas. Así, en inglés, decimos «él» cuando aludimos a una persona que puede ser de cualquiera de los dos sexos; la palabra «hombre» engloba a todos los seres humanos; el pronombre que sustituye a substantivos como «estudiante», «trabajador», «ciudadanos», «artista», «funcionario público», «atleta», «industrial», es «él». La gramática es la última arena del lavado de cerebro sexista. El lenguaje no es, naturalmente, la fuente del prejuicio que identifica a los hombres con la raza humana y asocia únicamente a ellos la mayoría de las actividades de ésta. El lenguaje expresa meramente el orden sexista que ha dominado a lo largo de

la historia. Pero ahora que las mujeres han emprendido su larga marcha hacia la liberación, el prejuicio sexista de la gramática actúa como una fuerza plúmbea, contaminadora, de retraso cultural. La lucha liberadora de la mujer hará que el prejuicio sexista de la gramática resulte diariamente ofensivo y, más tarde, anacrónico. La gente debe sensibilizarse con respecto al sexismo del lenguaje, de igual modo que en los últimos tiempos se ha sensibilizado a los clisés racistas del mismo (y del arte). La gramática y el uso común tienen que cambiar. En términos más generales, la gente debe adquirir conciencia de la profunda misoginia que se manifiesta en todos los niveles de intercambio humano, no sólo en las leyes sino en las menudencias de la vida diaria: en las formas de cortesía y en el decorado (vestidos, gestos, etc.) mediante el cual la gente polariza la identidad sexual; en la invasión de «imágenes» (en arte, informaciones y anuncios) que perpetúa los estereotipos sexistas.

A la mayoría de los hombres no les gusta la sociedad con las mujeres, ni las respetan, ni se sienten cómodos con ellas por mucho que puedan amarlas o desearlas individualmente. La mayoría de las mujeres tampoco se gustan y respetan a sí mismas. Estas actitudes cambiarán sólo cuando las mujeres se libren de su «naturaleza» y empiecen a crear y a habitar otra historia.

L.— *En el proceso de la emancipación de la mujer, ¿le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

S. S. — La pregunta revela en mi opinión la debilidad fundamental del concepto de «emancipación». Sin un contenido más específico, la «emancipación» es una meta huera, que empaña además el foco y diluye la energía de la lucha de la mujer. No estoy segura de que éstas sean dos clases diferentes de emancipación. Pero supongamos que lo sean, o al menos que puedan ser consideradas separadamente. A menos que estemos claros acerca del *de qué* y *para qué* de la emancipación, no tiene ningún sentido preguntar si una y otra, la económica y la sexual, son igualmente importantes.

No estoy segura de qué significado dan a «emancipación económica». Si es el de que las

mujeres tengan acceso a una gran variedad de trabajos fuera del hogar con los cuales sean pagadas justamente, esta es sin duda alguna, su demanda más básica. La clave del subdesarrollo psicológico y cultural de la mujer radica en el hecho de que la mayoría de las mujeres no se soportan a sí mismas —ni en el sentido literal (económico) ni en metafórico (psicológico, cultural) del verbo «soportar». Pero es a todas luces insuficiente asegurar para las mujeres la posibilidad de ganar dinero: mediante el acceso a mayor número de trabajos y la creación de instituciones gratuitas para el cuidado de los niños. El trabajo no debe ser simplemente una opción, una mera alternativa a la todavía más común (y normativa) «carrera» de madre y ama de casa. Hay que dar por supuesto que la mayoría de las mujeres trabajarán y que serán económicamente independientes (estén casadas o no) exactamente igual que los hombres. Sin trabajo, las mujeres nunca romperán las cadenas de su dependencia respecto a los hombres —el prerrequisito mínimo para llegar a ser realmente adultas. A no ser que trabajen y que su trabajo sea tan válido como el de sus maridos, las mujeres casadas no tienen ni siquiera la posibilidad de obtener un poder real sobre sus propias vidas —esto es, el poder de transformarlas. Las artes de coerción y conciliación psicológicas en las que tanto sobresalen —halagos, encanto, carantoñas, seducción, lágrimas— son el substitutivo servil de una influencia y autonomía reales. No obstante, el simple hecho de poder trabajar significa difícilmente que una mujer sea «emancipada». Gran número de ellas trabajan ya, y una minoría gana salarios que garantizan su independencia económica; con todo, la mayoría de estas mujeres siguen dependiendo como siempre de los hombres. La razón se halla en que el empleo mismo está cortado conforme a patrones sexistas. La división sexista del trabajo confirma y, a decir verdad, fortalece el *status* colonizado de las mujeres. Estas no participan ventajosamente en las economías modernas, industriales, en pie de igualdad con los hombres, sino desempeñan un papel auxiliar, de mero sostén. Las mujeres pueden ejecutar trabajos humildes, escasamente especializados en la industria ligera. Pueden ser secretarías, asistentes sociales, prostitutas, nurses, maestras, telefonistas —empleos que miman los papeles que las mujeres desempeñan con sus

maridos e hijos. Cuanto hagan en el «mundo» tiende a reproducir su imagen de seres «domésticos», destinados a servir y cuidar. Se les permite raras veces hacer trabajos físicamente peligrosos y se les juzga inaptas para amplias responsabilidades administrativas. Por tanto, no puede hablarse de emancipación económica de las mujeres hasta que se acepte el hecho de que realicen todas las actividades que ahora desempeñan los hombres, en las mismas condiciones que éstos respecto a salarios, nivel de ejecución y riesgos —abandonando así las prerrogativas de los necios, los niños y los sirvientes. Y su emancipación económica no es meramente esencial al bienestar psicológico de cada caso individual. Las mujeres no tendrán los medios de ejercer el poder político, el cual implica obtener el control de las instituciones, y una intervención efectiva en la evolución de la sociedad en las próximas décadas, hasta que ocupen un papel importante respecto a la economía y posean en gran número las profesiones y especialidades directivas fundamentales. Repitémoslo: emancipación significa poder —o no significa nada. La noción de «emancipación sexual» me parece aún más sospechosa. El viejo doble esquema, que atribuye a la mujer menor energía sexual y menos apetitos sexuales que a los hombres (y las castiga por una conducta que aprueba en éstos) es claramente un medio de mantener a las mujeres «en su lugar». Pero rechazar para ellas los mismos privilegios de experimentación sexual que los hombres no basta, dado que la concepción misma de sexualidad es en sí un instrumento de represión. La mayoría de las relaciones sexuales representan las actitudes que oprimen a las mujeres y perpetúan el privilegio viril. Eliminar simplemente el oprobio que pesa sobre la manifestación sexual de la mujer es una victoria superficial si la sexualidad a la que accede sigue siendo la misma —la que convierte a las mujeres en «objetos». Las costumbres de la actual sociedad urbana capitalista tienden desde hace algún tiempo a una sexualidad «tolerante», que penaliza mucho menos a las mujeres por sus aventuras extra-matrimoniales. Pero esta sexualidad «más libre» consiste principalmente en actos de mutua «ego-masturbación», fundados en una idea expúrea de la libertad. Resumiendo: es el derecho de cada persona a explotar y deshumanizar a otra. La emancipación sexual de la

mujer carece de sentido sin una modificación de las normas mismas de la sexualidad. El sexo en sí no libera a las mujeres. El problema es ¿de qué sexualidad hay que liberar a la mujer para que disfrute? La única ética sexual liberadora para la mujer es la que desafía la primacía de la heterosexualidad genital. Una sociedad no represiva, una sociedad en la que la mujer sea subjetiva y objetivamente igual de verdad al hombre, será necesariamente una sociedad bisexual y andrógina. ¿Por qué? Porque el otro único medio plausible que puede poner fin a la opresión de la mujer es que hombres y mujeres decidan vivir aparte; y esto es imposible. El separatismo sigue siendo una alternativa válida para poner fin a la opresión de los pueblos de «color» por la raza blanca. Puede concebirse que las diferentes razas que habitan las distintas partes del planeta puedan decidir vivir separadamente (con los hábitos y mentalidades de cada una de ellas estrictamente protegido contra toda incursión imperialista tanto «cultural» como económica). En cambio, no cabe la menor duda de que hombres y mujeres cohabitarán siempre. Pero puesto que en el sexismo (a diferencia del racismo) el separatismo no es ni siquiera concebible, defender las diferentes «tradiciones» morales y estéticas de cada sexo (a fin de preservar algo equivalente al «pluralismo» cultural) y atacar el criterio único de excelencia intelectual o racionalidad como «imperialismo cultural» masculino (para revalorar la desconocida y despreciada «cultura femenina») son tácticas erróneas en la lucha por la liberación de la mujer. El objetivo de la lucha no consiste en proteger las diferencias entre los dos sexos, sino en minarlas. Crear una relación no represiva entre mujeres y hombres significa borrar en la medida de lo posible las líneas de demarcación convencionales que han sido establecidas entre los dos sexos, reducir la tensión entre ambos que procede la «alteridad». Como es notorio hoy día, hay una viva tendencia en esta dirección entre la gente joven en los últimos años —la de reducir y aun confundir las diferencias de sexo en vestido, peinado, gestos, gustos. Pero este primer paso hacia la despolarización de los sexos podría ser muy bien recuperado dentro de las formas capitalistas de consumo como mero «estilo» (el comercio de *boutiques* unisex) y mantenido al margen de sus implicaciones políticas, a me-

nos que la tendencia arraigue en niveles más hondos.

La des-polarización más profunda de los sexos debe llevarse a cabo en el mundo del trabajo y, de forma creciente, en las relaciones sexuales mismas. Conforme la «alteridad» se reduzca, parte de la energía de atracción sexual entre los sexos declinará. Mujeres y hombres continuarán sin duda haciendo el amor y formando parejas. Pero ya no se definirán entre sí *ante todo* como potenciales colaboradores sexuales. En una sociedad no represiva ni sexista, la sexualidad tendrá en cierto modo un papel más importante que hoy, por el hecho de que será más difusa. Las preferencias homosexuales serán, por ejemplo, tan válidas y respetables como las heterosexuales. (Ambas provenirán de una genuina bisexualidad. La homosexualidad impuesta o exclusiva —que como la heterosexualidad exclusiva es algo inculcado— sería indudablemente menos común en una sociedad no sexista que en la actualidad.) Pero en dicha sociedad, la sexualidad será por otra parte menos importante que ahora —en la medida en que las relaciones sexuales ya no serán un substitutivo, anhelado históricamente, de la auténtica libertad y de muchos otros goces (intimidad, intensidad, sentido de entrega, blasfemia) que esta sociedad frustra.

L. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

S. S. — Veo muy poca relación al presente entre la lucha de clases y la lucha por la emancipación de la mujer. La sustancia de la política revolucionaria moderna, 1) el derrocamiento de una clase por otra dentro de una nación y 2) la liberación de los pueblos colonizados del yugo imperialista, es fundamentalmente inaplicable a la lucha de la mujer en tanto que tal. Las mujeres no son una clase ni una nación. Las mujeres políticamente radicales pueden preferir la participación en movimientos revolucionarios de orientación marxista a limitar sus energías a la lucha por su propia liberación. Pero obrando así, deberían percatarse de que lo máximo que esta multiproblemática política revolucionaria ofrece a las mujeres, son ventajas de índole reformista, la promesa de una «igualdad» formal.

No tengo una posición general acerca de cuál de los dos niveles debería ser prioritario. Las prioridades de la lucha varían no sólo de un país a otro sino también según el momento histórico y dependen incluso, en un contexto nacional determinado, de la raza y la clase social. Nadie discutiría que la emancipación de la mujer vietnamita debe subordinarse hoy día a la guerra nacional de liberación y a la lucha de clases. En los países prósperos, en cambio, la liberación de la mujer es un problema pertinente de un modo mucho más inmediato —a la vez en sí y por su utilidad para radicalizar a la gente respecto a otras formas de lucha. La comprensión profunda de la índole de la opresión de la mujer, ayuda, por ejemplo, a entender mejor la índole del imperalismo.

La emancipación de la mujer requiere una revolución cultural que sacudirá las actitudes y hábitos mentales que de otro modo podrían muy bien sobrevivir a la reconstrucción de nuevas relaciones económicas que es el objetivo de la lucha de clases. La posición de la mujer en tanto que tal puede ser afectada apenas por un cambio en las relaciones de clase. Como Marx y Engels eran «humanistas», herederos de la Ilustración, protestaron contra la opresión de la mujer bajo el capitalismo, pero el «feminismo» tradicional de la tradición marxista no se relaciona lógicamente con el análisis marxiano. (Como tampoco el vulgar «anti-feminismo» de Freud se relaciona lógicamente con las ideas básicas de la teoría psicoanalítica.) No creo que el socialismo traerá consigo de modo inevitable la liberación de la mujer. Pero pienso que sólo en una sociedad socialista sería posible inventar e institucionalizar formas de vida que la liberarían. Por consiguiente, aunque la lucha para construir el socialismo y la causa de la liberación femenina son difícilmente idénticas, las militantes feministas tienen un interés real en la suerte de un movimiento revolucionario socialista y buenas razones para ser sus aliadas, aunque no sea más que por razones tácticas.

L. — Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria.

¿Está usted de acuerdo con este análisis?

S. S. — No. La cualidad normativa de la explotación económica de la mujer —el hecho de que el «trabajo doméstico», definido como propio de las mujeres, es humilde y, a diferencia del trabajo hecho afuera, gratuito— no basta para situar a las mujeres en una clase económica aparte. La opresión de una clase por otra es sólo una forma de opresión. Las mujeres, como los hombres, no forman una clase en bloque. Como ellos, componen la mitad de cada clase social. Las esposas, hermanas e hijas de los ricos participan en la opresión de los pobres. En virtud de su pertenencia de clase más bien que de su sexo, una minoría de mujeres oprime a otras mujeres. Si hubiese necesidad de una etiqueta, diría que las mujeres pueden ser consideradas como una casta. Pero esto es sólo una analogía. En realidad, ningún término prestado a los otros vocabularios de análisis social se adapta bien a ellas. Suponer que las mujeres constituyen una clase es tan absurdo como suponer que los negros forman también una. La especie humana está dividida en dos sexos (y relaciones de tipo «castizo» fundadas en la identidad sexual) del mismo modo que en la pluralidad de razas (con relaciones «castizas» basadas principalmente en el color). Las estructuras creadas en torno a la existencia de dos sexos, como las creadas en torno a la de la pluralidad de razas, son irreductibles a las montadas en torno a la existencia de clases sociales aunque, como es obvio, las opresiones se entrecruzan a menudo.

Creo descubrir en esta pregunta la piadosa esperanza de que la opresión de la mujer pueda atribuirse a una forma específica de sociedad, a un determinado conjunto de disposiciones clasistas. Pero no puede ser así. Si el socialismo —cuando menos el que existe hasta hoy— no es de modo evidente la solución, tampoco el capitalismo es de modo evidente el culpable. Las mujeres han sido tratadas siempre como inferiores, han sido siempre marginadas política y culturalmente. La opresión de la mujer constituye la estructura represiva más fundamental de todas las sociedades organizadas. Esto es, es la forma de opresión más antigua, anterior a todas las opresiones basadas en motivos de clase, casta y raza. Es la forma más primitiva de jerarquía. Teniendo en cuenta esto, no veo cómo la «opresión patriarcal» pue-

da ser considerada como cualquier otra clase de contradicción, ya sea principal o secundaria. Al revés, la estructura de esta sociedad está fundada precisamente sobre la «opresión patriarcal», y su eliminación suprimirá los hábitos más arraigados de amistad y amor, la concepción del trabajo, la capacidad de hacer la guerra (la cual es alimentada profundamente por ansiedades «sexistas») y los mecanismos de poder. La naturaleza misma del poder en las sociedades organizadas se funda en definir los «sexistas» de conducta. El poder se define, y se mantiene, en términos de machismo.

El problema de la liberación de la mujer no es explotar una contradicción, sino desembarazarse de las estructuras más profundamente arraigadas. Exige un ataque a la naturaleza del estado mismo. ¿Quiénes son los líderes de los países avanzados, los países que controlan casi toda la riqueza del mundo, que arrojan casi toda la basura del mundo, que consumen casi todos los recursos naturales del mundo, que disponen, con su tecnología y sus armas y sus medios masivos de comunicación, de la vida misma de la humanidad y del destino de todo el planeta? Son, casi sin excepción, hombres. Son, casi sin excepción, blancos, heterosexuales, casados, de edad mediana o viejos. La tiranía del estado patriarcal es el modelo atenuado de la tiranía del estado fascista. Pues lejos de ser un fenómeno aberrante cuya mayor posibilidad se limitó a Europa entre las dos guerras mundiales, el fascismo es la condición normal del estado moderno, la condición a la que todos los países industrialmente avanzados tienden naturalmente. El fascismo es el desenvolvimiento lógico de los valores del estado patriarcal aplicados a las condiciones (y contradicciones) de las sociedades de masa del siglo xx. Así, como Virginia Wolf señaló a fines de la década de los años 30, la lucha por la liberación de la mujer es una lucha contra el fascismo.

L. — Se considera que el trabajo remunerado es alienante dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. A pesar de esto, ¿lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?

S. S. — Sí. Por muy alienadores que sean la mayoría de los trabajos en la sociedad actual, son todavía para la mujer un medio de liberación

que las arranca de su limitación a la domesticidad y parasitismo. Las mujeres no serán tratadas nunca como adultos autónomos a menos que participen, en términos de completa igualdad en el «trabajo» de dicha sociedad.

El comprometerse a trabajar es, naturalmente, sólo un primer paso. Las mujeres deben escapar de los ghettos de trabajo en los que están confinadas: los empleos que explotan primordialmente su sempiterno adiestramiento a la servilidad, a ser a la vez sostén y parásito, a eludir toda especie de riesgo. Para una mujer, dejar el hogar para ir al «mundo» y trabajar constituye raras veces un marco dentro del cual podrá realizarse; en la mayoría de los casos, es justo un medio de ganar dinero, de complementar el presupuesto familiar. Las mujeres ocupan muy pocos puestos administrativos o políticos, y proporcionan sólo un contingente minúsculo a las profesiones liberales, fuera de la enseñanza. Exceptuando los países comunistas, están virtualmente excluidas de los trabajos que implican una experta, profunda relación con las máquinas o un uso agresivo del cuerpo, o llevan consigo algún riesgo físico o sentido de aventura, o compiten directamente (en vez de auxiliar) con los que realizan los hombres. Aparte de ser peor pagados, la mayoría de los empleos asequibles a las mujeres tienen un techo de promoción bajo y dan escasa salida al deseo normal de ser activo y tomar decisiones. En la práctica, todo trabajo importante hecho por mujeres es voluntario, pues pocas desafían la desaprobación que se desencadena en cuanto se desvían del estereotipo de la sumisión y falta de lógicas «femeninas» (así, es denigrante describir una mujer como «ambiciosa» o «dura» o «intelectual»; y por una conducta que sería considerada en un hombre como una agresividad normal e incluso saludable se le llama «castriz»). Dando por sentado que casi todos los trabajos que ofrecen las sociedades modernas son «alienadores», me impresiona más la doble alienación de que sufren las mujeres por el hecho de verse privadas incluso de esas satisfacciones limitadas que los hombres pueden extraer del trabajo. Entrando en el mundo del trabajo, aun en su forma actual, las mujeres tienen mucho que ganar, adquieren conocimientos gracias a los cuales pueden cuidarse de sí mismas y organizarse mejor. Y conquistan un terreno específico de lucha en cada trabajo o

profesión, en el que pueden plantear sus exigencias de liberación.

Dichas exigencias deben ir más allá de la «igualdad» que puede obtenerse a nivel individual en las situaciones laborales a las que las mujeres tienen acceso. Mucho más importante que obtener salario igual por trabajo igual (aunque esta mínima reclamación «liberal» no ha sido satisfecha en ningún país del mundo ¡excepto China!) es acabar de una vez con el modelo sexista conforme al cual funciona el mundo del trabajo. Las mujeres deben llegar a ser ingenieros de sonido, cirujanos, agrónomos, abogados, mecánicos, soldados, electricistas, astronautas, gerentes de fábricas, directores de orquesta, ajedrecistas, obreros de la construcción, pilotos aéreos —y en número suficiente como para que su presencia no llame la atención (cuando las mujeres llegan a constituir la gran mayoría de un trabajo monopolizado antes por los hombres, como la profesión médica en la Unión Soviética, el desafío al estereotipo-sexo es mucho menor. El resultado es que el hasta entonces papel «masculino» de doctor, se ha convertido en un papel «femenino»). Mientras el sistema de segregación sexual en el trabajo funciona con fuerza, la mayoría de la gente —tanto mujeres como hombres— continuará justificándolo «racionalmente», insistiendo que las mujeres carecen de fuerza física o de capacidad de juicio o de auto-dominio emocional para desempeñar muchos cargos. Conforme el sistema se debilita, las mujeres adquirirán mayor competencia. Y cuando no sean simplemente toleradas, sino se espere de ellas el desempeño de esos cargos a los que hoy no tienen acceso, gran número de mujeres serán de hecho capaces de realizarlos.

Cuando el trabajo llegue a ser totalmente segregado sexualmente, las mujeres estarán mejor calificadas para unirse a sus compañeros de trabajo masculinos para poner en tela de juicio sus condiciones fundamentales, en los términos en que hoy se presenta. El estilo burocrático conforme al que se trazan las normas de trabajo en la sociedad moderna debe ser remodelado a fin de que permita medios de planear y tomar decisiones más democráticos y descentralizados. Más importante aún: el ideal mismo de «productividad» (y el de consumo) debe ser puesto a prueba. La economía de los países ricos lleva a cabo una división de funciones que actúa conforme a cri-

terios sexuales: los hombres son considerados los «productores» que usan las herramientas mientras que las mujeres (y adolescentes) son definidas en términos de «consumidores». Hay que destruir esta distinción. De otro modo, la plena admisión de la mujer al trabajo masculino no hará sino duplicar, o casi, las filas de ese gran ejército de «productores» psicológicamente alienados reclutados ya en la campaña ecológicamente suicida de fabricar cantidades ilimitadas de bienes (y desperdicios).

El necesario replanteamiento del trabajo podría ser obra de las élites que actualmente existen, y las mujeres pueden encontrarse con que los hombres han tomado las decisiones capitales sin contar con ellas. Las nuevas estructuras de trabajo que habrá que forjar en las dos próximas décadas (parte de cuyo carácter será determinado por la necesidad de reducir toda una serie de trabajos) podrían perpetuar aún, intacto, el sistema sexista, reduciendo a las mujeres al papel de auxiliares parasitarias, sin voz ni voto. Las mujeres pueden impedir esto solamente si invaden desde ahora el mundo del trabajo, cuando todavía es «alienador» con un alto grado de conciencia feminista militante.

L. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

S. S. — Aunque me alegra siempre que una organización política radical apoye la causa de la liberación de la mujer, no soy pesimista en cuanto a los beneficios a largo plazo. Esta alianza parece más natural de lo que en realidad es. La lucha revolucionaria tiende habitualmente a franquear a las mujeres en tanto que agentes históricos y a anular los estereotipos sexistas de un modo rápido y espectacular. Piensen en lo que las mujeres han hecho (o se les ha «permitido» hacer) en la Comuna, la Revolución Rusa, la Resistencia francesa e italiana durante la Segunda Guerra Mundial, la Revolución cubana, los treinta años de guerra nacional de liberación en Vietnam, el movimiento guerrillero palestino, la guerrilla urbana en América Latina, en relación a lo que se les permitía hacer (por muy capaces que fueren) en cada una de esas sociedades justo an-

tes del comienzo de la lucha armada. Pero generalmente este franqueo es sólo temporal. Cuando la lucha concluye, ya sea con una victoria o con una derrota, las mujeres son invariablemente «desmovilizadas» con gran rapidez y alentadas a volver a su papel tradicional, pasivo y ahistórico. (Más tarde, su participación será ignorada y encubierta por historiadores e ideólogos —como, por ejemplo, en Francia, donde hay un pasmoso silencio hoy día acerca de las numerosas combatientes y mártires de la Resistencia.) Y la ruptura radical con los estereotipos sexistas, incluso si no es más que temporal, parece producirse fácilmente entre los revolucionarios sólo cuando emprenden la insurrección, la «guerra popular», la lucha guerrillera o la resistencia clandestina o la ocupación extranjera. En situaciones que no presentan caracteres de urgencia de tipo militar, el trato dado a las mujeres en las organizaciones políticas radicales dista mucho de ser ejemplar. A pesar de sus frecuentes proclamaciones feministas la vida interna de casi toda las organizaciones radicales ya ocupen el poder o no —desde los Partidos Comunistas oficiales a la Nueva Izquierda y los grupos *gauchistes* activos desde los 60— ratifica y promueve de modo a-crítico toda clase de «costumbres» sexistas.

Así, la presente ola de feminismo ha nacido realmente del penoso despertar de las mujeres en el seno de la mayor organización estudiantil radical norteamericana de los 60, el S. D. S., al hecho de que eran tratadas como miembros de segunda clase. En los mitines, las mujeres nunca eran escuchadas con la misma seriedad que los hombres; era siempre a una de ellas a quien se le pedía llevar las actas de la reunión o abandonar ésta a la mitad para ir a la cocina a preparar café. Aunque sus camaradas masculinos las protegían muy caballerescamente de la violencia policíaca durante las demostraciones, las excluían invariablemente de los puestos directivos. La complacencia sexista de las organizaciones radicales ha disminuido bastante, claro está, al menos en los Estados Unidos, precisamente a causa de la protesta de las mujeres. Aunque al comienzo eran sólo una minoría aislada y ridícula, se convirtieron en la avanzada de un nuevo nivel de conciencia de parte de muchas mujeres que, tras comenzar en América, se está extendiendo ahora tardíamente por Europa Occidental (aunque en una versión más limitada y dócil).

No dudo que en los años 70, las mujeres que busquen su propia liberación y la de los demás podrían encontrar más aliados que nunca entre los hombres radicales. Pero el trabajo dentro de las organizaciones revolucionarias existentes no basta. En este punto ni siquiera es capital. Ahora y en el futuro próximo creo que el papel fundamental corresponde a los movimientos de mujeres. Por numerosos que sean los militantes radicales con los que se puede contar como aliados (y de hecho *no* son muchos), las mujeres deben asumir por sí mismas el esfuerzo principal de la lucha. Tienen que formar grupos en cada clase, cada profesión, cada comunidad; sostener y animar diferentes niveles de lucha y de formación de conciencia. (Por ejemplo, colectivos profesionales exclusivamente femeninas —de doctores que tratarán tan sólo a pacientes mujeres, de abogados y contables cuyos clientes serán únicamente de su sexo— así como conjuntos de *rock*, granjas, equipos cinematográficos, pequeños negocios, etc.) Políticamente hablando, las mujeres no encontrarán una voz militante hasta que se organicen en grupos dirigidos por sí mismas, de igual modo que los negros en los Estados Unidos no encontraron su verdadera militancia política mientras fueron representados principalmente por organizaciones integradas, lo que en la práctica, equivalía a ser dirigidos por blancos benévolos, bien educados y liberales. Uno de los objetivos de la acción política es educar a quienes la organizan. En este punto de subdesarrollo político de la mujer, trabajar con hombres (aun simpatizantes) frena el proceso mediante el cual las mujeres aprenden a funcionar como adultos autónomos y políticamente maduros. Las mujeres tienen que aprender ante todo a hablar entre sí. Como los negros y otros pueblos colonizados, tienen problemas de organización y experimentan dificultades en respetarse unas a otras y en tomarse en serio. Están acostumbradas a la dirección, o al menos al apoyo y aprobación de los hombres. Es por consiguiente de la mayor importancia que aprendan a organizarse políticamente por su cuenta y traten de movilizar a otras mujeres. Sus errores, al menos, les pertenecerán y podrán aprender de ellos.

En términos más generales: los presuntos radicales que preconizan en esta fase de la lucha que las mujeres trabajen para su liberación de acuerdo con los hombres están negando tácita-

tamente las realidades de la opresión femenina. Tal política garantiza que toda la lucha en nombre de la mujer será moderada, y a fin de cuentas recuperable. Es un medio de asegurarse de antemano que no ocurrirá nada «radical» que la conciencia de las mujeres no cambiará de modo profundo. Pues las acciones integradas, realizadas junto con los hombres, limitan a la fuerza la libertad de las mujeres a pensar «radicalmente». La única oportunidad que tiene la mujer de llevar a cabo este cambio profundo de conciencia necesario a su liberación es la de organizarse separadamente. La conciencia cambia tan sólo a través de la confrontación, en situaciones en las que la conciliación no es posible.

Así hay ciertas actividades que únicamente grupos exclusivos de mujeres pueden —o desearán— realizar. Sólo grupos enteramente compuestos por ellas diversificarán convenientemente sus tácticas, y serán suficientemente «extremos». Las mujeres deberían cabildar, demostrar, hacer marchas públicas. Deberían tomar lecciones de karate, silbar a los hombres en las calles, hacer incursiones en los salones de belleza, piquetear a los fabricantes de juguetes sexistas, adoptar en gran número un lesbianismo militante, manjear sus propias clínicas de siquiatria y aborto libre, procurar asesoría en materias de divorcio ideológico, establecer centros de desintoxicación para el maquillaje, adoptar los nombres maternos como apellido, sacarse y ponerse sus sostenes, desgarrar afiches publicitarios insultantes para la mujer, perturbar actos públicos entonando canciones en honor de las dóciles esposas de las celebridades masculinas y de los políticos, colectar promesas de renuncia a las pensiones alimenticias y a las risitas nerviosas, querellarse por difamación contra las «revistas femininas» de gran tiraje, llevar a cabo campañas de acoso telefónico contra siquiátras de sexo masculino que tienen relaciones sexuales con sus pacientes del otro sexo, organizar concursos de belleza para hombres. Los actos «extremistas» son válidos en sí, porque contribuyen a elevar la conciencia de las mujeres. Y, aunque mucha gente pretenda que tales actos les chocan o los sacan de sus casillas, su retórica tiene un efecto indudablemente positivo sobre la mayoría silenciosa. Consideremos el teatro de guerrilla. Aun ejecutado por una pequeña minoría, obliga a millones de personas a po-

nerse a la defensiva respecto a actitudes sexistas hasta entonces apenas conscientes, acostumbrándoles a la idea de que estas actitudes distan mucho de ser evidentes. (Tampoco excluyo la utilidad de una violencia guerrillera real.)

Obviamente ninguna acción individual es «necesaria». Pero todos los tipos de acción se justifican. Sin dejarse disuadir por el temor de confirmar los clisés sexistas (vgr. los que las representan como seres emotivos, incapaces de objetividad y despego), los grupos militantes deben comprometerse a adoptar conductas que violan los estereotipos de feminidad. Un medio muy común de reforzar la pasividad de las mujeres, ha sido el decir que serán más efectivas e influyentes políticamente si actúan con «dignidad», si no infringen el decoro y se muestran encantadoras.

Las mujeres deberían manifestar su desprecio por esta forma de intimidación disfrazada de consejo amistoso. Las mujeres serán mucho más eficaces si son rudas, chillonas y —conforme a standards sexistas— inactivas. Tropezarán con el ridículo, y no bastaría con que lo soportasen estoicamente. A decir verdad, deberían regocijarse de ello. Cuando se moteja sus acciones de «ridículas» y se rechaza sus demandas como «exageradas» y «absurdas», las mujeres militantes pueden estar seguras de que andan por buen camino.

L. — *En este último caso, ¿cuáles serían los objetivos a corto y a largo plazo?*

S. S. — La diferencia que realmente cuenta no es entre objetivos a breve y largo plazo sino, como ya hemos indicado, entre los objetivos que son «reformistas» (o «liberales») y los que son «radicales». La mayoría de los objetivos que han perseguido las mujeres, desde el sufragio en adelante, han sido «reformistas». Un ejemplo de la diferencia: la petición de que las mujeres reciban salario igual por trabajo igual es «reformista», mientras que la de exigir acceso a todos los empleos y profesiones sin excepción es «radical». La existencia de salario igual no ataca el sistema de estereotipo sexista. Pagar a una mujer el mismo salario que recibe un hombre si ella ejerce el mismo trabajo, establece una clase de equidad meramente formal, pues no garantiza que no habrá más que unos cuantos empleos que *realmente* las mujeres ejerzan tan a menudo como los

hombres, o que sólo un número simbólico de mujeres que son profesionales altamente especializadas ocupen posiciones gerentes y se metan en política. Cuando la mitad aproximada de quienes realizan cualquier clase de trabajo sean mujeres, cuando todas las formas de empleo y responsabilidad pública lleguen a ser totalmente co-educacionales, los estereotipos sexistas terminarán, y no antes.

Al subrayar esta diferencia de nuevo, no estoy sugiriendo que las mejoras «reformistas» sean desdeñables. Al revés, la lucha por ellas es sumamente importante, como lo demuestra el hecho que estas demandas son aún, para la mayoría de la gente, demasiado «radicales». Por otra parte, distan mucho de haber sido satisfechas. Incluso el reformismo es una larga marcha en lo que respecta a la mujer. En este lento proceso hacia el cumplimiento de las exigencias reformistas, los países comunistas van claramente en cabeza. Después, pero muy detrás de ellos en términos de grado de ilustración «liberal» en materias de política pública, vienen los países capitalistas de educación protestante, especialmente Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Holanda, Estados Unidos, Canadá y Nueva Zelanda. Muy rezagados con respecto a ellos, siguen los países de formación cultural católica, como Francia, Italia, España, Portugal, México y los países de Centro y Suramérica, donde las mujeres casadas no pueden poseer y disponer de sus bienes sin la firma de sus maridos y donde el derecho al divorcio, por no mencionar la legalidad del aborto, sigue siendo un problema duramente controvertido. Y todavía detrás de los países latinos, casi perdidos en la lejanía, los países de cultura musulmana, en los que las mujeres siguen aún sometidas a una serie de formas de segregación social, explotación económicas y vigilancia sexual increíblemente estrictas y, a menudo, físicamente coactivas... Pero a pesar de la irregularidad cultural con la que mejora la situación de la mujer, no tengo la menor duda de que, incluso si no interviene ningún elemento nuevo, todas estas exigencias reformistas serán satisfechas en la mayor parte de los países dentro de los próximos 50 años. Mi opinión es que, entonces, la lucha no habrá hecho más que empezar. Pues incluso después de ello, el completo sistema de estereotipo sexista, que reduce a las mujeres a la condición de ciuda-

danos de segunda clase, puede permanecer intacto.

Hay que emprender una profunda lucha para conseguir un cambio de conciencia. Las mujeres deben aprender a sentir y expresar su cólera. Deben comenzar planteando exigencias concretas —en primer lugar a sí mismas (para conducirse de modo adulto) y luego a los hombres. Para empezar, pueden mostrar su aceptación del *status* plenamente adulto mediante meros actos simbólicos, como no cambiar de apellido cuando se casan. Pueden desprenderse poco a poco de la opresora preocupación por su aspecto personal, por la cual consenten en convertirse en «objetos». (Abandonando el maquillaje y los servicios tranquilizadores de los salones de belleza, renunciar simbólicamente al narcisismo y vanidad que de modo insultante se les atribuye.) Pueden rehusar el ritual de la galantería masculina que escenifica su posición inferior y la metamorfosea en seducción. Lo más a menudo posible, deberían encender los cigarrillos de los hombres, cargar sus maletas y ayudarles a reparar sus neumáticos pinchados. Incluso los actos más triviales que ignoran los modelos «femeninos» preestablecidos, tienen su peso y ayudan a educar tanto a las mujeres como a los hombres. Son el prólogo indispensable a toda consideración seria por parte de la mujer del marco de su liberación. Esta reflexión debe coincidir con la creación de instituciones experimentales dirigidas por y para mujeres —comunidades de vida y trabajo, escuelas, guarderías infantiles y dispensarios— que encarnarán su solidaridad de mujeres, su creciente conciencia política y sus estrategias prácticas para sustraerse al sistema de estereotipo sexista.

La liberación de la mujer tiene un significado político a corto como a largo plazo. Cambiar el *status* de la mujer no es sólo un objetivo político en sí: prepara (y forma parte de) este cambio radical en la estructura de conciencia y la sociedad que es —a mi entender— el socialismo revolucionario. No es simplemente que la liberación de la mujer no tenga porque esperar la victoria del socialismo: es que no puede esperarla. No creo en una victoria del socialismo a menos de que no vaya precedida por grandes victorias del feminismo. La primera fase, la liberación de la mujer, es una preparación necesaria para la victoria del socialismo, y no al revés, como han pretendido

siempre los marxistas, pues si ocurre así, es más que probable que las mujeres se encuentren con que su liberación es un fraude. Si la segunda fase —la transformación de la sociedad conforme al socialismo revolucionario— ocurriese sin un movimiento de mujeres independiente y militante previo, las mujeres descebrarán que han pasado meramente de la hegemonía de una moral opresiva a otra.

L. — ¿Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?

S. S. — Tal como hoy se concibe, la familia —la moderna «familia nuclear»— es ciertamente un instrumento de opresión de la mujer. Pero obtendríamos escaso consuelo si examináramos las otras formas conocidas que ha adoptado en el pasado y que tiene hoy fuera de las sociedades de tipo «europeo» (la mayor parte de Europa y Norte y Suramérica).

Virtualmente todas las formas conocidas de familia definen a la mujer en términos que la subordinan al hombre, la mantienen dentro del «hogar» y confieren el poder público exclusivamente a los hombres, los cuales organizan grupos enteramente masculinos fuera de la familia. En la cronología de las vidas humanas, la familia es la primera y psicológicamente más irrefutable escuela de sexismo. Desde la infancia más tierna, mediante los métodos sistemáticamente opuestos en que se trata a niños y niñas (vestido, modo de hablarles, elogiarles y castigarles) se inculca en ellas las normas de narcisismo y dependencia. Al crecer, los niños de los dos sexos aprenden del modelo de su padre y de su madre la diferente conducta que se espera de ellos: la clase fundamentalmente distinta del compromiso de mujeres y hombres con respecto a la vida familiar.

La familia es una institución organizada en torno a la explotación de las mujeres en tanto que moradores permanentes del espacio familiar. Trabajar significa por tanto para las mujeres liberarse cuando menos de una parte de su opresión. Al hacer un trabajo pagado, cualquiera que sea, una mujer deja de ser exactamente una criatura doméstica. Pero puede continuar todavía siendo explotada como tal, ahora parte del tiempo y cargar sobre los hombres con casi dos tareas permanentes. Las mujeres que han ganado la libertad de salir al «mundo», pero que deben apear todavía con

la responsabilidad de la compra, cocina, limpieza e hijos cuando vuelven del trabajo no han hecho sino duplicar su tarea. Este es el aprieto de casi todas las mujeres casadas que trabajan, tanto en el mundo capitalista como en el comunista. (La opresión de la doble carga que pesa sobre ellas es particularmente visible en la URSS, en razón de la mayor diversidad de los empleos a que tienen acceso, que, pongamos por caso, en Estados Unidos, con su estilo de vida de sociedad de consumo que marcha y se halla apenas equipada de centros de ayuda social.) Incluso cuando la mujer ejerce un empleo tan honorable o físicamente agotador como el de su marido, cuando ambos vuelven a casa parece todavía natural al marido (y habitualmente a la mujer) ponerse a descansar mientras ella prepara la cena y, después, hace la limpieza. Tal explotación continuará, aunque aumente el número de mujeres que se incorporan al trabajo, mientras éste desafíe excepcionalmente la noción del papel «femenino». En la medida en que los empleos que obtienen son concebidos conforme a sus aptitudes «femeninas» de asistir a los hombres, la mayoría de hombres y mujeres no ve ninguna contradicción entre el «empleo de la mujer» y las artes tradicionalmente «femeninas» (asistente, nurse, cocinera) que se les exige en casa. Sólo cuando numerosas mujeres ocupen toda clase de empleos dejará de parecer natural al marido que su esposa haga todo o gran parte del trabajo doméstico. Hay sobre el tapete dos exigencias que son totalmente distintas, aunque posteriormente puedan llegar a fundirse. Una: que el alcance del empleo no sea fijado ya conforme a líneas de identidad sexual. Otra: que los hombres participen plenamente en el tradicionalmente «femenino» trabajo doméstico. Ambas demandas tropiezan con una resistencia intensísima.

Los hombres las juzgan a la par molestas y amenazadoras; aunque en el día de hoy parezcan soportar algo mejor la primera que la segunda, lo que demuestra que la gramática de la vida familiar (como el lenguaje mismo) es la fortaleza más profunda y terca de las suposiciones sexistas.

En una vida de familia que no sea opresiva para la mujer, los hombres tomarán parte en todas las actividades domésticas, mientras que las mujeres consagrarán gran parte de su tiempo a obligaciones «exteriores», que no tienen

nada que ver con sus familias. Pero la solución implica algo más que ajustar el grado de participación de los hombres: el ideal es un reparto por *igual* de todas las cargas y responsabilidades. Dichas actividades deben a su vez ser objeto de un planteamiento nuevo. La familia no tiene que ser una molécula hermética, cuyas actividades incumben sólo a ella. Muchas actividades domésticas podrían realizarse de un modo más eficiente y ameno en un espacio comunal, como sucedía en las sociedades anteriores a la época moderna. No hay ningún beneficio real en que cada familia tenga (o pudiera tener) su *baby-sitter* privada, o su muchacha *au pair* o su criada, esto es, mujeres independientes pagadas para compartir o reemplazar el gratuito y no oficial papel de servidor de la esposa. Igualmente, tampoco hay ninguna razón (aparte del egoísmo y temor) para que cada familia tenga su máquina de lavar la ropa y los platos, su televisor, etc. Mientras el servicio doméstico privado (especialmente de mujeres) está desapareciendo del mapa, excepto en el caso de familias muy ricas, y mientras los países pasan de la economía pre-moderna a la de industrialización y consumo, los servicios mecánicos privados tienden a proliferar. La mayoría de los nuevos instrumentos mecánicos de servicio cuya adquisición por cada familia «individual» es el primer artículo de fe de la sociedad de consumo, podrían muy bien ser propiedad común de grupos de familias, y ello reduciría la innecesaria repetición del trabajo, moderaría el espíritu de competencia y atesoramiento y evitaría el derroche. Democratizar las faenas domésticas es uno de los pasos indispensables para cambiar las definiciones opresivas del papel de mujer y marido, madre y padre, ayudaría a derribar los muros que en todas las modernas sociedades industriales separan a una familia minúscula de otra, con devastadoras tiranteces psicológicas sobre los miembros de cada una de ellas.

La moderna «familia nuclear» es un desastre psicológico y moral. Es una cárcel de represión sexual, un terreno de juego para un inconsistente relajamiento moral, un museo del espíritu de posesión, una fábrica de sentido de culpabilidad, una escuela de egoísmo. Con todo, a pesar del precio terrible que pagan sus miembros en forma de ansiedad y acumulados sentimientos de odio, la familia moderna tiene en

su haber algunas experiencias positivas. Sobre todo en las sociedades capitalistas de hoy, la familia es el único lugar donde es todavía posible algo que se aproxime a las relaciones personales no alienadas (calor, confianza, diálogo, ausencia de competencia, espontaneidad, placer sexual). No es casual que uno de los slogans diseminados por el capitalismo —el gran responsable de las condiciones que provocan la mayor alienación en el trabajo y en todos los vínculos comunales— es el del carácter sagrado de la familia. (Por familia entienden tan sólo, aunque nunca lo digan, la familia «nuclear» patriarcal.) La vida familiar es exactamente la reserva anacrónica de estos valores «a la escala humana» que la sociedad urbano-industrial destruye, pero que debe agenciárselas para conservar de algún modo. El capitalismo no puede presentarse sin máscara. Para sobrevivir, esto es, para extraer el máximo de productividad y apetito de consumo de su masa de ciudadanos, el capitalismo (y su primo hermano, el comunismo de estilo soviético) tienen que continuar a conceder una existencia limitada a los valores de la no-alienación. Por ello, les concede un *status* privilegiado y protegido en una institución, la familia, que es económica y políticamente inocua. Este es el secreto ideológico oculto detrás de la forma misma de la familia «nuclear»: una unidad demasiado pequeña en términos numéricos, demasiado desollada, demasiado confinada a su espacio vital (arquetípicamente, el piso urbano de tres o cuatro habitaciones) para ser viable como unidad económica o relacionarse políticamente con las fuentes del poder. A comienzos de la era moderna, el hogar perdió su antiguo papel como emplazamiento de altares y ritual; las funciones religiosas pasaron a ser enteramente acaparadas por «iglesias», y los miembros de la familia comenzaron a asistir a sus ritos como *individuos* fuera del hogar. Desde fines del XVIII, la familia se ha visto forzada a ceder sus derechos de educar (o no educar) sus hijos al estado-nación centralizado, el cual mantiene «escuelas públicas» que los niños de cada familia están legalmente obligados a concurrir como individuos. La familia nuclear, igualmente llamada familia básica, es una familia inútil, una invención ideal de la sociedad industrial urbana. Su función es justamente ésta, ser inútil, ser un refugio. Despojada de toda función económica, religiosa y educativa,

existe solamente como una fuente de calor emotivo en un mundo helado.

La glorificación de la familia no es sólo una profunda hipocresía; revela también una verdadera contradicción estructural en la ideología y funcionamiento de la sociedad capitalista. La función ideológica de la familia moderna es manipulativa, más exactamente, auto-manipulativa. Esto no significa que podamos rechazar cuanto entra en escena en la vida de familia como totalmente fraudulento. La familia nuclear encarna sin duda genuinos valores. A decir verdad, si no hubiese siquiera esa forma mezquina de vida familiar que florece hoy, la gente llevaría una vida más alienada que la que ya lleva. Pero la estrategia no funcionará indefinidamente. La contradicción entre los valores que la vida de familia tiene la misión preservar y los valores promovidos por la sociedad capitalista en general es, en último término, insostenible. En realidad, las familias resultan cada vez menos capaces de cumplir bien la tarea que se les asigna, la tarea que justifica la familia en su forma moderna. La función de la familia como «museo ético» de la sociedad industrial se está deteriorando; incluso en ella, los valores «a escala humana» se evaporan. El capitalismo atesora los valores de la no-alienación en un lugar seguro, una institución que es (por definición) apolítica. Pero no hay lugar seguro. Los ácidos del mundo exterior son tan fuertes que la familia se está envenenando. La sociedad la contamina cada día más, introduciéndose directamente, por ejemplo, mediante las voces homogéneas del televisor en cada sala de estar.

Patrocinar la «destrucción» de la familia, por su autoritarismo, es un clisé fácil. El vicio de la vida familiar a través de la historia no es el autoritarismo en sí, sino el que la autoridad se funda en relaciones de propiedad. Los maridos «poseen» esposas, los padres «poseen» sus hijos. (Esta es sólo una de las muchas semejanzas existentes entre el *status* de las mujeres y el de los niños. Por eso, el sexo cuyos miembros son *definidos* adultos y por consiguiente, responsables de sí mismos, ordena galantemente «primero mujeres y niños» cuando un navío se hunde. En España, ninguna mujer casada, cualquiera que sea su edad, puede ejercer un empleo, abrir una cuenta bancaria, solicitar un pasaporte o firmar un contrato sin el permiso escrito del marido,

exactamente como un niño. Las mujeres, como los niños, son esencialmente consideradas menores; son pupilas de sus maridos, como los niños son pupilos de sus padres.) Incluso la moderna familia nuclear en su forma «liberalizada» del Norte de Europa y del Norte de América se funda todavía, aunque de modo menos flagrante, en el hecho de tratar mujeres y niños como bienes. Hay que abandonar de una vez este tipo de familia. Las mujeres no deberían ser tratadas como bienes. Los adultos no deberían ser tratados como menores. Pero ciertas formas de autoridad tienen sentido en la vida de familia. El problema es qué clase de autoridad, lo cual depende de la base sobre la que funda su legitimidad. La reestructuración de la familia necesitaría a la emancipación de la mujer, implica sustraer a la autoridad otorgada a los acuerdos familiares una de sus principales formas de legitimidad: la autoridad que tiene el hombre sobre la mujer. Aunque la familia es la institución que encarna originalmente la opresión de la mujer, la eliminación de la opresión no disolverá la familia. Tampoco una familia no-sexista existirá sin *alguna* idea de autoridad legítima. Cuando los acuerdos familiares dejen de ser una jerarquía dictada por el papel sexual, habrá todavía ciertos rasgos jerárquicos dictados por la diferencia de edad. Una familia no-sexista no carecerá completamente de estructura por el hecho de ser «abierta».

Precisamente a causa de que la familia es una institución singular —la única institución que la sociedad moderna, por las razones antedichas, insiste en definir como «privada»— su reconstrucción es un proyecto sumamente delicado, que se adapta menos a los planes de cambio establecidos de antemano que uno puede aplicar a las demás instituciones. (Resulta mucho más claro, por ejemplo, decidir lo que hay que hacer en las escuelas para eliminar el sexismo y disminuir su autoritarismo en otros senderos.) La reconstrucción de la vida de familia debe ser parte de la construcción de nuevas, aunque todavía a escala reducida, formas de comunidad. Allí es donde el movimiento de las mujeres puede ser particularmente útil, creando, dentro del contexto de la sociedad de hoy, instituciones «alternativas» que serán las pioneras del desarrollo de una nueva praxis de vida de grupo.

En cualquier caso, no puede hacerse nada al

respecto por decreto. E, indudablemente, alguna forma de vida de familia continuará. Lo deseable no es destruir la familia, sino la oposición (especialmente arraigada en los países capitalistas) entre el «hogar» y el «mundo». Dicha oposición es decadente, resulta opresiva para la mujer (y los niños) y asfixia y sangra estos sentimientos comunitarios y fraternales sobre los que puede edificarse una nueva sociedad.

L.— *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

S. S. — La legalización del aborto es una exigencia reformista, como la eliminación del estigma sobre las madres solteras y los llamados hijos ilegítimos y el establecimiento de guarderías infantiles gratuitas para las madres que trabajan. Y como todas las demandas reformistas hay que sospechar de ella. La historia nos muestra que cuando la cólera de las mujeres se canaliza en la lucha por tales demandas se deja desarmar fácilmente. (Un ejemplo: ¿qué ocurrió con el movimiento creado en torno al sufragio en Inglaterra y Estados Unidos cuando las mujeres obtuvieron finalmente el voto después de la Primera Guerra Mundial?) Dichas reformas tienen a reducir y luego a dispersar de modo abrupto energías militantes. Puede argüirse asimismo que fortalecen directamente el sistema represivo en la medida en que mejoran alguna de sus penalidades. Contrariamente a lo que se siente con tanta pasión, en especial en los países latinos, es mucho más plausible que la legalización del aborto —como el uso legal de contraceptivos a bajo precio— ayude a conservar el actual sistema de matrimonio y de familia. De este modo, tales reformas refuerzan realmente el poder de los hombres y mantendrán por un tiempo igualmente largo la sexualidad licenciosa que explota a las mujeres y que se considera normal en esta sociedad.

No obstante, dichas reformas corresponden a las necesidades reales, concretas e inmediatas de centenares de millones de mujeres, con excepción de las ricas y privilegiadas. Con una adecuada conciencia teórica en el movimiento de las mujeres, la mejora de sus condiciones puede conducir a otras demandas. Gran parte del valor de la lucha por tales objetivos cuyo

peso político es reducido o problemático depende del *lugar* donde aquella tiene lugar. Por regla general, cuanto más dura es la lucha, mayores son las posibilidades de politizarla. Así, una campaña en favor de la legalización del aborto y los contraceptivos tiene mayor dimensión política en Italia o Argentina que en Noruega o Australia... En sí mismo, el derecho al aborto no tiene ningún contenido político serio a pesar de su carácter sumamente deseable en el terreno humanitario y ecológico. Pero se convierte en una exigencia válida cuando se formula como un paso en una *cadena* de demandas y acciones que puede movilizar y hacer avanzar la conciencia de gran número de mujeres que no habían empezado a pensar aún seriamente sobre su propia opresión. La situación fundamental de la mujer no cambiará en absoluto cuando obtenga cualquiera de esos derechos. El hecho que el divorcio sea virtualmente imposible en España mientras se obtiene fácilmente en México no hace que la mujer mexicana sea substancialmente mejor que la española. Pero la lucha por estos derechos puede constituir un paso importante en el entrenamiento para un nivel de lucha más profundo.

L. — *Usted es precisamente una mujer liberada y por consiguiente ha establecido gracias a esta situación un nuevo tipo de relación con los hombres, ¿cómo ve la actitud de ellos ante usted?*

S. S. — Encuentro la pregunta un tanto extraña. Da por supuesto que mi respuesta será el ejemplo de una mujer «liberada» que, en virtud de la identidad que ustedes me confieren, debe disfrutar de un «nuevo tipo de relaciones» con los hombres. Pero luego me piden que diga cómo creo que los hombres piensan de mí. Si he establecido realmente una nueva clase de relación con los hombres, la respuesta parecería obvia: a saber, que tengo una mejor (esto es, más completa y humana, menos deformante y opresiva) relación con los hombres de la que tendría sino fuese una mujer «liberada», y que los hombres tienen una relación positiva correspondiente respecto a mí. Pero naturalmente las cosas no son en absoluto tan simples.

No sabría ser una mujer de una clase distinta de la que soy. Cuando tenía cinco años, mi ambición era llegar a ser bioquímica y ganar

el Premio Nobel (acababa de leer una biografía de Madame Curie). Seguí con la química hasta los diez años, cuando decidí que sería mejor un médico. A los quince, supe que iba a llegar a ser un escritor. Desde el comienzo, nunca se me ocurrió que podían impedirme actuar en el mundo por el hecho de haber nacido hembra. Quizá a causa de una infancia enfermiza que transcurrió principalmente entre libros y en mi laboratorio químico instalado en el garage vacío de mi familia, en una parte muy provinciana de Estados Unidos, con una vida de familia tan mínima que podría describirse como «subnuclear», era tan inocente que ignoraba incluso la existencia de una barrera. Luego dejé el hogar a los quince años para ir a la universidad, empecé varias carreras y encontré que las relaciones que tenía con los hombres en mi vida profesional eran, salvo raras excepciones, uniformemente cordiales y respetuosas. Así, durante muchos años de mi vida adulta continué ignorando que había un problema hasta el punto de no saber siquiera que era feminista, tan pasado de moda estaba este punto de vista en aquellas fechas, cuando me casé a la edad de 17 años (en 1951) y conservé mi apellido. Me pareció una decisión igualmente «personal» de mi parte, cuando me divorcé de mi marido siete años después, el rechazar con indignación la tentativa automática de mi abogado de obtener una pensión alimenticia, incluso aunque no tenía un centavo, ni bienes, ni empleo alguno en aquel entonces y debía mantener a un niño de seis años. Pues aun con toda esta conducta bastante valiente y de buenos principios (así la veo ahora) mi valentía y mi posición de principio sufrían gravemente con todo de una especie de insensibilidad política y moral. Durante muchos años, cuando la gente aludía a las supuestas dificultades de ser una mujer «liberada», la miraba con asombro. El problema no existía para mí excepto en la envidia y resentimiento que sentía ocasionalmente de parte de otras mujeres, las esposas educadas, pero ociosas, inmovilizadas y sin medios de salir del hogar de los hombres con quienes yo trabajaba. Era vagamente consciente de que constituía una excepción, pero aceptaba como un derecho propio las ventajas de que disfrutaba. Ahora conozco las cosas mejor. Mi caso no es infrecuente. De un modo menos paradójico de lo que podría suponerse, la posición de la mujer «liberada» en una sociedad

liberal en la que la vasta mayoría de las mujeres no lo son es embarazosamente cómoda. Con una dosis de talento y buen ánimo, o meramente una ausencia obstinada de autoconciencia, una puede eludir (como yo) los obstáculos iniciales y la irrisión que probablemente afligen a la mujer que persiste en su autonomía.

Y para una mujer que se encamina hacia una vida de independencia las cosas no sólo le parecen relativamente llevaderas: incluso puede cosechar considerables ventajas profesionales del hecho de ser mujer —llamar más la atención, etc.— si es realmente competente y dotada. La buena suerte de dicha mujer es como la buena suerte de unos cuantos negros en una sociedad liberal, pero todavía racista. Cada grupo liberal (ya sea político, profesional o artístico) necesita su «mujer simbólica», su mujer excepcionalmente inteligente y enérgica que actúa en un mundo de hombres.

Lo que he aprendido en los últimos cinco años —y de ello soy enormemente deudora al movimiento de liberación de las mujeres de los Estados Unidos— es a situar mi propia experiencia en una perspectiva política. Mi buena suerte no viene al caso. ¿Qué prueba en realidad? Nada de nada.

Ahora veo que cualquier mujer ya liberada que acepta de buen grado su privilegiada situación participa directamente (aun sin saberlo) en la opresión de las demás mujeres. Y acuso justamente de ello a la abrumadora mayoría de mujeres con carreras en el campo de las artes o las ciencias, en las profesiones liberales y en la política. A menudo me ha sorprendido ver cuán misóginas son la mayor parte de las mujeres que han triunfado, y el afán que tienen de decir cuán tontas, aburridas, superficiales o cargantes encuentran a las demás mujeres y lo mucho que prefieren la compañía de los hombres. Como casi todos los hombres, que profundamente desprecian y tratan con aire protector a las mujeres, la mayoría de las mujeres «liberadas» no aprecian o respetan a las demás. Cuando no las temen como rivales sexuales, las temen como rivales profesionales, y desean conservar su *status* especial de mujeres admitidas en un mundo profesional casi exclusivamente masculino. La mayoría de las mujeres «liberadas» son desvergonzadas representantes de una mentalidad «Tío Tom», ansiosas de halagar a sus colegas masculinos,

convirtiéndose en cómplices suyos para denigrar a las demás mujeres menos desenvueltas y minimizando deshonestamente las dificultades con las que ellas mismas han tropezado a causa de ser mujeres. Con su conducta dan a entender que todas las mujeres podrían hacer lo que ellas han hecho, si solamente se lo hubieran propuesto; que las barreras levantadas por los hombres son débiles; que son sobre todo las propias mujeres quienes retroceden. Esto es simplemente falso.

La primera responsabilidad de una mujer «liberada» es llevar la vida más completa, libre e imaginativa que pueda. La segunda, manifestar su solidaridad con las otras mujeres. Podrá vivir y trabajar y hacer el amor con los hombres. Pero no tiene derecho a representar su situación más simple, o menos sospechosa o menos llena de compromisos de lo que realmente es. Las buenas relaciones con los hombres no deben adquirirse a costa de traicionar a sus hermanas.

CeDInCI

1. — *Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

—Esa pregunta se contesta mejor con la fotografía de cualquier barriada. Las escenas de pobreza familiar son comunes en mi país y mucho más comunes en el resto de América Latina, continente que funciona ensamblado en cuanto a subdesarrollo, desamparo y miseria. Sería poco responsable de mi parte contestar en nombre de otras mujeres no argentinas. Pero mientras lo hago, no puedo olvidar a las mujeres peruanas —por ejemplo— a las que he visto reiteradamente en tal situación de hiposuficiencia económica y moral que hablarles de «emancipación» casi sería una broma surrealista. En el mundo en el que vivo —como tantas sudamericanas, intelectuales o no— hay que empezar por dar de comer a la gente para dedicarse luego a las especulaciones. Hay que darles de comer, hay que vestirlos, hay que asegurar sus funciones biológicas (en Bolivia, la mortalidad infantil alcanza el 230 por mil), hay que enseñarles a leer y a escribir. Hay que darles posibilidad para que puedan adscribirse a la problemática que preocupa, al parecer, a las mujeres de los países más afortunados. Como una paradoja, son los dos países explotadores por excelencia —EE. UU. de Norteamérica y Gran Bretaña— los que más énfasis han puesto en el movimiento de liberación de la mujer. ¡Como si no se supiera que la situación de inferioridad de ésta es hoy parte de la lucha de clases! La única profesión que se nos ha permitido es la de cortesana. Aún hoy, el mundo del consumo, nos ha cosificado a tal punto que ninguna de nosotras ignora el beneficio estruendoso que puede proporcionar un buen par de piernas o unos pechos generosos. La religión hizo otro tanto para subestimar la condición femenina atribuyéndole toda la responsabilidad del mal y del pecado; y la mitad masculina de la humanidad se ha sentido cómoda en este estado de las cosas. Nadie puede extrañarse que la emancipación de la mujer sea pues un problema de su interioridad, vale decir que es adentro de ella misma donde han de estructurarse las condiciones de su independencia. Es la mujer quien debe elevarse al rango de ser humano perdiendo definitivamente su inclinación a dejarse tomar como un objeto, inclinación que, dicho sea de paso, conserva más número de mujeres de lo que podría pen-

sarse. En América Latina, las condiciones del proletariado son tan agobiantes, las mujeres están de tal modo concatenadas al grado de explotación que también sufre el hombre por su parte y la familia en consecuencia, que este problema de la emancipación es tan gratuito como sofisticado. Sumergidas en la miseria o invernadas en la estulticia y la ignorancia (en las clases pudientes) las mujeres de mi continente tienen otras etapas que recorrer antes de encarar su «emancipación»: me refiero a la etapa de las revoluciones nacionales, paso imprescindible y único sin el cual toda clase de reflexión es un regodeo intelectual gratuito. Es Cuba el único país de Sur América en el que he visto dar a la mujer un trato igualitario, justo, gratificante y promisorio. Y es asimismo Cuba el único país que podría tener derecho de hablar con fundamento de la «emancipación» femenina. Protección en el trabajo, protección en la maternidad, espectaculares regímenes de protección a la madre y al hijo, guarderías, escuelas, hospitales modelos, respeto y justicia en el contrato de matrimonio como en los divorcios y en el reconocimiento de los hijos; supresión de la prostitución, resguardo a la ancianidad no son sino pasos que la Revolución Cubana ha dado para que la mujer se incorpore a la vida no con un absurdo y rencoroso empuje de *girl scout* sino con todo el esplendor de la especie.

2. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

—No creo necesario reiterar que la lucha por la emancipación de la mujer es parte de la lucha de clases. Y que la primera debe subordinarse —sin lugar a dudas— a la segunda. No subordinarse, precisamente: una es consecuencia de la otra. El estado de sometimiento de la mujer ha sido el resultado de un sistema que la sometió de acuerdo a una tabla de valores falsos y perversos. La toma de conciencia revolucionaria en una mujer es su primer paso para quebrar ese vicioso estado de cosas. Es la lucha lo que en forma especial libra a la mujer de la carga de prejuicios con la que fue sometida. En la lucha ella es un ser humano completo.

3. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

—No, por cierto, ya que es difícil considerar la existencia de la mujer (especialmente si es ama de casa) separada del contexto familiar en el cual entran marido e hijos. La significación de este grupo como elemento productivo en la sociedad impide tomar al ama de casa en una forma aparte. La opresión patriarcal a la que hice mención en la primera respuesta, no sería pues una contradicción principal sino secundaria, ya que la explotación se ejerce también sobre el grupo dentro del cual se maneja la mujer ama de casa. Dicho en otras palabras: la mujer de la casa es explotada en la misma forma que lo es su marido en la fábrica o su hijo en el campo. Hilando más fino podría llegarse a una doble explotación en la que encajaría el carácter patriarcal de algunos tipos de familia, el machismo latinoamericano, por ejemplo. Pero creo que esta opresión no es sino un factor secundario ya que el hombre al fin —machismo o no, en vigencia— no hace sino sufrir a su vez las imposiciones y las deformaciones del Sistema.

4. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. A pesar de esto, ¿lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?*

—El trabajo remunerado no es alienante. Alienantes son las condiciones en las que se desenvuelve el trabajo en los países capitalistas. No es lo mismo —sin duda— manejar un carguero en los EE. UU. que hacerlo en Cuba; ni manejar un ascensor en Argelia que subir y bajar junto con él en Liverpool. O en Düsseldorf. Pero aunque así fuera, lo aconsejaría siempre a la mujer como medio de liberación. He visto mujeres sumergidas, históricas y medio chifladas recuperar su salud moral y su entusiasmo existencial con el fácil expediente de acudir todos los días a un trabajo que las hace sentir vivas. La seguridad económica es la

forma en que gran parte del mundo femenino trata de liberarse de su inseguridad natural, de un apego ancestral a la protección masculina. Esto es, sin embargo, sólo un paso intermedio ya que en la sociedad socialista del futuro no será el factor económico el que mueva la intención de la mujer sino la dinámica de su vocación o de su responsabilidad. También en América Latina subsiste la bárbara política del hombre como UNICO y obligatorio sostén de la casa, la mujer y los hijos. Y es en esas clases compasivas (las medias y las oligarquías) donde se encuentran mayor número de mujeres insatisfechas. En las madres proletarias el trabajo significa una emancipación concreta que consiste en comer, vestirse, tener donde dormir y proporcionar los mismos elementos a los hijos. Es cuestión pues de sobrevivencia. En las otras clases, el trabajo remunerado puede ser un remedio contra la neurosis. De todos modos ya ve usted que todo se reduce a las exigencias del sistema y que lo que urge desde cualquier punto de vista —al menos en mis latitudes— es la Revolución, no la emancipación sufragista.

5. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

—Creo haber sido clara: en el cuadro de una organización política y revolucionaria. Con los hombres y junto a los hombres, en la revolución. El hombre es sin duda, la mitad de nuestro cuerpo. ¿Por qué habríamos de renegar de él? En mi país las muchachas guerrilleras se hacen matar a la par de los hombres, sufren cárcel y torturas a la par de ellos. ¿De qué movimiento femenino me está hablando?

6. — *En este último caso ¿cuáles serían los objetivos a corto y a largo plazo?*

...

7. — *En el proceso de la emancipación de la mujer, ¿le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

—Por todo lo expresado creo que queda bien en claro que considero de mayor valor la

emancipación económica de la mujer que la sexual.

8. — *Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

—Desgraciadamente sí. Y es lamentable porque no se ha creado aún una forma superior de convivencia. Y la existencia de la relación madre-hijo, al menos, constituye desde el comienzo un principio ineludible de familia. En América Latina tal cualidad condicionada y aun frustradora de la familia se ve agravada por el machismo y mencionado. Hace unos días un colega me comentó la célebre frase con que Celine despidió a una muchacha que quiso compartir con él un trabajo: «Las mujeres? habría dicho Celine, furioso. —A hacer «strip-tease». Mientras me refería la anécdota no pude menos que pensar en qué medida el que me la relataba participaba del denuesto. Quizá en una máxima medida. La facilidad sexual para los hombres, sostenida durante siglos, la poca preparación de la mujer, la carga sin alivio de los niños no han sido sino factores que han agravado estas condiciones masculinas, tan detonante como unánimemente aceptadas. Sin embargo, en las familias modernas puede observarse ya una saludable reacción por parte de ambos cónyuges en la medida que uno y otra son igualmente necesarios para la dura lucha por la sobrevivencia. La sicología, el análisis, esos formidables aliados de la vida, también coadyuvan a transformar el sentido de la familia, lejos ya de constituirse en una construcción monolítica. Con esquemas más flexibles cada día, con mayor espíritu de justicia y por las exigencias económicas de los tiempos que corren, la mujer tiende a realizarse aun con la formidable carga de responsabilidad que significan los hijos, carga que el hombre parece decidido a sostener del mismo modo. Quizás los tiempos futuros traigan otra forma de vida. Yo aún no conozco otra. Y es también en Cuba donde he visto funcionar con mayor ductilidad las relaciones de padres y de hijos, de parejas y de ex-parejas, relaciones familiares

pues sin castración sino con posibilidad colectiva y personal.

9. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

—La mujer debe ser dueña de su cuerpo, reza la cantilena a la que nadie puede ya oponerse. La mujer debe ser dueña de tener su hijo donde, cómo, cuando y con quien quiera, sea cual fuere su situación económica, civil o social. Como tiene el derecho de procrear, debe tener el derecho al aborto. Pero ocurre que las cosas no son tan simples: que no se tiene un hijo por obra y gracia del Espíritu Santo sino con un hombre, en la mayoría de los casos, un hombre determinado al que se una cada cual por razones que van más allá del simple impulso biológico. Ese hombre, pues, tiene tanto derecho como la mujer a opinar. Un chico no es la excrecencia o el producto de una mujer. Un chico es producto de una unión de pareja en el acto más importante y formidable que nos da la vida física. No veo, pues, cómo se puede legislar sólo en ayuda de una de las partes. Más bien sería deseable que los «grandes» países, en vez de gastar tanto dinero en viajes a la luna o en repartirse el botín de los vietnamitas, se ocuparan de profundizar los estudios acerca de los anticonceptivos para dar, finalmente, con el que pueda usarse sin temor a cánceres y demás desastres futuros en el organismo de la mujer. Y finalmente, señor, yo vivo en un país de tres millones de kilómetros cuadrados, con sólo 24 millones de habitantes. Tantos kilómetros de pampa y desierto literalmente vacíos de vida por una explotación irracional de la riqueza y una exploración sin entraña por parte de los imperialismos de turno. ¿No cree que lo que hay que hacer es propiciar las condiciones necesarias para que las mujeres se sientan protegidas y quieran cumplir con su condición maternal, a gusto y en paz, para poblar esa pampa y ese desierto en vez de terminar bajo el bisturí de la partera? ¿No cree que lo que hay que hacer es crear un mundo en el que valga la pena tener hijos y no una sociedad estrangulada en la que se legitime ese acto antinatural?

Respuesta de François Giroud

L. — *¿Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

F. G. — Una mujer es emancipada cuando, en la ley y en los hechos, pero sobre todo en la representación que se hace de ella misma, se ha liberado de toda la parte artificial, adquirida, «cultural» de la feminidad. Resulta entonces un ser humano que no puede ser superior o estúpido, capaz de asumir con serenidad y satisfacción su especificación femenina, la cual no supone ningún límite a su desarrollo y a su rol social.

L. — *¿En el proceso de la emancipación de la mujer, le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

F. G. — La emancipación económica es prioritaria, pues sin ella la emancipación sexual podría no ser más que una simple comodidad suplementaria para los hombres.

L. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

F. G. — La emancipación de la mujer pasa por un cambio de las estructuras mentales, el cual como es sabido ofrece las más profundas resistencias, más que por un cambio de las estructuras sociales y económicas. Decir que lo segundo trae como consecuencia lo primero es, a mi entender, hacer gala de un optimismo que la experiencia no justifica en absoluto. La Argelia revolucionaria y revolucionada es uno de los países más retrógrados en materia feminista. La Suecia neo-capitalista es el más evolucionado.

L. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

F. G. — Si, con reservas. ¿La mujer proletaria del hombre? De acuerdo. Pero nunca se ha visto un obrero enamorado de su patrón ni un patrón enamorado de su obrero. Con esa voluntad de eliminar la afectividad de

los elementos constitutivos de la relación mujer-hombre, y no tratarla sino en términos de lucha de clases y de relaciones de producción, se llega a decir muchas tonterías. Olvidando, en particular, que si, colectivamente, las mujeres son oprimidas por los hombres, individualmente, en la pareja misma, la opresión se ejerce a menudo en sentido inverso, casi como una tiranía.

L. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. A pesar de esto, ¿lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?*

F. G. — Hagamos la pregunta de otro modo. ¿Qué no es alienante? ¿Quién es capaz de no alienarse en esto o en aquello? ¿En qué sociedad asistimos a semejante milagro? Inorando la respuesta a estas preguntas, insisto en pensar que el primer paso hacia la liberación, tal como quedó definida en la respuesta a su pregunta núm. 1, consiste en transformar la representación que una se hace de sí misma, es decir —entre otras cosas— sentirse capaz de asegurar económicamente su existencia, y, si es preciso, la de sus hijos. Si esta noción no se inculca a las muchachas desde su primera infancia, resulta vano esperar su emancipación.

L. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

F. G. — En los países desarrollados, y en todo caso en Francia, las organizaciones políticas no son revolucionarias y las organizaciones revolucionarias no son políticas. Serían más bien poéticas. La organización política y el movimiento femenino son útiles, si no necesarios para hacer avanzar las cosas. No tienen la misma función. En la primera, hay alianza con los hombres. En el segundo, hay combate contra los hombres.

L. — *En este último caso, ¿cuáles serían los objetivos a corto y a largo plazo?*

F. G. — Los objetivos a corto plazo son tan evidentes que no sería necesario enumerarlos en detalle. Aborto terapéutico ampliamente fa-

cilitado, pensión alimenticia pagada directamente por el Estado, dejando a su cargo la función de cobrársela a quien ha sido obligado a pagarla, conservación del apellido de soltera, igualdad real de salarios, estudio de diferentes fórmulas para el cuidado de los niños, obligación impuesta a los partidos, a los sindicatos, a las municipalidades, a los consejos de administración, etc. de mantener un porcentaje importante de mujeres en los puestos elevados. A largo plazo, yo no sé. Es imposible aislar, en una perspectiva de porvenir a largo plazo, la evolución de las mujeres de la evolución de la sociedad y más generalmente del mundo en el cual tendrá lugar esta evolución.

De una manera vaga y general, yo diría: no tener que determinarse más en relación con los hombres, ni a juzgarse en relación a criterios establecidos por y para los hombres, ni a conducirse en función de valores exclusivamente masculinos.

¿Por qué los trabajos que exigen destreza y agilidad son menos bien pagados que los trabajos que exigen fuerza, por ejemplo? Porque la fuerza es un valor masculino. La destreza un valor femenino.

En este aspecto, como en muchos otros, tendrá que elaborarse una nueva escala de valores, lo que significa una nueva moral.

L. — *¿Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

F. G. — Sí, ciertamente, sobre todo en la medida en que la familia se convierte en una excusa.

L. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

F. G. — Me parece que es algo importante y a la vez simbólico. Pero el aborto concebido como solución al hecho de ser mujer, y como una especie de negación de la participación masculina a la fecundación, expresa más bien el odio de sí que una madurez del individuo emancipado. El aborto debe ser, en los hechos, el remedio siempre accesible ante un accidente. En un lapso relativamente corto, el problema debería ser resuelto por la prostaglandina.

L. — *Usted que es precisamente una mujer liberada y por consiguiente ha establecido gracias a esta situación un nuevo tipo de relación con los hombres, ¿cómo ve la actitud de ellos ante usted?*

F. G. — Yo no soy una mujer que se haya liberado. Por razones familiares, y también a causa de la educación recibida, permanecí al margen de lo que llamo la feminidad artificial. Siempre tuve la convicción de tener «un destino», un destino personal que realizar y no un destino ligado al de un hombre. Jamás me he encontrado en situación de dependencia económica con respecto a un hombre, nunca he llevado otro apellido que el mío, aun estando casada.

¿El resultado? Tengo la impresión de que los hombres se acomodan a mi existencia diciéndose, «como consuelo», que no soy «como las otras». Lo que, según los casos, los atrae o los repele.

Respuesta de Blanca Varela

L. — *¿Qué contenido concreto da usted al concepto de emancipación femenina?*

1. — El contenido que doy al concepto de emancipación es general, puesto que no puedo contemplar el problema, por principio, sino como alguien que por lo menos individual, íntima e intelectualmente ha accedido a considerarse un ser humano cabal y profundamente exigente con respecto a sus libertades y las ajenas.

2. — *En su opinión, ¿cuál es la relación entre la lucha por la emancipación de la mujer y la lucha de clases? ¿Cree usted que la primera debe subordinarse a la segunda?*

2. — Pienso que existe una relación de sectores, ya que como he respondido anteriormente el problema de la emancipación femenina no me parece sino un aspecto, tan singular como cualquier otro —el obrero, el campesino, el racial—, de un problema mayor que atañe al género humano. De esto puede deducirse que crea que la lucha por la emancipación femenina no tiene por qué subordinarse a la lucha de clases, sino que es un aspecto más de ella, y que en consecuencia debe integrarse, como un aspecto tan importante como cualquier otro, en un programa total que contemple este tipo de reivindicaciones.

3. — *Tomando en cuenta que el trabajo doméstico es gratuito y sin valor de cambio, se podría considerar a las mujeres como una clase aparte, fuera de las existentes. Esto supondría que la opresión patriarcal debe entenderse como contradicción principal y no secundaria. ¿Está usted de acuerdo con este análisis?*

3. — Definitivamente en la práctica las mujeres constituyen una clase aparte, menos afortunada y menos atendida que cualquier otra, tradicionalmente situada en un limbo de desconsideraciones y mentiras; mentiras de categoría universal, mentiras históricas y filosóficas, que permiten la existencia de absurdos como la «opresión» patriarcal», entre otros. Pero que quede constancia que digo «en la práctica» y que insisto en no aceptar que el problema de la emancipación femenina se reduzca a un simple debate de orden familiar y doméstico, ni tampoco a limitadas y débiles revueltas de tipo «feminista». Y debo agregar que la «opre-

sión patriarcal» me parece que constituye una contradicción principal no sólo en este caso. Pienso, por ejemplo, en la juventud y en la abominable educación que se le ofrece; pienso en los siervos de todo el mundo; pienso en los mismos hombres que se suponen liberados en las democracias y en otros sistemas, en el monstruoso mito de las ideas-padre (padre-estado, padre-iglesia, etc.) y en la gran farsa de la autoridad que se erige por la fuerza en pro de intereses personales o de grupo en cualquier plano.

4. — *Se considera que el trabajo remunerado es alienante dadas las condiciones en las cuales se desarrolla en nuestras sociedades. A pesar de esto, ¿lo aconsejaría usted a las mujeres como medio de liberación?*

4. — Me parece que si las mujeres somos por tradición una inmensa clase no reconocida totalmente, un primer paso natural para constituirse en una clase apta para reclamar derechos sería tratar de integrarse dentro del sistema; y si el sistema es pésimo es dentro de él que hay que cambiar las cosas.

Suena paradójico, pero en este caso la alienación del trabajo remunerado constituye un escalón de base para reclamar cosas mayores. Las mujeres debemos trabajar, tratar de no ser dependientes en el plano material. Las otras conquististas tendrán que venir por añadidura, por gravedad.

5. — *¿De qué manera contemplaría usted la lucha por la emancipación de la mujer: a) en el cuadro de una organización política y revolucionaria; b) exclusivamente en un movimiento femenino?*

5. — Es evidente que en el cuadro de una organización política y revolucionaria.

7. — *En el proceso de la emancipación de la mujer, ¿le asigna usted un valor igual a la emancipación económica que a la emancipación sexual?*

7. — La libertad de un individuo debe ser total. No pueden haber recortes ni zonas intocables. Si una mujer consigue emanciparse económicamente su relación con el sexo opuesto tiene que variar. No será dependiente ni de un padre ni

de un marido. Será, sí, dependiente de ella misma, del género de moral que fabrique, de sus sentimientos y de sus instintos. Creo que será libre a la larga para comprometerse como mejor le convenga y sienta en cualquier campo, el sexual también, y eso es asunto de cada individuo.

8. — *Considera usted que la familia es una traba para la emancipación de la mujer?*

8. — No debería serlo en absoluto, si habláramos de una familia ideal, constituida por seres libres y responsables. La maternidad no me parece una carga, sino por el contrario una forma de realizarse dentro del orden natural de las cosas. Si marido y mujer convienen en formar una familia sabiendo que eso implica una cierta dosis de esfuerzo extra de ambas partes, no veo por qué esto sería una traba ni para el hombre ni para la mujer. Me parece, más bien, que el problema trasciende a la pareja —que puede ser perfecta— para convertirse en un problema social. Se tendrían que re-

visar muchas cosas: el matrimonio, el divorcio, la educación de los niños, las cunas materno-infantiles, los horarios de trabajo, etc. Ahora bien, si hablamos de la familia dentro del actual estado de cosas, ciertamente no es una traba sino una lámpara, y tanto para la mujer como para el hombre.

9. — *¿Qué importancia concede usted al aborto libre entre los objetivos de la lucha femenina?*

9. — Tiene una importancia capital. Todo ser humano debería tener derecho a decidir si quiere o no tener hijos. Las razones que lo asistan pueden ser numerosas y diversas. En el caso particular de la mujer es más evidente esta necesidad, puesto que es ella quien soporta el mayor peso —en todo sentido— de esa responsabilidad. A la larga, el aborto libre sería una garantía en todo sentido para los niños que nacieran, que por lo menos vendrían al mundo con una categoría más digna de su especie: la de hijos deseados y no impuestos.

Respuesta de Jean Franco

El problema principal del movimiento de la liberación de la mujer es cómo convertirlo en movimiento político. Como se carece todavía de estudios básicos que permitan una teoría, ofrezco tres aspectos del problema desde distintos ángulos de mi experiencia personal.

Inglaterra. La mujer obrera

Nací en la zona industrial de Inglaterra, la zona de las grandes fábricas de algodón, en las cuales la mayoría de los trabajadores son mujeres. El trabajo era y es abrumador. Trabajaban desde las ocho de la mañana hasta las cinco y media de la tarde; cuidaban de los hijos como podían. Casi nunca cocinaban durante la semana sino compraban pasteles de carne ya preparados. Salían de la fábrica como harpías, el pelo lleno de algodón, las voces roncadas. No tenían nada que ver con el supuesto ideal «femenino». Dentro de la fábrica se producía una pelea feroz contra la violación o la seducción que hubiera podido significar un hijo ilegítimo. Para ilustrar lo que esto podía traer como consecuencia, basta recordar la noticia que apareció aquí en Inglaterra hace un par de meses. Se descubrió a dos mujeres encerradas desde 1913 en un hospital para enfermas mentales. Perfectamente normales, se les había considerado como «atrasadas morales» por tener hijos ilegítimos, y —hasta ahora, 1972.— nadie había cuestionado su presencia allí. Yo crecí en una comunidad que, si ya no encerraba a las madres en el hospital, por lo menos las consideraba como parias. El puritanismo de la obrera era, por lo tanto, una defensa necesaria y, al mismo tiempo, como veremos, la única seguridad para su futura liberación. La obrera madura, en cambio, practicaba una extraña venganza sobre el hombre. Cuando llegaban los jóvenes aprendices a trabajar en la fábrica, los «violaban» simbólicamente con un lenguaje brutal, lleno de alusiones sexuales. La violencia, la brutalidad de este ambiente es lo que no puede imaginar la clase media que tampoco entiende el odio intenso de muchos trabajadores al trabajo. Pero he allí la gran diferencia entre la mujer y el hombre en la fábrica, porque, mientras el hombre no tiene ninguna posibilidad fuera de la lucha colectiva, la mujer tiene la posibilidad de salvarse por el casamiento. Es una salvación que la neutraliza co-

mo persona, que la esclaviza a la sociedad de consumo pero que le ofrece una vida más descansada. Es una solución individual que explica la despolitización de la mujer obrera, que explica también la razón por la que se utiliza a las mujeres de los trabajadores contra las huelgas. (Los periódicos, por ejemplo, explotan el «sufrimiento» de la mujer como elemento de propaganda anti-huelguista).

El problema principal por lo tanto, es cómo politizar a la mujer obrera sobre todo cuando no trabaja y no puede entrar en un sindicato. La solución es encontrar formas de organización política que se basen en el barrio y en la manzana. En Cuba y en algunas poblaciones chilenas ya se conoce este tipo de organización, que es particularmente efectivo, como instrumento de politización de la mujer, primero porque se puede tratar directamente problemas domésticos y segundo, porque la mista tarea de organización permite una formación política. En Inglaterra se han visto esfuerzos aislados de organizar a la gente casa por casa en la lucha contra el alza de los alquileres. Irlanda del Norte ofrece otro ejemplo de cuán mayor es la participación de la mujer cuando se organiza la lucha desde la comunidad y no desde la fábrica.

Inglaterra. La mujer profesional

Por profesión soy universitaria. Comencé la carrera tarde y por razones algo especiales ascendí el escalafón rápidamente hasta encontrarme en la situación de ser la única mujer en el cuerpo directivo de la Universidad. Durante los primeros años había considerado la Universidad como un lugar especialmente privilegiado (te pagan para leer libros, me dijo alguien). Pero mientras más avanzada me encontré en el escalafón más problemática resultó mi posición. Como mujer tenía dificultades inesperadas —por ejemplo, algunos colegas eran incapaces de recibir indicaciones de una mujer. Es cierto también que la mujer en mi posición se encuentra muy aislada, separada de las discusiones entre «hombres». No me gusta mucho el papel de pionera y sé por experiencia que otras mujeres en la misma posición se vuelven excéntricas o se las considera «locas». Sin embargo, considero estas dificultades secundarias con respecto a la crisis de la Universidad que

afecta al hombre tanto o más que a la mujer. Esta crisis se debe al aislamiento de la Universidad, aislamiento que está fomentado por el gobierno. Es un hecho significativo que, en Inglaterra, en el siglo diecinueve, se construían universidades dentro de las grandes poblaciones. En el siglo veinte, por el contrario, se construyen las nuevas Universidades fuera de las ciudades, en el campo. Se tiende así a aislar a la Universidad de la vida nacional y crear intelectuales y administradores que se consideran «internacionales», que pasan más tiempo en aviones y aeropuertos que en el aula. Este tipo de intelectual tiende a ser apolítico y a despreciar el trabajo didáctico de la Universidad, viéndola como centro de investigación «desinteresada». Al mismo tiempo, son los más susceptibles a las presiones de «fuera», de la hegemonía dominante sobre la Universidad. Por lo tanto se puede considerar a estos intelectuales «internacionales» como intelectuales «orgánicos» de la sociedad burguesa en su etapa más tecnificada y avanzada.

Es exactamente aquí que la mujer podría tener una influencia en dirección contraria. Tradicionalmente la mujer y sobre todo la mujer casada está más arraigada a la comunidad; es difícil que pierda contacto con la realidad. En este sentido, el movimiento de liberación de la mujer entre estudiantes, ha sido de lo más positivo, pues de todos los grupos estudiantiles, es el que ha tenido más vínculos con la comunidad. Ha ayudado a romper el aislamiento de la Universidad y del estudiante. Sin embargo, podría hacerse mucho más. En primer lugar es urgente conseguir que más mujeres entren en las carreras universitarias y por eso hay que luchar por condiciones especiales. La mujer nunca puede trabajar al mismo ritmo que el hombre en cuanto tiene que interrumpir la carrera para tener hijos.

La «igualdad» es inútil; lo que se necesita son condiciones superiores. Pero tampoco se puede plantear la «superioridad» de condiciones dentro de un contexto liberal. La carrera no representa la realización de la persona sino otra forma de enajenación. Por eso la liberación de la mujer dentro de la Universidad tiene que realizarse dentro de un marco más amplio que consiste en la restauración de los vínculos de la Universidad con la comunidad en general. El hecho de que la mujer universita-

ria tenga problemas en común con la mujer del pueblo es un hecho positivo.

La mujer latinoamericana

Me casé con un latinoamericano y sobreviví al choque de encontrarme en una situación victoriana después de haber vivido años como mujer «emancipada». La anécdota personal es menos interesante, sin embargo, que la enormidad del problema de la mujer en América Latina. Soy perfectamente consciente de que hablar de la «mujer latinoamericana» es tan absurdo como hablar de la mujer europea. He vivido en Guatemala, en México, conozco Argentina, Perú, Chile, Cuba, Brasil y Venezuela. Cada país tiene problemas distintos y en dos naciones —Cuba y Chile— la sociedad y la condición de la mujer están en proceso de transformación. Además, sobre las clases más bajas, es decir, las más explotadas, se carece todavía de mucha información. Los trabajos de Oscar Lewis, aunque criticables, representan un primer esfuerzo para conseguir la información básica. Pero inclusive dentro de la clase media la condición de la mujer es generalmente más limitada y con menos opciones que en las sociedades avanzadas. Como señala Vania Bambirra¹, una de las primeras mujeres que estudió el problema, faltan mujeres en las profesiones «teóricas» —economía, sociología, ciencias, etc.— aun en una sociedad relativamente desarrollada como Chile.

El verdadero peso de la lucha por la liberación de la mujer en América Latina cae por lo tanto en un pequeño grupo de mujeres profesionales que ahora están regresando de escuelas de sociología, de medicina, de ciencias. Tienen frente a ellas una tarea abrumadora, porque en muchos países (a diferencia de Europa y los Estados Unidos) faltan organizaciones estatales o privadas que den información y ayuda sobre los problemas apremiantes de la habitación, la familia, la anticoncepción, etc. Así, en cierto modo, un movimiento de liberación de la mujer en América Latina tendrá que preparar un terreno que en muchos países ya está trabajado. Es una tarea más dura y menos vistosa que enfrentarse directamente con el machismo, que constituye en realidad una es-

pecie de problema «fantasmal». No quiero decir que los machos no existan sino que importan menos de lo que se cree. Cualquier mujer ya tiene un grado de conciencia superior a ellos; así el problema más urgente es cómo encontrar la forma más activa de la acción. Sería impertinente de mi parte señalar tareas, sobre todo cuando ya existen grupos de mujeres liberadas en América Latina, que son realmente «mujeres nuevas» que han tenido que enfrentarse a la censura social y a la mofa. Estos grupos de mujeres, cuando se reuna su conocimiento con la experiencia de la mujer de la barriada, formarán una nueva fuerza política en América Latina. Digo esto con toda seriedad. Yo misma he observado en el Perú que es más fácil para la mujer profesional y la mujer del pueblo comunicarse que para el «intelectual» y el hombre del pueblo. Lo importante sería evitar todo concepto de «paternalismo» (o «maternalismo») en el trabajo mutuo para la liberación.

Casi todo lo escrito sobre la liberación de la mujer pone énfasis en los problemas sexuales. Por eso los libros sobre la liberación tienden a repetirse monótonamente. La «experiencia» que allí se describe se imita a la experiencia sexual. No quiero negar la importancia de cualquier esfuerzo de entendimiento, pero personalmente

creo que el problema político es más inmediato. Nunca ha sido la reanimación del ideal socialista tan necesaria. Tradicionalmente considerada como una fuerza reaccionaria y conservadora, la guardiana del hogar, la mujer sólo puede liberarse por medio de la acción política, por una nueva orientación hacia el futuro, hacia la Utopía.

Las personas burguesas sentimentales o asustadizas, no deben leer este soneto porque es verdaderamente espeluznante.

*Ayer me sentí un hombre de cien metros de
[altura
un hombre fuerte, bravo, tremendo y regular;
el cráneo de cemento, la vista recia y dura
y en el cerebro ideas como olas en el mar.*

*Mi poderoso sexo buscaba con locura
una mujer que fuera capaz de procrear
un hijo de mi semen, superhombre. Peridura
en mi mente la idea de tal hijo forjar.*

*Y la encontré: la Tierra. Mojada por la siembra
un olor despedía, como de sexo de hembra.
Los montes eran senos erectos. El placer
me provocó y entonces sobre la Tierra, mudo
me tendí febriciente y en un espasmo rudo
la besé con lujuria. Me pareció mujer.*

Alberto Hidalgo

1. Punto Final, marzo 22, 1971.

Gabriel Ferrater

Se dirá que la muerte voluntaria de Gabriel Ferrater ha privado a las literaturas hispánicas de la madurez de un gran poeta. Yo creo que a lo sumo nos ha privado de la continuidad de una obra perfectamente vigente y suficiente tal como queda. Los poetas suelen envejecer mal y Gabriel Ferrater no quiso correr ese riesgo. Su ausencia nos priva, eso sí, de otros muchos dones culturales, precisiones, definiciones, desenmascaramientos, que hubieran podido quedar precisamente formulados, definitivamente escritos o, las más veces, simplemente dichos, conversados, lujosamente sugeridos. Los que conocimos y tratamos a Gabriel Ferrater, la mayor parte de las gentes dedicadas a la vida intelectual, los letraheridos, como él decía, que habitábamos en su ciudad, echaremos por todo lo que nos queda de vida, de menos, la inmensa capacidad de sugestión de su conversación agresiva, culturalmente riquísima sin ser erudita, extrañamente sabia y forzosamente arbitraria. Y ello es un irreparable malgramiento que nada sustituirá en el futuro. Pero su obra y lo mejor de su personaje queda. En cuanto a lo demás, *Madame se meurt*, parodiaba Gabriel con frecuencia.

Carlos Barral

Pere Gimferrer Luz de otoño

Con tanta luz, el cielo no restaña
la oscuridad del mar. ¡Astros, vencidas
espadas! Luz de leños y traviesas
en el cielo de grajos. Es más negro
y más alicaído, con la piel
moteada de rojo, sobre el bosque
dando señales. Porque el cazador
siente un sabor más áspero, y conoce
que ha llegado el otoño. ¿Es una sola
la hora del lobo y la del alce? ¿Y esta
hora mía y la otra? ¿El viento y yo?
¡Más negro, un fuego roza las mejillas,
de labio a labio un fuego, y no se acerquen
a él las manos! ¡Fuego de tinieblas,
conoce abismos y horcas aplastadas,
atajos de muy mala muerte, surcos
que no verá quien pase, porque oculta
el verdor de la encina los estragos!
Halcones en octubre. Con ropajes
verdes, del tiempo antiguo, ya la casa
no era la misma, y no, ¡no se le acerque
ya nadie más! ¡Cal en los muros, uñas,
herrumbre en el jardín, broza en los charcos,
todo es ocaso y oro y subterfugio,
ropa negra al sentido! ¡Y ahora el agua
es su elemento, y siempre este rumor
al caer y romperse, y ahora el agua
en este corredor, como un navío
o como un velo leve, que las manos
no encontraban su escama! Este camino
no es el mar, no es una sombra el césped
¿y voy a serlo yo? Monedas, mala
moneda del sentido ¿me vendiste

por este precio? Y al caer la tarde
como hatillo de trapos ¿qué nombráis,
sino la muerte, oscuras cualidades
del sentido, techumbre ya roída
por las lluvias de invierno?

No, no pueden
resistir los sentidos tanto tiempo
la verdad. Comprended: no me refiero
a verdades intelectivas: voz
que es nuestra propia voz, la antigua flauta
de madera, la flauta más antigua
aún que esta luz, más fácil que este hombre
de comprender, o de no comprender.
¿Y hay que comprender algo? Porque ahora,
cuando huyendo en los bosques se ha aden-

[trado

el ciervo, y los mastines en jauría
—porque ha robado la visión del cuerpo
desnudo, el fuego divino, el interludio
entre el tiempo y la nada—, y ya las aguas
no pueden más, no pueden más, y brillan
y centellean, y la luz es tanta
que ya no pueden más, y es sólo un vidrio
el cielo, y ya la luz no puede más
ser luz, y el día es un fragor de vidrios
y ya no puede más, de tanta
claridad ya no puede, porque rompe
los cuerpos, y es escudo, ya las aguas
son un escudo, el de mi pecho, tanta
claridad que no puede más, la luz
es un escudo, así mi pecho, un vidrio,
un vidrio sólo que la luz quemaba.

(Traducido del catalán por el autor)

Notas y reseñas

José Angel Valente
Palabras de la tribu

Gabriel García Márquez
*La increíble y triste historia
de la cándida Eréndira y de
su abuela desalmada*

Severo Sarduy
Cobra

Rodolfo Cardona
y Anthony Zahareas
Visión del esperpento

J. Leyva
Leitmotiv

Carlos Meneses
*Oquendo de Amat,
del sueño a la realidad*

Marta Traba
*México: La venganza
de la Coatlicue*

José Angel Valente
Palabras de la tribu

En *Las palabras de la tribu* (a las que quiere dar un sentido más puro), libro englobante, con nutrido índice de autores citados, enciclopédico, José Angel Valente reúne su producción crítica compuesta entre 1955 y 1970. Un proceso continuo de escritura, no exento de desniveles y contradicciones, entorno a la teoría literaria y sobre todo de la poesía contemporánea en lengua española. El libro se ordena por núcleos temáticos: una primera parte consagrada a la problemática de la literatura, una segunda que recorre cronológicamente a los principales poetas desde Ruben Darío hasta Miguel Hernández, una tercera de miscelánea complementaria de la anterior, y una última parte con ensayos sobre Rainer María Rilke, Constantino Cavafis y Lautréamont.

En los ensayos iniciales, Valente propone una valoración epistemológica de la poesía donde trata de restablecer el vínculo entre conocimiento científico (que opera sobre la realidad experimentable y cognoscible) y conocimiento poético (que capta la realidad experimentada, pero no conocida, aquella que rebasa la conciencia de quien la registra), considerados ambos como sistemas simbólicos complementarios. Para la poesía, el acto de expresión es el acto de conocimiento, éste no existe previamente a la forma que lo objetiva. Desde tal perspectiva, el estilo es la capacidad del verbo para infundir forma comunicable a un determinado contenido de realidad. Cada contenido reclama su forma pertinente. La comunicación poética es para Valente primordialmente sobreintencional, reveladora de lo que la conciencia o la ideología ocultan. Toda institucionalización o fijación ideológica tiende a anular el margen creador de la sobreintencionalidad, violentadora, violadora de las limitaciones represivas, de ahí el perpetuo enfrentamiento entre discurso dogmático y palabra liberadora.

Valente plantea las dificultades de la interpretación de textos poéticos. Dada la riqueza significativa que el poema concentra, propone en lugar de la crítica considerada como análisis de la forma visible, el comentario o hermenéutica de los contenidos ocultos, del lenguaje segundo, alusivo de las resonancias semánticas. Las perspectivas estilística, lingüística, semiológica, sociológica, ideológica que, manifiestas o sugeridas, inspiran la teórica de Valente, desaparecen

casi en las otras partes del libro dedicadas directamente a poetas contemporáneos. Allí se practica una lectura tradicional, el comentario de textos, la crítica temática, el enfoque histórico-cultural en sentido amplio, la exégesis personal, inteligente, sensible, aguzada por una prolongada experiencia como lector y productor literario, pero sin desarrollos sistemáticos ni metodología discernible, salvo en las interpretaciones mitológicas de García Lorca y Aleixandre. *Las palabras de la tribu* se mueve entre dos polos opuestos: teoría actualizada y práctica interpretativa tradicional. Por momentos, Valente, en la tercera parte de su libro, reduce al mínimo la diferencia entre discurso crítico y palabra poética evocando a Borges y a Lezama Lima en prosas poemáticas.

Valente no ignora que la poesía es una formalización específica del lenguaje donde el medio es a menudo más significativo que el mensaje. Cita dos veces esta frase de Goethe: «La suprema, la única operación del arte consiste en dar forma.» Luego, define el estilo como «la conversión del lenguaje en un instrumento de invención, es decir de hallazgo de la realidad»; denuncia, parafraseando a Lukács, la sobreabundancia en la poesía española de posguerra de la tendencia en perjuicio del estilo, pero rechaza toda autonomía del medio verbal, toda experimentación formal, toda auténtica vanguardia. Rubén Darío es menospreciado como esteta que abunda en lo superfluo; su papel es reducido al de nexos necesario pero pronto superable de una evolución que lo sobrepasa. Según Valente, los superadores de Darío no son los poetas de la primera vanguardia (sobre todo Huidobro, Vallejo y Neruda), no los que provocan una verdadera ruptura del discurso tradicional, los que practican la discontinuidad, la disociación, la disonancia, para acentuar la crisis de los valores burgueses y para comunicar una visión del mundo aleatoria, relativa, inestable, sino los poetas medulosos, los serios, los filosóficos, es decir Unamuno y Machado. O sea, no los formalistas sino los contentidistas. Así Huidobro es también descalificado ignorando lo que su obra tiene de intento, de incitación a una práctica revolucionaria, y Vallejo es recuperado como inspirador de la generación española de posguerra, pero aplanán-

dolo, omitiendo su radicalismo verbal, su descalabro de la coherencia discursiva para expresar la arbitrariedad de la existencia, del mundo y de los signos que lo representan; se lo considera exclusivamente a través de su humanismo de raíz cristiana, de su búsqueda de la solidaridad social, es decir a través de lo que menos perturba y lo que menos lo singulariza. El enfoque de Valente es empeñosamente etnocéntrico, bien hispánico, entroncado a menudo con el casticismo, con una tradición que tolera ciertas revisiones pero ninguna revolución. Desde esa vertiente conservadora, nadie pudo ver entre los oropeles, entre la utilería palaciega, al Darío precursor de la vanguardia, con su conciencia desgarrada por la crisis del idealismo romántico, sus tensiones disonantes, su disolución de las formas regulares, sus incipientes rupturas del continuo lógico, su incongruencia enriquecedora, su abolición de las censuras, su humor irreverente, su ampliación de lo decible, su internacionalismo. Darío inaugura la modernidad, proseguido en Hispanoamérica por un avance encadenado, ininterrumpido que pasa por Lugones y Herrera y Reissig hasta desembocar en Huidobro y en Vallejo, cuyo aporte es justamente lo que Valente caracteriza como estilo funcional: la creación de un nuevo instrumento expresivo para comunicar una nueva representación del mundo, bien siglo XX, propia del contexto urbano y de la era tecnológica, con todos sus conflictos y contradicciones que siguen siendo los nuestros. No es casual que nuestros tres más grandes poetas contemporáneos: Huidobro, Vallejo y Neruda sean ideológicamente progresistas, que a la vez hayan practicado la renovación formal y que adhieran al socialismo, a la revolución integral. De pocos poetas del 98 o del 27 puede decirse lo mismo. Casi todos ellos sacralizan a la poesía como privilegiado camino hacia la trascendencia, casi todos ellos consagran sus misteriosos poderes reveladores y purificadores, más que epistemológicos, ontológicos, escatológicos, su rango de decir supremo. Casi todos, empeñadamente idealistas, han operado casi

exclusivamente en el plano de los significados. Hoy, desde concepciones del mundo antagónicas, poco podemos extraer de ellos en función de una poesía actualizada, en función de nuestro horizonte de conciencia, de nuestros presupuestos ideológicos, de nuestra situación histórica.

No puedo extenderme en este terreno, el que he estudiado con perseverante pasión, aquél donde me sitúo como poeta y como crítico. Valente reclama «una exégesis de la innovación, tanto moderna como postmoderna»; lo remito a mi *Modernidad de Apollinaire* y a mis *Fundadores de la Nueva poesía latinoamericana*, deseo de establecer un diálogo mutuamente esclarecedor. No quiero ser injusto en lo que a *Las palabras de la tribu* se refiere, que deja traslucir una amplia apertura cultural, una inteligencia vivaz, vigilante, penetrante. Su lectura es provechosa, esclarecedora del contexto en que surge y se nutre la generación del 98; del intento, irónico y humorístico de Machado para superar, mediante sus apócrifos, el egocentrismo y la sentimentalidad romántica; del papel catalizador y urticante de Unamuno; de las limitaciones de la obra de Miguel Hernández; etc. Valoro sobre todo sus ensayos acerca de la relación entre ideología y lenguaje. Valente, a través de ejemplos que van de Sófocles a Brecht, muestra cómo la palabra poética puede superar contingencias históricas restrictivas, exceso de determinismo y conciencia alienada. Coincido con Valente cuando define la función social del arte como restauración de un lenguaje comunitario deteriorado o corrupto, cuando se yergue contra las cristalizaciones ideológicas que pretenden instaurar el discurso único, cerrado, institucionalizado por la fuerza. Frente a iglesia o partido dogmáticos, el ejercicio de la conciencia y de la imaginación creadoras es una práctica de destrucción del lenguaje oficial, para restablecer la movilidad histórica, la diversidad, el libre acceso en toda dirección. Coincido con Valente en este elogio a las poéticas inventivas, descubridoras, subversivas.

Saúl Yurkievich

Gabriel García Márquez
*La increíble y triste historia
de la cándida Eréndira
y de su abuela desalmada*

(Barral Ed., Monte Avila - 1971)

Después de un silencio de cinco años, interrumpido sólo por la publicación del *Relato de un naufrago* —que era, en realidad, un reportaje hecho en 1955— García Márquez ha publicado su primera obra narrativa posterior a *Cien años de soledad*. *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*¹, para los que han seguido más o menos de cerca la vertiginosa carrera de *Cien años...* —que ha envuelto al autor, inclinado por naturaleza a una vida lejos de la publicidad, en el turbión de los premios, los viajes, el éxito, y hasta un doctorado honoris causa— es una prueba fehaciente de su inexorable vocación de escritor.

Desde que, recién aparecida *Cien años...*, algún crítico importante planteara a García Márquez el callejón sin salida al que lo abocara la novela —la necesidad de recomenzar de cero, y no sólo argumental, ya que la «ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento», sino también estilísticamente, ya que su lenguaje tenía en los manuscritos del sabio Melquíades, por así decirlo, su acta de defunción— ha reinado una gran expectativa respecto a la obra futura del gran escritor colombiano. Para los simpatizantes que, por miopía o impotencia personal, andan a la caza de pretextos para «torcerle el pescuezo» al Boom —confundiendo lo que sería el Boom literario con el Boom editorialista— *La increíble y triste historia...* no tendrá más significado que el de un libro justificatorio, de un escritor que ha dado ya su mejor «flautazo» y se halla, por así decirlo, apabullado por su propia hazaña. No es éste, por supuesto, nuestro punto de vista; hay un momento en la trayectoria de todo gran escritor en el que su obra accede a una cima que impone al lector devoto una consideración unitaria de toda una obra. Tal es el caso de García Márquez: el libro que, en sucesivas entregas, había estado escribiendo hasta ahora —según la

imagen que él mismo ha puesto en circulación— nos obliga a considerar su obra no por los momentos menos brillantes sino, justamente, por los más altos. El «libro», como hecho material y como aventura de un escritor, sólo en contadas ocasiones —¿Rimbaud? ¿Lautremont?— recoge la totalidad de su experiencia; en la mayoría de los casos, la sucesión de libros ha de ser vista como un *viaje*, como un *itinerario*. Un argumento más a favor de esa verdad de perogrullo de que hay que saber ver siempre, tras la obra, al autor; García Márquez es en la actualidad, a la edad de cuarenta y cuatro años, el espectáculo de un escritor que se enfrenta a puñetazo limpio con su propio pasado, que se ha convertido en el desafío de sí mismo, que avanza sobre la cuerda floja de un destino literario que ineludiblemente llevará a hablar del «segundo García Márquez» y, lo peor del caso, que no puede eludir el ser observado a hurtadillas, espiado, no sólo por sus amigos, sino también, de una manera impersonal, por un público, por la raza de los comentaristas y los críticos a los cuales, según se sabe, detesta...

Un interrogante nos podríamos plantear a propósito de *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira...* ¿Es un epílogo al libro ya escrito, en sucesivas entregas, por García Márquez, o más bien, la introducción a un nuevo libro, cuya primera entrega sería el esperado *Otoño del patriarca*? La secuencia de hechos portentosos, el clima fantástico, exótico y carnavalesco, que viola, por así decirlo, la convención de lo real (de lo «real objetivo»), podría ser un hecho a favor de lo primero. Representa un común denominador con *Cien años...*, en cuya desaparición no se podría cifrar la esperanza de un «segundo García Márquez»; en efecto, dicho elemento, que adquirió plena carta de ciudadanía en esta novela, apenas si aparecía de una manera balbuciente en las anteriores —a excepción de los cuentos... A favor de lo segundo está no sólo el hecho de la hipertrofia de lo imaginario («la característica común más acusada en estos textos es el predominio de

1. Gabriel García Márquez: *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (Barral Editores, 1972).

lo imaginario sobre lo real objetivo»² señala Vargas Llosa), sino también el de que de la defunción de Macondo tampoco se puede deducir la novedad del posible rumbo que podría seguir García Márquez: más que en los temas, en los escenarios geográficos, este nuevo rumbo estaría dado, como en *La Hojarasca*, *El Coronel...* o *Cien Años...*, por una sólida, fértil compenetración entre la anécdota, el tema, y la técnica, entre un «mundo narrativo» y un lenguaje apropiado. Uno solo de los cuentos que componen el nuevo libro de García Márquez, «El Mar del tiempo perdido», es anterior a *Cien Años...* —siendo que en él, como ya lo ha señalado su mejor exégeta, Vargas Llosa, vagamente se perfilan algunos de los ingredientes que más tarde ingresarían en la saga de los Buendía... Por otro lado, *La increíble y triste historia...* —que es el relato más largo del libro— surge así mismo de un episodio de *Cien Años...* (págs. 50-53); en una ocasión en que todo el pueblo se reunió en la tienda Catarino para escuchar los relatos cantados de Francisco el Hombre, «Llegaron con él una mujer tan gorda que cuatro indios tenían que llevarla cargada en un mecedor, y una mulata adolescente de aspecto desamparado que la protegía del sol con un paraguas». Aureliano, que esa noche fue a la tienda de Catarino y que luego, por incitación de la obesa matrona, intentó hacer el amor con la «mulata adolescente», de «téticas de perra», quedó tan vivamente impresionado cuando conoció su trágica historia, que a la mañana siguiente fue a buscarla con el propósito de casarse con ella, pero no la encontró... Podría decirse que la frustración de Aureliano, en *Cien Años...* se ve relativamente desagraviada en *La increíble y triste historia...* por el obstinado propósito de Ulises, el furtivo novio de Erendira, y el asesinato esperpéntico que éste lleva a cabo en la persona de la abuela desalmada, que tiene «sangre verde»... Vargas Llosa comenta de la siguiente mane-

2. Mario Vargas Llosa: *García Márquez: Historia de una deicidio* (Barral Editores, 1971).

ra el vínculo entre los dos textos: «Cada ficción se compone de fragmentos que, al desarrollarse, generan las ficciones siguientes, las que, a la vez, modifican las ficciones anteriores y sientan las bases de las ficciones futuras, que las modificarán: esta dialéctica de la fragmentación y proliferación está en la esencia misma del arte narrativo de García Márquez.» Al detenernos en este episodio, queremos constatar varios hechos; el relato no sólo más extenso sino también, en nuestra opinión, el más sólido y compacto del nuevo libro de García Márquez, es un «detalle» ampliado de esa gran fresco que es *Cien años...* ¿Será esta novela una enorme cantera de la cual podrían surgir por proliferación, un sinnúmero de relatos de la misma especie? Potencialmente, sí... y si fuese ésta una empresa más defendible, García Márquez podría ocupar el resto de su vida dedicado a ello. Pero el hecho es que, a medida que las historias se alejan de la armatura inicial, pierden en profundidad lo que ganan en diversificación plástica, espacial; hay una entropía que volatiliza el nervio de la historia dejando sólo su espectro, elevando a un primer plano su valor plástico. Ciertamente, el fugaz episodio de la «mulata adolescente», de «téticas de perra», tiene en *Cien años...* la solidez que le confiere la augusta soledad de Aureliano. *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira*, en cambio, es el relato burbujeante, risueño, carnavalesco de una «tragedia» que ya no avanza estigmatizada por un aura de «soledad», sino por una vena humorística, sembrada de «boutades», en la cual el escrito ya no se vuelca totalmente sino que permanece a distancia. Es esta distancia la que particularmente nos interesa aquí; humor distanciador, pirotecnia distanciadora, virtuosismo que aleja... García Márquez es un virtuoso de lo fantástico, de lo real maravilloso, y ese virtuosismo no ha de convertirse en un fin en sí mismo sino que siempre ha de ser un medio. Lo maravilloso sólo puede «elevarse» en la medida en que permanezca anclado a lo «real objetivo», es decir, en la medida en que la balanza quede lo suficientemente inclinada a favor de este último

como para que su contraste con lo real maravilloso haga nacer la profundidad, cree el espesor narrativo. *La increíble y triste historia* —el cuento, no el libro...— representa ciertamente un paso adelante en la vía de lo imaginario, pero, en nuestra opinión, bordea peligrosamente el abismo del relato nómada, desanclado, errabundo y extraviado a perpetuidad por los laberintos de una imaginación delirante, relato en el cual ya no hay pues ninguna fricción que haga nacer el espesor, que justifique esa grieta por donde se pueda mirar, cara a cara, a la soledad. Las «boutades de un barón de Munchhausen —en el libro colectivo que empezará a escribir Erich Raspe— las minuciosas máquinas de un Raymond Roussel, incluso las fantásticas recreaciones de un Boris Vian —para no mencionar ningún autor de ciencia ficción— apelan a una «capacidad imaginativa, a un poder de ingenio que, en sí mismo, no es sinónimo de genialidad... Pero, sin proponérselo, no hemos hecho más que repetir a nuestro modo lo que ya constatará Vargas Llosa cuando, a propósito de cinco relatos de los que componen este libro, escribiera: «En las cinco ficciones hay un aumento igualmente importante de lo «exótico» (...) el tratamiento reiterado y meticuloso de lo «pintoresco local», convierte a esa materia en un puro producto estético, es decir, mental, es decir «irreal», como ocurre en los cuadros localistas costumbristas de un «naif». En la obra anterior, este procedimiento era uno, y no el principal, para entronizar lo imaginario en la realidad ficticia: en estos textos es el principal, y en algunos el único. Cosa parecida ocurre con el humor, que aquí ya no es truculencia o antídoto contra lo «irreal», sino, esencialmente, agente «des-realizador», instrumento de lo imaginario (...) Se trata, por eso, de un humor un poco forzado, en el que son ingredientes clave el artificio y el juego.» Artificio y juego, ciertamente... En García Márquez coexisten el virtuosismo y la genialidad, y la hipertrofia del ingrediente «artificial y «lúdico» en *La increíble y triste historia* de alguna manera resucita la *vexata questio* que plantea la po-

sible superficialidad o profundidad del estilo barroco. En el terreno de la música, la experiencia de varios compositores (que sería dispendioso mencionar aquí) nos permite comprender, más rápidamente que en el terreno propiamente literario, que se trata de un estilo que puede automatizarse, despersonalizarse, en su afán de convertirse en un festín para los sentidos. No obstante, si quisiéramos aplicar esto al último libro de García Márquez nos encontraríamos con que, a pesar de la hipertrofia del ingrediente «artificial» y «lúdico», que automatiza un tanto la narración, que la despersonaliza, sigue conservando la huella inconfundible de su autor, y es en esta paradoja en la que ciframos la esperanza de un nuevo «deicidio» que responda al desafío de *Cien años...*

A propósito de *La increíble y triste historia...* no hablaríamos de un «puro producto estético», según la expresión de Vargas Llosa, sino de un virtuosismo desarraigado, expósito, en busca de una nueva paternidad —más cercano al automatismo de una reserva de trucos y malabarismos que a la gestación dolorosa, ceremonial, de una obra medible en profundidad y no en extensión. Por su parte, el lector avisado se arrogará la libertad de reaccionar de manera diferente frente al encandilamiento de los juegos artificiales, del espectáculo que atrae por su simple condición de espectáculo, y frente a la helada convicción de una nueva realidad que —humorística, pintoresca, portentosa, esperpéntica, ello no importa— atrapa distrayendo, controla liberando, señala ocultando. Esta doble alternativa se plantea al artista que transita los terrenos del barroco y su solución depende —como se ha visto repetidamente— de su disciplina hacia sí mismo, de su actitud frente a un público siendo que los momentos de soledad intensa son, en él, los más propicios al silencio reconcentrado que nos habla desde las grandes creaciones. La «soledad», tema constante de García Márquez —desde *La Hojarasca*, pasando por *El Coronel*, hasta *Cien años...*— se halla un tanto extraviada en los relatos de la cándida Erendira, y mirado desde

este punto de vista, el final del relato que lleva el título del libro adquiere un valor simbólico. La huida asumida, la fuga como último reducto de una condición humana —que nos hace pensar en el ya clásico final de *Los 400 golpes*, de Truffaut, y en el de *El Dios y el Diablo...* de Rocha— es un intento de reanudar el vínculo extraviado; no nos atrevemos a creer que el acta de defunción de Macondo —que corre paralela al acta de defunción de un lenguaje— sea también el acta de defunción de dicha soledad, y que el «segundo García Márquez» vaya a ser una especie de Blacaman asediado y repudiado por un público... Relatos como *Un Señor muy viejo con unas alas enormes*, *El Mar del Tiempo perdido*, *El ahogado más hermoso del mundo*, junto a los mejores trozos de *La increíble y triste historia...*, nos permiten suponer de una manera quizás algo balbuceante los unos,

de una manera más explícita los otros, que la vena de «soledad» continúa, aunque por el momento se limite a ser la simple llama que mantiene vivo el fuego del cual podría surgir, en un futuro próximo la llamarada de *El Otoño del Patriarca*. Un nuevo contacto con la «soledad», como se trasunta en lo poco que el autor ha dejado saber de este libro, nos sacaría de la incertidumbre en la cual nos hunde aún más *La increíble y triste historia...* que es, ante todo, un paréntesis, un ejercicio de manos, una pequeña demostración de alguien que, seguramente, se prepara para un asalto mayor. ¿Qué es lo que viene detrás? ¿Qué clase de «soledad» se fragua en las dependencias secretas de este escritor que se ha visto sometido a la más rotunda de las pruebas, la del éxito y la del público? Y más aún: ¿es una soledad distinta o una nueva versión de la misma soledad?

Ricardo Cano Gaviria

Severo Sarduy Cobra

(Editions du Seuil, 1972.)

En un texto sobre Góngora, Sarduy decía que éste elude siempre el primer grado del enunciado, que parte de un terreno ya corroido, constituido por las metáforas tradicionalmente poéticas, ésas que, para los otros poetas son hallazgos; que el poeta cordobés se eleva de ese nivel, como los otros del nivel hablado, para llegar, en las *Soledades*, a una inmensa proliferación hiperbólica en la cual los ejes de la naturaleza han sido borrados.

Igualmente, en *Cobra*, el relato, se sustrae, se retira de lo real —de todo relato preexistente— y substituye sus personajes con muñecas esplendentes de artificio que representan el espacio independiente de la creación literaria. Cobra, en ese relato eludido, en ese relato natural que aún la retórica no ha depravado, sería un «travestí», una vedette cualquiera de cualquier Carrousel parisino; pero en el texto de la novela no la vemos más que como substancia metafórica; Cobra es la Reina del Teatro Lírico de Muñecas. (Así como Góngora evitaba la palabra «halcones» y hablaba de «los raudos torbellinos de Noruega»).

Si hablo de Góngora a propósito de Sarduy es porque me parece que el poeta cordobés es sin lugar a dudas su maestro. Es en Góngora donde Sarduy ha aprendido que la escritura es un proyecto de cultura, que se sustenta en la cultura y que todo lo que es exterior a ésta toma con relación al lenguaje connotación de referencia¹. Es en Góngora donde Sarduy ha aprendido su pasión por las frases irreductibles.

Hay obras importantes en la literatura latino-americana de nuestro tiempo de las cuales no podríamos reconocer el autor si leyeramos sólo unas líneas. Se trata de autores reconocibles por sus obsesiones; en ellos las palabras sirven un momento y luego se borran, son puramente utilitarias. Al contrario, basta con leer una línea, algunas palabras asociadas por Sarduy, para identificarlo. Su lenguaje es uno de los más bellos de nuestros días y, ya que se trata de la versión francesa de *Cobra*, digamos ense-

guida que la re-creación de Philippe Sollers es espléndida.

La novela se divide en dos partes. Primero, nos encontramos en casa de la Señora, patrona del Teatro Lírico de Muñecas, que pasa el día atareada con sus «internas», *trenzando moños, reduciendo con masajes de hielo aquí un vientre, allá una rodilla, aliando manazas, afinando con inhalaciones de cedro los vozarrones rebeldes, disimulando los pies irreductibles con una plataforma doble y un tacón piramidal, distribuyendo aretes y adjetivos, dando un gin-tonic a las sedientas y a las que impacientaba la espera entre compresas de terebentina ardiendo y emplastes de hojas machucadas, su concepto predilecto: sean brechtianas*.

Cobra es su logro mejor, su fetiche. Sin embargo, nada es perfecto: como Berta, la favorita tiene los pies demasiado grandes y es por eso que pasa el día —*desnuda, sobre una piel de alpaca, entre ventiladores y móviles de Calder*— gimiendo en su camerino, tratando de reducirlos por todos los medios —desde armaduras ortopédicas hasta la magia—: un día los invade *una erupción blanca, una escarcha que iba ascendiendo, sarna arborescente que formaba en los tobillos dibujos coptos*.

Teatro en que toda aparición es posible, el relato, inmensa hipóbole, seguirá proliferando incesantemente. La escritura será lo mismo «el arte de la elipsis» que «el de la disgresión» que el de «restituir la historia», que el del «remiendo» o el de «descomponer un orden y componer un desorden», pero siempre será la ceremonia de la transformación, de la metamorfosis.

Descifrando herbarios, preparando cocimientos de semillas, Cobra y la Señora continuarán, frenéticas, sus experimentos de miniaturización. Así surge Pup, reducción de Cobra, raíz cuadrada, doble enano.

Cediendo al vértigo del cambio constante, la escritura, espacio del transvestismo, se ha alejado definitivamente del relato natural. Hasta las descripciones de los paisajes que ven pasar la Señora, Cobra y Pup están hechas a partir de paisajes pintados, de cuadros. Las seguimos en sus peregrinaciones por retablos barrocos, atravesando las severas planicies del Greco, hasta llegar a Tánger, donde Cobra va a realizar su

1. *Sur Góngora*, de Severo Sarduy, en *Tel Quel*, núm. 25 y en español en *Escrito sobre un Cuerpo*, Editorial Sudamericana, 1969.

metamorfosis en manos de un «aunque oculto señalado galeno, el relevante doctor Ktazob, que en taimado raspadero tangerino arranca de un tajo lo superfluo y esculpe en su lugar lúbrica rajadura, coronando el ingenio con punturas de un bálsamo mahomético que trueca en meliflua siflautilla hasta la voz de un brigante napolitano, achica a lo Ming los pies, bizantiniza el gesto y en el pecho hincha dos turgencias nacaradas, remedos de las que en un plato ostenta Santa Olalla». El doctorazo realizará la intervención, según sus principios, sin anestesia, y para ello enseña a Cobra cómo transferir su dolor a Pup, que muere. Y de momento, cuando el largo martirio de Pup termina, en ese relato que era como un remolino de partículas doradas, sueño de un Bizancio del lenguaje en el que a veces un adjetivo un absurdo voluntario o un anacronismo nos habían hecho reír, en el que todo nos divertía y maravillaba, hay como una ruptura. La muerte de la enana nos conmueve. ¿Por qué? Habría que referirse a ese relato que calificué de preexistente, ése que la escritura ha abolido y, corriendo el riesgo de parecer groseramente *natural*, preguntarse si Pup no es el último avatar, el último fragmento de Cobra antes de su iniciación al transvestismo, el último residuo de su ser progresivamente sacrificado, ése que ella pierde para siempre al disolverse en pura metáfora de sí misma.

En la segunda parte de la novela, Cobra, metáfora al cuadrado, es un muchacho a quien el relato hará recorrer —en una síntesis paródica de las nociones culturales de todos los tiempos y a partir de un erotismo de pacotilla hasta un erotismo sacramental— todas las etapas de una iniciación a las doctrinas del tantrismo. Búsqueda de la fusión de los contrarios, del objeto y el sujeto, de lo masculino y lo femenino, del mundo de los fenómenos y el de la trascendencia, de lo permitido y lo prohibido. Fusión, abolición de todo dualismo realizado en el exceso, en la transgresión y hasta en el crimen ritual que anula la distancia entre lo

horrible y lo divino para que al fin se consuma la absorción del cuerpo en aras del vacío.

Drugtores y mitos tibetanos. Botas, mariguana, motocicletas y mandalas. Y en el centro, Cobra, víctima señalada —predestinada—, cuerpo del sacrificio. En la cima de una colina sus cenizas serán esparcidas al viento, para los pájaros.

Con él nos hundimos en el espacio oscuro de la novela, en su otra vertiente. Detrás de su trampa verbal que ignoraba toda ideología, que se reía de todo, una brecha se abre hacia el silencio. Un sonido grave cubre los juegos, las diabluras, el chisporroteo paródico. ¿Y si el malabarista, el burlón cuyas astucias nos sedujeron a lo largo del libro no fuera más que un gnóstico que espera, en su obsesionante sustitución de imágenes, que detrás de los disfraces múltiples, detrás de la última máscara, se produzca una revelación? ¿Y si, en definitiva, la palabra escondida detrás de las palabras —como los halcones de Góngora detrás de los «raudos torbellinos de Noruega»— no fuera otra que Dios, o su «negativo», su gran ausencia?

No puedo evitar asimilar a lo desafío a los dioses improbables la explosión de Rosa, la vidente, cuando exclama: «¡Hay que teatralizar la inutilidad de todo!»

El libro termina con un *Diario Indio* que se sitúa, como un despertar brusco, más acá del relato. No hay estructuras novelísticas en la vigilia de lo real cubierto de signos, sino topografía, carta desplegada, bajorrelieve donde se amplían las trazas de una civilización que, aun muriente, continúa viviendo el sueño irrealizado de Occidente: el de la conciliación de la vida consigo misma, el de la calma en la muerte aceptada.

Triunfo de la sofisticación como saber negativo y, al nivel de la escritura como categoría estética, este libro, que parecía no ser más que una pura superficie espejeante, oculta en sus pliegues los problemas más graves, los que no tienen respuesta, desvelándonos una faz nocturna, secreta, mostrándonos una densidad grabada como graffitis inmemoriales.

Hector Bianciotti

Rodolfo Cardona y Anthony Zahareas *Visión del esperpento*

(Ed. Castalia, 1970)

Lo dijo Cernuda en uno de sus ensayos: ninguna obra tan digna de admiración, ninguna figura tan noble, como la de Ramón del Valle-Inclán: singularidad aún más destacable por contraste con la vida y obra de sus compañeros de generación.

El primoroso Azorín, Unamuno el doliente, el hosco Baroja, Machado el bueno, han ido encontrando encaje poco a poco o poco a mucho en las también singularísimas coordenadas culturales de la España actual. Pero difícil encontrar acoplamiento, peliagudo promocionar a clásico, al inclasificable escritor y extravagante paisano. Y sencillo, claro es, relegarle al limbo de lo graciosamente castizo o pintoresco, convertirle en inagotable fuente de ingeniosas anécdotas y españolismos desplantés. No debe sorprendernos, pues, que todavía carezcamos de una completa edición de sus obras, ni es de extrañar que varios de sus mejores esperpentos no hayan sido jamás representados en España —país tan falto de auténticos valores dramáticos y tan sobrado de anatomistas de una chata realidad con olor a fritanga.

Los profesores Cardona y Zahareas han venido dedicando un buen número de años a la labor de exégesis y compilación de la obra de Valle. A los excelentes resultados ya obtenidos añaden ahora su *Visión del esperpento*: estudio teórico de la estética deformante y análisis de *Luces de Bohemia*, *Los cuernos de Don Friolera* y *Martes de Carnaval*.

Don Ramón, por boca de sus personajes, en un claro intento de hacernos comprender la necesidad y razón de ser de su nueva poética, declaró en 1924 que «el sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada»: «España es una deformación grotesca de la civilización europea». Los autores cuyo libro comentamos, partiendo de esa correlación entre mito e historia, apuntada por el mismo Valle-Inclán, esbozan la teoría del esperpento en general para abordar en páginas

posteriores el estudio del sentido y forma de tres muestras significativas.

Mucho se ha escrito, a la hora de analizar el esperpento, de los famosos espejos del Callejón del Gato, de su cóncava naturaleza y de sus propiedades deformatorias. La crítica ibérica —con esa facilidad tan notoria para perorar en torno a lo anecdótico, para discurrir por los cauces de lo meramente superficial e irrelevante, para trivializar todo aquello que no entiende— tomando literalmente lo que sin duda era tropo en *Luces de Bohemia*, creyó hallar en los manidos espejitos cabal explicación a la teoría esperpéntica. No son Zahareas y Cardona los primeros en llamar la atención sobre tamaño simplismo, pero sí quizá los que más han profundizado la compleja relación Historia-discurso en la obra del último Valle, desvelando tras el metafórico espejo la sociedad española del primer tercio de siglo y toda su capacidad de distorsión.

Una vez reafirmada la estimulación recíproca entre mito y acontecer social, obligado era documentar el carácter genuinamente histórico de las tragedias esperpénticas: es ésta otra de las aportaciones que el libro nos presenta, evitando al mismo tiempo el afán positivista —tan común— del dato por el dato con la utilización del documento para mejor penetrar la intención estética de don Ramón al dar la forma que dio a sus últimos escritos, y encontrar pleno sentido a la programática correspondencia entre fantasía literaria y realidad histórica, enunciada por él mismo.

Termina *Visión del esperpento* con un apéndice documental donde se incluyen comentarios dispersos del Valle sobre su propia obra. Inteligentemente seleccionados para ilustrar las tesis expuestas en el estudio, serán útiles también para quienes en el futuro emprendan la aproximación a Valle-Inclán como teórico del arte, tarea crítica en gran parte por hacer.

Antonio Ramos Gascón

La literatura española de hace algunos años parecía responder a unas pautas más definidas que la actual. Desde la recreación dialógica de un Sánchez Ferlosio, pasando por el escrupuloso buceo en una realidad histórica y social de Juan Goytisolo, hasta la mayor *summa* de la novelística española contemporánea, *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos se trataba siempre de una literatura que, por diversos motivos, se atenía a la convención de la realidad. La obra de Martín Santos sería, en última instancia, la que más intensamente se suscribiría a una de las principales corrientes de la literatura contemporánea: la realidad cotidiana redimida por un lirismo que apunta hacia el mito, en la novela joyceana. Es el momento, asimismo, en que una literatura adquiere conciencia de sus posibilidades, que son, paradójicamente, sus propias imposibilidades, volteadas al revés; el «silencio», habiendo adquirido carta de ciudadanía, deja de ser tal, y habla. *Reivindicación del Conde don Julián*, de Juan Goytisolo, tiene a este respecto un significado especial; el asalto premeditado a una realidad que ya no es sólo realidad real sino también realidad de un lenguaje institucionalizado. Es únicamente a partir de la «explosión» de este «silencio» que se podría comprender la diversidad de caminos y de pautas por las que se lanzan los más recientes novelistas españoles; desde el discutido (y discutible) faulknerianismo —que a veces, en el tratamiento, se insinúa vagamente proustiano— de Juan Benet, considerando al margen la obra de otros ya consagrados como García Hortelano, Marsé, y Luis Goytisolo, hasta la obra de los más recientes, Guelbenzu, volcado más que todo hacia la experimentación lingüística, Ana M. Moix, tradicionalista en sus técnicas pero audaz en la evocación del mundo del pasado, y otros como el reciente Martínez Torres, F. A. Molina, y J. Leyva, verdaderos creadores de mundos y atmósferas, que por lo tanto hay que considerar por separado. Dentro de este panorama J. Leyva es uno de los casos más insólitos; *Leitmotiv*, su primera novela —cuya redacción data

de 1967— pasa por ser una de las experiencias más arriesgadas dentro del actual panorama de la narrativa española. Un impresionante volumen de seiscientas páginas que no sólo por su extensión sino también por la vocación suicida que se agita ya, entre bambalinas desde las primeras páginas, implica un serio desafío a la ingenua tarea del lector; hay que tener un mínimo de coraje para sortear con éxito el oleaje de este insólito mar agitado... Pero la figura es menos gratuita de lo que parece; bajo la innegable tutoría de un Kafka, los personajes de Leyva no participan, sin embargo, de la misma vocación metafísica y angustiada de los del escritor checo. Hay un ingrediente ajeno, distinto, que los editores han tenido la buena puntería de acertar en Jarry pero no, ciertamente, en Gombrowicz; la vena picaresca que corre subterráneamente en *Leitmotiv* se halla bastante lejana de la premeditada astucia de los personajes del autor de *Cosmos* y *La seducción*, y mucho más cercana a la absurda y negra comicidad de los personajes de un Jarry. Varios aspectos de esta novela, como son no sólo la ausencia de una trama lineal sino también de una continuidad en la identidad de los personajes, la reiterada transmutación de climas y ambientes y sobre todo la importancia del lenguaje en la solución anecdótica, nos sugieren, antes que un modelo literario, un modelo plástico, pictórico: un amplio retablo, sombriamente épico, fundamentalmente gris, habitado por seres distorsionados, evadidos de todos los condicionamientos que no sean los de una realidad limitrofe con la pesadilla. Arturo Can, el «personaje central», no es siquiera un «personaje», en el sentido tradicional de la palabra —un personaje definible según una problemática psicológica, social y hasta metafísica... A propósito de él habría que hablar, más bien, de una constante narrativa (¿un leitmotiv?) que se realiza, siempre de una manera apriorística, a partir de la situación que le rodea. Podría incluso decirse, de acuerdo con lo anterior, que en cada una de las cuatro partes que constituyen la novela —la más lograda de

las cuales, en nuestra opinión, es ciertamente la última (El Viaje)— esta constante narrativa adquiere rostros diversos: no hay que dejarse desconcertar pues por los momentos que, en la novela, parecen ceñirse a un planteamiento metafísico; ningún Joseph K nos acecha detrás de Arturo Can con el contenido de una condición humana comprensible en términos filosóficos.

Un elemento lúdico, de parte del novelista mismo, nos llama más la atención; su método de trabajo no es la construcción coherente y lógica de un modelo narrativo animado por un principio de realidad constante y específica, aglutinado por una concepción del hombre y del mundo, sino un simple arte de la combinatoria que, partiendo de una realidad previamente climatizada (codificada), le permite mezclar los términos entre sí, guiándose por su buen sentido, por su espíritu de *bricoleur*. El novelista es, ante todo, el explorador de las posibilidades de un lenguaje y de la exploración misma, que tiene todas las características de una aventura, surge la novela... Lo anterior ilumina, aunque de una manera indirecta, la peculiaridad de su lenguaje; neutro, imparcial, aséptico, pero al mismo tiempo minucioso, sensual en el detalle, astuto en los matices, mantiene un justo equilibrio entre la simple función informativa y la bullente prolijidad de la anécdota. De tal modo que aquello que parece ser rechazado, en principio, por sus pautas internas, es justamente lo que moviliza la anécdota, puesta a su servicio. *Leitmotiv* es un producto híbrido entre una vocación aséptica del lenguaje y una desbordante actividad fabuladora. El hecho es que, en esta novela, todo gravita sobre aquella zona secreta en la que el lenguaje, sin atentar en lo mínimo contra la integridad de la anécdota, llega a ser no sólo *medium* sino también *mensaje* —lo cual quiere decir que de alguna manera la anécdota se halla sobredeterminada por él. En este punto podría plantearse pues un interrogante; ¿si no hay argumento, si la anécdota está encapsulada dentro de las fronteras del lenguaje, de donde sacar un pun-

to de referencia para establecer un límite, ante el cual detenerse El *novelista-bricoleur* corre evidentemente el riesgo de sobrepasarse (y es esto lo que creemos le ha sucedido a Leyva en varios pasajes de su novela, sobre todo en la segunda y tercera parte), porque no hay ninguna válvula en su código, ni en su léxico, que le indique el probable punto de saturación. Sin embargo, con relativa frecuencia es este desbordamiento mismo el que constituye el encanto de muchas obras de arte (*La maison du Facteur Cheval*, por ejemplo). La creación del *bricoleur* —arquitecto, pintor, novelista— introduce pues el azar dentro de su obra a condición de que, ya en ella dicho azar no se transforme en necesidad (como sucede en todos los demás casos) sino de que siga siendo azar y, más aún, necesidad del azar. Es por eso que la realidad evocada surge confusa, caótica, metamorfoseante, más cercana al fluir de la pesadilla que al transcurrir de la vigilia. En cada una de sus cuatro partes, *Leitmotiv* somete a una nueva experiencia el punto de vista del lector; la perspectiva y el enfoque, que son los mismos del autor, hacen variar la realidad enfocada, que aparece entonces dotada de un insólito dinamismo.

Se hace laberinto, modelo del mundo, réplica de incompatibilidad. Cada momento en la trayectoria de Arturo Can es la resultante de un nuevo juego de luces y de sombras, en un colorido que varía siempre de acuerdo a una realidad interior a la novela que, a manera de un calidoscopio, exige no uno, sino muchos puntos de vista. En un mundo que resulta tan confuso, sinuoso y complicado como un altar barroco, la identidad de los personajes se metamorfosea con la misma facilidad con que se cambia una máscara por otra, y más que de la identidad de los personajes habría que hablar de la identidad de las situaciones, que surgen las unas de las otras no por continuidad lógica sino por combinación de posibilidades narrativas; el autor, él mismo, no detenta la omnisciencia de los puntos de vista, y es por eso que su tarea, al ir trazando los contornos de la reali-

dad, es simétrica y equidistante a la del lector...

El mayor secreto de esta novela, como ya lo hemos insinuado, surge de esa rara simbiosis entre un lenguaje neutro, translúcido, sometido a su propia inercia, y la combinatoria de una anécdota que, abocada a una fría comicidad, plastifica la narración, haciendo de ella un retablo en el que la ironía se une a lo grotesco, y que hay que contemplar con la expectante seriedad con que se contempla un cuadro del Bosco; la carcajada, que muere antes de estallar, se convierte en punto de vista... Para finalizar, digamos que habría que considerar a *Leitmotiv* como una gran novela frustrada, en la que la «frustración» se halla implícita en su propio planteamiento. El pasaje final de la novela nos parece muy ilustrativo a este respecto; «Días más tarde, Arturo Can escuchó unas voces, entre las que creyó

distinguir la de Rull, quien impartía órdenes para que arrastraran el vagón hasta cierto lugar; por fin, cuando aquellos parecieron concluir el trabajo, se sintió hundido en la soledad. "Estoy en una vía muerta", se dijo.» Una «vía muerta» del lenguaje, que es al mismo tiempo una «vía muerta» de la anécdota, las cuales, en su secreto maridaje, nos recuerdan que no todo en literatura es tierra colonizada, país de jauja, sino también delirio y suicidio de la realidad —provechosa lección, insólita en la literatura peninsular. Con esta novela, J. Leyva (último premio Biblioteca Breve, con *La circuncisión del señor solo*) se coloca a la vanguardia de esa corriente, perceptible ya en la más reciente literatura española, que se propone traducir en un lenguaje inteligible el mensaje de una realidad «vacía», esquizofrénica, silenciosa y, al mismo tiempo, ventrílocua...

Ricardo Cano Gaviria

Carlos Meneses Oquendo de Amat, del sueño a la realidad

El poeta peruano Carlos Oquendo de Amat, nacido en Puno en 1904, alcanzó a escribir en sus treinta y dos años de vida, escasamente, veintidós poemas, de los cuales dieciocho aparecieron en un libro publicado en 1927, bajo el título de *Cinco metros de poemas*. Cuatro de dichos poemas habían sido escritos en 1923, y los catorce restantes estaban fechados en 1925. De los poemas de este segundo período de inspiración, media docena están dedicados a expresar su amor, el amor que produce en él (a la sazón un joven de veintidós años) una mujer a la que denomina, simplemente, «bella» o «compañera», así como la gran ternura que despierta el recuerdo de su madre, hermosa mujer limeña con la cual el poeta compartió, durante su adolescencia, una mísera y triste vida. Los otros poemas que no aparecen en el libro, son tres y fueron escritos después de 1927, publicándose en la revista *Amauta* en 1929¹. Su corta producción se completa con unos brevísimos versos que deben pertenecer a su primera época de poeta y que nunca fueron publicados, pero que supo conservar su buen amigo y también poeta, Enrique Peña Barrenechea. A partir de 1929 el poeta cede la iniciativa al político y nada escrito por él se ha podido encontrar, afirmándose por tanto que Oquendo finaliza su trayectoria poética en ese 1929.

A la muerte de su madre, en 1922, Carlos Oquendo de Amat, empieza a deambular por las calles de Lima, como buscando quien interprete la dimensión de su dolor y es, justamente a partir de 1923, cuando se le sabe incluido dentro de la generación de poetas jóvenes que lo cobijan espiritualmente, que lo alientan, y lo ayudan en sus primeros pasos de poeta.

Oquendo de Amat, desde el fallecimiento de su madre, hasta 1936, año en que muere él, divide su vida en dos partes perfectamente diferenciadas. De 1923 —año en que es acogido por el grupo de poetas jóvenes de entonces— a 1929, año en que muere el célebre pensador peruano José Carlos Mariátegui. Más allá de 1929, hasta marzo de 1936, el poeta prácticamente ha desaparecido y

quien vive, o más preciso es decir, quien aceleradamente se acerca a la muerte, es el político, el irreductible luchador que solamente cede ante la asfixia producida por la tuberculosis.

Hablar de un poeta-político, o de un político-poeta, no es lo propio en este caso. Al menos, hasta la fecha ha sido imposible encontrar nada escrito por Oquendo fechado en los años treinta. Eso permite considerar con gran claridad la vida del poeta ente los diecinueve y los treinta y dos años, que era la edad que tenía cuando falleció en un sanatorio de las sierras de Guadarrama.

OQUENDO Y SU GENERACION

El autor de «cinco metros de poemas», debió haber marchado a su tierra natal, Puno, a la muerte de su madre, y ya en pleno 1923 reaparece en Lima. Solo, medroso, distante de la poca familia que le queda, sin recursos económicos, sin haber concluido sus estudios secundarios que seguía en el colegio Nuestra Señora de Guadalupe, recorre las calles de la capital peruana y es Xavier Abril el primero en entablar amistad con él.

Enrique Peña Barrenechea recordando esos años escribió: «Se inició nuestra amistad en 1924. Fue Xavier Abril quien nos presentó.» Y párrafos más adelante: «Durante años nos encontrábamos todas las noches en la Biblioteca de San Marcos. El leía a los surrealistas, especialmente a Breton y Aragon. Así mismo a Paul Eluard y a Apollinaire»². El núcleo de poetas de esos años, llegó a ser amplio. A los ya mencionados se sumaban, Rafael Méndez Dorich, Adalberto Varallanos, Jorge Basadre, Manuel Beingolea, que aunque de generación anterior participaba en estas reuniones, Emilio Armaza, Guillermo Mercado, Francisco Xandoval, Ernesto More, Alberto Hidalgo, muchos poetas provincianos que pasaban algunos días en Lima, cuando no visitantes de más lejanas tierras, como el patriarcal Barba Jacob y el exiliado valenciano Pérez Doménech.

Es a través de Xavier Abril que Oquendo de Amat conoce a José Carlos Mariátegui, que aunque no muy mayor que los compo-

2, 3, 4, 7. Correspondencia mantenida con el autor de esta nota.

1. «El ángel y la rosa»; «Poema surrealista del elefante y del canto»; «Poema de la niña y de la flor», revista AMAUTA, núms. 20 y 21, Lim, 1929.

nentes de esa generación, se ha erigido en su maestro. Es como consecuencia de estas reuniones, que son finalmente las que más huella dejan en él, por la admiración que llega a sentir hacia Mariátegui, que aumenta su preocupación por conocer a los poetas franceses; que lee con voracidad a los ultraístas; y, principalmente, que empieza a sentirse atraído por la doctrina marxista. Aun cuando, esto último, solamente prosperaría o se haría realidad mucho tiempo después. A lo largo de esos seis años, Oquendo, tímido y hambriento, enhebra pícaras anécdotas con momentos de blanca ingenuidad. De esa corta etapa de su vida, emergen los mitos que, con el correr del tiempo, lo convierten en una figura de leyenda. Porque muchos años más tarde y, refiriéndose a 1923-29, se habló del fantasioso Oquendo; del ingenuo Oquendo; como del exquisito, el dandy-pobre, y del aristócrata en decadencia, posiblemente, considerando que sus abuelos habían alcanzado la opulencia económica, que el padre y los tíos del poeta dejaron en París, durante una larga permanencia de casi veinte años.

Aparte de las influencias de sus maestros, Mariátegui o Barba-Jacob; de sus amigos Beingolea —que escribió un cuento utilizando la figura de Oquendo como personaje central—, Xavier Abril, Rafael Méndez Dorich; Enrique Peña Barrenechea; Adalberto Varallanos —con quien fundó la revista cinematográfica *Caluoides*—; por sobre sus lecturas, sus discusiones y la ideología hacia la que se encaminaba, se sitúan aquellos funestos días —los más de su vida— en que la imperiosa necesidad de alimentarse, buscar techo, tener con que cubrirse, lo obligaron a las más difíciles maniobras dignas de ser incluidas en la mejor antología picaresca.

Qué entremezclarse extraño y múltiple de elementos, en la personalidad del poeta. Hablador, para unos; cauto, para otros. Atormentado y, a la vez, sutil cautivador de acreedores. El joven soñador, el iluso, el indudablemente, tímido, durmiendo una noche en la cómoda cama del Nuncio Apostólico; comiendo, como único alimento, una ración de pepinos, que le regalaba Beingolea; huyendo cinematográficamente de la pensión a la que adeudaba varias semanas de alojamiento.

Como Valle-Inclán, Oquendo de Amat construía, obligado por la vida, un delicioso anecdotario, que con los años ayudaría a situarlo dentro de los caracteres del mito.

CAMBIO RADICAL

Se ha dicho que fue la muerte de José Carlos Mariátegui, la que determinó o precipitó la decisión de Oquendo de tomar militancia política y actuar muy vivazmente en pro de su partido. Coinciden las fechas, el pensador y político, autor de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, muere en 1929, y es dentro de ese año cuando Oquendo deja de frecuentar las tertulias, de recorrer las calles limeñas e inicia otras actividades.

De los seis años que también dura su etapa de político, se conoce aún mucho menos que de su hexágono poético. Apenas si se dice que en 1931 el poeta se aleja de Lima y se dirige al sur del Perú, para cumplir misiones encomendadas por el partido comunista. Se sabe, también, que llega a Bolivia, interviniendo en mítines y reuniones políticas. Una verdadera nebulosa recubre todos estos hechos que, solamente alcanzan claridad en 1935, cuando bajo la dictadura del Mariscal Benavides, y durante un enfrentamiento de dos partidos políticos peruanos es apresado, sometido a tortura y, finalmente, deportado del país.

Lo más difundido con respecto a su salida del Perú, es que Oquendo solicitó el viaje como única forma de conseguir su libertad, aunque en muchas ocasiones insinuara que amigos suyos lo habían traicionado y habían influido para que él saliera de su país. No obstante, a juzgar por las opiniones de sus amigos más cercanos, la versión que tiene mayor fuerza es la primera, la de su solicitud de exilio, como mal menor, a pesar de hallarse en tan mal estado de salud.

VIAJE HACIA LA MUERTE

Fue en septiembre de 1935, cuando el melancólico poeta que había escrito *«se prohíbe estar triste»*, abandonó su patria e inició su vía crucis internacional. Para muchos este viaje es inexplicable, dada su precaria salud. Sin embargo se comprende perfectamen-

te que el joven puneño haya preferido el exilio, una riesgosa aventura —trágica, como en realidad resultó— a la cárcel.

Se ignora con qué dinero compró el billete de barco, puesto que el gobierno peruano no estaba dispuesto a efectuar ningún desembolso. Solamente se sabe que cuando fue a despedirse de su primo el Dr. Emilio Romero, éste le preguntó si llevaba abrigo y la respuesta de Oquendo fue: «Salgo con lo que llevo puesto», por lo que Romero le obsequió el suyo.

El primer tramo del viaje de Oquendo, debió transcurrir sin novedad, ignorando este pasajero sui generis la tétrica cita hacia la cual se disponía a concurrir. Quién sabe si al partir del Callao, y asomado a la barandilla del barco, recordó sus propios versos: «En el muelle / de todos los pañuelos se hizo una flor.»

Solamente al llegar a Balboa, puerto de ingreso al canal de Panamá, se quiebra la placidez de la travesía. Oquendo es obligado por las autoridades de la zona del canal a abandonar la nave. Se ha descubierto, al revisar su pasaporte y, posiblemente, confrontarlo con las listas secretas, que se trata de un comunista. Ignoran que el Gobierno peruano lo ha dejado salir y lo creen evadido, por lo que consideran oportuno devolverlo al Perú. Y mientras se aclara su situación, es encerrado en una mazmorra.

El poeta ha perdido nuevamente la libertad, esta vez en un país extraño, está solo y enfermo, tal vez mucho más enfermo que solo, porque al salir de Lima, sus amigos le han dado cartas de recomendación para escritores y políticos que residen a lo largo de la ruta. Entre sus apuntes halla un nombre que será la clave de su dramática estancia en ese país, es Diógenes de la Rosa, a quien hace avisar la situación en que se encuentra.

«Al recibir el mensaje, comisioné al mismo obrero (el que había servido de contacto) para que comunicara a Oquendo que haríamos un esfuerzo por sacarlo de allí», cuenta De la Rosa. «Convenida la hora, pasadas las nueve de la noche, tras el toque de queda en la cuarentena, logramos que el mismo intermediario le hiciera a Oquendo un croquis, para que supiera el lugar donde lo esperaríamos, fuera del alambrado que ro-

deaba el establecimiento.»

El poeta fue arrancado del cautiverio gracias a los esfuerzos y la decisión de su amigo, que no solamente lo sacó de ese campo de concentración, sino que, de inmediato, en el automóvil del Ayuntamiento de la ciudad de Panamá, lo trasladó a la ciudad de David, al norte de Panamá, desde donde Juan B. Soto y Julio E. Rivera, a quienes fue recomendado por De la Rosa, lo ayudaron a cruzar la frontera y llegar hasta San José de Costa Rica.

Diógenes de la Rosa explica algunos detalles más con respecto a la evasión de Oquendo del campo de concentración: «Como el automóvil portaba placas oficiales de la República del Panamá podía circular por la zona del canal en horas de la noche sin despertar sospechas. Todo se realizó con exactitud y puntualidad.» Y en otro párrafo: «En fin, sacamos a Oquendo y muy de madrugada lo embarcamos en un vehículo de transporte colectivo que lo llevó a la ciudad de David, en noroeste de la República, cerca de la frontera con Costa Rica. Me parece que allá se encargaron de hacerlo seguir hasta San José los compañeros Juan B. Soto y Julio E. Rivera, ambos fallecidos ya»¹. Tras una corta estancia en San José de Costa Rica, se dirigió por vía terrestre, a través del istmo, hasta México, en donde, una vez más, sus relaciones políticas y culturales, lo ayudaron a subsistir y le permitieron continuar su interrumpido viaje a Europa.

EN EUROPA

Era ya pleno diciembre cuando el poeta desembarcó en puerto francés, según mayoría de sus contemporáneos, en La Rochelle. Su estancia en ese lugar debió haber sido de escasas horas, posiblemente el tiempo que tardó en averiguar de dónde salía el tren para París.

El cansancio que se le acentuaba más y más, que lo doblegaba totalmente, no estaba motivado solamente por la larga y difícil travesía, por la emoción de ver París, por los ayunos a que continuaba sometido, sino que eran otras, muy duras y poderosas, las razones. El ministro del Perú en Francia, Francisco García Calderón, descubrió fácilmente

la gravedad del mal y vio la imposibilidad de poder hacer algo por ese extraño visitante, y a lo único que atinó fue a aconsejarle que marchara a España, para lo cual se dice que le proporcionó el dinero suficiente.

Al llegar a Madrid, en los primeros días de 1936, Oquendo orienta sus dificultosos pasos hacia la embajada peruana, en busca de apoyo, deseoso de recuperar la salud, con esa ingenua esperanza de que hablan todos los que lo conocieron. Se le consiguió una cama en el hospital San Carlos, situado entonces junto a la Facultad de Medicina de Madrid.

Hasta allí llegan algunos amigos del poeta. Hasta el pabellón en que se halla internado va Xavier Abril, quien más tarde contará: «Yo me enteré de su llegada a la capital de España por un recado que me hizo llegar Armando Bazán, por intermedio del escritor puertorriqueño Emilio Delgado»⁴. En una de las oportunidades que Abril fue a visitarlo, el médico que lo atendió se acercó a él al abandonar el pabellón para confiarle que Oquendo ya no se recuperaría más. En una patética carta escrita por el historiador y diplomático peruano Raúl Porras Barrenechea, y dirigida al poeta Enrique Peña, le cuenta que Oquendo: «Estaba extenuado y roído por la tuberculosis. Sus amigos y camaradas lo habían abandonado por completo. Me llamó o me hizo llamar desde el hospital en que había sido recluido. Fui a verlo inmediatamente y lo encontré en una sala general de aspecto pavoroso. Estaba echado vestido sobre un lecho inmundo y se asfixiaba por la destrucción de sus pulmones.»

No obstante su estado, Oquendo repetía sin cesar que cuando cambiara de clínica mejoraría. El mismo Porras Barrenechea explica: «Conseguí el apoyo de una mujer bonísima —la marquesa de la Conquista— y con su ayuda, la de la Legación y algunos amigos, pude satisfacer el deseo del enfermo.» Continúa la carta contando cómo fue el viaje, el triste viaje hacia Guadarrama, en donde quedó instalado en uno de los, para entonces, más modernos y cómodos sanatorios para enfermos del pulmón.

En este lugar permaneció alrededor de cuatro semanas, las últimas de su vida. Se sabe

que en los primeros días se sintió muy recuperado y él se creyó ya salvado, pero pasado el efecto psicológico, finalizado el pequeño ciclo en que el espíritu indesmayable pudo más que la carcomida materia, todo volvió al cauce anterior. Se cuenta que el poeta imprecaba contra la fatalidad de su destino. Que trataba de autoanimarse, de reconquistar las esperanzas que ya se marchitaban. Insistentemente solía llamar a Porras, para que le procurase un nuevo sanatorio, seguro de que un nuevo cambio sería decisivo en su curación.

Precisamente el día que se había decidido realizar un nuevo cambio, dentro de la misma zona de Guadarrama, y para lo cual el consulado había enviado al estudiante de medicina, también peruano, Enrique Chanyek, el poeta dejó de existir. «La mañana en que fueron por él, el 6 de marzo, murió, siempre rebelándose contra su suerte», añade Porras⁵.

Después de su muerte, cuatro meses más tarde, se inició la guerra civil española y, desde entonces, se aseguró que la tumba de Oquendo, que se hallaba en el cementerio del pueblo de Navacerrada, había desaparecido como consecuencia de los bombardeos. Roca Arciniega, que se hallaba por esos años en España, escribió en 1937, en *La Prensa* de Lima: «En vez de unas florecillas silvestres depositadas sobre su tumba en la montaña —sobre aquella montaña y sobre aquella tumba donde quedó sepultado el poeta peruano Oquendo de Amat—, llueve, hoy, compacta, la metralla que siega vidas; y llueve, además, una lluvia pertinaz, hecha con rojas gotas de sangre que nacieron hermanadas»⁶.

Xavier Abril, escribió: «La metralla franquista destruyó el cementerio donde Oquendo había sido enterrado»⁷. Y Porras Barrenechea en aquella documentada y triste carta: «Meses después tronaba sobre su tumba el cañón de la lucha de clases.»

En el Ayuntamiento de Navacerrada, se ins-

5. Carta de Raúl Porras Barrenechea a Enrique Peña Barrenechea, fechada en París el 8 de octubre de 1938, y cuyo original se halla en los archivos del Instituto Porras Barrenechea.

6. Rosa Arciniega: «Llanto de quepas sobre la sierra castellana», «La prensa», Lima, 1937.

cribió su defunción: «D. Carlos Oquendo de Amat, de veintisiete años (edad equivocada), natural de Lima, provincia del Perú, hijo de D. Carlos Oquendo y de doña Aída Amat, domiciliado (está en blanco), de profesión estudiante y de estado soltero. Falleció en el Sanatorio del Guadarrama, el día seis de marzo a las diez, a consecuencia de «Parálisis bronquial» —tuberculosis pulmonar— según resulta de certificación facultativa y reconocimiento practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio Municipal de esta Villa.»

LA TUMBA RECONQUISTADA

Tanto el libro *Cinco metros de poemas* como su autor estaban recubiertos por una espesa capa de olvido. El libro era prácticamente inhallable en el Perú; en cuanto al recuerdo del poeta muerto y enterrado en Navacerrada, se perdía en la distancia de los años. El discurso de Mario Vargas Llosa, durante la ceremonia de entrega del premio «Rómulo Gallegos», en 1967, fue el tábano que hizo despertar a todos los que algo tenían que decir sobre Oquendo. A partir de entonces surgen los investigadores, los críticos, los cronistas, pero si se reedita la obra, si se hace justicia al genio poético de Oquendo, y se conoce mucho de lo que hizo en vida, en cambio, se sigue creyendo que sus restos han desaparecido, que su tumba ha volado bajo el cruel imperio de una granada.

Pero la tumba de Oquendo de Amat existe. Sobre el pueblo de Navacerrada no cayeron ráfagas de metralla ni estallaron sonoras granadas. En el diminuto cementerio pudimos encontrar —Antonio Cillóniz y José A. Bravo, acompañaban al autor de esta nota— el breve túmulo, desprovisto de lápida, de recuerdos materializados en flores, un túmulo más, entre los muchos que se hallaban en ese estado.

La comprobación fue larga, lenta, pero precisa. Con la ayuda de Hermenegildo Verdoso, más conocido en el pueblo por «Vedri-nes», famoso aviador de los años veinte, sepulturero del lugar entre los años 1923 y 1960, y la colaboración del señor José Navarro, del Ayuntamiento de Navacerrada, que consultó las listas de defunciones de aquel

año, se pudo señalar al fin la tumba del poeta y ayudar a que todas las demás tumbas pertenecientes a ese año, y carentes de lápida, pudieran ser reconocidas.

Las señas del lugar donde se halla la tumba de Carlos Oquendo de Amat, son: «Cuartel 2; fila 7; sepultura 11». Sobre este sencillez y breve túmulo de tierra habrá que colocar la lápida en piedra viva que lo recuerde para siempre, y en la que se podría grabar la siguiente inscripción: «Oquendo, Oquendo / tan frágil que el olor / de una flor te desvanecía», versos que escribiera un contemporáneo suyo ya hace muchos años.

INTERPRETACION DE OQUENDO A TRAVES DE SU POESIA

Convertido en un legendario personaje que un día apareció en Lima, escribió un extraño libro y, así como apareció, desapareció, para no volver más al Perú; situado en el más enrevesado entrecruzarse de versiones, acerca de su estancia en Europa. Para unos, hábil vividor refugiado en una buhardilla del barrio latino de París; para otros, contundente conferenciante político, durante la República española. Oquendo de Amat empezaba a ser considerado como un personaje de novela, y, de no haber mediado la presencia de muchos contemporáneos suyos, hubiese terminado por ingresar de lleno en el mundo de la fábula y por llegarse a dudar de si alguna vez existió.

De lo que jamás se pudo dudar, fue de la calidad de su diminuta obra. A casi cincuenta años de escrita sigue teniendo vigencia y siendo pieza medular en la literatura peruana. Sus poemas de amor son, posiblemente, los que más se recuerdan y, también, a través de los cuales mejor se puede interpretar a su autor.

En «Compañera», se refiere a una mujer, a una amiga, quién sabe si de la adolescencia, tal vez si solamente soñada, a la que evoca sin la acritud que podrían dictarle sus continuos ayunos y le dice, con afecto, verdaderamente emocionado, «ah, y tus sonrisas maravillosas sombrillas para el calor / tú que llevas prendido un cine en la mejilla.» Nada de su tético transcurrir por el mundo llega hasta esta expresión enamorada. El verso permanece limpio, impoluto, sin que sus

calamidades terrenas alcancen a empañarlo. Incluso, su serenidad es conmovedora, hasta resulta ilógica. «Tus dedos sí que saben peñarse como nadie lo hizo / mejor que los peluqueros expertos de los transatlánticos». En el poema «Campo», el poeta sitúa a su amada en un maravilloso escenario que facilita el rito de su adoración. La ceremonia consiste en fundir la realidad de la belleza femenina con esa otra majestuosa hermosura que es la naturaleza. «El paisaje salía de tu voz / y las nubes dormían en la yema de tus dedos». Ella está por encima de todo. «De tus ojos cintas de alegría colgará / la mañana». Pero de pronto esa deliciosa serenidad del poeta se trunca, un ramalazo erótico altera bruscamente la cadencia de los versos: «Tus vestidos / encendieron las hojas de los árboles». Para más adelante ceder paso a la pesadumbre, aceptar que en la vida impera la fatalidad. «En el tren lejano iba sentada / la nostalgia.»

«Poema del mar y de ella» es la denuncia de su ilimitado cariño hacia esa mujer real o de ensueño, ¿amante, amiga, pariente, compañera? es impenetrable su confesión. Simplemente es una mujer que de pronto lo emociona por su pureza: «Tu bondad pintó el canto de los pájaros», y prácticamente en forma simultánea le arranca notas ígneas su belleza, «eres una sorpresa perenne. / DENTRO DE LA ROSA DEL DIA». Y el mar, ante esa mujer, es un sumiso elemento: «y el mar venía lleno de tus palabras».

En «Poema», el júbilo del poeta es total, se libera completamente del acento de tristeza que suele aparecer muy brevemente en otros poemas. Esa compañera, esa mujer, ya no despierta en él razonamientos, no reflexiona acerca de su belleza o bondad, sino que le arranca jirones de emoción dentro de un canto de pautas elegantes, con diluidas notas modernistas, donde flotan las palabras «japón», «fruta», «mapa», «río», «fiesta». El poeta se inclina fervoroso, contrito y en el instante mismo de la venia, exclama: «Para ti / tengo impresa una sonrisa en papel japonés». Por momentos parece imposible que aquella a quien le pide: «déjame que bese tu voz», sea solamente un sueño, una ilusión. Se hace necesario situarla en la realidad, buscarla en la vida diaria. Pero Oquendo parece hacerla transitar de un ámbito a

otro. Llevarla a través de su imaginación: «En tu ventana / cuelgan enredaderas de los volantes de los automóviles / y los expendedores disminuyen el precio de sus mercancías.»

La necesidad de ternura, el continuo precisar de calor y paz, aparecen una vez más, «ríos bondadosos» dice en el poema «Obsequio». No solamente la belleza de los ríos discurriendo alegremente, sino arrastrando bondad en sus aguas. Pero también quiere romper un mito. Colocar a nivel más humano algo que está muy distante. Se niega a aceptar la promesa y a conformarse con aguardar a que se haga realidad la hora de disfrutar del cielo, cuando dice: «ríos bondadosos y cielos palpables». A la alegría, al lujo, prefiere la sencilla hermosura de la naturaleza: «Cambiaría un tapiz antiguo / que trae / una cesta de sonrisas / con rosas despreocupadas». Todos esos trueques fabulosos, no determinan sino la superación, la búsqueda de lo mejor para entregárselo a ella, «de tus cabellos saldrá agua dulce», e inmediatamente pronostica una de las más hermosas fantasías: «y habrá voces de color en la luna».

Pero es el poema «Madre» el manojo de versos más conmovedores. Es de tan alto grado su amor, su ternura, que opaca esas formidables sinfonías de colores vertidas por aquella que llama su compañera. «Tu nombre viene lento como las músicas humildes / y de tus manos vuelan palomas blancas». En la madre se reúnen la ternura, la humildad, la divina paz simbolizada por las palomas, ella lo es todo, justamente todo lo que, en el momento en que escribe, le falta, «Mi recuerdo te viste siempre de blanco / como un recreo de niños que los hombres miran desde aquí distante». Tenía veintiún años cuando escribió este poema, que denota cuánto entrañaba la ternura maternal, «A tu lado el cariño se abre como una flor cuando pienso», no el cariño suyo, solamente, sino es el concepto cariño el que «se abre como una flor». Sin embargo el poeta sabe que la palabra no basta para alcanzar la dicha, «Entre ti y el horizonte / mi palabra está primitiva como la lluvia o como los himnos». A un lado está la madre, al otro, el límite, el horizonte, y en medio, sin fuerza, su palabra, como cayendo impotente, inca-

paz. Y finaliza manifestando la magnitud del amor en ese ser inefable, y proyectando su ternura, hasta el infinito, «Porque ante ti

callan las rosas y la canción».

Carlos Meneses
Palma de Mallorca

Marta Traba

México: La venganza de la Coatlicue

Aunque ya es bien sabido que México *no son* los aztecas y que detrás de las maravillosas plumas de quetzal de la tiara de Moctezuma, hay un enorme camino en reverso que lleva hasta más sutiles, espléndidas y desconcertantes visiones precolombinas, la imagen de la Coatlicue sigue homologándose, fatalmente, con las concepciones del México moderno. Su voluntad compacta, su tremendismo, su brutal dominio de vida y muerte, su estructura ordenada, maciza y cíclica, la decisión de sus significados, han alimentado, desde que comenzó la revolución institucionalizada, gran parte de los horribles monumentos cuadrados, rotundos, destinados a cubrir la apología de la revolución, los indios y los héroes.

En todas estas trasposiciones de los «efectos» de la Coatlicue, no alcanzaba a verificarse más que un desesperado esfuerzo por asimilarse a su tremendismo y apoyar los actos revolucionarios sobre la hipertrofia del valor y la amplificación retórica de patria, coraje y sacrificio. La omnívora representación de la diosa azteca irrigó asimismo toda esa enorme zona del muralismo entregada a las hipóboles, el tremendismo, los amenazadores «closed up» que dieron a la historia su deliberado tono espectacular. Pero en ninguna de estas obras de décadas pasadas la venganza de la Coatlicue aparece más neta, menos diluida o metamorfoseada, que en el Poliforum de Siqueiros.

El Poliforum debe considerarse a un auténtico fenómeno de la arquitectura y la decoración contemporánea. Siqueiros lo proyectó y llevó a cabo con un equipo de colaboradores cuyos nombres importan poco, porque todos quedan aplastados y nivelados al estilo del viejo maestro. Describir el Poliforum es una tentación horrible y también un desafío para el crítico. Una gigantesca reja separa al Poliforum de la calle, y en ella ya están impresas las características que reinarán en el edificio y sus soluciones exteriores o sea el tremendismo, la gratuidad y el ansia descomulgada de modernización. Esta ansia —ya vívidamente presente en las últimas obras muralistas del maestro, donde las acrobacias espaciales llegan a puntos casi inverosímiles y dolorosas, y donde una constante turbulencia que convulsiona y vuelve jaueantes las paredes intenta sin in-

grarlo desfigurar los netos significados si-queiranos—, se delata tanto en la propia reja como en su basamento de material. La reja se lanza a un cerramiento puntiagudo y desaforado, mientras el basamento echa mano de recursos de relojería aplicados en un gran friso donde se copia descaradamente pero sin su ajuste —y desde luego sin su intencionalidad—, el mural realizado por Felguerez años atrás para una firma comercial de Ciudad México.

Entrando al Poliforum, el espacio de jardines y exteriores queda acaparado por la fuente donde se inmortalizan (más apropiado sería decir, se asesinan), los más conspicuos muralistas mexicanos. ¡Siguiendo la vieja tradición muralista de la concepción jerárquica de los tamaños, las cabezas de los muralistas, subrayadas por un grueso material, emergen de la fuente como verdaderas proezas de decapitación; sin embargo, su sólo alineamiento no bastó a los autores, que, empujados nuevamente por la angustia de la modernidad, incrustaron en medio de las cabezas varios arabescos sosteniendo una semifigura de chatarra, suspendida en el espacio como un ex-abrupto, dentro del criterio acumulativo que siempre rigió el muralista mexicano y lo indujo a promover, como si fuera un valor, el defecto de las acumulaciones indiscriminadas de seres, cosas y materiales. Entre la reja y el edificio del Poliforum media un espacio que permite levantar la vista y tropezar con las paredes que se abren hacia arriba, íntegramente cubiertas de composiciones murales. Siqueiros siempre fue un hombre sin tino entre el paciente «descriptor» de la historia pasada, presente y futura que encarnó Diego Rivera, y el expresionista enérgico, a ratos realmente iluminado, que fue Orozco. Esta falta de tino ha dejado testimonios irreversibles; su ferocidad operática, sus mescolanzas indiscriminadas de descripción y abstraccionismo, su desprecio por las estructuras reflexivas de una obra de arte. Pero en las paredes del Poliforum, en los ambientes interiores y en su indescriptible espectáculo de luz y sonido, alcanza la perfección de sus defectos y carencias. Como el adfesio no está presidido por ningún criterio de composición, de organización imaginaria o propósitos representativos coherentes, no es susceptible de

ser analizado. No puede ser sino padecido o vituperado. Da dolor presenciar cómo lo padece el indefenso público de los dominos, las familias y los niños de caras impenetrables que miran hacia todos los lados guardando su inescrutables reserva. Pero también da cólera comprobar que, mediante la construcción de un edificio sin pies ni cabeza, netamente antiestético, hecho para sola gloria de Siqueiros, la opinión pública, la crítica de arte y el periodismo mexicano vuelven a caer en la trampa, reiteran una polémica de valor o desvalor que ya debía estar muerta y enterrada, y, sobre todo, recaen en la horrible fascinación del adfesio. De esta manera, Siqueiros, que carece de todos los argumentos estéticos necesarios para su supervivencia, pasa a llenar argumentos sociológicos. Sigue siendo el seductor de un público aterrado e ignorante que se detiene paralizado ante esta obra suntuaria, ofensivamente suntuaria en un país con bajísimos niveles de vida y necesidades endémicas de mejoramiento social.

La venganza de la Coatlicue en este panteón de lujo el muralismo mejicano, queda marcada, específicamente, en la exasperación de todos los elementos empleados y en su tendencia convergente a afirmar una condición energúmica; así empujadas hacia un vacío gratuito, hacia una operación irreal, las articulaciones que sostienen el poder de la Coatlicue, se desmoronan aquí en la inanidad. Todo este vano escándalo del Poliforum es inmoral y obsceno y revierte, por antitesis, sobre la grandeza silenciosa de los mitos.

Pasar por alto la existencia del Poliforum también me parece un error, porque el público vuelve a ser expoliado por los desafiadores del muralismo, cuando ya éste parecía una historia envejecida, deteriorándose en los muros de Vasconcelos; vuelve a ser degradado y des-educado, vuelve a ser empujado por fuera de los límites de la ética trazados con tantas dificultades y contratiempos por los artistas plásticos mexicanos, desde Tamayo a Toledo.

Para saber qué ha pasado en el arte mexicano contemporáneo que sigue siendo ignorado por el gran público es preciso llevar a cabo un trabajo de investigación, que va desde monografías brillantes como la de Tama-

yo por Paz o la de Cuevas por Fuentes (junto a los habituales inertes trabajos monográficos), hasta intentos de totalizar la visión de un movimiento, a la manera honesta y literaria de Luis Cardoza y Aragón en *México pintura activa*, o según un riguroso propósito investigativo como resalta del libro de Ida Prampolini sobre el surrealismo en México, o de acuerdo a la intención expresa de relieves el trabajo de un grupo, como ha hecho Juan García Ponce con los artistas de la galería Juan Martín. Pero jamás estos artistas son noticia, en un país cada vez más habituado a que sólo el escándalo sea noticia. Esta situación conspira contra todo propósito de formación progresiva de un público con criterios de juicio, a la vez que desalienta a los creadores. Inventores solitarios como Ricardo Martínez se mantienen en el anonimato, e inventores tumultuosos como José Luis Cuevas salen a las planas de los periódicos por motivos extrapictóricos, jalonados por los episodios tragicómicos de un combate fatigante, estéril. Durante el tiempo que estuve en México permanecieron abiertas al público, sin pena ni gloria, dos excelentes exposiciones; una de dibujos de Von Gunten, en la Galería Juan Martín, y otra de cajas y dibujos de Allan Glass, en las Pecanis. Von Gunten es un gran dibujante, que a una primera ojeada funciona dentro de los parámetros de línea entrecortada, afiebrada y belicosa del holandés-norteamericano De Kooning. Sin embargo, revisándolo con más atención se confirma que el dibujo no es, como para De Kooning, un prolegómeno de la pintura, sino una estructura coherente y autosuficiente, que afina sin cesar sus medios y defiende cuidadosamente sus elipses para expresarse con iguales dosis de economía e intensidad. En la Pecanis, la muestra de Allan Glass, artista canadiense radicado en México, es de las más bellas exposiciones que pueden verse en medio de esa sucesión insoportable de ex-abruptos, actos gratuitos e improvisaciones sin talento que nacen y mueren en las galerías de todo el mundo. La caja es uno de los medios más seductores del arte moderno, no digo del arte actual, ya que el concepto de encerrar un mundo imaginario en un espacio desconectado con la realidad exterior —espacio que a su vez tiene la

firme voluntad de absorber al espectador hasta que acepte su arbitrariedad, su fantasía y sus relaciones internas— prevaleció en la extraordinaria obra de Schwitters y en la no menos extraordinaria del norteamericano Joseph Cornell. Pero en la actualidad la caja como medio ha sufrido el mismo proceso veloz de deterioro y degradación que los demás sistemas y ha pasado a ser un objeto más que engrosa un repertorio formal que sólo logra ser impresionante por la acumulación de la novedad. Yo me atrevería a rescatar a plena conciencia sólo el trabajo de tres cajistas, por cierto muy diferentes entre sí pero igualmente capaces de construir pequeños universos originales; la norteamericana Mary Bauermeister, el colombiano Bernardo Salcedo y Allan Glass. No obstante, a diferencia de la Bauermeister y de Salcedo, que han escogido una familia de elementos formales para construir su lenguaje (elementos transparentes y ajustes de relojería en el caso de Bauermeister; fragmentos de muñecos y objetos alineados dentro del blanco, en el caso de Salcedo), Allan Glass acepta un repertorio enorme e indiscriminado de cosas, que parecen simplemente alineadas o expuestas en el interior de las cajas y que sin embargo han sido dominadas

por una extraña poesía inclemente, que no les deja ser lo que son, que las seduce y transforma hasta que se rinden a la común atmósfera de esa poesía. Se ve, hasta donde es posible seguir el paso del artista, que Glass acepta todas las libres asociaciones y todas las cosas ínfimas, aun cuando prevalezcan de pronto huevos, de pronto botones, difícilmente reconocibles al ser convertidos en piezas de su constante proyecto poético; también se ve una atención casi ansiosa hacia el color, diluido a ratos pero de repente imperioso y vibrante, sacudiendo el mundo fluido de los sueños. Pero analizar las cajas de Glass resulta, netamente, «contrariosensu». Si Glass propone algo, aparte del encantamiento indeclinable de ojo, es una descodificación poética de tal amplitud y variedad imaginativa, que sólo puede originar una literatura paralela, en la cual no quiero caer en modo alguno. Lo que sí me importa subrayar es la antítesis vertical entre dos concepciones estéticas que trabajan en profundidad, tal como los dibujos de Von Gunten y las cajas de Glass, frente al espectáculo circense organizado por Siqueiros que tantas gentes desprevenidas toman, todavía, por arte.

Marta Traba

Argentina: Represión y tortura

Después de los acontecimientos del pasado 10 de abril —muerte de Oberdan Sallustro, gerente de Fiat-Argentina, y ejecución del general Juan Carlos Sánchez por un comando del ERP y del FAR—, se ha producido un recrudecimiento de la represión gubernamental contra toda actividad considerada como subversiva. Una campaña de intimidación multiplica arbitrariamente las detenciones, torturas y desapariciones. Mientras el gobierno del general Lanusse organiza el Gran Acuerdo Nacional, un plan de conciliación política destinado a producir el pasaje de la dictadura militar a un gobierno parlamentario de representación controlada, que conserve las mismas estructuras de poder, organizaciones guerrilleras, sindicatos revolucionarios, grupos universitarios y clero tercermundista desarrollan en múltiples frentes una acción tendiente a promover un cambio radical, a desbarajustar la componenda oficial, a denunciar la explotación del pueblo, su empobrecimiento acelerado, el desquiciamiento económico y social del país, la perpetuación de la entrega al capital extranjero y a atacar a los causantes de la situación: el poder militar y financiero. El gobierno, con la complicidad de los partidos tradicionales, busca destruir estos focos de rebelión por todos los medios a su alcance. La policía federal y las policías provinciales han sido puestas bajo control militar. Emulando al brasileño, el ejército argentino ha organizado meticulosamente una fuerza represiva que incluye grupos paramilitares y parapoliciales; éstos actúan clandestinamente y gozan de impunidad judicial. El allanamiento, el secuestro, la tortura y el asesinato son prácticas cada vez más frecuentes. Las garantías constitucionales, las disposiciones del Código Penal, los recursos de habeas corpus cesan cuando se trata de detenidos políticos. Estos, si no son eliminados antes de que su detención pase a conocimiento público, son puestos a la disposición del Poder Ejecutivo; ocultados, incomunicados, sujetos a toda clase de apremios y violencias, quedan en manos de organismos especialmente creados para la represión que gozan de fueros excepcionales y que pueden hasta decretar la pena de muerte, abolida por la constitución. Una legislación paralela, ilegal, de facto, otorga a las fuerzas armadas el control de las operaciones

«antisubversivas» o «anticomunistas», el de las prisiones, barcos u otros sitios que sirven para la detención y tortura de inculcados por hechos terroristas o conexos. Mientras el gobierno proclama la normalización institucional, la tolerancia ideológica, el respeto a las libertades fundamentales, comete toda clase de violaciones contra los detenidos políticos.

Paradójicamente, el anuncio de elecciones con la participación de sectores peronistas, la promesa de restablecer la democracia constitucional y el hecho de haber incorporado al gobierno a ministros liberales, obligan al régimen argentino a permitir, a diferencia del brasileño, una relativa libertad de prensa. Desde hace por lo menos dos años, abundan en diarios y revistas testimonios sobre la crudeza de la represión y las torturas. Por otra parte se ha constituido en Buenos Aires el Foro por la Vigencia de los Derechos Humanos, que congrega un muy vasto espectro político; este Foro reúne y da a publicidad toda documentación probatoria de violencias, desde declaraciones directas de los torturados, peritajes médico-psiquiátricos, hasta fotocopias de legajos judiciales. La Comisión Internacional de Juristas con sede en Ginebra ha protestado ante el gobierno argentino por intimidaciones, vejámenes y encarcelamientos sufridos por abogados que defienden a los detenidos políticos. En Francia e Italia, el Comité de Defensa de los presos políticos argentinos, integrado por varios colaboradores de LIBRE, organiza una campaña de información, asistencia jurídica y ayuda material. La lista publicada en el último boletín de CODEPPA incluye los nombres de más de seiscientos presos políticos, detenidos en cárceles de todo el país; entre ellos, hay ochenta y uno cuyo paradero se ignora.

La progresión de la violencia represiva aumenta. Esta represión se ejerce a través de múltiples recursos. Por un lado, la matanza en manifestaciones populares por supuestos encuentros armados con fuerzas militares o policiales. En los recientes levantamientos populares de Mendoza para protestar contra el abusivo aumento de las tarifas eléctricas, mataron a cuatro manifestantes e hirieron a una cincuentena; hubo además más de quinientas detenciones. Otro medio represivo es el asesinato a personas secuestradas por organismos de seguridad del estado. Desde diciembre del 70 han matado

a Néstor Martins, Nilo Zenteno, Marcelo Verd, Sara Palacio de Verd, Juan Pablo Maestre, Mirta Missetich de Maestre y Luis Enrique Pujals. Eduardo Pablo Monti y Juan Lachowsky, dos obreros, murieron por abuso de torturas. En ambos casos, los médicos forenses dictaminaron deceso por causas patológicas y no traumáticas.

En cuanto a las torturas, las comprobaciones son escalofriantes. Tortura psicológica mediante toda clase de recursos de intimidación: amenaza de muerte, de represalias a familiares, simulacros de ejecución, presenciar las torturas al cónyuge, encierro en celdas completamente oscuras, interrogatorios sorprendidos, etc. Existen todas las variantes, todas las gradaciones, desde la tortura bárbara, manual, artesanal, a golpes, hasta la tortura metódica, científica, bajo control médico, con aparatos especiales y recursos farmacológicos. Un aparato de procedencia estadounidense se instala en la boca abierta de la víctima y lanza con espantosa fuerza una pelota de plástico (declaración de Guillermo Oscar Garamona, diario La Opinión del 12-1-72). He aquí el testimonio de Elena Codán, difundido por el Foro de Buenos Aires:

Soy Elena Codán, fui detenida el 1.º de abril e incomunicada. En DIPA fui torturada. Se me desnudó totalmente, fui atada fuertemente con los piernas y brazos estirados al máximo y totalmente separados. Con los ojos vendados y mientras se me picaneaba en los genitales, planta de los pies, axilas, vientre, esas preguntas que se me hacían iban acompañadas de golpes en la cabeza. Si al preguntar algo yo me quejaba, me pasaban la picana por las encías y dientes. Al cabo de una hora me transportaron a una celda donde me dejaron tirada en el suelo sobre diarios. A las dos horas me volvieron a llevar a la cámara de tortura donde se repitió la sesión anterior pero por cinco horas. Al cabo de las mismas, quedé con las piernas y brazos paralizados, el vientre cubierto de llagas con pus, estuve en esas condiciones por cuatro días. Durante las noches me amenazaban constantemente o me dejaban escuchar los gritos de los otros detenidos que estaban siendo torturados. Al quinto día me volvieron a llevar. Fui

nuevamente torturada, uno de los torturadores me lamía el pecho entre jadeos, se me picaneaba varias partes del cuerpo simultáneamente, tenía abundantes pérdidas de flujo a consecuencia de la aplicación de la picana en la vagina, me violaron y me decían que me iban a «reventar», que tenía media matriz afuera. Perdí el conocimiento... volví a ser picaneada, golpeada, amenazada; entre otras amenazas me decían que me iban a colocar un aparato mediante el cual me iban a picanear la matriz. Volví a desvanecerme, cuando recobré el sentido estaba nuevamente en la celda con fiebre y deliraba. Luego me comunicaron que el resto de las detenidas habían sido trasladadas y que lo iban a hacer conmigo y que me fusilarían. Me era imposible caminar para llegar al celular que me trajo a Devoto, me arrastraron.

Transcribimos otro testimonio que prueba la práctica de la tortura tecnificada. Dice Mirta Cortese de All, detenida el 1.º de julio en Rosario:

Recurrieron a otros métodos desconocidos. Me colocaron cables en los ojos cubiertos por papel y alrededor de la cabeza otros cables que me oprimían el cráneo fuertemente. Estos cables me quemaban, sintiendo un dolor muy agudo. Mi cuerpo iba resistiendo cada vez menos; tuve hemorragias por efectos de los golpes y de la picana. Cuando desfallecía, recurrían a las drogas puestas en cigarrillos, ampollas, algodones y pastillas que me reanimaban para seguir aguantando este tipo de interrogatorio. Pasaban por mi piel un disco pequeño que irradiaba calor, produciéndome quemaduras en algunas partes. En otras sesiones me aplicaban los rayos infrarrojos que me produjeron dos grandes quemaduras en la zona glútea. (La Opinión, 12-1-72).

Los abusos, los apremios ilegales no se reducen a la tortura directa. Ella se practica indirectamente a través de pésimas condiciones de encarcelamiento: incomunicación, dietas de hambre, encierro total, insalubridad, prohibición de

asistencia jurídica, traslados sin autorización judicial. Once abogados han sido encarcelados por intentar la defensa de los presos políticos y otros han sufrido allanamientos de sus domicilios.

La libertad de prensa, la posibilidad de denuncia tiene un límite que el gobierno no permite franquear. He aquí una cronología que ilustra una censura violenta. En junio de 1969, el periodista Emilio Jáuregui, militante del sindicato de la prensa, fue asesinado en plena calle de Buenos Aires. En diciembre de 1971, Casiana Ahumada, directora de la revista Cristianismo y Revolución fue encarcelada y la revista clausurada. En marzo de 1972, el periodista Ignacio Ikonikoff fue detenido y torturado (V. documentación publicada por el Foro de Buenos Aires por la Vigencia de los Derechos Humanos). En abril, el periodista Eduardo Horacio

Jozami fue secuestrado, maltratado y liberado gracias a un vasto movimiento de protesta y a la oportuna intervención de la Asociación Sindical de Abogados de Buenos Aires. En mayo último, el Dr. Silvio Frondizi fue víctima de un atentado; una bomba de grueso calibre destruyó el local de su revista Nuevo Hombre; inmediatamente después la revista fue decomisada. La libertad de prensa es atribuida sólo a ciertos sectores políticos, y dentro de márgenes celosamente controlados.

El último hecho ilustrativo de la represión en todos los sectores críticos de la vida nacional es la clausura de uno de los sindicatos más politizados, más activos, más radicales: CITRAC-SITRAM de Córdoba, que congrega a los trabajadores de las fábricas FIAT. El régimen elimina violentamente toda verdadera amenaza de cambio.

CeDInCI

Frente al auditorio están Juan Marinello, embajador cubano ante la UNESCO, José Antonio Portuondo, profesor universitario y vice-presidente de la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba), Cintio Vitier, poeta, co-director de la Sala Martí en la Biblioteca Nacional de La Habana, Guillermo Castañeda, redactor de *El Caimán Barbudo*. Todos ellos han participado en el coloquio sobre José Martí organizado por la Universidad de Burdeos. La Asociación «France-Cuba» aprovecha de su presencia en París para realizar esta conferencia de prensa sobre el siempre candente tema de la política cultural cubana. Se inicia con una introducción de Portuondo; su objetivo es reseñar los lineamientos generales de la cuestión y suscitar preguntas.

Portuondo señala como textos básicos que orientan la práctica cultural cubana: los escritos de José Martí, sobre todo *Nuestra América*, el discurso de Fidel Castro de 1961, titulado luego *Palabras a los intelectuales*¹, y *El socialismo y el hombre en Cuba* de Ernesto Che Guevara. El lema acuñado por Fidel —«Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada»—, sintetiza básicamente la posición del gobierno cubano, establece el margen de libertad permitida. Este axioma no debe interpretarse ni capciosa ni mezquinamente; no se lo puede desgajar del contexto en que se aplica y que le confiere su apropiada significación. Portuondo condena el neocolonialismo cultural, la desnaturalización de los intelectuales epidérmicamente sujetos a las modas y a la aprobación de las metrópolis culturales: París, Nueva York, Roma, Londres. Esto no quiere decir que la Revolución dé la espalda a la cultura universal. Como lo propuso Martí, se trata de injertar lo universal en un tronco que nunca debe dejar de ser nacional. La revolución,

según Portuondo, necesita ante todo poner el acento en lo auténticamente nacional, bregar por la independencia en todos los órdenes, incluido el cultural. La amplitud, la receptividad de la Revolución se puede medir por la diversidad de autores editados en Cuba, el vasto repertorio de sus grupos teatrales, de sus conjuntos musicales (incluso existe en La Habana un laboratorio de música experimental), la multiplicidad de tendencias que coexisten en todas las actividades artísticas.

El problema cultural comprende todos los niveles; en Cuba no puede separarse de la campaña de alfabetización, cuyo propósito fue llevar los bienes de cultura a toda la población y sentar las bases de una cultura revolucionaria. La isla entera se convirtió en una gran escuela. Este esfuerzo nacional aportó una nueva experiencia que exigió el reajuste de la política educacional del país. Para ello se convoca el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, preparado desde las bases, a través de múltiples reuniones regionales para que adquiriera el máximo de representatividad. Allí se elaboran las disposiciones que guiarán la futura actividad educativa y cultural. Se analiza allí también el problema de los intelectuales extranjeros que tomaron ingerencia en los asuntos internos de la Revolución². El Congreso hizo el balance de lo realizado en este campo. Los resultados son positivos: por un lado la creación y multiplicación de escuelas en todos los grados de enseñanza; por otra parte, los éxitos culturales obtenidos por escritores y artistas cubanos en el ámbito internacional.

Después del proemio de Portuondo, se da lugar al interrogatorio. Las preguntas formuladas tienden sobre todo a tornar más explícitos los márgenes de libertad consenti-

derecho del Gobierno Revolucionario, tan respetable como el derecho de cada cual a expresar lo que quiera expresar.»

2. Al respecto, la alusión de José Antonio Portuondo es neutra y escueta. Contrasta con la virulencia con que tanto el congreso como Fidel Castro, en su discurso de clausura, se refirieron a los intelectuales extranjeros, sobre todo a los latinoamericanos en el exilio.

da por el gobierno cubano. Se pregunta qué se entiende por literatura contra-revolucionaria; si algunas tendencias, como el arte abstracto (evidente alusión al compulsivo realismo soviético), son censuradas; cuáles son las críticas admitidas y cuáles las condenadas; cuál es la situación del artista, su estatuto; si todo arte debe ponerse incondicionalmente al servicio de la Revolución; cuáles son las relaciones entre artista y público; si ha habido, junto con el desarrollo de la conciencia crítica, un desarrollo del ensayo como género literario.

Según las respuestas, formuladas de manera franca y directa, la Revolución no privilegia ninguna forma artística, no pretende imponer recetas en cuanto a la utilización de los medios expresivos. No hay una estética oficial, considerada como dogma imperativo. Antonio Portocarrero, uno de los mejores pintores cubanos, ha ejecutado frescos abstractos en edificios públicos. Nadie le pide que pinte tractores o alegorías patrióticas. Nadie exige a Alicia Alonso que baile *Giselle* en traje de miliciana. La expresión de la Revolución está por encontrarse. A los artistas les corresponde hallarla, pero éste es un proceso que no se puede forzar sin peligro de distorsión. Actualmente se lleva a cabo un esfuerzo de integración de todas las formas artísticas, de todos los estilos. Esta pluralidad estilística, esta coexistencia y fusión de múltiples recursos formales es sobre todo notoria en el cine cubano actual, el arte de más vasto alcance en cuanto a público y el que ha logrado mayor adecuación al contexto cubano, sin mengua de su calidad estética. Lo mismo puede decirse del afiche cubano, formalmente avanzado y muy popular.

Hay que absorber las formas artísticas de legítima novedad, que constituyen un factor de elevación cultural, social, y asimilarlas a lo que es propia y profundamente nacional. La Revolución no reclama un arte exclusivamente militante sino, ante todo, expresiones de alto nivel artístico.

En cuanto a los criterios de evaluación de lo contra-revolucionario, se deduce, según las declaraciones expresadas en esta conferencia, que son empíricos (y por ende, no dogmáticos), basados en los hechos, en la coyuntura y en la experiencia. Cintio Vitier señala que el apoyo a la Revolución no se

expresa sólo temáticamente, que no sólo juegan factores ideológicos sino también la sensibilidad revolucionaria, infalible para detectar lo antirrevolucionario. Toda crítica que constituye una valoración de la Revolución no es contra-revolucionaria, lo es si niega la Revolución o si explícita o solapadamente pretende restaurar el capitalismo. Las disidencias o desviaciones dentro de la Revolución están en discusión, no son objeto de prohibición previa.

En Cuba pueden encontrarse diversas manifestaciones críticas. El premio de novela en el concurso Casa de las Américas de 1971 —*La última mujer y el próximo combate* de Manuel Cofiño López— presenta la desorganización de una granja colectiva. El cineasta Tomás Gutiérrez Alea muestra en sus filmes una aguda crítica contra el exceso de burocracia en un socialismo naciente. La UNEAC es un foro donde tiene lugar una crítica permanente sobre los problemas cubanos.

Inevitable es la referencia al caso Padilla, motivo de conflicto entre el gobierno cubano y un grupo importante de intelectuales extranjeros. José Antonio Portuondo aclara que se trata de un fenómeno aislado (atípico). Hay que distinguir dos etapas, sin confundirlas; la primera corresponde al premio que otorga a *Fueral del juego* un jurado internacional, por considerarlo, entre los libros propuestos, el más valioso estéticamente. La dirección de la UNEAC, no conforme con el contenido, lo publica precedido de un prólogo aclaratorio de su disidencia. La segunda etapa nada tiene que ver con la literatura. Heberto Padilla es encarcelado por haber pasado información a los enemigos de la Revolución. El escritor no goza en Cuba de fueros especiales ante la justicia. Lo mismo se hubiera hecho si el acusado fuese ingeniero, cañero o lustrabotas. Confrontado con las pruebas durante un mes y una semana de prisión, se descubre que la información de que Padilla disponía carece de valor. Sus informes fueron imprecisos y fantascosos. En la cárcel no sufre apremios físicos. Luego, liberado, pide hacer su auto-crítica en sesión pública de la UNEAC. Esta sesión es presidida justamente por Portuondo, quien considera la confesión de Padilla indudablemente sincera, como fueron sinceros sus errores. Padilla recupera su traba-

jo precedente de traductor del Instituto Nacional del Libro.

Cuba ha sido en la época prerrevolucionaria uno de los países más penetrados por la influencia extranjera. Se le planteó con especial primacía el problema del imperialismo, también en el orden cultural. La penetración imperialista ya había sido denunciada por los primeros ideólogos del americanismo: José Martí, José Enrique Rodó, Pedro Enriquez Ureña y José Carlos Mariátegui. Pero no se deben hacer exclusiones indiscriminadas. Hay que saber diferenciar amigos de enemigos. Se admira, por ejemplo, a Hemingway; su casa cubana ha sido convertida en museo; su influencia es notoria en varios narradores cubanos. Se procura estar al corriente de todo cuanto se hace en Estados Unidos; pero se prohíbe la difusión de historietas, series televisivas, literatura pornográfica y de todas aquellas manifestaciones que constituyen una propaganda del «american way of life». Contrarrestar las influencias nocivas, no es sólo cuestión de vigilancia y de denuncia. El más eficaz antídoto es compenetrarse de los mejores valores nacionales.

No se puede hacer mucho en tiempo tan breve. No se puede crear rápidamente un nuevo escritor, un nuevo poeta. La mayor parte de los descollantes se formaron antes de la Revolución. Es más fácil convertir a un campesino en revolucionario dándole la propiedad de la tierra que trabaja.

Se intenta no sólo elevar el nivel de la producción cultural, sino también hacer extensible a todo el pueblo. Los poetas van a los centros de trabajo a leer y discutir su obra. Se han creado talleres artísticos y talleres literarios regionales. Se organizan movimien-

tos de aficionados para interesarlos por un arte más elevado que el que transcurre «en el nivel de la cintura» (o sea la rumba). Pero lo más interesante en la Cuba de hoy es el proceso total, la ebullición, el estado febril de germinación en todos los estratos, en todos los ámbitos.

Tales son las declaraciones que los cubanos formularon en su conferencia de prensa. He procurado transmitir las con las mínimas exclusiones o deformaciones. Concluyo que puede considerarse a esta delegación, dada su relevancia, como portavoz calificado del gobierno de Cuba. Ateniéndose a estos testimonios, lo expuesto indica que no se han producido variantes fundamentales de la política cultural cubana, en relación con las directivas impartidas en los inicios de la Revolución; que existe por parte del gobierno de Cuba, a través de estos autorizados representantes, la voluntad de asegurar un considerable margen de libertad de expresión; la voluntad de disipar malentendidos o resquemores que pudiesen haberse producido en el extranjero por información insuficiente o distorsionada; el deseo de provocar un deshielo después de la tensión ocasionada por el caso Padilla. Creo que debemos considerar lo expresado en esta conferencia como constancia y compromiso de la Revolución cubana para con sus intelectuales y artistas. Queda por esclarecer la relación con los latinoamericanos en el exilio, problema no suscitado ni dirimido en la conferencia. Hago votos por el total restablecimiento de un diálogo mutuamente respetuoso, por el pasaje de la invectiva al análisis, del enervamiento a la crítica constructiva, coincidente en los principios y tolerante con respecto a las posibles divergencias en las prácticas.

Saúl Yurkievich

Ya está a la venta

la traducción a la lengua castellana del príncipe de los literatos del Extremo Oriente,



CHUANG-TZU

La Paz y la calma taoísta en la alta quietud del gran Tao...

Monte Avila Editores
Apartado Postal 70712, Caracas, 107
Favor enviarme contra reembolso

CHUANG-TZU

Nombre
Dirección

Bs.20

MONTE AVILA
1972 AÑO INTERNACIONAL DEL LIBRO

YA ESTA A LA VENTA

de un
DUVALIER
a otro
de **LESLIE**
MANIGAT



el itinerario de un
fascismo del subdesarrollo

Monte Avila Editores
Apartado Postal 70712, Caracas, 107
Favor enviarme contra reembolso

DE UN DUVALIER A OTRO

Nombre
Dirección

Bs.8

MONTE AVILA
1972 AÑO INTERNACIONAL DEL LIBRO

- 3 Entrevista con Jean Paul Sartre.
- 12 *Alfredo Bryce Echenique*
Muerte de Sevilla en Madrid
- 32 *Fernando del Paso*
Esta casa de enfermos
- 46 *Salvador Garmendia*
El mocho, mata-hambre y los resucitados. Don Pancho el pájaro.
- 51 *Luis Louyza*
Aproximaciones a Garcilaso
- 58 *Juan Bosch*
El caso de los Panteras Negras, una lección de sociología política.
- 63 *Masud R. Khan*
Pornografía: Política de subversión y rabia.
- 69 *Ricardo Muñoz Suay*
Experiencias marginales de un hombre oculto.
- 72 *Tulio Bayer*
Memorias de la cárcel.
- 79 Debate: La liberación de la mujer.
- 80 Respuesta de Rosana Rossanda.
- 83 Respuesta de Susan Sontag.
- 102 Respuesta de Marta Lynch.

- 105 Respuesta de Françoise Giroud.
- 107 Respuesta de Blanca Varela.
- 109 Respuesta de Jean Franco
- 113 *Pere Gimferrer*
Luz de otoño.
- 114 Notas de lectura.
- 115 Palabras de la tribu, de José Angel Valente
por *Saül Yurkievich*.
- 117 La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada, de Gabriel García Márquez
por *Ricardo Cano Gaviria*.
- 121 Cobra, de Severo Sarduy
por *Héctor Bianchotti*.
- 124 Leitmotiv, de J. Leyva
por *Ricardo Cano Gaviria*.
- 127 *Carlos Meneses*
Oquendo de Amat, del sueño a la realidad.
- 134 *Marta Traba*
México: la venganza de la Coatlicue.
- 137 Documentos: Argentina, represión y tortura.
- 140 Cuba: política cultural.

Paraguay Estudio 70, Presidente Franco 670, Asunción.

Perú Norma Angles, General Cordova 1766, Lince, Lima.

Puerto Rico Librería La Tertulia, Amalia Marín esq. av. González, Río Piedras.

República Dominicana Librería Paz y Alegría, Apartado 341, Santo Domingo.

Uruguay Editorial Alfa, Ciudadela 1389, Montevideo.

Venezuela Distribuidora Latinoamericana de Ediciones, C. A., Apartado 50304, calle San Antonio, Sabana Grande, Caracas.

Pagos por concepto de distribución y publicidad deben hacerse por giro o cheque al Banque Crédit Suisse, Ginebra, para abonar en la cuenta n° 225 093 de Editions Libres, S. A.

Advertencia

Salvo mención contraria, los materiales publicados en Libre son inéditos en español. Se prohíbe su reproducción total o parcial sin autorización previa. Todas las colaboraciones deben ser dirigidas a la oficina de información, 26, rue de Bièvre, Paris 5°. La revista no se hace responsable de manuscritos no solicitados. Las opiniones expresadas en los textos firmados sólo comprometen al autor.

Impreso por EMEGE, Enrique Granados, 91 y Londres, 98 Barcelona
Deposito legal: B-46.602-1972

José Donoso



L'OBSCÈNE OISEAU DE LA NUIT

"Une des œuvres romanesques les plus originales et aussi les plus troublantes de la littérature latino-américaine actuelle" **C. FELL - LE MONDE**
Traduit par Didier Coste. Un volume 448 pages 36 F

José Lezama Lima



PARADISO

"Ce livre fera son lent et délicieux chemin au cœur de ceux pour qui la littérature est un voyage" **J. CORTAZAR - LE MONDE**
Traduit par Didier Coste. Un volume 576 pages 45 F

Gabriel Garcia Marquez



CENT ANS DE SOLITUDE

"Un livre inoubliable" **C. COUFFON - LE MONDE**
Traduit par Claude et Carmen Durand. Un volume 392 pages 29 F

Severo Sarduy



COBRA

"Il suffit de lire une ligne, quelques mots assemblés par Sarduy, pour l'identifier. Sa langue est une des plus belles qui soient aujourd'hui"
H. BIANCIOTTI - LA QUINZAINE LITTÉRAIRE
Traduit par Philippe Sollers. Un volume 176 pages 21 F

Seuil

CeDInCI